



Jean d'Aillon

Los herretes de la reina

Lectulandia

1624, una conspiración se cierne en torno al honor de Ana de Austria, esposa de Luis XIII, rey de Francia, y hermana de Felipe IV, rey de España. Se están negociando las condiciones del enlace real entre el príncipe de Gales y la hermana de Luis XIII. El objetivo del complot es lograr el fracaso de la alianza entre Francia y Gran Bretaña.

En el colegio de los jesuitas de Clermont, reputado centro por el que pasaron Voltaire, Molière y lo más granado de la corte, Louis Fronsac y Gaston de Tilly descubren de forma accidental la conjura que se está tramando. Ambos sueñan con ser soldados en lugar de notario y clérigo, que es lo que tienen destinado para ellos sus respectivas familias. Saltando de pasadizos secretos del colegio a tabernas poco recomendables y guaridas de bandoleros, viviendo todo tipo de aventuras, los dos colegiales buscarán la manera de prevenir a la reina de los peligros que la rodean.

Jean d' Aillon recrea el misterioso episodio de los herretes de la reina Ana de Austria que inspiraron a Alejandro Dumas su conocida novela Los tres mosqueteros. Lo convierte en un relato lleno de intriga y acción, una novela histórica magníficamente documentada que nos sumerge en las conjuras de palacio de aquella corte francesa del siglo XVII llena de cardenales y aristócratas refinados no siempre al servicio de la reina. La lectura de Los herretes de la reina nos arrastrará a releer Los tres mosqueteros.

Lectulandia

Jean d' Aillon

Los herretes de la reina

Louis de Fronsac - 1

ePub r1.0

Mangeloso 14.11.14

Título original: *Les ferrets de la reine*

Jean d' Aillon, 2008

Traducción: M. Dolores Torres París & Carmen Torres París

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Personajes principales

Padre Philippe Amyot, confesor y director espiritual.

Ana de Austria, hermana del rey de España, reina de Francia.

Bernardo Bianchi, espadachín siciliano.

Antoine de Borbón, conde de Moret, hermanastro de Luis XIII.

Philippe Boutier, padrino de Louis Fronsac, consejero del Grand-Châtelet.

Jacques Bouvier, exsoldado, guardián en casa de Pierre Fronsac.

Guillaume Bouvier, exsoldado, guardián en casa de Pierre Fronsac, hermano de Jacques.

John Brett, mosquetero inglés de la Guardia.

Carlisle, James Hay, conde de, embajador inglés.

Padre Nicolas Caussin, jesuita y profesor.

Padre Louis Cellot, jesuita, prefecto de estudios.

Louis Charreton, suegro de Pierre Fronsac, abuelo de Louis.

Charles Chazelles, interno en Clermont, hijo de un recaudador de impuestos.

Chevreuse, Marie de Rohan, duquesa de.

Jean Ciary, hijo de un médico.

Prepósito general Cotton, provincial de Francia, exrector del colegio de Clermont.

Guillaume de Espoisses, interno en Clermont, hijo de un consejero del Parlamento de Dijon.

Padre Jean Filleau, rector del colegio de Clermont.

Samuel Forcadel, comerciante protestante.

Louis Fronsac, interno en Clermont, hijo del notario Pierre Fronsac.

Pierre Fronsac, notario.

Padre Galliffet, prefecto de cámara de Clermont.

Paul de Gondi, abad de Buzay, interno en Clermont.

Jacques Hérisson, interno en Clermont, hijo de un cerrajero.

Jacques La Chesnay, interno becado.

Robert La Chesnay, miembro de la banda de los Salmonetes y los Rucios.

Luc La Louvière, espadachín.

Pierre Louis de La Salle, jesuita, profesor de Sagradas Escrituras.

Thémines de Lauzières, alumno de cuarto de Clermont, miembro de la cofradía del Cuarto.

Jehan Le Pontonnier, interno en Clermont, hijo de un carnicero.

Antoine Mallet, joven criado de los Fronsac.

Diego Antonio de Mendoza, jesuita español a las órdenes del prepósito general.

Jacques de Montgomery, alumno de segundo, interno en Clermont.

Padre César Pallu, jesuita, procurador de los internos.

Claude Richepin, criado del señor Fronsac.

Adhémar de Rouville, alumno de cuarto en Clermont, jefe de la cofradía del Cuarto.

Nicolas Sillery, abad, alumno de cuarto en Clermont, miembro de la cofradía del Cuarto.

Padre Jacques Sirmond, jesuita, bibliotecario.

Padre Thomas Southwell, jesuita inglés.

Louis Thibert, interno en Clermont, hijo de un pañero.

Gabrielle de Verneuil, duquesa de Épernon, hija de Enrique IV.

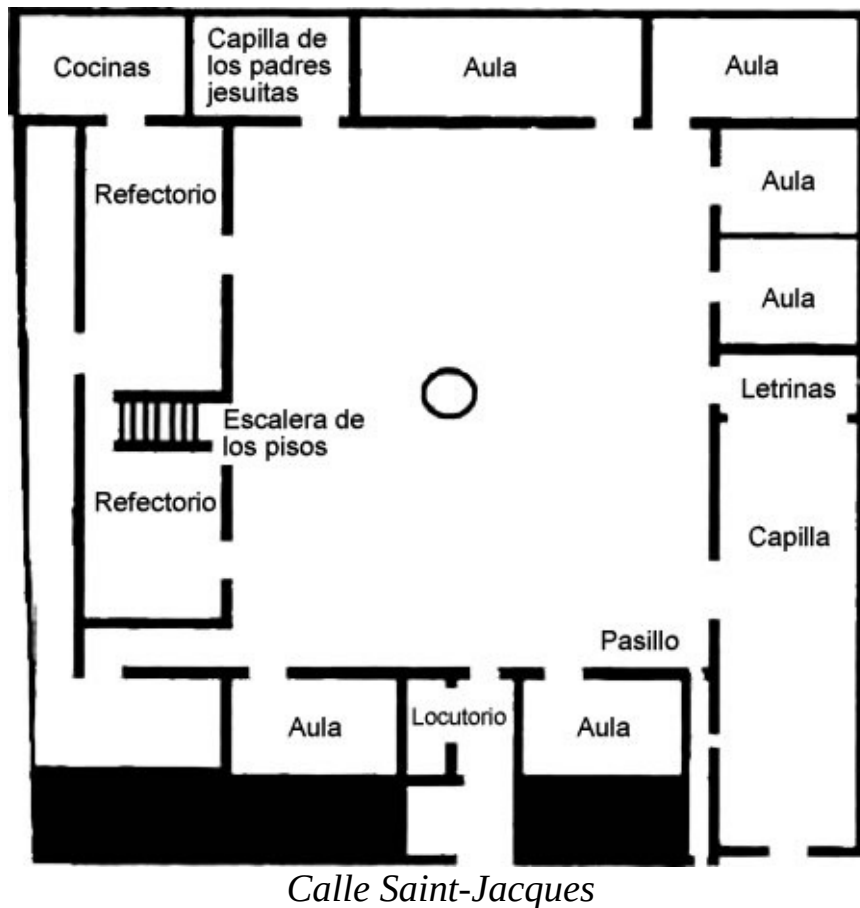
George Villiers, duque de Buckingham.

Ana de Austria, que no quiere ser menos que Buckingham, al menos en magnificencia, le remite, en el momento de su separación, doce herretes de diamantes. Por poco conocida que sea, y demasiado complicada para que yo la refiera aquí, la historia de esos brillantes debe quedar para siempre en los anales de la galantería...

LOUIS-HENRI DE LOMÉNIE, conde de Brienne
*Memorias inéditas, Ensayo sobre las costumbres y usos del
siglo XVII*

El duque de Buckingham era, como he dicho, galante y magnífico; se tomaba muchas molestias en acicalarse para las reuniones; la condesa de Carlisle, que no dejaba de observarlo, se dio cuenta enseguida de la ostentación que hacía llevando unos herretes de diamantes que ella no conocía; no dudó un ápice de que la reina se los hubiese dado; mas para estar todavía más segura, durante un baile, entretuvo al duque de Buckingham y le cortó los herretes con el propósito de enviárselos al cardenal...

Memorias del duque de La Rochefoucauld



Este plano simplificado de la planta baja del colegio de Clermont y de su patio se basa en un plano del liceo Luis el Grande que data de 1804; lo hemos modificado a partir de las descripciones del señor Dupont-Ferrier relativas a los años 1620^[1].

1

La mula negra y la carreta de dos ruedas tirada por un fogoso caballo se detuvieron ante el gran porche sobre el cual estaba grabada la inscripción: *Collegium Societatis Jesu*.

El muchacho de once años y medio, que durante todo el trayecto se había apoyado en el voluminoso baúl que contenía su equipaje, se enderezó, lleno tanto de temor como de curiosidad. Su padre, el notario Pierre Fronsac, ya había bajado de la mula. Claude Richepin, el criado que llevaba el caballo, echó pie a tierra a su vez, así como el señor de Charreton, el abuelo del chico, que iba sentado en el pescante de la pequeña carreta.

La calle Saint-Jacques no era muy ancha, pero delante del colegio de Clermont el porche de entrada dejaba un espacio suficiente para que el vehículo pudiese permanecer algún tiempo sin entorpecer demasiado la circulación.

Era el final de la tarde^[2] del lunes 30 de septiembre de 1624. El señor Fronsac había elegido esta hora para no perder demasiado tiempo. En efecto, la mayor parte de los internos del colegio llegaban por la mañana, lo que provocaba siempre gigantescos atascos en la calle.

El notario ató su mula a una gruesa anilla herrumbrosa en el interior del porche que se abría entre casas medianeras. Dos azacanes que esperaban enfrente del colegio se acercaban ya, con el sombrero arrugado en la mano y los ojos respetuosamente bajos. Los mozos de cuerda esperaban cada día a que algunos pequeños señores llegasen al colegio para proponerles llevar sus baúles a las habitaciones.

El niño saltó a su vez por encima de los adrales de la carreta, con los ojos clavados en los rótulos multicolores que danzaban al compás de la música quejumbrosa de sus cadenas. Era la segunda vez que venía a Clermont. En la primera ocasión, ocho días antes, había venido a ver al rector para solicitar su admisión. También su padre y su abuelo lo acompañaban.

Habían sido recibidos en un pequeño y oscuro gabinete, panelado a media altura, en el primer piso del edificio central. El padre Jean Filleau, el rector del colegio, era un hombre de aspecto severo y distante pero de sonrisa dulce. Iba vestido con una sotana de tela negra con cuello cuadrado blanco. Se había levantado con cortesía para recibirlos cuando su secretario, un joven sacerdote, los había hecho entrar en su gabinete de trabajo y los había presentado.

El secretario tenía en la mano un expediente que depositó en la mesa del rector, quien hizo sentar a sus visitantes en los dos sillones tapizados de cuero. El niño permaneció de pie. El rector se sentó a su vez y abrió el expediente, que leyó rápidamente.

—He recibido su carta, señor Fronsac —dijo dirigiéndose al notario después de

haber saludado con deferencia al señor Charreton, pues no ignoraba que el abuelo del niño era procurador en la Cámara de Cuentas—. Sabéis que, para sexto, sólo aceptamos internos a partir de los doce años.

—Lo sé, padre, pero mi hijo Louis habla perfectamente latín y sabe contar muy bien. Perdería un año quedándose en la escuela primaria, y sé que también hacéis excepciones.

—¿Por qué no meterlo aquí externo? —propuso el rector.

—Sería muy complicado para nosotros venir a traerlo y a buscarlo. Vivimos en la calle de los Quatre-Fils, y sabéis cuan difícil es atravesar el Sena. Además, el internado le vendrá muy bien, pues Louis es un tanto soñador para mi gusto.

El rector suspiró para enmascarar su desacuerdo e hizo un gesto vago con la mano. Estaba harto de estos padres que querían que sus hijos crecieran rápidamente. Pero el señor Charreton, procurador influyente, también le había escrito al respecto; no le quedaba más remedio que darse por vencido si quería evitar otras presiones más enojosas.

—De acuerdo, si es vuestro deseo... Uno de nuestros profesores va a examinarlo para verificar sus conocimientos de latín. Os supongo al tanto de que en el recinto del colegio no se habla más que en latín.

—Desde luego, padre.

—No dudo en absoluto del resultado. Vuestro hijo tiene un aspecto particularmente despierto —dijo, sonriendo brevemente—. Durante la prueba, os enseñaré la casa. Vayamos ahora a lo práctico: vuestro hijo necesita un equipo completo, pues la colada no se hace más que una vez al año. Aquí tenéis la lista —añadió, tendiéndole una hoja manuscrita.

»En caso necesario, debe añadir una toga larga de color negro que llevará sobre su ropa, así como el birrete de los internos. Los alumnos de Clermont llevan el pelo cortado en corona, salvo los futuros sacerdotes, que son tonsurados. Luego su hijo deberá cortárselo.

»Los internos se alojan en dormitorios de entre diez y veinte alumnos, los *cubicula*, bajo la vigilancia de un prefecto de cámara, el *cubiculario*. Desgraciadamente, ya no tenemos plazas, así que este año nos hemos visto obligados a dejar libres algunos espacios suplementarios en el primer nivel de los desvanes para acondicionar nuevas habitaciones, más pequeñas que los dormitorios habituales. Su hijo estará, pues, en una pieza con sólo otros ocho compañeros, pero, como es una sala que no puede ser calentada, vuestros gastos de calefacción serán algo menores que los de los otros internos. A cambio, deberéis tener previstas camisas de lana bien gruesa.

»Os he preparado en esta hoja los costos de la pensión. Pagaderos en cuatro plazos anuales. La pensión de vuestro hijo será de doscientas libras. Respecto a la iluminación, los gastos de luz son quince cuartos al mes. Y ahora, muchacho, unas palabras sobre nuestra casa...

Se dirigió a Louis con una sonrisa que pretendía ser amistosa.

—El colegio está dirigido por los jesuitas, ya lo sabes. Nuestra sociedad fue fundada por el padre Ignacio de Loyola, para ser útil a las almas y obedecer al Santo Padre.

Con un dedo, señaló los dos retratos en la pared de la derecha por encima del entablado: uno representaba a un hombre de mirada profunda con el cráneo despoblado más que tonsurado. Llevaba una barba en collar que se juntaba con su mostacho. El segundo era el papa Urbano VIII. Las dos figuras miraban a los dos reyes de Francia representados en sendas pinturas en la pared de enfrente. Louis tuvo la extraña sensación de que los cuatro hombres se desafiaban con la mirada. De un lado, el padre y el hijo, reyes de Francia ferozmente independientes de Roma, y, enfrente, los representantes de la Iglesia que afirmaban la supremacía absoluta de lo espiritual sobre lo temporal.

Pese a su edad, apenas doce años, Louis conocía bien la historia de Francia. Su mirada vagó por la pieza de sobria decoración. Aparte de los retratos y la mesa, en la que se encontraban algunas plumas de oca, dos tinteros de plata y un cortaplumas, no había sino asientos, un armario enrejado y bajo la ventana una voluminosa caja de caudales empotrada en la pared. «Quizá guardasen en él el dinero de las pensiones de los alumnos», pensó el niño.

Pero el rector proseguía y la imaginación de Louis dejó de volar.

—Aquí, ser útil a las almas significa educar a los hombres. En la actualidad, nuestra orden está dirigida por el prepósito general Mutio Vitelleschi, que tiene bajo sus órdenes a los provinciales. Hay cinco provinciales en Francia, y el de París vive en nuestra casa profesa de la calle Saint-Antoine. En tanto que rector y director de este colegio, estoy a sus órdenes. Yo vivo aquí, y como en el refectorio con los alumnos y los profesores. No dudes en buscarme en caso de hallarte en un problema grave.

Se calló un instante como para insistir en lo que iba a decir.

—Nuestra fuerza reside en la obediencia ciega. Aquí todos y cada uno deben obedecer sin pensar las órdenes de su superior. Pero la obediencia no es nada sin el esfuerzo, el único que puede procurarnos la salvación eterna. Espero de ti obediencia y esfuerzo.

»Al lado de los internos como tú, que viven en un dormitorio, están los que se alojan en apartamentos privados. Pagan una pensión elevada, y son gentes de calidad que disponen de criados y preceptores. Habrás de mostrar respeto y deferencia hacia ellos. Durante el día, te encontrarás con los externos. No está recomendado mantener relaciones con ellos, pues tienen tendencia a distraer a los internos. Evita, pues, acercarte a ellos y hablarles. También tenemos becarios pobres en esta casa. Los reconocerás por su toga gris. En la mesa, su menú es más frugal que el de los demás internos, a fin de que tomen conciencia plena de su estado de pobreza, puesto que Dios así lo ha decidido. Se preparan para convertirse en sacerdotes. Entre tus futuros

compañeros muchos son también los que se convertirán en servidores de Dios. Algunos son ya abades tonsurados.

»Hallarás también numerosos sacerdotes que viven en Clermont, como llamamos afectuosamente a nuestro establecimiento. Muchos no son franceses, pues nuestra sociedad está extendida por el mundo entero. Has de saber que en este lugar coexisten tres colegios. El de los sacerdotes, el de los estudios y el de los internos. El colegio de los estudios está dirigido por el padre Louis Cellot, que se ocupa de los externos, de los profesores, de la enseñanza y de la disciplina en las clases. Durante el curso todos los alumnos están bajo su autoridad.

»El colegio de los internos está dirigido por el padre Ambroise. La disciplina en las habitaciones, así como en los recreos, la capilla o el refectorio, depende de él. Dispone para ayudarlo de prefectos de cámara, de refectorio, de recreo y de capilla. Les obedecerás sin discutir. El padre Ambroise también vela por que los niños digan sus oraciones y se confiesen regularmente. Es él, junto con el padre Louis Cellot, quien te examinará dentro de un momento, pues son ellos quienes deciden la admisión de los internos.

»En cuanto al colegio de los sacerdotes, se ocupa de los religiosos que viven y trabajan aquí, o que son simples visitantes de paso. Pero su ministro, a quien nosotros llamamos el síndico, se encarga también de la intendencia de la casa, de la alimentación, de la iluminación, de la calefacción, de la limpieza y de la salud.

»Pasemos ahora al capítulo de la disciplina. Es justa y es severa. Observarás una obediencia total hacia profesores y maestros, a los que nosotros llamamos regentes, pero también hacia los prefectos, y desde luego hacia todos los miembros de nuestra orden. La sumisión a toda prueba, *perinde ac cadaver*^[3], es nuestra primera regla, no lo olvides nunca. Algunos alumnos de más edad que tú están también encargados de la disciplina y de denunciar a los alumnos que cometan faltas. Son los vigías. En general, no son conocidos por los internos, pero si uno de ellos se presenta a ti como tal, le deberás obediencia. No debes olvidarlo nunca: respeto y sumisión hacia los superiores son los principios de nuestra vida común. Cualquier falta da lugar a severos castigos que pueden ir desde el látigo hasta la expulsión definitiva.

Apartó las manos como para atenuar un poco su amenaza. Louis bajó la cabeza y los ojos en señal de docilidad.

El rector se levantó de su asiento.

—Voy a llevarte con el padre Cellot, el prefecto de estudios. Todavía unas palabras más sobre el empleo del tiempo. Sigue de cerca la máxima que estoy seguro de que conoces:

*Levantarse a las seis, almorzar a las diez,
cenar a las seis, acostarse a las diez,
hacen vivir al hombre diez veces diez.*

»Para nosotros, la hora de levantarse es entre cuatro y cinco, siguiendo las estaciones. Al despertar, con los otros internos de tu habitación, estudiarás las Sagradas Escrituras, y luego limpiarás el cuarto. A continuación tomaréis todos juntos un desayuno antes de un breve recreo durante el cual llegan los externos. Siguen dos horas de clase antes de la misa. El almuerzo se toma hacia las once. Hay un nuevo recreo mientras se espera la llegada de los externos para las dos horas de clase de la tarde. Después, llega el momento del trabajo en la cámara o en la biblioteca hasta la cena. Finalmente, hay un último recreo antes de las oraciones y de nuevo el trabajo personal bajo la vigilancia del prefecto de cámara. El domingo, los horarios son ligeramente distintos, pues hay que añadir la clase de catecismo y una larga misa. El jueves y los días festivos son días de descanso y paseo. Señor Fronsac, ¿deseáis que vuestro hijo vuelva a casa los días festivos?

—Sí, su madre os lo agradecerá.

—Muy bien. ¿Vendrá alguien a buscarlo?

—Desde luego, padre.

Llevaron a Louis ante el prefecto de estudios. El padre Cellot lo examinó largamente en latín y luego le mandó hacer algunos cálculos con fichas. Louis resolvió fácilmente aquellos ejercicios y se reunió con su padre y su abuelo, que se hallaban en el patio cuadrado en compañía del secretario del rector, dedicado a enseñarles el lugar. Era un patio muy oscuro, rodeado de altos cuerpos de edificios en tres de sus flancos y, en el último lado, por la parte trasera de las casas de la calle Saint-Jacques.

—¡Era fácil! —les gritó muy contento tan pronto los vio.

Ambos parecían orgullosos de él y el chico estaba alborozado por ello. Se juró en su fuero interno ser siempre digno de ese honor.

Su abuelo materno lo tomó en sus brazos riendo y le dio unas vueltas, mientras que su padre parecía algo inquieto por dejar a su hijo en aquel triste internado. Es cierto que los dos hombres tenían caracteres tan dispares que veían el mismo mundo como dos universos diferentes. El señor Fronsac estaba perpetuamente inquieto y atemorizado, mientras que el señor Charreton, despreocupado, desbordaba audacia. Había vivido toda clase de aventuras que le habían forjado el carácter, cuando, a los veinte años, se había alistado junto a Enrique el Grande contra la tiranía de los Dieciséis y del duque de Mayenne^[4].

El señor Charreton dejó a su nieto en el suelo.

—El señor abad nos ha llevado a visitar las aulas —explicó a Louis, señalando al joven secretario.

El jesuita sonrió y mostró a Louis una puerta frente al porche que comunicaba la calle Saint-Jacques y el patio.

—Ésa es la clase de los de sexto, muchacho. Al lado se encuentran los refectorios. Señaló la fachada sobre la cual se abría la gran escalera. En lo más alto, en la

cima de una especie de torre, Louis vio un cuadrante solar.

—Por aquí están las clases de quinto y de cuarto —prosiguió—. Las aulas de segundo y de retórica están instaladas en las dos casas de la calle Saint-Jacques, que compramos el año pasado (señaló entonces dos puertas a un lado y otro del porche de entrada). Están también las clases de noveno, octavo y séptimo, pero cuentan con muy pocos alumnos, pues no queremos internos demasiado jóvenes. Están situadas en el primer piso. Entre nosotros les llamamos los Abecedarios.

Sin dejar de hablar, los acompañaba hacia la salida. En el último momento, les señaló una gran puerta de doble batiente a su izquierda, coronada por un crucifijo de piedra.

—Ahí se encuentra la gran capilla. También se puede acceder a ella por la calle los días de gran ceremonia.

La visita había terminado.

Muy lejos, hasta perderse de vista, decenas de rótulos de todos los colores y formas se balanceaban graciosamente en la brisa matinal. Algunos señalaban un comercio o una hostería otros simplemente una casa burguesa.

Echando pie a tierra, la mirada de Louis fue atraída por el más próximo, situado a unos cuantos pasos del porche del colegio, sobre el cual estaba escrito: *La Geste de saint-Michel*. Era un gran panel de madera esculpida que representaba al santo abatiendo a un demonio chorreante de sangre. Mirándolo, el niño se sintió capaz, también él, de vencer a un monstruo semejante.

Su abuelo se acercó. Había observado la mirada brillante de Louis.

—Ése es mucho más bonito —dijo, señalando el escudo de la *Gallée d'or*.

Era el rótulo de la casa de un cambista de oro que representaba un galeón navegando en medio de la marejada.

—¿Tú te embarcaste en un navío, abuelo?

—Varias veces.

—¡Tienes que contármelo!

—Por supuesto. Pero no ahora; apresúrate, que tu padre ya está en la portería.

Uno de los mozos de cuerda esperaba con el pesado baúl a cuestas. Pasaron juntos bajo el porche. «¡Así que era aquí donde iba a estar encerrado durante seis años como mínimo!», pensó Louis, con la garganta seca. No saldría más que para seguir los cursos de la universidad y convertirse en notario como su padre. ¿Eso significaba que jamás conocería la vida de aventura que había llevado su abuelo?

—No será tan terrible, Louis —trató de tranquilizarlo el señor Charreton, adivinando los celos y temores de su nieto—. No olvides que vendremos a buscarte para San Dionisio^[5].

Cuando Louis y su abuelo entraron en la portería, una pequeña pieza a la izquierda del porche, frente al patio, el portero explicaba al señor Fronsac que no

podía acompañar a su hijo hasta su cuarto. Uno de los vigilantes se encargaría de ello. Sólo el mozo de cuerda estaba autorizado a entrar con el baúl.

El niño abrazó a su padre y a su abuelo conteniendo con dificultad las lágrimas. Notó que su padre le deslizaba algo en la mano, y luego se fueron. Ya era un interno.

El vigilante, un clérigo tonsurado de mirada torva y ojos ligeramente rasgados en tomo a una nariz achatada, olía mal.

—¡Seguidme! —ordenó secamente al portabultos y al chico.

Louis obedeció con un sentimiento de curiosidad e inquietud. Atravesaron el patio para tomar la gran escalera situada en medio del cuerpo de edificios de la izquierda. Dos tramos de peldaños separados por un pequeño rellano se sucedían entre cada piso. Subieron hasta el segundo. El palanquín cerraba la marcha jadeando bajo el peso del baúl. En el segundo piso, una escalera más estrecha que la anterior subía a los vastos desvanes. En su primera visita, Louis había observado las tres filas de ventanas en el alto tejado. Había, pues, tres niveles de habitaciones a partir de aquí. ¿Cuál sería la suya? Ojalá no estuviese en lo más alto, donde hacía más frío en invierno y más calor en verano, se inquietó.

La escalera desembocó en un pasillo oscuro donde unas cuantas candelas se consumían en linternas de hierro. Se oía un ruido difuso. Otra escalera, todavía más empinada, subía más alto. Las baldosas de terracota que recubrían el suelo de los dos primeros pisos habían dado paso a un suelo de pino mal desbastado.

Sin una palabra, su guía los condujo al extremo del corredor y llamó a la última puerta antes de abrirla.

Entraron en una especie de largo dormitorio común abuhardillado, iluminado por tres ventanas que sobresalían del tejado. Había cuatro lechos a un lado y cuatro enfrente. No eran más que bastidores de tablones extremadamente estrechos sobre los cuales habían tendido cinchas de cuero. Cada uno estaba separado del siguiente por una cortina colgada de una barra. Las cortinas estaban retiradas y atadas, por lo que se abarcaba toda la extensión del *cubicula*.

Louis avanzó con curiosidad. Entre cada lecho había una minúscula mesa de pino y un escabel de tres pies, así como un cofre o un baúl. Por encima de la mesa, en la pared o en el techo en pendiente, había pegada una imagen santa. Cuando las cortinas estaban echadas, cada cual podía gozar de una cierta intimidad.

Había en la pieza siete muchachos aproximadamente de su edad, así como un sacerdote de sotana. Este último, de unos sesenta años, calvo, lo miró atentamente entrecerrando los ojos como hacen los miopes. Se hallaba cerca de un interno que había desplegado su equipo sobre el lecho. Sin duda, verificaba que estuviese completo. Tres niños estaban a su mesa de trabajo, donde escribían o leían; otros tres estaban sentados en el jergón de un lecho y hablaban a media voz.

—Padre, aquí tiene a su último interno —declaró el guía—. Supongo que le tocará aquí.

Sin esperar respuesta, hizo signos al mozo de cuerda para que posase el cofre

cerca de un lecho vacío, frente a la puerta de entrada. Era el único lugar donde no había ni cofre ni baúl.

—Tú debes de ser Louis Fronsac —supuso el prefecto acercándose, con rostro desabrido—. Acabo con el señor Thibert y paso a examinar tu equipo. Vacía tu baúl y esparce todo el contenido encima —añadió tendiendo el dedo hacia el lecho.

—Sí, padre —obedeció Louis.

Sacó del bolsillo de su toga oscura la llave del cofre que su padre le había deslizado con una moneda de un ochavo^[6] y se puso a abrirlo.

Sintió una mirada posarse sobre él y levantó la cabeza. Su vecino lo observaba. Más bajo que él, y particularmente achaparrado, tenía un rostro cuadrado que mostraba un aire huraño, una especie de cólera contenida. No fueron ni su físico ni su expresión desagradable los que pusieron incómodo a Louis, sino las cejas pelirrojas y la corona de cabellos tonsurada del mismo color de fuego que sobresalía del birrete negro. ¡Jamás había visto un pelirrojo semejante!

—¿Qué miras? —preguntó huraño el chico.

—Yo... perdonad...

Louis bajó los ojos y empezó a vaciar su baúl, pensando en la mala suerte de tener un vecino tan desagradable.

Amontonó cuidadosamente sus camisas, sus calzas, sus toallas y sus escaarpines. Sacó también la manta que su madre había puesto con los dos pares de sábanas. Había ya dos mantas posadas en el lecho, pero como el dormitorio carecía de calefacción, las noches serían glaciales. Probó el jergón. Era recio, de crin, mucho más duro que el colchón de lana que tenía en casa.

Varias veces alzó Louis los ojos hacia el jesuita calvo que seguía comprobando el equipo del tal Thibert. Mantenía una expresión ceñuda, acentuada por unos pliegues profundos alrededor de la boca. «No sería un vigilante cómodo», pensó el niño.

Casi había terminado, cuando los tres chicos que hablaban entre sí se acercaron a él.

—No has tenido suerte con el sitio, pero eras el último —dijo el más alto, apartando los brazos en señal de evidencia—. Yo me llamo Guillaume de Espoisses; mi padre es consejero en el Parlamento de Dijon.

—Yo soy Louis Fronsac; mi padre es notario en la calle de los Quatre-Fils —sonrió Louis.

—Jean Clary. El mío es médico, vivimos en la calle Gaillon —anunció el segundo en latín.

Sus cabellos, muy cortos y rubios como el trigo bajo el birrete negro, ponían de relieve un rostro pálido y delicado de expresión seria y distante.

—Charles Chazelles; mi padre es recaudador de impuestos —declaró el tercero, en tono despreocupado (tenía un rostro rubicundo, acentuado por unos labios carnosos). Yo llegué justo antes que tú.

—¿Este sitio no es bueno? —se inquietó Louis señalando su lecho.

—Es a ti al primero que ven cuando se abre la puerta —replicó Chazelles encogiéndose de hombros—. Si haces algo prohibido, puedes estar seguro de que serás castigado.

—¿Por qué iba a hacer nada prohibido?

—Señores, ¡que no vuelva a oírles hablar en francés! Aquí sólo está permitido hacerlo en latín. La próxima vez les doy un texto de Cicerón para traducir.

Quien así se expresaba era el sacerdote, que se acercaba sin disimular su contrariedad.

—Muchacho —prosiguió en latín—, yo soy el padre Galliffet, prefecto de esta cámara. Voy a examinar tu equipo y a resumirte las principales reglas de vida aquí. Pero te recuerdo que la primera es utilizar la lengua latina.

Se inclinó sobre el lecho y se puso a contar a media voz las ropas que Louis había sacado.

—Veamos, doce camisas, está bien. Cambiarás de camisa cada mes. Lo mismo para los cuellos y manguitos, así como escaarpines y cofias de noche. Hay doce servilletas, guantes, una chaqueta, medias de lana y de algodón, negras, blancas y grises, jarreteras. ¿Dónde están los zapatos?

—Todavía en el baúl, los saco enseguida, padre.

—Dos pares de sábanas de tela... —continuó el prefecto examinando las pilas depositadas en el lecho—. Esto me parece completo. ¿Qué más hay en tu baúl, muchacho?

—Una pequeña escribanía, padre. Hojas de papel, pergamino, plumas, un cortaplumas y un tintero de vidrio con tapón de hierro.

—Perfecto. Dejarás todo esto en la mesa, y, si quieres papel, podrás comprárselo al portero. Te daré un frasco de agua bendita para conservar piadosamente cerca de tu lecho. Yo no duermo en esta cámara, sino al otro lado del pasillo. En mi ausencia, el señor de Tilly es el síndico de los internos de este dormitorio. —Señaló al pelirrojo—. Tanto tú como tus compañeros debéis obedecerle. El señor de Tilly es noble, ha elegido el sacerdocio. Su padre era preboste y oficial del rey, y, por tanto, es el indicado para mandaros. Está prohibido tener objeto alguno bajo llave. La habitación es regularmente registrada y tu baúl debe permanecer abierto. También está prohibido comer en ella. Tienes una bacinilla bajo el lecho. Por la mañana, si está sucia, la bajarás a las letrinas, en el patio, para vaciarla y lavarla. Tus compañeros de cuarto te enseñarán.

El padre jesuita se giró entonces hacia los otros niños.

—Esta habitación es a la vez dormitorio y sala de estudio —dijo—. Cada uno hace su trabajo en su mesa y bajo mi vigilancia. Allí están —señaló el extremo de la cámara, donde se encontraba un estrado con un pupitre que sin duda le estaba destinado— la mesa grande y los bancos, para cuando tengáis que trabajar juntos. Tendréis otro compañero en las horas de estudio, el señor Paul de Gondi, que se aloja en un apartamento al lado del vuestro. El señor de Gondi es un joven considerable,

cuyo padre es general de galeras; dispone, pues, de un criado. Su abuelo, el duque de Retz, era mariscal de Francia. Paul de Gondi es ya abad de Buzay, y será con certeza el próximo arzobispo de París cuando su tío^[7] se retire. Todos le debéis respeto, aunque sea más joven que vosotros.

»Veamos cómo se desarrollará la jornada de estudio de mañana, así como las siguientes: seréis despertados a las cuatro. Cada uno debe lavarse cuidadosamente en las jofainas que se encuentran en ese trincherero. Iréis por turno a buscar agua con esos cántaros a las barricas que hay al lado del pozo y volveréis a bajar el agua sucia para vaciarla en las letrinas, junto con vuestras bacinillas si las habéis utilizado. Mucho ojo porque verificaré el estado de las manos. A continuación, habrá oraciones y una hora de estudio de las Sagradas Escrituras, y luego, limpieza del dormitorio. Después os llevaré al refectorio para un *jentaculum* en torno a una sopa caliente. A partir de ese momento y hasta la tarde, dependeréis del prefecto de estudios y de los vigilantes. Nos volveremos a ver al final de la jornada para reunimos aquí y os haré trabajar hasta la cena, que es a las siete. La campana da las horas regularmente. Después del recreo, volveremos aquí y me quedará con vosotros hasta que acabéis los deberes. Vigilaré también lo que decís en vuestras oraciones. Toda la noche, un guarda nocturno hace rondas para vigilaros. Si os levantáis, si habláis o jugáis, seréis castigados.

Su mirada se paseó por todos los niños hasta detenerse en Louis.

—Tus cabellos son demasiado largos. El *tensor*^[8] te los cortará en corona mañana. Te dejo para que conozcas al resto de tus compañeros mientras yo voy a buscar al padre Amyot, que será vuestro director espiritual y que debe interrogaros.

Se giró de nuevo hacia los otros niños.

—Os preguntará a cada uno por turno mientras los otros trabajan. Allí hay catecismos. Coged uno cada uno y escribidme una página de comentarios sobre el primer capítulo. A mi vuelta, traeré a vuestro vecino, el señor de Gondi, que trabajará con vosotros. Cuando todos os hayáis entrevistado con vuestro director espiritual, y haya sonado la campana, os acompañaré a la capilla para la misa. A continuación, habrá un corto recreo antes de cenar. Los que todavía no lo hayan hecho aprovecharán el tiempo libre para confesarse en la capilla. Hay varios sacerdotes en los confesionarios, pero acostumbraos a dirigiros al padre Amyot. Una vez finalizada la confesión, os entregará un billete de confesión. Debéis estar prestos a mostrarlo en todo momento a cualquier sacerdote que os lo pida.

Los niños se habían acercado para escuchar al padre Galliffet explicar el desarrollo de la jornada. Sólo Gaston de Tilly había permanecido en su lugar con actitud distante. Sin embargo, Louis observó que los ojos vivos del pelirrojo no se perdían nada de lo que pasaba en la pieza.

En vista de que ninguno de los niños solicitaba ninguna aclaración, el prefecto dejó la cámara no sin antes recordar que en su ausencia el señor de Tilly estaba encargado de la disciplina.

Después de su partida, Louis volvió a ordenar su equipo en el baúl, experimentando una sorda inquietud. Antes de dejar su casa, su madre le había dado un saquito de bombones que había deslizado en un zapato. ¿Qué pasaría si lo descubrían, puesto que estaba prohibido comer en el *cubicula*?

Uno de los dos internos a los que todavía no conocía se le acercó entonces. Era gordo y mucho más alto que Louis. Su rostro rubicundo y granujiento mostraba varios dientes rotos en medio de una perpetua sonrisa.

—Yo soy Jehan Le Pontonnier —dijo en francés, arqueando la espalda—. Tengo trece años y mi padre es maestro carnicero en la gran carnicería de la Puerta de París, donde lo sucederé. ¡Ya sé matar un buey!

—¿Tu padre es el que mata a los animales? —preguntó en latín Clary, el hijo del médico, con una mezcla de desprecio y curiosidad.

—¡Pues claro que no! Pero sabe hacerlo y me ha enseñado. Se hace así...

Remedó con sus puños el golpe que los carniceros practicaban en el cráneo de los animales, intentando alcanzar la cabeza de Clary, que retrocedió aterrorizado. Jehan Le Pontonnier estalló en carcajadas.

—Mi padre no corta la carne —prosiguió con despreocupación—. Tenemos criados para eso; él no hace más que vigilar el trabajo. Tiene tres despachos en la gran carnicería y vende cada semana unas doscientas libras parisinas de buena carne.

—El mío es pañero —dijo el tal Thibert—, y me horrorizaría trabajar como un verdugo cortando carnes.

—Pues nosotros tenemos cuatro casas de campo cerca de París, todas bien llenas de muebles —le replicó Jehan Le Pontonnier golpeándole amigablemente la espalda, con tal vigor que el hijo del pañero se desplomó sobre la cama de Louis.

Decididamente, a Jehan Le Pontonnier le gustaba golpear a los demás, observó Louis, que se prometió prestar atención y no quedar demasiado cerca de él.

El último niño no había intervenido. Se limitaba a mirarlos en silencio. Louis observó por el rabillo del ojo que, si el hijo del pañero estaba vestido con buena tela de lana, éste sólo llevaba ropa de droguete, un tejido tosco de bajo precio. Tenía un rostro demacrado, cubierto de pecas, y ojos negros profundamente hundidos.

—¿Y tú, qué? ¿Qué hace tu padre? —le preguntó.

—Es cerrajero —respondió simplemente el niño.

Se quedó silencioso un momento antes de añadir:

—Me llamo Jacques Hérisson.

—Espero que nos llevemos bien —se congració con él Louis—. Creo que ahora deberíamos hacer los deberes.

Los otros asintieron y cada cual se dirigió hacia el estrado donde se encontraba el pupitre del padre Galliffet para coger un catecismo. Sólo el pelirrojo se quedó a leer un libro en su mesa, como si aquello no le interesase. Louis tomó dos de los libros piadosos y le llevó uno.

—¿Qué lees? —le preguntó, dándole la obra.

—*Commentarii De Bello Gallico* —respondió Tilly, mostrándole la guarda del libro.

La obra era muy bella, encuadernada en piel marrón.

—¿Es tuya? —preguntó Louis con envidia.

—No. Yo llegué aquí el primero, y como estaba solo en el cuarto, el padre Galliffet me autorizó a cogerlo en la biblioteca.

—¿Hay una biblioteca?

—Evidentemente —replicó Tilly encogiéndose de hombros—. Si quieres leer, tienes derecho a una obra por semana, pero sólo puede ser un libro relacionado con los estudios.

—Y para un futuro sacerdote, ¿el conocimiento de la guerra de los galos forma parte de sus estudios? —dijo Louis intentando bromear.

—¡Jamás seré sacerdote! —replicó Tilly secamente—. Yo voy a ser soldado.

Sorprendido por la salida, Louis enmudeció y se instaló en su mesa.

El joven pelirrojo abrió el catecismo y empezó a recorrerlo distraídamente. La pregunta del hijo del notario, demasiado curioso, acababa de reavivar sus tormentos.

Hacía dos días que estaba allí y no había dejado de llorar cada vez que se encontraba solo. Ahora, con todos sus compañeros, tendría que dominarse. Diciéndose esto, sintió de nuevo brotar sus lágrimas.

¡Solo! Estaba solo, y lo estaría durante años. Pensó en sus padres y enjugó discretamente las lágrimas con la manga.

Ya no era capaz de evocar la imagen de sus padres. Hacía siete años que habían muerto. Siete años que estaba solo, aunque su tío se hubiese ocupado un poco de él, enseñándole sobre todo a pelear.

Apretó los dientes y tomó su pluma, que empezó a cortar rabiosamente antes de ponerse a escribir.

«Seré valiente —se juró—. Para que mis padres, que me observan desde el cielo, estén orgullosos de mí».

Louis iba a empezar a escribir cuando echó una breve ojeada a su vecino. Vio entonces las lágrimas al borde de sus párpados y bajó los ojos para que el pelirrojo no se diese cuenta de su indiscreción.

Su compañero era desgraciado. Mucho más desgraciado que él.

En el dormitorio, trabajaba cada uno en sus comentarios, y, si a veces se oían algunos murmullos, eran las explicaciones que un alumno pedía a su vecino sobre el texto del catecismo.

El padre Galliffet volvió con un hombre bajo y regordete de sotana negra finamente bordada en el cuello. Un niño los seguía. Era bajito, moreno de piel, de nariz chata y con los cabellos rizados formando tonsura. De entrada, parecía más un mulato que un abad. ¿Era aquél el futuro arzobispo de París?

—Señor de Gondi, instalaos en la mesa y coged un catecismo. Haréis un comentario en latín sobre el capítulo primero.

Gondi llevaba una escribanía de ébano y, sin saludar a nadie, se dirigió hacia el fondo del dormitorio.

—¿Alguno de vosotros ha terminado? —preguntó el prefecto.

Nadie respondió. El padre Galliffet se arrimó a Louis, que estaba más cerca de él, para examinar su trabajo. Leyó por encima del hombro lo que había escrito y luego hizo un signo al padre Amyot para que se acercase.

—¡Muy bien! —reconoció el director espiritual tras haber leído el trabajo del niño—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Louis Fronsac, padre.

—Casi has terminado. Empezaré por ti. Sígueme.

Louis lo acompañó a la cámara situada frente a la suya. Era una celda de paredes vacías y blancas que no contenía más que un jergón sobre un lecho de tablas y un taburete. Una simple cruz estaba colgada encima de la cama. Una pequeña estantería soportaba una docena de libros.

Dejando a Louis de pie, el padre Amyot se sentó en el taburete y se puso a interrogarlo sobre su familia, sobre la escuela a la que había asistido, sobre la parroquia Saint-Merry que frecuentaba y sobre sus conocimientos de catecismo. A continuación, le preguntó por su fe en Jesús, su madre la Virgen María y los santos. Después le habló de la mentira, de la obediencia y sobre todo de su salvación. En fin, le describió con todo lujo de detalles —como si los hubiese conocido personalmente— el infierno y los suplicios practicados por los demonios durante toda la eternidad.

Cada semana —precisó para terminar— lo interrogaría acerca de su conducta y sobre todo acerca de los sentimientos y las tentaciones que había experimentado. Nada debería serle disimulado a fin de que, poco a poco, siguiendo los consejos de los padres jesuitas, pudiese convertirse en un buen cristiano y un fiel súbdito del Santo Padre.

Luego lo acompañó a su dormitorio y se fue con Clary, el hijo del médico.

Todos sufrieron el mismo interrogatorio, salvo Gaston de Tilly, que ya había sido preguntado la víspera.

Gondi fue el último en pasar. Había terminado su trabajo, escrito muy rápido y sin dificultad aparente. Louis sorprendió una conversación a media voz entre Galliffet y Amyot. Paul de Gondi hablaba y escribía perfectamente en latín y, para su edad, tenía una mente asombrosamente fina, explicaba Galliffet.

Cuando el último alumno del dormitorio pasó con el padre Amyot, cada niño debió verificar que su toga negra estaba perfectamente limpia para ir a misa. El

castigo era muy severo, les explicó el prefecto, si se descubría la menor mancha en la ropa de un interno entrando en la casa del Señor. Les previno también de que estarían muy apretados en la capilla. Había cerca de trescientos internos; también los mayores irían a escuchar la misa a la capilla de los sacerdotes que se hallaba al fondo del patio, cerca de los refectorios.

Salieron en fila de a dos y en silencio, después de haber cogido su servilleta, que dejarían a continuación en el refectorio. Louis se encontró al lado del pelirrojo.

—Sé por dónde se entra en la capilla —le susurró en francés.

—Yo también, estuve allí ayer. Es en el patio, frente a los refectorios.

Louis le sonrió, en señal de aprobación cómplice, pero el pelirrojo permaneció impassible.

Otros grupos de niños se reunieron con ellos en cada uno de los rellanos; luego, en el patio, su prefecto los condujo a la capilla, donde les mandó instalarse en un banco, en una fila a un lado de la pequeña iglesia. La liturgia fue breve pero seguida de largos comentarios de las Escrituras, por supuesto en latín. A Louis empezó a abrísele el apetito. Se le hizo la boca agua pensando en sus bombones, no sin sentir un escalofrío de inquietud ante la idea de que el prefecto pudiera descubrirlos registrando sus cosas.

Al fin los dejaron libres y se quedaron en el patio mientras otros alumnos iban a confesarse. Hacía frío. Louis pensó que debería haberse puesto una chaqueta caliente bajo su toga. No sabía qué hacer y erró un momento solo observando el lugar, sobre el que se iba extendiendo la oscuridad. Había algunos grupos constituidos, visiblemente por edad y por clase social. Uno de los más nutridos estaba reunido en torno a un joven de dieciocho años cuyas medias y camisa de seda aparecían ostensiblemente bajo su toga de terciopelo negro. Tenía un rostro afable y lucía una cabellera más larga de lo que estaba autorizado. A Louis le habría gustado saber quién era, pero no osó preguntarlo.

Examinó luego el gran pozo, en el centro del patio. Dos gruesas barricas llenas de agua estaban colocadas a una parte y otra, sin duda rellenas regularmente por algún criado. Tazas de barro desportilladas estaban posadas en una piedra cerca del brocal para que cada cual pudiese saciar su sed.

Los alumnos más antiguos parecían conocer costumbres que él ignoraba todavía. Volvían de la portería con pelotas o con cañas para practicar esgrima. «¿Habría otros juegos?», se preguntó Louis mientras observaba a Jacques Hérisson, que venía de las letrinas. Jacques lo vio a su vez y se dirigió hacia él sonriendo.

—¿Tus padres viven en París? —le preguntó Louis cuando se hubo reunido con él.

—No, en Senlis. No volveré a casa hasta Navidad —respondió tristemente el niño—. ¿Y tú?

Para no apenarlo, Louis prefirió no confesarle que volvería a casa cada festivo.

—Todavía no sé...

—¡Pero ahora lo que tengo es hambre! —anunció el hijo del cerrajero con una sonrisa feliz.

—¡Yo también! ¡Vaya!, ahí está mi vecino de cama, el señor de Tilly. Está aquí hace dos días, según me ha dicho. Él podrá decirnos si se come bien en el refectorio.

Se acercaron al pelirrojo, que parecía interesado en una lucha de cañas entre dos alumnos de cuarto.

—Señor de Tilly, ¿la cena de ayer era buena? —le preguntó Louis en latín.

El niño pareció sorprendido de que lo abordasen así.

—No me fijé. Me la comí sin pensar —respondió—. Si queréis saberlo, podéis ir a mirarlo al lado de la puerta del segundo refectorio: ponen allí los menús de cada semana.

A Jacques y a Louis se lo impidió la campana, que sonaba en ese momento invitándolos a cenar. Todos los alumnos se reagruparon por dormitorios delante de los dos refectorios, situados, como la cocina, en la planta baja. Su prefecto de cámara, que estaba aguardándolos, les presentó a un religioso que se aseguraría del buen orden en la mesa. Luego se hizo el silencio y el prefecto de refectorio encargado de la vigilancia general de las dos salas —un sacerdote de rostro ascético y mirada penetrante— les detalló secamente las cuatro reglas que tendrían que observar durante la comida: no hablar, ser limpio, obedecer y orar. Toda infracción a estos mandamientos sería castigada.

Se leerían los Evangelios y los mejores deberes de los internos. Una vez por semana el rector les recordaría el reglamento del colegio y la lista de castigos, añadió.

Había dos refectorios, separados por la escalera principal y que se comunicaban por una galería situada bajo los peldaños. Aquel en el que se encontraban los de sexto era casi tan ancho como largo y contenía una docena de inmensas mesas de roble colocadas en el medio y a lo largo de las paredes. Todas estaban rodeadas de sólidos bancos apoyados sobre pies de carpintería o sobre modillones de hierro fijados a las paredes. En un extremo se encontraba un estrado de cinco pies de ancho que soportaba asimismo una mesa y unos bancos. En un rincón se alzaba un elevado púlpito de lectura, al que se accedía por unos peldaños de madera de roble.

Su vigilante los condujo a una mesa cubierta con un mantel gris donde se sentaron con otros alumnos. Vajilla de terracota, cuchillo y cuchara estaban apilados en la mesa, y todos cogieron sendos servicios antes de colocarse a su antojo. Louis se encontró entre Hérisson y Tilly. Jehan Le Pontonnier se colocó al lado del pelirrojo.

El religioso se instaló en el extremo de la mesa y ellos permanecieron de pie en silencio mientras el rector y los ministros jesuitas que dirigían la casa subían para instalarse en el estrado. Louis reconoció por su rostro redondo y su nariz aguileña al prefecto de estudios, el padre Louis Cellot, que lo había interrogado a su llegada. Se descubrieron todos cuando el rector empezó el *benedícite*. A continuación, el padre Cellot les leyó el reglamento del colegio y la lista de las sanciones en caso de falta, y luego pudieron sentarse.

Louis era de natural curioso y tomaba nota mentalmente de todo lo que descubría. La sala estaba agradablemente caldeada por dos grandes chimeneas de asador y hornillos de hierro. Cada mesa estaba iluminada por dos gruesas candelas de sebo de buey. Las ventanas que daban al patio apenas proporcionaban luz, puesto que fuera ya estaba oscuro, pero sobre todo porque estaban protegidas por gruesos enrejados. Desde allí podían verse las cocinas, que bullían de actividad y de gente. Todo aquello tenía muy buena pinta, y su estómago protestaba de hambre.

—¿Quiénes son los sacerdotes del estrado? —preguntó Louis a Tilly en voz baja.

—Los procuradores, los profesores y los maestros —respondió el pelirrojo en voz baja.

—¿Qué diferencia hay entre los profesores y los maestros?

—Los profesores son más antiguos y más reputados. Los maestros son más jóvenes, pero les llamamos regentes a todos.

Un criado distribuyó una enorme hogaza de pan en cada mesa y uno de los niños, cercano al vigilante de mesa, fue el encargado de cortar una rebanada para cada uno, mientras otros dos iban a buscar agua al pozo en dos gruesos cántaros. Luego les llevaron la sopa de puerros en un enorme recipiente de cobre y el pinche de cocina vertió una ración directamente en cada plato. El mismo marmitón volvió enseguida con dos frascos de vino, uno para el vigilante y el otro para servir un vaso a cada alumno.

Cuando hubo acabado su sopa y su pan, el hijo del carnicero preguntó en voz baja a su vecino Gaston de Tilly:

—¿Tú vives en un castillo?

—No —dijo el pelirrojo.

—¿Tienes un título? ¿Debemos llamarte señor conde o señor marqués? —preguntó de nuevo Jehan en plan chistoso.

—Mi padre era caballero y señor de Tilly —murmuró Gaston con voz rota—. Mi hermano es el nuevo señor.

—¿Tu padre ha muerto? ¿En la guerra? —preguntó de nuevo el hijo del carnicero.

Tilly no respondió. Bajó los ojos hacia su plato y empezó a rebañarlo cuidadosamente con su pan.

—¿Habéis visto que el señor de Gondi está en aquella mesa de allí? —susurró Louis, que había comprendido que su vecino no quería decir nada más.

Algunas miradas se volvieron hacia una mesa central donde se encontraban los alumnos más afortunados. Éstos eran servidos por criados, que habían hecho traer cestas de comida de un asador cercano. Compartían capones, patés y caza.

Jehan Le Pontonnier giró los ojos y castañeteó los dientes haciéndose el hambriento, lo que despertó la hilaridad de los otros niños y provocó una intervención del prefecto. Jacques Hérisson dio un discreto codazo a Louis y le señaló, con un ademán, otra mesa donde se encontraban unos internos con ropas de tela más gris que negra. Éstos habían comido pan negro y no les habían servido vino.

El hijo del cerrajero lo interrogó con la mirada, pero Louis le devolvió la pregunta. ¿Por qué esos internos eran peor tratados que ellos? ¿Serían los becarios de los que había hablado el rector?

Después de la espesa sopa, les sirvieron fruta y bizcochos secos muy duros. Louis observó que a los internos que habían comido pan negro no les daban bizcochos.

La comida terminó con una breve oración; luego el vigilante hizo apilar platos y cubiertos y les mostró la alacena donde deberían dejar su servilleta. Dos niños llevaron los servicios a la cocina y cada conjunto de comensales salió a su vez.

En el patio, Jacques, Gaston y Jehan se quedaron un momento con Louis. Estaba oscuro. Los corrillos se habían formado de nuevo y vieron a Gondi con algunos jóvenes aristócratas. Louis se sentía halagado de que Tilly permaneciese con ellos, y no con los de su casta. Para romper el silencio, le preguntó por curiosidad:

—Había una mesa donde los internos comían pan negro y ningún bizcocho. ¿Son los becarios?

—Sí. No tienen a nadie que pague sus estudios, pues proceden de familias muy pobres, aunque a veces de alcurnia. Los sacerdotes no quieren que olviden jamás su pobreza; por esa razón su ropa es de tela grisácea. Y por eso mismo, en la mesa, reciben raciones más pequeñas que nosotros, o incluso una comida peor. En cambio, tienen derecho a los restos de nuestra comida, a las limosnas y a los objetos encontrados. También son mucho más piadosos que nosotros, y, cuando sean ordenados sacerdotes, irán a evangelizar la Nueva Francia, la China u Oriente.

Empezaba a refrescar, y caminaron para entrar en calor. Cerca de una de las linternas de sebo encendidas en una fachada, dos adolescentes hacían un asalto con cañas. Se acercaron. Tilly parecía embelesado; «claro que era noble —pensó Louis—, y debía de tener afición a la esgrima». Él sería incapaz de utilizar una caña con aquella soltura.

Abandonó a sus amigos para ir a las letrinas situadas enfrente del refectorio. Era una pieza oscura y hedionda, todo a lo largo, con asientos de piedra sobre una grada de piedra. Encontró un asiento libre. Las deyecciones caían en una zanja a la que un criado acudía regularmente a arrojar un balde de agua extraída del pozo. Todo iba a parar luego a una fosa retranqueada que sin duda era vaciada cada día.

La campana sonó mientras Louis se reunía con Jacques Hérisson, Jehan Le Pontonnier y Gaston de Tilly.

Volvieron juntos hacia la escalera, donde se encontraban ya los prefectos de cámara. El suyo verificó que estaban todos allí y se aseguró de que Paul de Gondi estaba también presente, antes de conducirlos a su cuarto exigiendo silencio. A lo largo de los pasillos y en la escalera, las lámparas de aceite instaladas en sus nichos enrejados apenas permitían ver a unos pasos ante ellos, difundiendo una acre humareda. Afortunadamente, también había algunas linternas.

En la habitación, el rector pidió a Jacques Hérison y a Jehan Le Pontonnier que fuesen a llenar los cántaros de agua al pozo para el día siguiente. Tendrían este cometido por turnos, al final del día o de la mañana.

Esta noche —prosiguió cuando volvieron los dos internos—, como no tenían trabajo, podrían acostarse temprano, pero al día siguiente deberían trabajar en su mesa a la luz de una candela humeante pinchada en una pequeña palmatoria de hierro. La iluminación debía ser economizada, puntualizó. Sólo él tenía la llave del cofre de las velas, y cuando faltasen, trabajarían todos en la mesa grande utilizando una sola vela.

En una semioscuridad, se enfundaron en ropa de mucho abrigo para la noche. Louis observó con alivio que nadie había descubierto sus bombones.

Oyó la campana que señalaba el comienzo de las oraciones y la extinción de los fuegos. Mientras las voces de los niños arrodillados subían al unísono en la penumbra, *Ave Maria, gracia plena, Dominus tecum...* Louis se dio cuenta de que su vecino apenas articulaba. Prestó un poco más de atención y se fijó en que Gaston de Tilly no recitaba ni el *Ave Maria* ni el *Pater Noster*.

Se acostaron y el prefecto, con la linterna en la mano, pasó delante de cada lecho para verificar que todo estaba en orden y que las cortinas estaban echadas entre los lechos. Hecho esto, deseó buenas noches a todos y salió.

En el silencio nocturno se oyeron todavía algunos cuchicheos discretos. Louis aprovechó la oportunidad.

—¿Quieres un bombón? Mi madre me dio un paquete —le dijo a su vecino.

No habiendo obtenido respuesta, Louis se dijo que se había equivocado. Gaston de Tilly era sin duda demasiado orgulloso para aceptar. Sin embargo, al cabo de un largo minuto, le oyó murmurar:

—Sí, muchas gracias.

Louis tendió el brazo entre los paños de la cortina. Su vecino encontró su mano y cogió el bombón. Los comieron en silencio.

Al cabo de un momento, cuando creía a Gaston dormido, Louis oyó estas palabras murmuradas con voz débil:

—Qué suerte tienes. Mi madre ha muerto.

Se hizo el silencio en la habitación. A Louis le habría gustado hablar un poco más con Gaston, pero lo había notado tan desgraciado, que no sabía qué decir. Se giró varias veces en su jergón demasiado fino. Sentía los duros listones de madera bajo su cuerpo y añoró su colchón de lana. Pensó también con inquietud en el frío del invierno. En casa dormía en una pequeña alcoba que daba a la cámara de sus padres, equipada con una chimenea. No sabía lo que era pasar frío.

«¿Cómo se desarrollaría la jornada del día siguiente?», se preguntó. Se sentía a la vez angustiado e impaciente. Varios niños dormían ya y él no lograba conciliar el sueño.

Fue entonces cuando oyó las voces. Los murmullos, mejor dicho.

Se quedó paralizado, tratando de adivinar de dónde venían y qué palabras eran pronunciadas.

No lograba identificar nada. Sin embargo, creyó distinguir varias veces las palabras *Caussin* y *Filleau*. ¿Era al rector a quien se dirigían?

Se quedó completamente inmóvil. Las voces procedían del suelo. Del piso. Hubo algunas palabras que sonaron algo más fuerte: *Diego Mendoza*, luego *Thomas*, así como *Vitelleschi* y *Cotton*.

Vitelleschi era el prepósito general de los jesuitas. ¿Quién hablaba así de él? ¿Y a qué se refería algodón, a una tela de algodón o a un jubón?

Entonces distinguió otras palabras: *jamás... matrimonio... reina... Buckingham...* ¿Qué quería decir esta última palabra?

Los murmullos debieron de surtir un efecto hipnótico, pues se durmió sin darse cuenta.

2

En su sueño, la campana no dejaba de sonar, pero tuvieron que sacudirlo para que Louis tomase conciencia de dónde estaba.

Las llamas de las linternas con velas de sebo colgadas de las vigas del techo parpadeaban débilmente. El prefecto había retirado su cortina. Era él quien lo había zarandeado. Su vecino, Gaston de Tilly, estaba ya sentado en el lecho y se frotaba los ojos.

—¡Espabilad, perezosos! —les reñía el prefecto—. ¡Tenéis que asearos y bajar a las letrinas antes de vuestras oraciones!

Louis se levantó. Tenía frío. Estaba oscuro. Añoraba su casa. Miró a sus compañeros, que estaban todavía sentados en el lecho.

Jacques Hérisson y Guillaume de Espoisses practicaban un aseo seco frotándose el rostro y las manos con gamuzas perfumadas. Chazelles y Thibert se friccionaban con polvo de violeta para eliminar los malos olores. Le Pontonnier apartaba indolente los piojos que corrían amorosamente por su jergón. Aparentemente ninguno de los internos había ido hasta los barreños del trincherero.

Louis sacó de su baúl la pastilla de jabón de almendra y el jabón de Castres que su madre le había dado para lavarse la cara y las manos. Contrariamente a sus compañeros, no tenía miedo al agua. El despacho familiar poseía una gran cisterna bajo la casa y su madre velaba porque toda la gente a su cargo se mantuviese limpia. En su casa nadie podía limitarse al aseo seco, y los criados debían mantener las manos lo más limpias posible si querían permanecer al servicio de la señora Fronsac.

Se dirigió al trincherero y vació un poco de agua de un cántaro en una de las jofainas de barro, luego mojó el rostro y se pasó la pastilla de jabón de almendra por la frente y las mejillas antes de enjuagarse. A continuación se lavó las manos con el jabón de Castres.

—¿Tú te mojas? —se asombró Gaston observándolo.

—Me obliga mi madre —se excusó Louis.

Gaston se entristeció pensando que él habría querido que la suya lo obligase a hacer lo mismo.

—¿No temes contraer enfermedades? —preguntó Jacques Hérisson, el hijo del cerrajero, que se había acercado con curiosidad a los barreños.

Louis se encogió de hombros.

—Son los piojos los que traen las enfermedades —le replicó.

Guillaume de Espoisses, el hijo del consejero del Parlamento, acababa de enfundarse sus calzas.

—Lavarse la cara con agua engendra males de dientes y catarros —intervino doctamente—. También hace palidecer la piel y la vuelve sensible al frío. ¡Todo el mundo lo sabe!

—Es cierto —convino Gaston—. Un criado me aseguró que el agua, al penetrar

por los poros de la piel, deposita en ella sus gérmenes. Además, el agua hace perder a la piel todo su vigor.

—La grasa nos protege —se rió Guillaume de Espoisses.

—Sin embargo, mi padre me aconseja que me lave las manos una vez al día con mi pastilla de jabón de almendra —observó Jean Clary, el hijo del médico— y que utilice regularmente mi bayeta. También te puedes limpiar con yema de huevo.

—La grasa quizá te proteja —ironizó Louis—, pero no te impide oler a sobaco.

—Basta con utilizar el polvo de violeta y de rosa, así como pastillas de anís para el aliento —replicó Chazelles encogiéndose de hombros.

—Mi madre utiliza la flor de romero contra el mal olor —declaró Le Pontonnier.

Gaston se había levantado y había cogido la pastilla de jabón de almendra que Louis había dejado cerca de la jofaina. Se la llevó a la nariz.

—Huele bien. ¿Me la prestas?

Louis asintió poniéndose su camisa de lana.

—Los que estén listos pueden ir a las letrinas —determinó el prefecto—. Mucho ojo: no quiero ningún ruido en las escaleras. Yo iré con los últimos. Antes de bajar, llevad el agua sucia, y no vayáis a tirarla por ahí.

Louis se enfundó rápidamente sus medias de algodón gris, sus calzas de tela, que le llegaban a las rodillas, y su jubón de mangas. Se echó la toga por encima y se encasquetó el bonete.

—¡Espérame! —le pidió Gaston, que finalmente se había lavado las manos en la segunda jofaina con la pastilla de jabón de almendra.

Los primeros niños habían bajado ya. Louis, Gaston, que llevaba una jofaina de agua sucia para vaciar, y Jean Clary se reunieron con ellos, acompañados del prefecto. En el patio, una larga cola se había formado delante de las letrinas. Había cerca de trescientos internos y todos necesitaban utilizarlas.

De vuelta en su cuarto, los niños, junto con Gaston, que había vuelto a subir la jofaina llena de agua limpia, dijeron sus oraciones bajo la vigilancia del prefecto, quien les comentó detenidamente el *Pater Noster* insistiendo en la adoración y la obediencia que debían a su Creador. A continuación, arreglaron el dormitorio antes de trabajar durante una hora en el estudio de las Sagradas Escrituras. Barrer y limpiar fueron particularmente penosos, pues el prefecto verificaba si chinches y piojos habían desaparecido de las camas y, en caso contrario, no dudaba en obligarlos a sacudir varias veces las sábanas por la ventana. A Le Pontonnier no le quedó más remedio que despedirse de sus afectuosos piojos.

Tenían tanta hambre que la campana de las seis y media fue una liberación; bajaron en silencio hacia el *jentaculum*. Sin embargo, no les dieron más que una taza de sopa con pan. Sólo los mayores tuvieron derecho a un vaso de vino reparador.

Subieron de nuevo a buscar papel, tinteros, plumas y lápices, luego se quedaron

en el patio hasta la campana de las ocho y cuarto, que señalaba la primera clase.

Este primer recreo permitió a Louis y a Gaston, que se habían quedado juntos, examinar a los externos a medida que iban llegando. Todos vestían toga y birrete, pero, fijándose con atención, Louis conseguía adivinar el estado de cada uno. Había hijos de comerciantes y de artesanos, reconocibles por su camisa de tela y sus zapatos gastados. Muchos llevaban también calzas de tela. Había externos provenientes de la magistratura y de los oficios, que adoptaban ya el aire grave y acompasado de su padre. Éstos llevaban medias negras bajo su toga de sarga. Por último, estaban los nobles, fácilmente identificables con sus cabellos rizados con tenazas, sus calzas bordadas de pasamanería o sus medias multicolores, que asomaban intencionadamente bajo sus togas de terciopelo demasiado cortas. Muchos mostraban una actitud distante hacia los plebeyos. Los mayores habían dejado su espada en la portería, pero conservaban en la mano la ficha de madera para presumir de que habían venido armados.

El prefecto de cámara había indicado su clase a sus internos. Era la sala más grande que se abría al patio, la situada a la izquierda de la capilla de los padres jesuitas. Les había avisado también de que serían en torno a ciento cuarenta alumnos y que debían entrar sin empujones.

Cuando sonó la campana, se ordenaron en filas de cuatro, algunos impacientes, otros más preocupados. Un vigilante arisco los hizo avanzar en silencio y los fue colocando a medida que iban entrando. Los más pequeños estaban delante, pero dejó vacías dos filas de bancos justo delante del pupitre del regente.

Éste estaba ya en su cátedra de madera esculpida, situada a una toesa^[9] del suelo, a la cual se accedía por peldaños de madera. Era un hombre de edad, seco y delgado, cargado de espaldas, de nariz aguileña y barbilla prominente. Ataviado con su sotana negra de cuello cuadrado blanco almidonado, examinaba a los alumnos con expresión altanera y casi malévola mientras se instalaban.

Louis calculó que la mayor parte de los escolares tenían su edad —doce años—, pero los había también más pequeños, de apenas diez años, y, sobre todo, mayores, de trece o catorce. Algunos parecían incluso adultos. A los primeros en llegar, instalados delante, les tocaron en suerte pequeños pupitres; a los demás, simples bancos —ése fue el caso de Louis y de Gaston—, así que tuvieron que escribir sobre sus rodillas. Por suerte, disponían de una tablilla. Los que, como Louis, tenían un tintero y plumas de oca los dejaron en el suelo, a sus pies, pero muchos, como Gaston, no tenían más que lápices, que debían afilar con frecuencia.

Cuando todos los internos se hubieron colocado, fue el turno de los becarios y luego de los externos, muchos de los cuales no tuvieron sitio en los bancos. Todo el mundo se había quedado de pie, con el gorro en la cabeza, esperando respetuosamente a que el maestro hablase.

Un vigilante agitó una campanilla y se hizo el silencio.

Los alumnos se sacaron su birrete negro y uno de los vigilantes empezó a recitar

el *Pater Noster*, que todos acompañaron a coro. Cuando hubieron terminado, se hizo de nuevo el silencio durante unos largos segundos.

—Yo soy el padre Camus, vuestro maestro de gramática latina —empezó por fin el profesor en un latín sibilante—. Estaréis conmigo todo el año, por la mañana, durante dos horas. Trabajaréis aquí la gramática latina, el estudio de los géneros y las declinaciones. A fin de curso sabréis de memoria a Cicerón y a Catón. Todas las tardes seguiréis el curso de Sagradas Escrituras del padre Louis de La Salle y, después de Pascuas, un curso de griego. Los vigilantes van a distribuir ahora una gramática cada dos internos. Los externos la comprarán y los becarios la consultarán en la biblioteca, donde también utilizaréis los diccionarios.

»¿Veis esos dos bancos delanteros que están todavía libres? Son los puestos de honor que ocuparán cada mes los mejores alumnos. El sábado me entregaréis los deberes y, a partir del lunes, esos bancos serán ocupados por los mejores. El primero de la clase será el *imperator*; los siguientes serán cónsules, censores, tribunos y decuriones en función de su clasificación. Otros serán simplemente senadores. Los alumnos así clasificados formarán los magistrados de la clase. Los otros les deberán obediencia.

»Los decuriones tendrán a sus órdenes a una decuria de alumnos, a los que harán trabajar. Las decurias serán también clasificadas según sus resultados, de modo que la primera decuria estará compuesta por la élite de la clase. Las decurias librarán desafíos en las declamaciones y alegatos públicos. A partir del lunes, cada decuria ocupará un banco con su decurión en el extremo, que será el responsable ante mí y ante los prefectos. Anotará las ausencias, tomará las lecciones y recogerá los deberes.

»Además, la clase estará dividida en dos campos separados por el pasillo central. A mi derecha, los romanos, y a mi izquierda, los cartagineses. Cada campo tendrá sus propios magistrados. Habrá, pues, dos cónsules, dos censores, dos tribunos y un número igual de decuriones y senadores en cada campo. El *imperator* de la clase será el mejor de los dos cónsules. Que todos y cada uno, en su campo, pongan empeño en hacerlo triunfar. Deseo que haya cada mes, entre vosotros, una lucha sin cuartel por la victoria de vuestro campo.

«Tendréis cada semana deberes escritos y preguntas orales, así como las *declamatio*. Cada vez habrá un duelo entre un representante de Roma y uno de Cartago. Cuando los magistrados de cada partido hagan recitar públicamente las lecciones, los decuriones se pondrán de acuerdo a fin de que a cada alumno de un campo corresponda otro alumno del otro campo. Tendréis, por tanto, cada uno el mismo adversario todo el año. Los perdedores harán perder a su pueblo, no lo olvidéis nunca. Es vuestra responsabilidad, pues, saber de memoria vuestras lecciones para no humillar a vuestros compañeros.

Bruscamente, la voz de su profesor subió un tono y se volvió amenazadora.

—Sin embargo, pese a esta competencia, algunos de vosotros no trabajarán lo suficiente, simplemente porque son perezosos o negligentes. Serán castigados. El

castigo puede ir desde la privación del recreo o la comida hasta el látigo, infligido en la habitación y, en los casos más graves, públicamente. Los insolentes y perniciosos serán encerrados varios días en la cámara de las meditaciones. Debo preveniros: es una estancia tan terrible que preferiréis el látigo.

»Ahora poneos de nuevo vuestros birretes, sentaos y escribid. Voy a dictaros un texto de Cicerón que traduciréis. Irá seguido de un tema. Entregaréis este trabajo el sábado a vuestro decurión, que, provisionalmente, será el alumno sentado en el extremo de cada banco del lado del pasillo central. El lunes próximo habré corregido los deberes y os comunicaré la clasificación del mes.

Louis miró al final de su banco y vio que estaba ocupado por el hijo del carnicero, Jehan Le Pontonnier. Era él quien iba a ser su decurión.

El dictado en latín duró una hora, y la traducción del texto al francés, otro tanto. La campana fue un alivio para todos los alumnos, que tenían los dedos entumecidos.

Salieron para volver a encontrarse en la misa, donde estuvieron todavía más apretados que la víspera, pues la capilla de los jesuitas, situada cerca del refectorio, había sido reservada para los sacerdotes visitantes.

Después del oficio, varios alumnos se fueron hasta el tablero donde estaban fijados los menús y los comentaron. Por fin, sonó la campana del almuerzo de las once.

Encontraron rápidamente su sitio en la mesa, pues todos estaban hambrientos. Después de una espesa sopa de repollo con pasta de Italia, les sirvieron nabos y una minúscula porción de despojos de cerdo. De postre, natillas y una pieza de fruta. Como la víspera, a los internos más ricos, que comían en una mesa aparte, los dueños de establecimientos de asados les sirvieron cestas de patés y platos de caza. En cuanto a los becarios, recibieron una ración de sopa tan abundante como la de los internos, pero una minúscula de nabo y tocino en lugar del cerdo. Por supuesto, nada de natillas.

Louis reparó en que una mesa estaba integrada únicamente por sacerdotes visitantes. Uno de ellos, bastante joven, tenía los cabellos en corona tan rojos como los de Gaston de Tilly y pobladas y llamativas cejas. Fronsac se lo señaló a su amigo y le hizo observar riendo que si un día era jesuita se le parecería. Pero la ocurrencia no le hizo ninguna gracia a Gaston.

El recreo siguiente permitió al fin relajar la tensión que todos habían acumulado desde el comienzo de la mañana. Como la víspera, Louis observó que los alumnos más antiguos iban a buscar juegos a la portería. Propuso a Jacques Hérisson y a Gaston, todavía molesto con su ocurrencia, acompañarlo para saber cómo obtenerlos.

Tuvieron que esperar su turno y no pudieron elegir más que los últimos juegos. Había cañas para la práctica de la esgrima, peonzas, pelotas, aros, chitos, anillos, bolos con sus bolas e incluso juegos de damas y ajedrez.

El encargado del préstamo escribía su nombre en un registro y aconsejaba devolver el juego cuando sonase la campana, so pena de ser castigados.

Pidieron un juego de bolos y se instalaron al lado de la capilla, donde rápidamente se reunió con ellos Le Pontonnier.

Cuando sonó la campana, estaban todos impacientes por empezar con la clase de Sagradas Escrituras. Su profesor, el padre La Salle, era muy distinto del maestro de gramática latina: parecía amable y solícito con sus alumnos. Les describió la organización de la clase, que sería la misma que en gramática latina, pero no les habló de castigos. Su forma de abordar los Evangelios apasionó a los niños, y todos aceptaron de buen grado el trabajo de latín para el día siguiente.

La jornada del día siguiente fue similar a la de la víspera. Salvo que el tiempo cambió, y el viento, que viró a sur, trajo continuas borrascas.

Aunque el reglamento los obligaba a estar siempre con su prefecto de cámara, o en el patio, bajo la vigilancia de los prefectos de recreo, Louis y Gaston enseguida se percataron de que disponían, pese a todo, de una cierta libertad para circular por el colegio. Además del tiempo de los recreos, estaban también los paseos a las letrinas, la espera en el *tonsor* para cortarse el pelo, la de la confesión, así como los recados para un sacerdote en los pisos o incluso el trabajo en la biblioteca, donde podían ir cada vez que tenían un rato libre.

La biblioteca se hallaba en el primer piso y la llevaba el padre Jacques Sirmond, un exprofesor de teología que había sido rector del colegio de 1617 a 1620.

Gaston y Louis empezaron a ir el miércoles por la mañana, durante el recreo, para hacer los deberes que tenían que entregar, puesto que era el único lugar donde podían consultar los diccionarios de latín.

Una decena de mesas grandes amueblaba la sala donde alumnos, clérigos y sacerdotes trabajaban en silencio después de tomar prestados los libros en las grandes estanterías de roble adosadas a las paredes. Algunas estaban protegidas por puertas de rejilla cuyas llaves únicamente tenía el padre Sirmond, que se sentaba en un estrado.

En esta primera visita el bibliotecario estaba en compañía del sacerdote visitador de cabellos rojos. Louis se lo señaló de nuevo a Gaston con una mueca burlona. Volvieron a ver varias veces al joven jesuita, e incluso en una ocasión lo oyeron hablar en una lengua extranjera.

Jehan Le Pontonnier se tomó muy en serio su papel de decurión y les preguntó la lección cada noche. Recibió por ello felicitaciones del padre Galliffet, pero se granjeó los sarcasmos de Paul de Gondi, que formaba parte de su decuria y no podía aceptar estar bajo las órdenes de un carnicero, procediendo él de una familia *tan ilustre*, cosa de la que se vanagloriaba con mucha frecuencia.

Los niños se hicieron muchas preguntas también sobre la cámara de las meditaciones con la que los había amenazado el regente. Fue Paul de Gondi quien les reveló su emplazamiento. Uno de sus primos, alumno de retórica, le confesó que había sido encerrado algunas horas cuando estaba en quinto. Era un calabozo situado

en el extremo del refectorio, del lado de la calle Saint-Jacques, cuyas paredes estaban pintadas con frescos que representaban las torturas del infierno. Dichos frescos estaban iluminados por linternas y su espectáculo era verdaderamente pavoroso.

El jueves era día de descanso y emplearon la mañana en el trabajo de cámara, que fue limpiada a fondo; luego, cada uno preparó sus deberes en su mesa o en la común. A los primeros que terminaron se les autorizó a que fuesen a buscar un libro a la biblioteca.

—Por la tarde os llevarán de paseo hasta un prado de las afueras —les comunicó luego el padre Galliffet mientras los guiaba al refectorio—. Podréis jugar en el bosque cuanto queráis.

En efecto, después de comer, los sacerdotes los reunieron en grupos de veinte. Cada grupo iba acompañado de un vigilante: el de Louis era el padre Galliffet. Salieron del colegio para subir la calle Saint-Jacques hasta la puerta de la ciudad, que estaba muy cerca. Al otro lado se extendían los suburbios.

En la calle, los vendedores ambulantes y aguadores eran tan numerosos que provocaban serias molestias obstruyendo la circulación de carros y carretas. Montaban un barullo espantoso con sus gritos y sus canciones destinadas a atraer a los clientes.

Apenas hubieron salido del colegio, los niños tuvieron que ponerse en fila para poder deslizarse entre carretillas y mulas. Un vendedor de cintas que empujaba su carro lleno de mercancía en medio de la calzada, vociferando: «¡No compréis mis cintas, son demasiado caras! ¡No quiero vendéros las!», provocó un increíble apiñamiento de señoras empeñadas todas en comprar las ruinosas trencillas.

Las mujeres atascaron rápidamente la calle. Más lejos, otro buhonero, que ofrecía varas de junco gritando: «¡Sacudid a vuestras mujeres y vuestra ropa por un cuarto!», tenía mucho menos éxito.

Pasada la calle Estienne des Grès, se abría una plazoleta ante la vieja puerta medieval de barbacana a la que todavía estaban adosadas porciones de murallas arruinadas y torres derrumbadas en las que se habían instalado los pordioseros. En esta plaza se alzaba el poste del tormento que se utilizaba los domingos para desmembrar a los desertores detenidos por los prebostes de los mariscales. Los niños se detuvieron allí un instante mientras el padre Galliffet les explicaba el uso de la horca en lo alto de la cual se elevaba al supliciado.

—El ejecutor de la alta justicia le ata los pies y las manos a la espalda —explicó el jesuita santiguándose—, luego lo eleva a veinticinco pies del suelo antes de dejarlo caer, cosa que hace varias veces, hasta que el miserable tenga todos los miembros rotos y Dios decida acordarse de él. Este suplicio ahora sólo se aplica a los desertores —prosiguió con un tono de disgusto—, pero durante las guerras de la Liga se infligía sobre todo a los herejes protestantes.

Los niños comentaron a carcajadas los efectos del suplicio, lamentando que no hubiese espectáculo ese día. La Divina Providencia los escuchó, pues justo en ese momento se oyeron tambores y trompas.

De un antiguo juego de pelota adosado a la muralla salió un desfile de comediantes acompañados de algunos músicos. Era la compañía de tres antiguos panaderos que se hacían llamar Gaultier-Garguille, Gros-Guillaume y Turlupin, como les explicó a Louis y a Gaston uno de los alumnos al que sus padres lo habían llevado a ver el espectáculo.

Gaultier-Garguille, disfrazado de viejo con toga de maestro de la Sorbona y birrete negro con antiparras, se acercó a los niños con gran despliegue de muecas y se puso bruscamente a contorsionarse como una marioneta bajo los gritos y los hurras de la multitud que se había congregado a las primeras notas de la música.

Gros-Guillaume, que parecía un tonel cubierto de harina, intervino sosteniendo su abultado vientre y empezó a enumerar un montón de sentencias latinas que regocijaron a pequeños y mayores e incluso hicieron reír al padre Galliffet, mientras que Turlupin, tan pelirrojo como Gaston, desempeñaba el papel de un criado manilargo y simulaba robar a sus compañeros^[10] delante de los incautos, que aplaudían sin darse cuenta de que los verdaderos ladrones estaban precisamente vaciando sus bolsillos.

Cuando el populacho fue suficientemente numeroso, los tres comediantes anunciaron su espectáculo y se pusieron a cantar canciones lascivas. Galliffet, horrorizado, mandó caminar a sus alumnos hacia la puerta, pese a la oposición de los niños, que querían quedarse a escuchar las coplillas. Esas canciones, les explicó el sacerdote, no podían suscitar en ellos más que malos pensamientos.

Bajo la mirada divertida del jefe de la policía de barrio, que estaba de servicio verificando los pasaportes en compañía de los agentes del fielato, los niños pasaron la vieja grada y el puente fijo de la barbacana, girándose varias veces para ver a Gros-Guillaume haciendo sus payasadas y oír las últimas coplillas:

*Yo me fui a Bagnolet,
donde un gran mulo encontré,
yo me fui algo más lejos,
por un brazado de heno,
¡para Madelon, la del gentil cuerpo!,
¡para Madelon, a la que tanto quiero!*

Pasados los antiguos fosos y hasta después del Val de Grâce, los arrabales no eran sino praderas, abadías, vastas granjas, castillos o posadas. No lejos del Bièvre, los jesuitas disponían de una alquería con grandes praderas, así como de un bosque amurallado. Fue allí a donde llevaron a los internos y donde se quedarían toda la tarde, libres para correr y jugar bajo la bonachona vigilancia de sus prefectos.

Varios alumnos que conocían el lugar, pues habían ido allí el año anterior, se habían acordado de llevar pelotas. Algunos jugaban a la pelota después de haber tendido una cuerda entre dos árboles; otros arrojaban piedras a unos bolos improvisados con trozos de maderas plantados en el suelo.

Louis y Gaston se dieron una vuelta entre los corrillos de jugadores, sin tratar de participar. Les propusieron unirse a una lucha pero rehusaron y, finalmente, se instalaron en un tocón a mirar a algunos estudiantes de sexto agrupados en dos regimientos, armados de ramas, que desfilaban marcialmente, prestos a enfrentarse. Paul de Gondi comandaba una de las tropas con la autoridad de un general confirmado.

Louis había llevado el resto de sus bombones, pues temía que los encontrasen en su baúl, y los repartió con su nuevo amigo. Aprovechó la ocasión para abordar con él el tema que le preocupaba.

—El día de mi llegada ¿no oíste nada por la noche?

—No, salvo al vigilante que hacía su ronda. Creo que me desperté cuando él entró en el cuarto.

Louis no dijo nada durante un momento para continuar luego:

—Pues yo oí hablar bajo mi lecho.

—¿Bajo tu lecho? ¡Estarías soñando! —se burló Gaston mordiendo su golosina.

—Es posible —sonrió Louis, que no estaba muy seguro de ello, teniendo en cuenta que no había oído nada las noches siguientes.

Se quedaron de nuevo silenciosos mirando desfilar a los ejércitos de sexto; luego Louis preguntó a su camarada:

—¿Por qué quieres ser sacerdote?

—¡Jamás seré sacerdote! —exclamó Gaston.

—¿Entonces por qué lo dijo el prefecto?

—Es cosa de mi tío, que quiere que tome las órdenes. Él es prior.

—Es difícil oponerse a los padres —observó Louis, filósofo—. Mi padre es notario y yo seré notario. Pero habría preferido ser caballero de la Tabla Redonda.

—¿Caballero? —se asombró Gaston.

—Sí, como Lanzarote.

—¡Pero tú no eres noble!

—Mi abuelo tampoco lo era. Sin embargo, luchó contra los Dieciséis, por nuestro rey Enrique.

Gaston lo miró con una mezcla de interés y de sorpresa antes de explicar:

—Mi padre también estaba al servicio del rey. Era teniente en la compañía del preboste general de los mariscales de Rouen. Apenas pude conocerlo, pues estaba siempre de cabalgada en la bailía de Vernon. Tampoco conocí a mis abuelos. Sólo sé que los Tilly vienen de Philippe de Harcourt, quien a su vez desciende de Enguerrando de Harcourt, compañero de Guillermo el Conquistador. Nuestra familia es una de las más antiguas de Francia, y la honraré sin necesidad de convertirme en

hombre de Iglesia.

Un grupo de tres chicos mayores se les acercó. Uno de ellos estaba tonsurado como un abad; otro era tan alto y robusto como un adulto. Con seguridad tenía más de dieciséis años. El tercero, de aspecto más condescendiente que distinguido, caminaba en cabeza dando golpecitos con un junco a las briznas de hierba. El tonsurado los miró un instante con un desprecio malévolo que hizo estremecer a Louis e indignó a Gaston.

—¿Estáis en sexto? —preguntó con tono arrogante.

—Sí —confirmó secamente Gaston.

—¿Eres Tilly?

—Me llamo *Gaston de Tilly*.

—Nosotros estamos en cuarto —dijo el tonsurado haciendo caso omiso de la hostilidad de su interlocutor—. Él es el señor Adhémar de Rouville —dijo, señalando al joven del junco—, y él, el señor Thémimes de Lauzières. En cuanto a mí, soy abad y me llamo Nicolas Sillery. El señor de Rouville es el jefe de la cofradía del Cuarto. Es una asociación que agrupa a los internos de sexto y de quinto del colegio. Fue creada por el señor de Rouville para defenderos.

—¿Defendernos de qué? —preguntó Louis.

—De molestias.

—¡Nosotros no tenemos molestias! —intervino Gaston encogiéndose de hombros.

—Podrías tenerlas. Entonces es cuando intervenimos nosotros junto a los prefectos y nos escuchan.

—¿Quiénes son esos cuartos? —preguntó Louis.

—Son los internos. Forman el cuarto estado de Clermont después de los padres jesuitas, los maestros y los vigilantes.

—¿Qué hay que hacer para ser miembro?

—Hay que pagar una cuota cada mes —respondió el abad tonsurado—. Yo soy el recaudador y el tesorero.

—¡Qué lástima!, porque yo no tengo dinero —exclamó Gaston apartando las manos.

—Son dos cuartos —prosiguió el tonsurado como si no hubiese entendido.

—¿Dos cuartos al mes? —se escandalizó Louis.

—Es poco para estar bien protegido —aseguró el más alto con voz rota.

Durante este diálogo, el maese de la cofradía los miraba como si fuesen el último mono. Esa actitud condescendiente, añadida al tono del abad, encolerizó a Gaston.

—¡No nos da la gana de formar parte de vuestra cofradía! —contestó con brusquedad.

—Os equivocáis, señor de Tilly —intervino Rouville con voz dulzona.

—¿Qué hacéis con ese dinero, señores? —preguntó cortésmente Louis para no molestarlo.

—¡Eso no os importa! ¡Os aconsejo pagar; si no, tendréis molestias! —gritó Thémines alzando el tono de voz.

—¿Qué clase de molestias? —preguntó Gaston apretando bruscamente los puños.

—Será desagradable —dijo el tonsurado burlándose.

—¿Me estáis amenazando, señor abad? —preguntó Gaston levantándose.

Louis lo retuvo por un brazo, pero el tonsurado, asustado, reculó un paso.

—¡Dejémosles! —exclamó Rouville con tono fatigado—. Estos dos idiotas aprenderán antes o después.

Los tres chicos se alejaron.

—¡Dos cuartos al mes! —repitió Louis—. Somos casi ciento cincuenta en sexto, ¡unas siete libras en total!

—Yo no tengo dinero, así que, por mí, pueden pedírselo al maestro armero.

—¿Qué clase de molestias podrían ocurrirnos? —preguntó Louis, ligeramente inquieto.

—Ninguna que pueda preocuparme —decidió Gaston encogiéndose de hombros—. Yo ya he conocido todas las desgracias del mundo.

Durante el recreo de la tarde, Louis interrogó a sus compañeros de dormitorio para saber si habían recibido la visita de Rouville y sus amigos.

En efecto, así había sido, y todos habían pagado o prometido hacerlo, incluso el hijo del cerrajero, a pesar de que no era rico. Louis manifestó su asombro a Jacques Hérisson, mientras Gaston estaba confesándose. Le explicó además que el señor de Tilly y él se habían negado, y que Rouville se había ido sin insistir.

—Habéis tenido suerte —se asombró Hérisson, visiblemente aterrorizado—. Cuando vinieron, estábamos todos juntos jugando a los bolos. Jehan Le Pontonnier les replicó que no tenía dinero. Entonces, el mayor de la banda lo abofeteó con tal violencia que Jehan se cayó al suelo. Se levantó y se arrojó sobre él, pero el otro se le echó encima. A continuación, agarrado por ese bruto y por un compinche de Rouville llegado de refuerzo, el jefe de la cofradía del Cuarto, a su vez, abofeteó varias veces al pobre Jehan antes de decirnos: «Esto es lo que les pasa a los que se nos enfrentan», y dirigiéndose a Jehan, añadió: «Tú, de castigo, tendrás que darme cuatro cuartos la semana que viene». Luego lo soltaron y todos aceptamos pagar.

«Sin duda —pensó Louis con horror—, él había escapado a una suerte idéntica porque estaba con Gaston, cuyo físico había impresionado a la banda».

Por la noche se saltaron el recreo y trabajaron hasta muy tarde en la biblioteca a fin de terminar los deberes que tenían que entregar el sábado. Lo mismo ocurrió el viernes, y hasta el recreo de la noche Louis no contó a Gaston el incidente entre los miembros de la cofradía y Jehan Le Pontonnier.

—Seguro que tuvieron miedo de ti —concluyó.

—¿Miedo? Ya me extrañaría —ironizó Gaston—. ¿Qué podría hacer yo contra

Thémines de Lauzières, que es dos veces más robusto que yo? Por otra parte, si atacaron a Jehan, que es capaz de matar a un buey, o eso dice, yo no he debido de asustarlos mucho...

Reflexionó un instante antes de añadir:

—Rouville conocía mi nombre. Será más bien porque soy noble y procedo de una vieja familia por lo que no se atrevió a utilizar la violencia. Tuvo miedo a que se le echasen encima los otros gentileshombres.

Preguntándose todavía si había hecho bien al negarse a pagar, Louis se sintió más tranquilo con esta explicación. Si permanecía con su amigo, no correría peligro.

—Habrá que estar atentos —advirtió sin embargo Gaston.

—¿Crees que la tomarán con nosotros?

—Quizá. Pero siendo dos, podremos defendernos.

—¿Y si pagamos? —propuso Louis pensando en las bofetadas que había recibido el hijo del carnicero, un chico capaz de matar un buey.

Su amigo hizo una mueca de rechazo.

—¡No! Ya te lo he dicho. Mi padre era preboste. Desde donde esté, se avergonzaría de mí si cediese ante esos mamposteros^[11]. Él los habría llevado a la picota y los habría hecho fustigar para castigarlos.

—Adhémar de Rouville y Thémines de Lauzières son nobles, y no se lleva a los nobles a la picota —observó Louis, no muy tranquilo—. ¿Y si hablase con mi abuelo? Y tú con tu familia.

—Yo no tengo familia —replicó Gaston sacudiendo la cabeza—. Tenía cuatro años cuando murieron mis padres. Los padres de mi madre hacía tiempo que habían muerto de viruela. Mi abuelo paterno se murió en la guerra, y mi abuela, de tristeza.

Reflexionó un instante antes de preguntar:

—¿Qué podría hacer tu abuelo?

—Es procurador en la Cámara de Cuentas. Podría venir a ver al padre Filleau y explicarle que nos amenazan.

—El rector jamás lo creerá, o le contestará que tenemos que arreglárnoslas.

Se quedaron silenciosos.

—¿Tu padre también murió en combate? —preguntó finalmente Louis.

—No, como te dije, era teniente del preboste de los mariscales. Iba a París en coche con mi madre, que era hija de un consejero del Tribunal de Primera Instancia de Chartres. Iban con ellos un cochero y un ayuda de cámara. Los caballos debieron de desbocarse porque el coche volcó. Los encontraron mucho más tarde, destrozados. Ocurrió hace siete años.

Se calló y permaneció un instante mirando a los que se batían con cañas. Volvió a hablar al cabo de un momento.

—Mi tío abuelo, prior de la abadía de Coulombs, se convirtió en mi tutor. Tengo un hermano mayor al que jamás he visto. Es soldado, abanderado, creo, no sé dónde. Mi padre tenía un hermano, mi tío Hercule, que también era soldado. Se vino a vivir a

nuestra casa hace dos años. Había perdido un brazo. Yo vivía solo con mi nodriza y su marido en nuestra casona. Había sitio y se instaló allí. Se ha ocupado un poco de mí, enseñándome lo que sabía, es decir, a batirme. Esgrima, sobre todo. También algo de tiro, con arco, pistola y ballesta. Yo quería ser soldado como él, pero mi tutor decidió que fuese sacerdote. Me ha enviado aquí y mi tío Hercule no ha hecho nada para impedirselo.

Jamás había hablado tanto, y Louis advirtió cuánto rencor experimentaba Gaston hacia ese tío que, a sus ojos, lo había abandonado. Se emocionó hasta las lágrimas y decidió que él no lo abandonaría jamás. Por ello debía contarle que iba a volver a casa la semana próxima.

—El miércoles no estaré aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Es San Dionisio^[12]. Vendrán a buscarme.

—¡Qué suerte! —exclamó Gaston sonriendo tristemente.

El domingo, el catecismo sustituyó a la gramática latina, y luego tuvieron una presentación sobre la manera de ayudar en misa. A continuación se celebró la gran misa dominical a la cual podían asistir las gentes del barrio, por lo que en la iglesia estuvieron más apretados que nunca.

El lunes por la mañana, su profesor de gramática proclamó los resultados de los deberes. Para su sorpresa, Louis fue nombrado decurión, y Paul de Gondi, censor. Su cargo debía durar un mes, hasta el próximo concurso. El futuro arzobispo de París se pavoneó al oír su nombre y, desde el día de su nombramiento, se comportó amistosamente con Jehan Le Pontonnier, al que sin embargo había tratado con acritud y despreciado abiertamente cuando este último era decurión. El caso es que el hijo del carnicero se había convertido en un simple alumno, más bien corto de alcances y particularmente mediocre en latín. Ya no hacía sombra a aquel que procedía de una casa ilustre de Francia y de antigua cuna en Italia, como Paul de Gondi repetía hasta la saciedad.

El martes, víspera de San Dionisio, ya habían ido a buscar a varios internos desde el mediodía. A las cinco, Louis esperaba impaciente en el patio, pensando que tal vez se habían olvidado de él, cuando al fin apareció la alta silueta de su abuelo, ataviado con capa de paño negra y botas de caballero protegidas por gruesas polainas de tela. Se precipitó hacia él.

El señor Charreton lo tomó en sus brazos para abrazarlo.

—¡No te había olvidado, Louis! He avisado al portero de que venía a buscarte.

—Abuelo, quiero presentarte a mi amigo —dijo Louis.

Señaló a Gaston, que, a unos pasos, se mostraba cariacontecido.

El señor Charreton se acercó.

—Me llamo Gaston de Tilly, señor —declaró Gaston con voz clara, inclinándose

ligeramente y destocándose—. Mi padre era caballero.

—Mi nombre es Louis Charreton, señor de Tilly. Soy procurador en la Cámara de Cuentas —se presentó a su vez el abuelo con una ligera reverencia, levantando a su vez el sombrero.

Gaston se inclinó de nuevo y luego se despidió de su amigo, esforzándose para que no se le quebrase la voz:

—Hasta mañana, Louis.

A continuación, les volvió la espalda y se alejó para ocultar sus lágrimas. A él nadie iría a buscarlo.

3

A la grupa de la silla, abrazado estrechamente a la cintura de su abuelo, Louis tenía el corazón henchido de orgullo y felicidad. De orgullo, pues cabalgaba detrás de un jinete tan importante como un caballero de la Tabla Redonda. Su abuelo tenía una bella prestancia. A los cincuenta años apenas se le veían unos cuantos cabellos grises y se mantenía muy erguido. Es cierto que, como plebeyo, no llevaba espada, pero Louis sabía, por haberlo acompañado varias veces a la sala de armas, que manejaba la espada como un auténtico esgrimista. Procurador de la Cámara de Cuentas, no se vestía de negro como los demás magistrados, sino que llevaba siempre un jubón de cuero oscuro que le daba el aspecto feroz de un espadachín. Una impresión reforzada por su barba de punta, sus mostachos con las guías hacia arriba, su sombrero de pluma y sus botas de vuelta.

Sí, Louis estaba orgulloso de su abuelo. Pero su corazón estaba también rebosante de felicidad, pues dejaba al fin su triste y duro internado para reencontrarse con la ciudad, muy sucia y hedionda, de acuerdo, pero rebosante de alegría y llena de vida. Enseguida volvería a ver a su madre, a su padre y a todos los criados a los que estimaba. Mañana, adivinaba que habría una comida de fiesta en la calle de los Quatre-Fils, donde estaba ubicado el despacho de la familia. Comería al fin hasta la saciedad los platos que tanto le gustaban.

Esta dicha, sin embargo, se veía empañada cuando pensaba en su nuevo amigo. Gaston parecía golpeado por la desgracia. Ya no tenía padres, su familia quería convertirlo en religioso y no tenía amigos en Clermont. Pasaría un triste domingo una vez más y no saciaría su hambre.

Se le ocurrió una idea: quizá sus padres aceptarían que su amigo fuese a casa con él los días festivos. Tampoco les costaría gran cosa: eran siempre más de una decena a la mesa.

Su abuelo, aunque absorto en el trayecto y dándole la espalda, por esas extrañas afinidades existentes entre abuelos y nietos, debió de seguir el hilo de sus pensamientos, pues, mientras estaban detenidos delante del Puente Pequeño, donde debían pagar el correspondiente pontazgo, le preguntó:

—Gaston, ese amigo que me has presentado, ¿es noble?

—Sí, abuelo, de una familia muy antigua. Pero sobre todo es huérfano. Es muy desgraciado, pues su tío quiere que tome los hábitos, mientras que él sueña con ser soldado.

—Nuestra vida terrenal es difícil, Louis. Tú también lo aprenderás.

Se calló un instante mientras se colaba entre una carreta de piedras y un ganapán.

—De hecho, yo he decidido vender mi cargo —continuó.

—¿Vas a dejar la Cámara de Cuentas, abuelo? —preguntó un Louis asombrado.

—Sí, he encontrado un comprador que me ofrece veinte mil libras. Tengo algún dinero en un banquero italiano. Tu madre, mi querida hija, y tu padre me hospedan en

su casa. ¿Por qué seguir interesándome por esos tristes asuntos de control de registros y procedimientos? De esa forma tendré tiempo para leer y veros crecer, a ti y a tu hermano Denis.

El hermano pequeño de Louis tenía un año.

—También he pensado en escribir mis memorias, contar lo que pasó durante la Liga. Volver a ver a los amigos y recordar algunas verdades sobre este siglo.

La vía estaba libre ante ellos y la conversación se interrumpió. Louis pensaba, sintiendo algunos celos hacia su hermano, que él, estando interno, aprovecharía poco de este abuelo al que tanto quería.

Subieron por la calle de la Judería y, en un instante, el niño vio Notre-Dame al fondo de una calle a la derecha.

Declinaba la tarde, y el fango en el suelo era tal que el caballo, pesadamente cargado, a duras penas lograba abrirse paso; cada uno de sus cascos se hundía en el lodo con un plaf repugnante. El revoltijo de excrementos y detritus continuamente hollados por centenares de hombres y de animales apeataba abominablemente. A veces, una salpicadura alcanzaba a Louis, que intentaba librarse con la mano del trozo de barro negro pegado a sus calzas.

Llegaron al fin al puente de Notre-Dame, mucho menos sucio que de costumbre, pues si durante la semana servía de paso a los rebaños de vacas conducidos a la Gran Carnicería, en víspera del festivo había sido limpiado por sus habitantes, pues no habría ya matanza hasta dos días después.

Franqueado el puente, atravesaron el barrio de la Gran Carnicería, tan repugnante como siempre. Aquí el suelo de las callejuelas estrechas y oscuras estaba cubierto de una mezcla de barro y deyecciones, junto con los desechos de carne y sangre. Las casas en saledizo formaban verdaderos túneles oscuros y húmedos en los cuales no era raro recibir sobre la cabeza las aguas sucias de los orinales. El abuelo de Louis se alejó rápido de allí por una calleja transversal que desembocaba en la calle del Temple.

A partir de entonces avanzaron todavía más lentamente, no porque la calle fuese estrecha, sino a causa de los atascos de las carretas que transportaban forraje, piedra, madera o pizarra destinados a los nuevos edificios que se levantaban aquí y allá en aquella parte de la ciudad. Desde hacía una decena de años, los jardines, los huertos y el recinto del Temple, la zona conocida como el *marais*, estaban en venta. Paños enteros de la antigua muralla almenada de Felipe Augusto, que atravesaba el barrio, eran derribados, y elegantes residencias de piedra y ladrillo reemplazaban poco a poco los depósitos, las granjas y las vetustas casas de adobe y pisos en saledizo.

Con frecuencia el señor Charreton detenía su montura, esperando a que dejaran el paso libre entre dos carretas que se cruzaban. Louis aprovechaba para mirar los escaparates de las tiendas en los soportales cimbrados. Las mercancías estaban a veces expuestas en el muro de contención, delante de la abertura, o sobre una ancha repisa sujeta por cadenas que servía de postigo de cierre. Veía a los artesanos y a sus

obreros trabajando en el interior, o bien dejaba que su mirada se perdiese en los rótulos de las tiendas que chirriaban al menor soplo de viento, luciendo cada uno un dibujo diferente: un santo, un rey, un animal o una escena bíblica.

Llegaron por fin a la calle de los Quatre-Fils.

La residencia de los Fronsac era una antigua granja fortificada de dos pisos, ya fuera de las murallas de la ciudad, y cuyo antiguo recinto amurallado se ajustaba ahora a la calle. Era enteramente de piedra, cuando la mayor parte de las casas medianeras estaban hechas de una mezcla de arcilla y de paja reforzada con madera de entramado.

El alto muro que cerraba el patio, las dos antiguas atalayas en los ángulos y las escasas y minúsculas aberturas protegidas por sólidos barrotes de hierro o postigos de roble conferían al edificio un aspecto austero y feudal.

Era una amplia casa bastante confortable, aunque muy oscura, en la que vivían varias familias. A la izquierda del patio se abría una gran cocina, a la que se podía acceder por el vestíbulo central. Detrás de ella se encontraban varias piezas sin ventanas, como la antecocina, el maduradero y el lavadero, y, en el vestíbulo, otra puerta daba a una sala común que lindaba con ella.

A la derecha se encontraban una cochera para la carreta de dos ruedas, los establos y el granero de heno; debajo, las bodegas, donde se almacenaban los moyos de vino.

El despacho disponía de una escalera principal en el centro del vestíbulo y de dos escaleras de servicio construidas en las antiguas atalayas situadas a ambos lados del edificio.

En el primer piso, en lo alto de la escalera principal, un rellano irregular permitía acceder, por la izquierda, a los apartamentos del abuelo de Louis —dos piezas en hilera— y a la sala de trabajo del despacho, mientras que a la derecha se hallaban los archivos y el gran gabinete del señor Fronsac. En cuanto a las de servicio, dos escaleras de caracol comunicaban respectivamente con el apartamento del señor Charreton y con el gabinete de trabajo del señor Fronsac, así como con el segundo piso.

Era en este segundo nivel, a la izquierda de la escalera principal, donde se encontraba el apartamento de los Fronsac, compuesto de una gran cámara con dos ventanas que daban al patio, una antecámara y una última estancia sin ventana donde dormía Denis, el hermano de Louis, con su nodriza. Louis tenía su lecho en una alcoba de la cámara de sus padres.

A la derecha del rellano, en piezas oscuras y entre recovecos, vivían Claude Richepin y su mujer, la principal pareja de criados de la casa, así como François y Pierre, los ayudas de cámara y lacayos del señor Charreton. Por último, al lado de la escalera de caracol que subía al gabinete del señor Fronsac se sumaba una pequeña sala donde estaba empotrado, en la pared medianera con la casa vecina, un armario en el que el notario custodiaba los valores y documentos importantes.

Los desvanes estaban divididos en zahúrdas sin luz, accesibles solamente por escalas y donde dormían, amontonados, el portero y el guardián, así como dos doncellas que compartían el mismo jergón.

La señora Fronsac esperaba a su hijo con impaciencia en el patio de la casa en compañía de la nodriza de su segundo hijo, al que acunaba en brazos. Louis encontró a su madre más bella que nunca, con su vestido de estameñete escarlata recogido en baldaquín y su pechera de tela blanqueta de ancho cuello vuelto, bordado con encajes de Brujas. Apenas había echado pie a tierra, lo estrechó entre sus brazos ahogándolo con sus besos; luego Louis, tras hacerle unas carantoñas a su hermano, anunció orgullosamente ante su abuelo que había sido nombrado decurión de su clase tras el primer trabajo de latín. Su madre lo felicitó y lo abrazó de nuevo antes de acompañarlo al primer piso para que saludase a su padre, que vigilaba el trabajo de los empleados en la sala del despacho, y le comunicase él mismo su promoción.

Cuando el señor Fronsac hubo anunciado pomposamente a sus empleados la distinción de su primogénito, madre e hijo subieron al segundo piso, a los apartamentos del notario, donde se quedaron solos. La señora Fronsac instaló a su hijo en su lecho de pilares, se sentó en un escaño tapizado y le hizo mil preguntas sobre aquel colegio que ella detestaba, puesto que la había privado de su niño. Quiso saberlo todo sobre su habitación, sobre sus compañeros, sobre su clase, sobre sus maestros, sobre el refectorio y sobre las comidas. Cuando casi hubo agotado todos los temas posibles, todavía se preocupó por saber si se lavaba como ella le había recomendado y, echando mano de un cepillo, se puso a arreglarle el cabello, demasiado corto para su gusto. Por último, hizo que se quitase su jubón lleno de polvo y de manchas y, por la escalera de caracol que bajaba hasta la cocina, llamó a la señora Richepin para que subiese a cepillarlo. A su vez, Louis pudo interrogar a su madre a propósito de su abuelo. Estaba muy sorprendido de que hubiese decidido vender su cargo para estar más frecuentemente en el despacho.

La señora Fronsac se mostró cariacontecida.

—No quería hablarte tan pronto de eso, Louis, pero ya eres mayor y de todas formas acabarías sabiéndolo por los criados. ¡Hemos estado en peligro de muerte!

Se calló un instante para elegir las palabras que no asustasen a su hijo, pero ese silencio, después de una declaración como aquélla, tuvo el efecto contrario y unas lágrimas de angustia afloraron a los ojos de Louis.

—Hace cuatro días, el despacho fue asaltado por una banda de cuatro o cinco malhechores —dijo, al fin—. Jacques (se trataba del viejo portero, Jacques Amelot) creía haber cerrado el portal, pero había olvidado echar el cerrojo y colocar la tranca. Cenábamos en la cocina cuando los granujas entraron en el patio. Iban todos armados con cuchillos. Uno de ellos entró en la cocina machete en mano. En mi vida he pasado tanto miedo. Los otros ya habían subido a robar a los pisos, arramplando con todo cuanto podían llevarse y buscando a cualquier criado que matar o violentar.

»Estábamos todos aterrorizados, y Dios sabe qué nos habrían hecho si no hubiese

llegado tu abuelo. Cogió un gran cuchillo y se puso en guardia. El bribón llamó pidiendo socorro, pero tu abuelo ya le había asestado una cuchillada en el brazo hasta el hueso. Richepin aprovechó para arrojarle un barreño de hierro a la cabeza, y el matón, aturdido, soltó su arma. Entonces nos arrojamos todos sobre él con lo que teníamos en la mano. ¡Fue horrible! Y ahora siento vergüenza. Teníamos tanto miedo, que lo golpeamos con cuchillos, picos, asadores y horcas. Entretanto, tu abuelo había cerrado las dos puertas de la cocina con cerrojo. Cuando los otros bandidos llegaron, intentaron forzarlas, pero ya sabes que guardamos mosquetes en el granero. Tu padre y tu abuelo fueron a buscarlos. Los cargaron rápidamente y dispararon por el tragaluz. No alcanzaron a los bandidos, que huyeron llevándose gran número de objetos de valor hurtados en el despacho.

»Enviamos al que habíamos capturado a la patrulla montada. Pero los señores Richepin y Mailet y los dos criados de tu abuelo lo habían golpeado de tal forma que murió de noche en prisión. A raíz de este asunto, tu padre decidió contratar un nuevo guardián para el despacho, y tu abuelo, que deseaba dejar la Cámara de Cuentas desde hace tiempo, decidió hacerlo mucho antes de lo previsto para quedarse con nosotros todo el tiempo y protegernos.

La señora Richepin entró tras llamar a la puerta. La madre de Louis le dio el jubón de su hijo y le pidió que lo limpiase y lo cepillase para la cena. A continuación prosiguió:

—Cada vez hay más ataques de este tipo. La semana pasada, una casa de la calle del Temple fue forzada de noche. Dicen que sigue siendo la banda de Carfour, aunque ese bandido haya pasado por la rueda hace tres años. Al parecer, otro bandido ha debido de ocupar su puesto y tomar su nombre, y es todavía más cruel que su predecesor. En esa casa, hombres, mujeres y niños fueron asesinados de forma espantosa. ¡Ay hijo mío! París es todavía más peligroso que en la época de los Salmonetes y los Rucios.

—Es verdad, señora —aseveró la esposa de Richepin, que escuchaba cepillando enérgicamente el jubón de Louis—. ¿Cuándo se decidirá el rey a actuar para protegernos? ¿Sabéis que hay un malvado que entra en las casas por los tejados para robar a las pobres gentes? Le llaman el Lirón, pues se burla de la gente honrada dejando tras de sí un papel con el dibujo de un careto^[13].

Louis no sabía qué decir. Su abuelo había llevado a cabo una hazaña y, por modestia o quizá por no infundirle miedo, no le había hablado de ello. El niño notó de repente un nudo en la garganta al imaginar que, como su amigo Gaston, habría podido perder a sus padres, pero al mismo tiempo sintió un inmenso orgullo pensando en el valor de su abuelo. ¡Cuánto le habría gustado estar allí para ayudarlo! Cuando fuese mayor, se dijo, se comportaría como él.

—¿Quiénes eran los Salmonetes y los Rucios, mamá? —preguntó entonces.

—Tú eras demasiado pequeño para acordarte. Había, hace tres años, una banda de cortabolsas con ese nombre que frecuentaba el Puente Nuevo. Mataron a un montón

de pobres gentes para robarles. Pídele a tu abuelo que te lo cuente. Yo soy incapaz. Esas historias me encogen el corazón, pues conocí personalmente a algunas pobres mujeres asesinadas por esos malvados.

La cena, como todas las noches, fue servida en la cocina. La señora Richepin y la señora Mallet se ocupaban del servicio junto con Phélice, la vieja cocinera. A lo largo de la gran mesa estaban instalados el señor Fronsac, en el lugar de honor, flanqueado por su esposa y el señor Charreton, el abuelo de Louis. A un lado y otro de estos últimos se sentaban los dos criados Claude Richepin y Antoine Mallet, guardián y factótum. Enfrente estaban instalados François, el ayuda de cámara del señor Charreton, y Pierre, su lacayo, así como la nodriza de Denis, y Jacques Amelot, el viejo portero. Louis estaba en ese extremo. Era costumbre que los niños se sentasen al final de la mesa.

Phélice había preparado una espesa sopa de guisantes y tocino que fue seguida de una tortilla y de fruta. Los platos eran servidos por las señoras Mallet y Richepin.

Louis esperaba la ocasión para preguntar a su abuelo por los Salmonetes y los Rucios cuando, en ese momento, el señor Charreton habló de una ejecución que acababa de tener lugar en el Puente Nuevo.

—Esta mañana —le explicó a su yerno bromeando—, iba del Palacio al Louvre a llevar los documentos necesarios para el establecimiento de una carta de provisión del que me compra mi cargo. Para evitar los atascos del puente de Notre-Dame, que son infernales desde la destrucción del puente del Cambio^[14] y del puente Marchand^[15], fui por el Puente Nuevo. No fue una decisión acertada, pues se había congregado un gran número de gente, que atrancaba el único paso, para mirar a los ahorcados: la víspera, la patrulla de ronda había cogido a seis robacapas, y los ladrones, habiendo sido juzgados por la noche en el Châtelet, acababan de ser ahorcados al final del puente con una pancarta colgada del cuello que decía: *Ladrones de capas prendidos por la patrulla*.

—Si esto sirviese para acabar con las fechorías de esos canallas... —aprobó el señor Fronsac vaciando de un trago su vino de Montmartre—. Espero que los dejen ahí unas cuantas semanas como escarmiento.

—Me temo que eso apenas asustará a los ladrones; para lo único que va a servir es para alimentar a los cuervos, amigo mío —dijo el señor Charreton—. La imprudencia es el atributo de los bribones de la Samaritana^[16].

—¿Quiénes eran los Salmonetes y los Rucios, abuelo? —preguntó entonces tímidamente Louis—. Mamá me ha dicho que eran carteristas del Puente Nuevo...

—En efecto, hijo. Era una banda de desertores, generalmente bien vestidos, unos de rojo y otros de gris. Abordaban a la gente de calidad, fingiendo reconocerlos, tomándoles las manos para besarlos y hacerles mil cumplidos. Mientras el burgués o el gentilhomme elegido se asombraba de tal demostración, un cómplice le cortaba su

capuz^[17], y, si la víctima se daba cuenta y trataba de pedir ayuda, el que le agarraba las manos le asestaba a traición cuatro o cinco puñaladas en el estómago.

—Eran los peores canallas que imaginarse pueda —completó el señor Fronsac—. También robaron en un montón de casas moliendo a palos a sus habitantes sin escuchar sus súplicas.

—Le he contado a Louis lo que nos ocurrió —confesó la señora Fronsac a su marido.

—Has hecho bien, querida. Es hora de que nuestro hijo aprenda que los malvados están por todas partes.

La conversación continuó por otros derroteros y el señor Charreton contó algunas noticias de la corte, sobre todo cotilleos, que encantaban a su hija y que Louis escuchó en silencio.

Con la comida casi finalizada, el señor Fronsac comunicó a todos los comensales varias decisiones que había tomado y que su hijo no se esperaba. Se giró primero hacia los criados.

—Me he reunido con varios de vosotros esta semana para hablar de la agresión de que fuimos objeto. Ahora deseo comunicaros mis decisiones para protegernos de un nuevo ataque de los ladrones. Antes de nada, debo deciros que tenemos cada vez más asuntos que tratar y actas que redactar en el despacho. De modo que he pensado contratar a un primer oficial fijo, que podría alojarse en el cuarto de François y Pierre, ya que este último va a dejar el servicio del señor Charreton, que ya no lo necesita.

—Pierre se incorporará al servicio de quien tome mi cargo de procurador —confirmó el señor Charreton.

—El oficial me ha sido propuesto por mi buen amigo el señor Boutier —prosiguió el señor Fronsac—. Se llama Jean Bailleul y tiene una hermana que podría ocuparse de la ropa de casa. Os ruego que les deis la acogida que merecen cuando lleguen. Todavía hay sitio en los desvanes; un carpintero vendrá esta semana y acondicionará dos gabinetes, uno de los cuales será para François. Todos sabéis que después de este ataque he decidido emplear a un nuevo guardián, a ser posible un exsoldado. Como Phélice ya es mayor y no puede hacerlo todo, intentaremos encontrar un hombre casado cuya esposa podría ayudar en la cocina. Se alojarán en el segundo gabinete que construiremos bajo el tejado.

«¡Cuántos cambios! —pensó Louis, pasmado—. Dos o tres recién llegados a la casa». Conocía a los criados de toda la vida, y nunca se le habría ocurrido que un día podrían llegar criados nuevos a casa.

—Eso no es todo —continuó el señor Fronsac—. La señora Mallet, al no tener que ocuparse de la ropa con la llegada de la señorita Bailleul, podrá dedicar más tiempo a otros trabajos domésticos y así descargar a Claude. El señor Richepin fue muy valiente en el transcurso de la agresión. Sabe leer y escribir, así que he decidido que desempeñe el cargo de intendente de la casa. De modo que, en adelante, será a él a quien tendréis que obedecer.

Louis dejó vagar la mirada por los comensales y vio a Claude Richepin todo orgulloso. A sus veinticinco años, el criado se veía inesperadamente promovido a un estado que jamás habría soñado alcanzar. Su esposa, una joven y endeble mujer, parecía tan feliz como su marido. François, el ayuda de cámara de su abuelo, no estaba molesto por tener que dejar su cuarto, algo muy lógico, pues lo compartía con otro y en lo sucesivo disfrutaría de una pieza para él solo, aunque careciese de calefacción. En cuanto a los demás, parecían tranquilos con la idea de que un soldado habitase en la casa y los protegiese.

Al día siguiente, Louis y sus padres fueron a misa al convento de la Merced; luego vendría la cena, que el niño esperaba con impaciencia, pues al fin podría ver a su padrino, al que quería mucho y que siempre le llevaba golosinas.

Philippe Boutier llegó en mula. Consejero en el Châtelet, había sido compañero de colegio del señor Fronsac y sus padres se conocían mucho antes de su nacimiento. El señor Boutier iba siempre muy elegante. Ese día lucía un jubón oscuro forrado de tela de plata, calzas encarnadas y medias negras protegidas por polainas de tela. Un lacayo de librea lo seguía a pie. El señor Boutier saludó a todos afectuosamente, entregó algunas golosinas a la señora Fronsac y un saquito de ciruelas escarchadas a su ahijado, y luego, como el señor Charreton lo tomó amigablemente del hombro, se alejó con él y con el señor Fronsac para hablar de política, su tema favorito.

Se dirigieron a la escalera principal para subir al despacho del señor Fronsac.

Louis, tras entregar las ciruelas a su madre, los siguió a cierta distancia. Su padre se dio cuenta al llegar a lo alto de la escalera. Entonces frunció el ceño para hacer comprender a su hijo que debía dejarlos solos, pero el señor Charreton intervino cogiéndolo por el hombro.

—Pierre, tu hijo ya no es un niño, y si quieres que se convierta en un hombre prudente y sagaz, conviene que desde joven sepa lo que pasa en este país. Nunca es demasiado pronto para aprender, pues la causa de los males de Francia es la ignorancia de la gente.

—¡Cuánta razón, amigo mío! —confirmó el señor Boutier.

El señor Fronsac esbozó una sonrisa conciliadora y levantó una mano en señal de rendición. Los tres hombres entraron en el gabinete de trabajo para acomodarse en los dos sillones tapizados y en una silla alta. Louis se encogió cuanto pudo y se acuclilló en un rincón en sombras (aunque en realidad todo estaba oscuro en aquella pieza cuya ventana más parecía una saetera) esperando que su padre no cambiase de parecer.

—El señor Charreton me ha contado en Palacio la horrible agresión de la que habéis sido víctimas —dijo Boutier—, así como la de vuestros pobres vecinos. ¿Qué ocurrió exactamente?

—Mi suegro ha debido de contártelo todo, salvo quizá que ¡gracias a él y sólo a él

hemos salido vivos! En cuanto a nuestros «vecinos», en realidad no lo son, puesto que viven en la calle del Temple, pero nos los encontramos los domingos en el oficio religioso. Parece que hayan sido víctimas de la misma banda de vagabundos. Esos desalmados se introdujeron en su casa por la noche. ¿Cómo? Sin duda aprovechando un descuido, como ocurrió en nuestra casa. Primero degollaron a todos los hombres; luego, llevados de una impúdica lubricidad, arrebataron sin vergüenza el honor de las mujeres de la casa, antes de destrozarlas a martillazos. El decoro ante la presencia de mi hijo me impide entrar en detalles. Una vez dueños del lugar y de las llaves, estuvieron de francachela entre los muertos antes de huir llevándose todo lo que había de valor, incluidos varios muebles. Descubrieron la masacre dos días más tarde. Al día siguiente la misma banda nos atacaba a nosotros. Desgraciadamente, el único prisionero que hicimos murió antes de haber podido hablar, lo que significa que esos bandidos siguen rondando por ahí. Por eso he decidido contratar a otro guardián.

—Vivirnos en un mundo en el que reina el vicio y de donde se ha exiliado la virtud —dijo Philippe Boutier suspirando—. La gente no hace más que pensar en rapiñas y engaños. Pero, dime, ¿cómo encontraste al señor de Carlisle?

—Fui a su palacete el jueves, en el barrio de Saint-Germain, en la delegación de la corporación municipal^[18] —respondió el notario—. Éramos, creo, en torno a un centenar de regidores y de exregidores con el preboste de los comerciantes, todos vestidos con traje de seda negra. Llegamos en carroza acompañados de una treintena de arqueros portando antorchas y alabardas. Milord salió al patio, pues éramos tan numerosos que no podíamos entrar todos en su casa. Aceptó, al parecer, con sumo gusto, los bombones y confituras que le llevamos. Por mi parte, sólo lo vi de lejos, y apenas pude oír sus palabras de agradecimiento.

—Yo —intervino el abuelo de Louis— lo vi el viernes por la mañana con los representantes de las cortes soberanas^[19], el procurador del rey y el preboste de París. Nosotros también le llevamos bombones y confituras —sonrió, y volviéndose hacia su nieto, aclaró—: El señor James Hay, conde de Carlisle, es un embajador inglés que acaba de llegar a París. Los cabildos del reino fueron a saludarlo, habida cuenta de la importancia de su embajada: el señor Carlisle y el señor Holland, el viceembajador, que se aloja en el palacio de Chevreuse, están aquí para discutir el proyecto de matrimonio entre la hermana de nuestro rey y el príncipe de Gales, el hijo del rey Jacobo.

Louis ignoraba todo esto y no salía de su asombro. Su sorpresa causó la hilaridad de su padrino, que le explicó:

—Ese matrimonio es muy importante, Louis. Desde hace muchos años los católicos son perseguidos en Inglaterra. Incluso se quema a los jesuitas en la hoguera. Si hay una unión entre las dos coronas, el rey Jacobo deberá autorizar una cierta libertad de culto. Las penas contra los católicos serán atenuadas, o incluso anuladas, y los prisioneros, liberados.

—¡Si con ello también cesase el bandidaje de los reformados en Francia! —

exclamó el señor Fronsac.

—¡Por descontado! Inglaterra, convertida en nuestra aliada, no podría sostener a Soubise y sus tropas.

El duque de Soubise, hermano del duque de Rohan, libraba desde hacía años una guerra de bandidaje en el oeste del país. Tres años antes había reunido un ejército de siete mil hugonotes con el cual había tomado varias ciudades católicas que había sometido a pillaje, entregando a sus habitantes a la soldadesca. Finalmente había sido vencido por el ejército real, pero, gracias a la benevolencia de los puertos ingleses que resguardaban sus navíos, siguió organizando golpes de mano, pretendiendo incluso arrastrar a la ciudad de La Rochelle a la revuelta.

—Esa unión significaría también el fin definitivo del conflicto que opone a la casa de Lorena y a Francia —añadió el abuelo de Louis—. He conocido demasiado la guerra de la Liga para no aplaudirla.

—¿Cómo es eso, abuelo? —preguntó tímidamente Louis.

—Jacobo es el hijo de María Estuardo, a la que Isabel —la reina a la que Jacobo ha sucedido— hizo ejecutar por haber participado en un complot contra ella. Ahora bien, la madre de María Estuardo era María de Guisa, la hermana del duque de Guisa, el padre de Caracortada, del que Enrique III se deshizo en Blois. De modo que, por su abuela, Jacobo es un auténtico príncipe de Lorena.

—Por esa razón el conde de Holland, el viceembajador inglés, lo aloja en el palacio de Chevreuse —explicó Boutier a su ahijado—. El padre de Claude de Chevreuse era Caracortada, y es también pariente de Jacobo I. Una alianza entre nuestras dos coronas llevará definitivamente a los Guisa y a los príncipes de Lorena al seno del rey de Francia.

En ese instante, la señora Fronsac entró para avisarlos de que la cena estaba lista.

Fue servida en los apartamentos del señor Charreton, que ocupaba las dos piezas más a la izquierda del primer piso. La que daba al patio era su habitación, y la segunda, que no tenía ventana, su cuarto de estar. Fue en este último en el que se puso la mesa.

Excepcionalmente, Louis fue colocado entre su madre y su padre. Tenía así enfrente a su padrino y a su abuelo.

Mientras la señora Richepin presentaba el primer servicio de caldo de ave y pepitoria, los tres hombres prosiguieron su discusión.

—¿Crees sinceramente que se celebrará ese matrimonio, Philippe? —preguntó el señor Fronsac al señor Boutier—. Veo tantos obstáculos infranqueables... El menor de los cuales no es el odio que el rey Jacobo profesa a los católicos desde que quisieron asesinarlo con barriles de pólvora...

—Eso es cierto —convino el señor Bouvier, vaciando su vaso—. Pero de eso hace ya veinte años.

—Amigo mío, ¿creéis que un hombre tan autoritario, tan dogmático y tan arrogante como él habrá perdonado a la gente que trató de hacer saltar su Parlamento

por los aires mientras se encontraba dentro con sus ministros? —ironizó el señor Charreton.

—Fue una operación llevada a cabo por oficiales católicos a sueldo de España —observó Boutier.

—De España o de los jesuitas... —matizó el abuelo de Louis—. Jamás se sabrá la verdad, ni siquiera con Guy Fawkes, el instigador, detenido. En todo caso, ése sería el origen del resentimiento de Jacobo I con la congregación.

Se volvió hacia Louis y sonrió:

—Te guardarás para ti todo esto, Louis. A los jesuitas no les gusta que se les recuerde tan poco glorioso episodio.

—¿Los jesuitas participan en complots, abuelo?

—Quizá en éste haya sucedido así, pero lo más frecuente es que sólo se trate de rumores; jamás se encontraron pruebas contra ellos. Se dice, por ejemplo, que habían prometido el paraíso a los amigos de María Estuardo si asesinaban a la reina de Inglaterra. Un gentilhomme inglés también confesó haber atentado contra la vida de la reina de Inglaterra instigado por ellos. En Francia mismo se les han atribuido dos intentos de asesinato de nuestro buen rey Enrique, hace treinta años. Un tal Barriere, primero, que pretendía acercarse al rey armado con un gran cuchillo. Antes de ser descuartizado, reconoció haber sido instigado por el rector del colegio de Clermont. A continuación, fue un tal Jean Châtel, que hirió ligeramente al rey. El jubón de búfalo que llevaba Enrique desvió la hoja de milagro. Ese tal Châtel había sido alumno del colegio de Clermont donde estudias tú y, bajo tortura, declaró que los profesores de Clermont le habían asegurado que era legítimo matar a un rey cuando éste actuaba al margen de la Iglesia. Después de semejante confesión, los profesores y el rector de Clermont fueron presos, el colegio cerrado y la congregación de los jesuitas expulsada de Francia. En cuanto al profesor de Châtel, fue juzgado culpable y quemado en la plaza de la Grève.

—Hasta hace siete años no se permitió la vuelta de los jesuitas a Francia —precisó Boutier.

Louis ignoraba todo esto y se quedó estupefacto. ¿De modo que los sacerdotes con los que él se codeaba cada día habían intentado asesinar al rey en el pasado? Jamás lo habría imaginado.

—Pero, tranquilo, Louis, los sacerdotes de Jesús son ahora súbditos fieles. Sea como fuere, Pierre —prosiguió Boutier dirigiéndose al señor Fronsac—, es cierto que los obstáculos a esta unión son todavía numerosos. Sin embargo, las ventajas que sacaría nuestro país serían inmensas. El matrimonio abriría la vía a un entendimiento de los Estados protestantes, o sea, Dinamarca, Inglaterra, Holanda y Suecia, con nuestro país, pero también con la Saboya y la República de Venecia, nuestros aliados. Esa alianza supondría, por supuesto, una sólida defensa frente a la hegemonía de los Habsburgo austríacos y españoles.

—La cuestión religiosa me tiene, sin embargo, preocupado —observó el señor

Fronsac—. ¿Tenemos derecho los católicos que servimos a Dios a aliarnos con los que prohíben a los nuestros celebrar su culto? ¿Con los que podrían ejecutar a los jesuitas? Por otra parte, ¿esa unión no nos arrastraría sin remisión a una guerra? ¡Una guerra no sólo contra España, sino también contra el Santo Padre!

—Optar por la ambigüedad no nos aportaría nada —decidió el señor Charreton, sacudiendo la cabeza—. No ganaríamos la paz y perderíamos el honor.

—Es una cuestión de elección —insistió Boutier—. Sabéis que el príncipe de Gales no logró desposar a la infanta de España hace dos o tres años. Si lo hubiese hecho, Inglaterra habría reunido a los Habsburgo y nos hubiesen rodeado. ¡Gracias a Dios, el proyecto fue abortado!

—¿Seguro que esos funestos planes fueron abandonados? —preguntó el señor Fronsac.

—¡Seguro! Me he enterado hace unos días de lo que ocurrió exactamente: el señor George Villiers, el favorito del rey Jacobo, viajó secretamente a Madrid con el príncipe de Gales para encontrarse con la infanta María. George Villiers tenía por entonces mucha amistad con el señor Gondomar, el embajador de España en Inglaterra, el cual lo había convencido de hacer dicho viaje. Pero todo el proyecto descansaba en una ilusión: Gondomar, Olivares —el primer ministro español— y Felipe IV ¡creían que el príncipe de Gales iba a convertirse al catolicismo con ocasión de su estancia en Madrid! Cuando se dieron cuenta de hasta qué punto se habían equivocado, exigieron nuevas concesiones para aceptar la idea del matrimonio de la infanta, en particular la libertad de culto para los católicos ingleses. Pero las conversaciones fracasaron y el príncipe de Gales decidió finalmente volver a Inglaterra. Entonces los españoles no quisieron dejarlo partir. Para ser liberado, el príncipe tuvo que aceptar todas las demandas españolas. Por supuesto, una vez de vuelta en Inglaterra, rompió todos los tratados firmados entre ambos países. Luego, un odio implacable se desató entre Olivares y Villiers, un odio que, sin embargo, no llegó a desembocar en una guerra, pues ni los ingleses ni los españoles disponían de medios para llevarla a cabo. Por esas razones el rey Jacobo desea ahora tan ardientemente un matrimonio entre su hijo y la hermana de nuestro rey.

—Preferirá, seguramente, que seamos nosotros quienes hagamos esa guerra en su lugar —ironizó el señor Fronsac.

—¡Sin duda! Pero sin necesidad de llegar a eso, al menos ganaremos un aliado. En cambio, España hará todo lo posible para evitar ese matrimonio.

—España y Roma —puntualizó el señor Charreton—. ¿Creéis que los jesuitas — puesto que hablamos de ellos— ven con buenos ojos la unión de la hija mayor de la Iglesia con un país hereje?

—Sin contar —suspiró Fronsac— con que debe de haber, en el consejo del rey, muchísimos opositores a semejante alianza.

—Más de uno —asintió Bouvier—, pero, curiosamente, el asunto está defendido por un hombre leal a la reina madre, monseñor du Plessis, el cardenal Richelieu, que

acaba de entrar en el consejo. Y el hecho de que un hombre de la Iglesia, un cardenal, defienda este proyecto ha hecho callar a la mayor parte de los partidarios de la Santa Sede.

—¿Qué clase de hombre es monseñor du Plessis? —preguntó Fronsac.

—Es tan insensible a la debilidad humana como fiel a la corona. Exactamente como era su padre, el gran preboste de Francia^[20] —intervino el señor Charreton.

—Sobre todo es muy ambicioso —opinó Boutier con una mueca—. El rey debería desconfiar de él y alejarlo del consejo.

—¡Debería desconfiar de tanta gente! —exclamó el señor de Charreton encogiéndose de hombros—. Por mi parte, si tuviese que decidir a quién alejar de la corte, empezaría antes por la señora de Chevreuse^[21]. Dicen que si lord Holland se aloja en el palacio de Chevreuse es por estar a su lado. ¡Y qué decir de las amigas de la duquesa, que ella misma ha puesto al lado de la reina! ¡Qué lástima encontrar ahí mujeres como la señorita de Verneuil!

—¿Quién es la señorita de Verneuil, abuelo? —preguntó Louis a media voz.

—Gabrielle-Angélique es una de las numerosas hijas que tuvo nuestro buen rey Enrique fuera de los sagrados lazos del matrimonio —le respondió su padre con una mueca de desaprobación.

—Es la que tuvo con la señora de Entraigues^[22] —prosiguió Boutier—. Por cierto que me he enterado de que otro hijo natural de Enrique el Grande está interno en Clermont contigo, Antoine de Borbón, el hijo que el rey tuvo con la señora de Bueil.

—No lo conozco, abuelo.

—No ha habido muchos matrimonios entre las casas de Francia e Inglaterra —intervino la señora Fronsac.

—No creas, hija. Olvidas el de María Estuardo, la madre del rey de Inglaterra, que en primeras nupcias se había casado con nuestro rey Francisco II, aunque es cierto que él murió muy joven.

—Un matrimonio real sería muy hermoso, padre —dijo ella—. ¿Se celebraría en Notre-Dame?

—Sin duda.

—¿El duque de Buckingham vendrá a París para la ocasión? Dicen que es encantador —bromeó mirando a su esposo.

¡Buckingham! Louis se estremeció al escuchar esta palabra. Era la misma que había oído la otra noche en Clermont. ¿Pero era exactamente Buckingham lo que había oído? Ya no estaba tan seguro.

—¿Quién es ese duque, mamá? —preguntó.

—Es el hombre del que acabamos de hablar —respondió su abuelo—: George Villiers, el favorito del rey y del príncipe de Gales. Un pequeño hidalguelo convertido en duque de Buckingham hace dos años. Dicen que es él quien dirige en realidad Inglaterra... Según lo que me han contado, es un ser insignificante y fatuo. Pero, dime, no nos has hablado mucho de tu colegio... ¿Has hecho amigos, aparte del que

me has presentado?

—Me llevo muy bien con mis compañeros de dormitorio —respondió Louis—. Somos ocho; hay un hijo de un médico y otro de un consejero del Parlamento de Borgoña. Mis mejores amigos son los hijos de un carnicero y de un cerrajero, y por supuesto Gaston, que es el único noble de nuestro grupo. Es huérfano y su padre era preboste. En nuestro mismo piso vive también Paul de Gondi, el sobrino del arzobispo. Tiene la misma edad que yo y habla perfectamente latín. Dicen que sucederá a su tío.

—Louis olvida decirnos que su amigo Gaston es pelirrojo. ¡Como pocos hayáis visto! —bromeó el señor Charreton.

—No te burles, abuelo. Gaston me defendió esta semana cuando fuimos provocados por los mayores. Procede de una vieja familia y estoy orgulloso de ser su amigo.

—¿Se queda en el colegio los días festivos? —se sorprendió su madre, repentinamente llena de afecto por ese niño que había defendido a su hijo.

—Sí, mamá. Vive demasiado lejos para volver a Tilly.

—Pierre, ¿estás de acuerdo en que invitemos al amigo de Louis con ocasión del próximo festivo?

—Si el señor rector nos autoriza a ello, ¿por qué no? Pero supongo que habrá que avisar a la familia. ¿Quién se ocupa de él?

—Tiene un tutor, papá. Es el prior de la abadía de Coulombs. ¡Me encantaría que viniese aquí!

—Escribiré al rector —decidió el señor Fronsac, sonriendo a su hijo.

Esa misma noche, en el bello palacete del barrio de Saint-Germain puesto a disposición de los embajadores ingleses, los ayudas de cámara del conde de Carlisle acababan de vestirlo cuando su secretario el señor Bates le anunció una visita.

—Que vuelva en otro momento —respondió el conde mientras se ceñía al cuello el collar de oro de los caballeros de la orden del Baño—. Ya voy con retraso para cenar en el palacio de Chevreuse.

—Se trata de un representante de la comunidad de los comerciantes protestantes de La Rochelle, milord, y dice que tiene una propuesta que podría interesaros —insistió el secretario con voz obsequiosa—. Asegura que será muy breve.

El conde dudó un instante y luego hizo un signo a sus criados para que se alejasen y a su secretario para que se tranquilizase. Diplomático experimentado, no tenía por costumbre tomar sus decisiones a la ligera. Meditó un instante atusando distraídamente su barba puntiaguda.

Hacía veinte años que recorría Europa y ésta no era su primera misión diplomática en París. Caballero al servicio del rey James^[23] cuando éste sólo era rey de Escocia, había ido por primera vez a Francia en 1604 a fin de negociar con Enrique IV el abandono del apoyo inglés a los hugonotes franceses sublevados.

Había vuelto en 1613, con ocasión de las negociaciones sobre un posible matrimonio del príncipe de Gales con Cristina, la otra hermana de Luis XIII. Era entonces miembro de la Cámara de los Lores. Cuatro años más tarde había partido en misión al Palatinado, cuyo príncipe era cuñado de su rey. En 1621 estaba de vuelta en Francia, como intermediario, para negociar una paz entre los protestantes rebeldes y Luis XIII. A raíz de esta última misión había sido nombrado conde de Carlisle.

Es decir, que conocía perfectamente la situación de guerra larvada que, pese al Edicto de Nantes, hacía estragos entre los irreductibles hugonotes —principalmente de la casa de Rohan— y el rey de Francia.

Uno de los puntos clave era La Rochelle.

Se trataba del principal puerto francés del Atlántico y, sobre todo, de un rudo bastión protestante. Si, desde Carlos IX, la ciudad calvinista se había levantado varias veces contra su rey, el tiempo de la sedición se había acabado cuando Luis XIII había edificado el fuerte Luis, a fin de mantener la villa a raya. Sin embargo, los de La Rochelle preparaban en secreto nuevas defensas ante la posibilidad de un nuevo sitio del ejército real.

Pues aunque el duque de Soubise —el hermano pequeño del duque de Rohan— hubiese sido aplastado dos años antes, los Rohan no abdicaban en absoluto de las ambiciones de su familia: bajo el manto de la religión, querían obtener un ducado en el que los protestantes serían los amos, y para conseguirlo tenían necesidad de atraerse a los habitantes de La Rochelle a su causa.

Este foco de desorden en el reino de Francia no disgustaba precisamente al rey Jacobo, que proporcionaba su ayuda a los rebeldes. Desgraciadamente, Soubise no era un hombre en el que se pudiese confiar. Aunque beneficiario del sostén inglés, lord Carlisle sabía que negociaba bajo cuerda con agentes españoles. Al duque, todo aliado contra el rey de Francia le servía, y esa versatilidad inquietaba a Inglaterra, que no podía abandonar La Rochelle en manos españolas.

Aunque sólo fuese por eso, Carlisle debía escuchar a su visitante.

En realidad, había también otra razón, quizá más importante, más personal. Desde hacía varios días, lord Carlisle recibía delegaciones que le llevaban toda clase de confituras y bombones. Resulta que él detestaba las golosinas, y, en cualquier caso, no sería con golosinas como obtendría su rango en la corte del rey Jacobo. Había obtenido el cargo de maestre del guardarropa real diez años antes, un cargo que había tenido que vender para saldar sus deudas. Su esposa le salía muy cara, aunque se hubiesen separado, y su modo de vida, sus extravagancias, sus banquetes y sus fiestas lo habían arruinado. Todas sus tierras estaban hipotecadas, y sus acreedores le pisaban los talones. Estaba acorralado.

Hizo una mueca recordando la última locura que había hecho para impresionar a la corte de Francia en su anterior visita a París, unos años antes. Había ordenado, entonces, herrar su caballo con herraduras de plata sostenidas por minúsculos clavos. En cada encrucijada, cuando pasaba delante de hermosas damas, hacía caracolear y piafar el caballo, aunque las herraduras volasen por todas partes. Al momento, el platero de su casa, que lo seguía ataviado de brillante librea, se acercaba y sacaba de un cofre recubierto de terciopelo otras herraduras de plata que sujetaba sumariamente a los cascos para que su amo pudiese avanzar un poco más^[24].

Aquella locura le había costado una fortuna.

Hoy tenía necesidad de dinero, y rápido. Tal vez pudiese sacar unos centenares de guineas de ese comerciante.

—Muy bien —dijo—, le concedo unos minutos mientras me peinan. Hacedle entrar y avisad a mis gentileshombres y mis escuderos de que estén listos para partir tan pronto como haya terminado.

Mientras un criado calentaba el rizador del cabello en la chimenea, el secretario partió a buscar al mercader protestante. Volvió un instante después para introducir a un hombre de unos cuarenta años, vestido de negro de arriba abajo, con un sombrero recto de cintas como los que llevaban los puritanos.

—¡Monseñor! —dijo el visitante descubriéndose y arrodillándose.

—¡Venga! ¡Decidme rápido las razones de vuestra visita, amigo mío! Me esperan en el palacio de Chevreuse.

Al mismo tiempo que hablaba, Carlisle hacía una señal a los criados para que se alejasen.

—Gracias por recibirme así, monseñor. Me llamo Samuel Forcadel y soy el síndico de un importante grupo de comerciantes y banqueros reformados, principalmente de La Rochelle. Estamos muy preocupados por ese proyecto de matrimonio del que tanto se habla...

Carlisle permaneció impasible. ¡Por qué se metía este tendero!

—... Deseamos que vos mismo, lord Holland, vuestro rey y Su Alteza el príncipe de Gales sepáis que estamos dispuestos a ayudaros a cambio de vuestro sostén a la causa protestante.

—No lo dudo —dijo Carlisle con una mueca de impaciencia.

—Hemos pensado que podríais abogar por nuestra causa ante el príncipe de Gales —replicó el comerciante con tono meloso.

«¡Ah! —pensó el conde, divertido—. ¡Vamos al grano! Estos tunantes van a proponerme por fin algo distinto de los bombones».

—Quién sabe... —replicó evasivamente.

—Para ello, vuestra elevación en la estima del príncipe es primordial —sugirió el hugonote.

Carlisle frunció el ceño. ¿Adónde quería ir a parar este tendero?

—Hemos pensado en un medio infalible de asegurar vuestra fortuna en el corazón del príncipe, monseñor.

—Os escucho, señor Forcadel.

—La reina de Francia es la hermana del rey de España. Monseñor el duque de Buckingham se granjearía ciertamente su amistad y su sostén si le ofreciese un presente de gran valor.

—Sin duda.

—La reina ama las joyas, monseñor. Y, más que cualquier otra cosa, los herretes de diamantes como los que su esposo acaba de regalarle.

—Lo ignoraba.

—Estamos dispuestos a entregaros doce herretes de diamantes todavía más bellos que los que el rey ha ofrecido a su mujer. Se los remitiréis a monseñor el duque de Buckingham de nuestra parte. Ofreciéndole ese presente a la reina, monseñor el duque se la atraerá para siempre.

Carlisle sonrió ante esa idea.

—Es muy posible... Pero ¿cuál sería mi beneficio?

—El señor duque quizá no tenga los medios para hacer un regalo tal en nombre de su príncipe. Os quedaría muy agradecido por ello.

—Es muy posible.

—Debo añadir que nuestro sindicato está en estrecha armonía con los propietarios de plantaciones y negociantes ingleses en Barbados y las islas del Caribe. Nos hemos enterado de que deseáis una concesión sobre todas las mercancías transportadas allí por vuestros navíos, pero que vuestro rey no se muestra favorable a ello. Nuestro sindicato estaría dispuesto a insistir por medio de nuestros amigos en vuestro

Parlamento para que la obtengáis. Quizá incluso esta concesión podría ser extendida a Nueva Inglaterra. No ignoráis que el rey Jacobo está muy enfermo. Con el sostén del duque de Buckingham y del príncipe de Gales, que será el futuro rey, vos tendríais garantizado obtener antes o después un privilegio que puede producir cien mil libras año.

¡Cien mil libras! La cifra mareó a Carlisle. Cierto es que ese dinero no saldaría sus deudas inmediatamente, pero, mirándolo con cierta perspectiva, podría pedir paciencia a sus acreedores.

—Vuestra proposición es seductora —dijo al fin—. Yo sé que Su Gracia desea ofrecer un regalo de valor a la reina, y esos herretes serían en efecto un maravilloso presente. Pensaré en ello. Dejadme solo un instante.

Forcadel se inclinó y siguió al señor Bates, quien lo hizo pasar a una antecámara cuya puerta cerró cuidadosamente. El secretario volvió enseguida al lado del conde, habiendo adivinado que éste iba a darle órdenes.

—Señor Bates, id a buscar al señor Brett. Hacedlo subir por la escalera de servicio.

Bates se inclinó antes de dirigirse hacia el fondo de la cámara de gala. Una escalera en el espesor del muro descendía a las cocinas y, de allí, desembocaba en el patio.

El conde de Carlisle se quedó un instante meditando, sin hacer señas a sus ayudas de cámara para que acudiesen junto a él.

En sus memorias, el cardenal Richelieu hace un retrato severo de lord Carlisle insistiendo en su *espíritu mendaz, que jamás lo abandonaba*. En efecto, el conde no tenía ningún escrúpulo en mentir, hacer trampas o traicionar su palabra con tal de hacer triunfar su causa. El espionaje, el crimen, la extorsión o la perfidia, las caras oscuras de la diplomacia, no tenían ningún secreto para él, y tampoco ignoraba que sus adversarios eran tan cínicos e inmorales como él. Así, toda proposición atractiva, como la que acababa de oír, era en su opinión, a priori, una trampa.

De modo que se preguntaba: ¿quién era Samuel Forcadel? ¿Un auténtico comerciante, preocupado por los intereses de su comunidad, o un agente español tratando de arrastrarlo a alguna oscura emboscada? Es lo que tenía que comprobar antes de tomar una decisión.

El conde acostumbraba rodearse de hombres seguros y discretos, como el señor Bates, su secretario, que estaba a su servicio desde hacía quince años, pero también de individuos capaces de llevar a feliz término una misión de información que incluso requiriese el uso de la violencia o el crimen. Uno de sus mejores agentes no había podido acompañarlo a Francia, por haber sido herido en una caída de caballo. Sin embargo, Carlisle había observado en su entorno a alguien capaz de sustituirlo.

El abanderado Brett era un joven mosquetero del tercer regimiento de la Guardia, encargado de la protección del embajador extraordinario. El conde Carlisle lo había distinguido no sólo por su fineza de juicio y por su espíritu de iniciativa, sino también

porque Brett, de madre francesa y de padre irlandés, hablaba perfectamente el francés.

El ayuda de cámara volvió para rizar el cabello de su amo mientras un segundo criado preparaba el sombrero de plumas. El secretario regresó entonces con el joven Brett, que estaba de guardia en el patio del palacio.

El mosquetero era un hombre moreno de rostro cuadrado más bien afable. Llevaba barba y mostacho apuntados y sus cabellos, de un negro corvino, testimoniaban su origen celta.

—Señor Brett —dijo Carlisle sin mirarlo siquiera—, mi secretario os mostrará de inmediato a un comerciante que pasará por el patio. Se llama Forcadel y ha debido de venir en mula o a caballo. Seguidlo sin que os vea y averiguadlo todo de él. Mañana me haréis un informe. Quiero saberlo todo.

Era suficiente para Brett, que saludó y se fue enseguida por donde había venido. Carlisle pidió entonces a su secretario que hiciese entrar al comerciante hugonote.

—He reflexionado mucho, señor Forcadel —le declaró amigablemente el conde—, y creo poder aceptar vuestra proposición. ¿Cuándo podríais traerme los herretes?

—Puesto que tenemos vuestro acuerdo, monseñor, haremos el encargo de inmediato a un joyero holandés que trabaja para nosotros. Sin embargo, serán necesarios seis meses para la factura de esas joyas, que deben ser de una calidad excepcional.

Carlisle asintió, pese a todo, un poco contrariado por no recibirlas de inmediato.

—Si el matrimonio se celebra, será en primavera o en verano. Contactad conmigo tan pronto como estén listas. Estaré en Londres o aquí. Señor Bates, preparad mi carroza.

Hizo un ademán para dar a entender que la entrevista había terminado. El secretario abrió la puerta y acompañó al comerciante.

Al día siguiente, el embajador inglés ordenó llamar a Brett mientras sus criados lo vestían. El mosquetero se presentó al punto y el conde mandó alejarse a todos los que los rodeaban.

—¿De qué os habéis enterado, señor Brett?

—El señor Forcadel se quedó de este lado del Sena, monseñor, y lo seguí a cierta distancia hasta la calle Saint-Jacques. Se detuvo en el Lion-Ferré, que es el establecimiento de diligencias de mercancías y viajeros procedentes de Bretaña. La hospedería está situada en la parte baja de la calle. Dejé allí mi montura y pedí un cuarto. Me propusieron compartir un lecho, cosa que rehusé, pero al preguntarle por mis posibles vecinos, el hostelero citó al señor Forcadel. Me hice el sorprendido precisando que yo tenía un tío con ese nombre, y el propietario, un hombre más que locuaz, me contó todo lo que sabía. El señor Forcadel es un armador protestante de La Rochelle, llegado de Rennes hace dos días en la diligencia de Bretaña. Se va pronto y, durante su estancia parisina, ha hecho muchas visitas a otros comerciantes.

—El hombre parece ser quien asegura —dijo Carlisle asintiendo—. Gracias,

señor Brett, habéis hecho un buen trabajo.

Pero el joven parecía dispuesto a añadir algo.

—¿Habéis descubierto alguna otra cosa, Brett? —interrogó el conde.

—Sí, monseñor, pero dudaba si hablaros de ello, pues no tiene relación con el señor Forcadel y es una larga historia.

—Hablad, tengo todo el tiempo del mundo esta mañana.

—Fue el año pasado, monseñor. Yo acababa de entrar en la guardia. Tras el fracaso de las negociaciones con Madrid en el matrimonio del príncipe de Gales, nuestro regimiento estaba encargado de vigilar toda tentativa de complot o de sedición de los partidarios de España contra el reino. Mi capitán había sido avisado de que un jesuita buscado desde la conspiración de la pólvora había vuelto a Inglaterra y se encontraba en una posada no lejos del Támesis. Acababa de llegar de España. Rodeamos la hospedería y cogí al jesuita, así como a los demás viajeros presentes en el lugar.

»El sacerdote fue apresado y ejecutado, pero como no teníamos nada contra los demás viajeros, los dejamos libres. Pues bien, ayer, en el Lion-Ferré, mientras estaba en la sala común bebiéndome un jarro de vino y escuchando las conversaciones de mis vecinos, vi pasar a un jesuita de sotana. Para mi sorpresa, reconocí a uno de los viajeros que había interrogado el año pasado cuando aquella operación de policía. Averigüé su identidad: se llama Thomas Southwell y es inglés.

Carlisle había escuchado las explicaciones del mosquetero con gran concentración. Como buen diplomático, no creía apenas en las coincidencias, y aquélla era enojosa. Cuando Brett hubo terminado, preguntó cruzando los dedos:

—¿Estáis seguro, señor Brett?

—Absolutamente, monseñor. Evidentemente, el hombre que vi en el Lion-Ferré estaba tonsurado, mientras que el año pasado, en Londres, llevaba el cabello largo y no tenía nada de sacerdote, pero no puedo equivocarme, porque es pelirrojo como un zorro.

Carlisle sonrió por la observación antes de preguntar:

—¿Podría tener alguna relación con Forcadel?

—Eso me inquietaba, monseñor, pero parece que no. El jesuita acaba de llegar a París y nadie lo ha visto hablar con Forcadel. Por si acaso, traté de enterarme de más cosas. Una criada me contó que el jesuita enseña inglés en el cercano colegio de Clermont. Tenía que haberse alojado allí, pero, como el colegio estaba lleno, cogió una habitación en la posada.

Carlisle reflexionó largo rato. Brett había hecho una muy buena investigación y, por una vez, se trataba sin duda de una simple coincidencia, puesto que Forcadel había llegado de Bretaña. Era normal que pasase por Rennes viniendo de La Rochelle y que se hubiese detenido en la hospedería más cercana al servicio de diligencias. En cuanto al jesuita, no era absurdo que se alojase al lado del colegio de su orden. No había motivo de inquietud. En cambio, sería endiabladamente interesante saber lo que

un jesuita inglés maquinaba en París. ¿Tendría relación con el proyecto de matrimonio?

El reverendo Cotton debía ser nombrado provincial de Francia en enero. Cotton era muy querido de Luis XIII y de la reina madre, pero sobre todo era un enemigo jurado del rey de Inglaterra. Carlisle ya se había cruzado en su camino, y ambos hombres se sabían rudos adversarios. Southwell debía de saber muchas cosas sobre lo que preparaba Cotton.

—Escribidme un informe sobre Thomas Southwell —dijo—. Lo transmitiré a Londres. A la espera de saber lo que la corte decida, prevendré a vuestro capitán para que os descargue de servicio uno o dos días por semana. ¿Seréis capaz de vigilar al jesuita y de encontrar a algunos matones dispuestos a ayudaros a capturarlo discretamente, para enviarlo luego a Inglaterra, donde seguramente tendrá muchas cosas que contarnos?

—Desde luego, monseñor —replicó Brett, tratando de reprimir su alegría.

Comprendía que la suerte le estaba pasando por delante. Sólo tenía que cogerla, tener éxito en esta fácil misión, y su fortuna al lado del conde estaría asegurada.

Carlisle disimuló una sonrisa de satisfacción, pues había percibido la ambición del joven. Conocía lo bastante a la gente para saber que aquel hombre le sería fiel si lo recompensaba en su justo valor. Se levantó, se acercó a un bargueño holandés marqueteado, abrió un cajón con una llave de plata de la que no se desprendía jamás y sacó de allí un cofre.

Contó varias monedas mientras las deslizaba en un saco de tela que extrajo de otro cajón y volvió a la mesa.

—Por supuesto, para esa vigilancia, os vestiréis como un obrero o un artesano parisino. Nadie debe adivinar vuestro origen. Sin duda tendréis que sobornar a algunos informadores. Aquí tenéis veinte escudos de oro. Haced buen uso de ellos, sabéis que no soy rico.

Louis había vuelto a Clermont la víspera, de nuevo en la silla de montar, a la grupa de su abuelo. Estaba muy contento de volver al colegio, tantas eran las ganas que tenía de encontrarse con su amigo Gaston para compartir con él las frutas escarchadas que llevaba y, sobre todo, para anunciarle que iría a su casa con él el próximo día festivo. De modo que sólo les quedaría una semana en Clermont, puesto que el viernes siguiente sería San Lucas^[25], y volvería a casa, en esa ocasión con su amigo. Después de eso tendrían que esperar a las festividades de San Simón y de San Judas^[26].

Louis descubrió pronto hasta qué punto el cargo de decurión era exigente. Por la mañana debía preguntar las lecciones en el *cubicula*, en presencia de Paul de Gondi, que era, por cierto, mucho más severo que él con sus compañeros. Luego miraba sus deberes, desatendiendo a veces los suyos propios por falta de tiempo.

Más tarde, en clase, debía reunir a su decuria para preguntarles de nuevo la

lección, esta vez públicamente. El profesor, pasando entre los grupos, no dudaba en intervenir y en amenazar si el interrogador se mostraba demasiado indulgente con sus tropas. Sus observaciones mordaces eran temidas: si *Ignarus*^[27] no era más que una advertencia, *Pigerrimus*^[28] daba lugar a una sanción, en general una comida a pan y agua.

Después, con los otros magistrados de clase, Louis recitaba a su vez las lecciones bajo la vigilancia del cónsul y del censor de su campo. Todos los internos eran así interrogados por su superior, y nadie podía escapar a él. En cuanto a los alumnos que habían terminado sus intervenciones orales, no se quedaban inactivos. Los vigilantes les distribuían deberes que debían devolver por escrito al final de las clases. A veces no eran más que simples traducciones, pero lo más frecuente es que se tratase de trabajos difíciles, tales como escribir una carta a Cicerón para pedirle ayuda, hacer una imitación de Tácito, redactar un discurso flamígero destinado al Senado o incluso preparar una elegía, una alegoría o una fábula. Louis y los demás magistrados estaban asimismo obligados a hacerlo, pero, como apenas tenían tiempo, no les quedaba más remedio que dedicar a ello una parte del recreo.

Los mejores trabajos eran recompensados, bien por medio de un cartel en clase, bien por una lectura pública en el refectorio, y dicha distinción repercutía sobre el que dirigía la decuria del buen alumno. El censor y el cónsul del campo al que pertenecía el feliz elegido eran también felicitados públicamente. Paul de Gondi, que deseaba recibir esos honores, velaba para que Louis hiciese trabajar a su tropa sin descanso.

Louis estaba también encargado de la disciplina y sobre todo de la moralidad de los internos de su banco. Así, debía asegurarse de que cada uno recitase bien la oración de la noche, incluido Gaston.

A esas pesadas tareas se añadió una penosa experiencia. Charles Chazelles, el hijo del recaudador de impuestos, entregó varios deberes mal escritos y con borrones. El regente escribía en ellos cada vez con más rabia la mención: *Fallax*^[29].

El viernes, el profesor, que ese día estaba de un humor pésimo, decidió dar un escarmiento castigando con el látigo a todos los que no trabajaban lo suficiente. Al pobre Chazelles le tocó la china.

El castigo tuvo lugar al día siguiente por la mañana, en la habitación. Fue aplicado por un corrector llegado del exterior del colegio, al que los alumnos debían llamar con deferencia, o ironía, señor presidente. Delante de los demás internos reunidos, el hombre, un sombrío bruto desdentado, distribuyó cinco golpes de férula con sorprendente fuerza en las nalgas desnudas del joven Chazelles, que gritó como un gorrino degollado.

O ése fue el comentario que hizo, un poco más tarde, Jehan Le Pontonnier, explicando a Gondi con todo lujo de detalles cómo había que colocar a un cerdo para vaciarlo de su sangre.

Durante esa misma semana, Brett se fue dos veces a comer al Lion-Ferré. Se quedaba hasta la vuelta del jesuita inglés, que llegaba siempre antes de vísperas pero que no comía nunca en las mesas comunes.

La primera vez que había acudido a la posada, el domingo anterior, cuando seguía a Forcadel, Brett había pedido un cuarto —que no había tomado—, haciéndose pasar por un tratante de madera de viaje en París. Nadie había puesto en duda su personaje, en primer lugar porque quedaban todavía algunos madereros en la cercana calle de la Leña y, luego, porque el padre de Brett poseía madera en Irlanda y el joven abanderado podía hablar de ese comercio durante horas, pues conocía al dedillo sus secretos.

Cuando volvió a la hostería, el mosquetero inglés se instaló en una de las mesas de la sala común donde servía la criada que ya le había hablado del padre Southwell. Era una mujer ni joven ni vieja, huraña y muy desagradable, hasta el punto de que su delgadez angulosa y su boca de dientes ennegrecidos suscitaban crueles sarcasmos. Delante de sus compañeros de mesa, Brett le explicó que al final vivía en casa de un amigo, adornando sus explicaciones con multitud de detalles imaginarios. Tenía un increíble don para inspirar confianza y una capacidad fuera de lo común para construir mentiras perfectamente verosímiles.

La primera vez que había ido e interrogado a la criada sobre el jesuita pelirrojo, el inglés había observado la expresión malvada que la mujer esbozó mirando al sacerdote. Entonces le había confesado que no le gustaban los papistas que deseaban insidiosamente gobernar Francia. Los jesuitas no eran muy amados por el pueblo parisino, y la criada lo había aprobado calurosamente.

Así pues, Brett había decidido ganarse una aliada. Para ello, primero la había ablandado con unas cuantas monedas de cobre; después, con ocasión de las comidas, que prolongaba el mayor tiempo posible, se granjeaba la simpatía de la tarasca a base de insistentes zalamerías, para gran sorpresa de sus vecinos de mesa, que no entendían lo que podía ver en la fregona.

Al final de la semana, considerando que ya había hecho bastante, Brett se presentó en la posada por la mañana temprano para intentar encontrarse con ella a solas. La mujer estaba ya metida en faena cargando madera para el fuego. Particularmente sucia esa mañana, y ya agotada, no pareció muy contenta de verlo.

—¡Señor Brette! —el mosquetero había elegido Brette como nombre francés—. ¡Es demasiado temprano para venir a comer, todavía no he encendido el fuego! —le reprochó con animosidad limpiándose las manos en un grasiento delantal.

—A decir verdad, Annette —dijo él deshaciéndose en sonrisas—, venía por vos...

Acompañó su explicación llevándose un dedo a la boca, como para guardar el secreto, conteniendo la respiración de lo mal que olía la mujer. Annette había tenido que observar por fuerza la solicitud del joven hacia ella y las muchas monedas que

deslizaba en su mano cuando se iba. Sospechando lo que quería —todos los hombres querían lo mismo—, se mantuvo también en una prudente reserva.

—¿Podemos hablar en privado? —le preguntó meloso.

—Vamos al granero, pero ¡las manos quietas! —precisó en tono desabrido, apuntándolo con un dedo amenazador.

El granero estaba cerrado con una puerta enrejada y daba directamente a la gran sala. Se guardaban allí frutas y legumbres, así como los platos y los cubiertos.

—¿Entonces qué queréis? —preguntó con las manos en jarras nada más entrar en la pieza.

—Tengo un regalo para vos y una confidencia que haceros, Annette.

—¿Un regalo? —se extrañó ella.

—Lo he elegido para vos —añadió con timidez, sacando una cadenita de plata de un bolsillo.

Era una joya de poco valor, pero la criada jamás había recibido un presente igual. Se quedó un rato aturdida antes de decidirse a coger la cadena, diciendo:

—Si es por lo que creo, no esperéis sacar nada antes de pasar por la vicaría.

—Si es necesario... —suspiró Brett—. ¿Queréis que os la abroche?

Sin esperar respuesta, tomó la cadena y se la anudó, no sin besar con repulsión el escuálido cuello negro de grasa.

—Pero a decir verdad, os necesito para ayudarme a hacer justicia —prosiguió.

Ella lo miró de hito en hito sin comprender.

—El jesuita ese del que hemos hablado, ¿os acordáis?... ha seducido a mi hermana.

—¿Vuestra hermana?

—Sí. Por eso me interesaba por él. Cuando lo vi el domingo, me quedé de una pieza.

—¡Pero es inglés! ¿Vuestra hermana es inglesa? —preguntó la criada con desconfianza.

—¡No! ¡Qué decís! Yo soy de Rouen. Mi hermana tenía un confesor jesuita. Cayó enfermo y el padre Soutwell lo sustituyó... Ella...

Brett ahogó un sollozo para evitar decir nada más.

—Esos hombres son diabólicos —afirmó la fregona santiguándose—. No piensan más que en abusar de nosotras.

—¡Cuánta razón tenéis, amiga mía! —aprobó Brett con lágrimas en los ojos, tomándola de la mano—. En fin, que puse un requerimiento en el Parlamento de Rouen, pero entretanto el infame había desaparecido.

—Son muy fuertes —dijo ella agriamente, dejando la mano en la suya—. Pero tranquilizaos, señor Brette, yo soy dura y no me dejaré hacer como vuestra hermana.

—Por eso quería ponerlos en guardia, Annette. Además, yo no estaré aquí para poder protegerlos de su lubricidad. Pero volviendo a mi requerimiento en el Parlamento, resulta que no fue instruido porque el muy miserable había huido. Yo

estaba enfermo, como mi hermana. Y de repente, ¡milagro de la Divina Providencia! Volví a ver a ese felón, aquí mismo. De manera que podré presentar un nuevo procedimiento.

—Entiendo, pero ¿cómo puedo yo ayudaros?

—¡Vigíladle, amiga mía! Tengo que dejar París y necesito saber si él sigue aquí. Si os enteráis de cualquier cosa, os daré un escudo de oro.

—¿Un escudo? —preguntó la criada codiciosa—. ¿Pero cómo voy a avisaros? ¡No sé escribir!

—El amigo con quien me hospedo puede escribirme. Veréis lo que os propongo. Si os enteráis de cualquier cosa interesante sobre Southwell, colgad una cinta roja de vuestra ventana. ¿Dónde vivís?

—En los desvanes de la hostería. La última buhardilla... ¿Queréis que os enseñe mi cuarto? —añadió con voz ronca.

—Me encantaría, pero tengo poco tiempo... ¿Se vería desde la calle una cinta colgada?

—Desde luego —contestó ella, un tanto decepcionada.

—Entonces, de acuerdo. Hagámoslo así. Y aquí tenéis un escudo de parte de mi hermana.

Rebuscó en su bolsillo y le deslizó un escudo de oro.

—¿De verdad no queréis nada más? —preguntó la Maritornes a media voz, recorriendo el granero con su mirada.

—De momento no, Annette, pero cuando el honor de mi hermana sea vengado, iremos a ver vuestra vicaría.

La mirada de la tarasca se iluminó con una sonrisa malvada.

—Podéis contar conmigo, señor Brette. El padre Southwell no se escapará.

El mosquetero dejó el Lion-Ferré satisfecho. Ahora tenía un agente in situ que vigilaría estrechamente al jesuita. Todavía le quedaba embaucar a unos cuantos truhanes, pero sabía dónde encontrarlos: se había fijado en tres bergantes siempre de guardia en el Puente Pequeño.

La humillante y dolorosa sesión de látigo apenas mejoró los resultados escolares de Charles Chazelles, pero desarrolló en él un sordo resentimiento hacia su decurión, aunque éste no tuviese culpa de nada. No pasaba un día sin que el hijo del recaudador de impuestos hiciese una reflexión hiriente a Louis. La maldad incesante del niño dolía mucho al joven Fronsac, que no tenía ninguna gana de seguir siendo decurión. De buena gana hubiera cedido su cargo a otro, pero debería asumirlo todo el mes.

Por fortuna, Louis no sufrió ninguna otra contrariedad, pues ni él ni Gaston fueron de nuevo acosados por Rouville y sus amigos. El jueves, a la hora del paseo, Gaston le había asegurado incluso que su firmeza había sido provechosa. En la guerra era así como había que actuar, afirmó comparando su estrategia con la de los

generales de la Antigüedad. Louis le creía de buena gana y se sentía tranquilo. Por otra parte, además, había observado cuánto había cambiado Gaston. Desde que le había dicho que su padre pediría al rector que pudiese ir los días festivos a la calle de los Quatre-Fils, se había vuelto más locuaz, más alegre e incluso menos colérico.

Para Louis, la semana habría podido terminar sin otro inconveniente que el suplemento de trabajo añadido, si el viernes por la mañana, al salir de clase, y mientras iba a misa, no hubiese sido abordado por el prefecto de su cuarto. El padre Galliffet tenía cara de pocos amigos. Louis pensó enseguida en las frutas escarchadas que su madre le había dado y que había ocultado en su baúl. Le quedaban dos. ¿Habrían sido descubiertas?

Sin explicación alguna, el prefecto le ordenó secamente que lo siguiese.

Subieron al *cubicula*, y allí el padre Galliffet le señaló su lecho. De la cortina colgaban varios trozos de pan aplastados.

—Habéis comido aquí, señor Fronsac. Sabéis de sobra que eso está prohibido. ¡Y ni siquiera habéis tenido la delicadeza de limpiarlo! Después de la comida no iréis al recreo, sino que subiréis aquí a copiar cincuenta páginas del libro que dejaré en vuestra mesa. Excepcionalmente, no comunicaré la falta a vuestro regente, pues perderíais el cargo de decurión, pero la próxima vez será el látigo. Ahora volved a misa y rogad al Señor que os conceda su perdón.

Louis dudó si defenderse. Había comprobado que el dormitorio estaba perfectamente limpio cuando habían bajado por la mañana. Sin embargo, bajó los ojos y aceptó la reprimenda. Protestar habría significado quedar como un mentiroso, pues ¿a quién se le iba a ocurrir ir a comer a su cama?

Limpió rápidamente las migas y bajaron en silencio.

Abajo, en el patio, encontraron a Gaston solo delante de la puerta de la capilla. Un prefecto de recreo parecía vigilarlo.

—¡Padre Galliffet! —exclamó al verlos.

Dio unos pasos hacia ellos.

—Acabo de castigar a uno de vuestros internos...

—¡Decididamente —refunfuñó el sacerdote—, es mi día! ¿Qué tontería habéis hecho, señor de Tilly? —preguntó severamente.

—¡Date la vuelta! —ordenó el vigilante señalando a Gaston con el dedo.

El interpelado obedeció. La espalda de su toga estaba completamente manchada de blanco, como si se hubiese frotado contra el yeso o salpicado de harina.

—Pretendía entrar en la casa del Señor cubierto de suciedad, padre —explicó el prefecto de capilla.

—¿No os habéis molestado en sacudir vuestra ropa, señor de Tilly? —preguntó el padre Galliffet, abrumado.

—Lo he hecho esta mañana, padre. No sé lo que ha pasado. Tal vez me hayan hecho una faena.

—¿Una faena? ¿Es todo lo que se os ocurre para justificaros? ¡Acusar a los

demás! Y bien, puesto que vuestro amigo el señor de Fronsac también está castigado, le haréis compañía. Os inflijo la misma sanción; él os mostrará lo que debéis hacer. Y en el futuro, si entráis de nuevo en la capilla con la ropa sucia, os las veréis con el látigo. Públicamente.

Bernardo Bianchi había venido de Sicilia para buscar fortuna y para huir de los que, en su país, querían vengarse de sus infamias.

Ducho en el arte del *salitano* —el cuchillo siciliano de fina hoja y mango de cuerno—, sin dudar jamás en masacrar al más débil que él, había desollado y herido a un número incalculable de pobres gentes durante el largo camino que lo había llevado hasta Francia.

Mientras atravesaba a pie la Valtelina para franquear los Alpes, se había encontrado con La Louvière en una de esas oscuras posadas de Suze donde seis individuos compartían un cuarto y donde el honrado viajero tenía todas las posibilidades de acabar la noche cortado en pedacitos por los bandidos antes de ser devorado por los lobos.

Luc La Louvière había sido sargento en un regimiento de Annibal de Estrée. El hermano de la examante de Enrique IV acababa de ser encargado por Richelieu de liberar la Valtelina protestante invadida por las tropas españolas^[30] que querían reinstaurar allí la religión católica.

La Louvière se había revelado incapaz de mandar a sus hombres y su batallón había sido diezmado desde el primer enfrentamiento. El asunto había llegado hasta el mariscal de Estrée, que había hecho azotar al joven e inepto sargento antes de expulsarlo del ejército. Sin dinero para volver a Francia, se había quedado en los Grisones y había descendido todos los escalones de la infamia, desde desplumar a los crédulos a las cartas hasta atracar a los viajeros aislados en un rincón del bosque.

La Louvière y Bianchi se habían encontrado en una partida de cartas. De alma tan negra el uno como el otro, habían decidido unir sus fuerzas e ir a París para vivir de sus rapiñas. En Lyon, los dos jaques se habían compinchado con un monje exclaustro.

Este último frecuentaba con asiduidad las iglesias, donde adoptaba una expresión afligida cada vez que observaba una actitud reprobable. Esta contrición de circunstancias le atraía infaliblemente un gran fervor de parte de las devotas. A la salida de misa, el monje proponía a los que se le acercaban a pedirle una bendición confesarlos en alguna capilla aislada. Allí, al abrigo de las miradas, les robaba y abusaba de ellas si eran jóvenes y bonitas. Si se defendían, el frailuco sacaba una larga daga con la que les atravesaba el vientre susurrando un avemaría o un paternóster.

La Louvière y Bianchi tenían tantos crímenes a cuestas que consideraron muy práctico contar con un sacerdote tan comprensivo que podría darles la absolución

después de cada fechoría. A partir de entonces, los tres truhanes ya no se habían separado y, desde su llegada a París, se habían instalado al final de la calle de las Écoles, donde los crédulos y los burgueses de paso imprudentes eran sus presas preferidas.

Mientras los viajeros esperaban para pagar el pontazgo del Puente Pequeño, se fijaban en alguno, al que invitaban a compartir un pichel de vino en una taberna donde las chicas, aseguraban ellos, eran todo menos ariscas. Se llevaban al incauto a una callejuela oscura, lo degollaban al momento y lo despojaban de su bolsa y de sus ropas.

Fue delante del Puente Pequeño donde Brett se fijó en ellos.

El mismo viernes en que Louis y Gaston eran reprendidos por el padre Galliffet, Brett se encontraba justamente en compañía de los tres malvados, a los que había abordado mientras espían a una futura víctima delante del arco del Petit-Châtelet. Les había propuesto acompañarlos a la taberna de La Corne, en la plaza Maubert, para proponerles un trabajo fácil.

En torno a la mesa, y lejos de cualquier oído indiscreto, les había explicado que era el administrador de un caballero picardo cuyo nombre debía mantener en secreto. Les endilgó una variante de la historia contada a Annette: el confesor picardo, un jesuita libidinoso, había seducido a la esposa de su amo. Él era el encargado de encontrarlo y luego de secuestrarlo a fin de conducirlo ante un tribunal de justicia, donde sería juzgado.

Era un procedimiento bastante corriente en una época en que se raptaba con facilidad a un adversario para obtener venganza o a una joven para desposarla a la fuerza. En París incluso, los jóvenes calaveras no dudaban en hacer raptar a una mujer de su gusto por algunos hombres de armas para abandonarla unos días más tarde, deshonorada. Los tres truhanes habían participado más de una vez en esa clase de prácticas, y no se vieron ni sorprendidos ni indignados por la proposición del falso intendente.

Brett les deslizó un escudo, exigiéndoles que estuviesen a su disposición tan pronto les dijese que había encontrado al jesuita, del que sabía sólo que vivía en París. Los tres canallas aceptaron y le dieron la dirección de la taberna en donde paraban.

Terminada la comida, Gaston y Louis subieron juntos a su *cubicula*. El padre Galliffet ya había colocado un *De Fato* de Cicerón bien a la vista en el lecho de Gaston.

—Hay que copiar cincuenta páginas —le explicó Louis examinando atentamente el libro—. Tenemos para varias horas; así que nos quedaremos sin el recreo de esta noche.

—*Dimidium facti, qui coepit, habet*^[31] —replicó Gaston fatalista.

Se instalaron al fondo de la habitación, en la mesa grande cerca del estrado con el pupitre. El padre Galliffet había colocado encima hojas de papel muy fino, de grano grueso, fabricado sin duda a base de cáñamo y procedente de los molinos del Sena. Las hojas eran grises, rugosas y estaban manchadas en algunos lugares.

Colocaron el libro entre ellos y, sentados en el banco, empezaron su castigo. El grano del papel era tan irregular que escribir resultaba muy penoso. Debían cortar frecuentemente su pluma y sujetar con fuerza la hoja muy atentos a no mancharla con borrones ni a desgarrarla. Después de haber copiado tres o cuatro páginas se dieron cuenta de que no terminarían ni ese día ni al siguiente. Quizá ni siquiera habrían acabado el domingo.

Pese a ello, se detenían a veces para recortar la pluma o para frotar los dedos entumecidos. Entonces intercambiaban algunas palabras.

—Alguien ha dejado pan a propósito en mi cama para que me castigasen —dijo Louis después de haber cubierto una docena de páginas.

—Seguro que el mismo que ha manchado mi ropa de yeso —convino Gaston.

—¿Cómo ha podido hacerlo sin que te dieses cuenta?

—Al entrar en la iglesia estábamos muy apretados y noté un empujón. Debió de ser entonces. En el patio me habrían avisado.

—¿Quién puede detestarnos tanto para hacernos eso? —preguntó Louis—. Yo no tengo ningún enemigo, y tú tampoco.

—Si tú hubieses sido el único castigado, yo habría pensado en alguno de nuestro cuarto. Alguien celoso de que tú fueses decurión. Chazelles, por ejemplo...

—Tienes razón, pero también te atacó a ti. Y, sobre todo, corrió muchos riesgos subiendo a los dormitorios de día; habrían podido sorprenderlo. También tuvo que buscar el yeso para mancharte, lo que no es fácil estando encerrado aquí. Debe de odiarnos a muerte.

—Si no es ninguno de nuestros compañeros de cuarto, no puede ser más que Rouville o uno de sus secuaces —concluyó Gaston al cabo de un momento—. Nos amenazó con que tendríamos molestias...

—¿Crees que podría ser él?

—¿Qué otro? En el dormitorio, ¿quién tiene celos de ti y quién me odia? Aparte

de Chazelles, no veo a nadie.

Callaron para volver a su labor de caligrafía.

Louis no quería ser castigado, ya que temía particularmente el látigo. Si Rouville y su cofradía eran los responsables del castigo, se manifestarían pronto para recordar que sus amenazas no eran vanas. Decidió, pues, que cedería. Tenía algo de dinero que podría utilizar para pagar la parte de Gaston. Luego le contaría todo a su abuelo, que seguro que le daría los cuartos necesarios.

Gaston, por su parte, se juró interiormente que no cedería jamás.

El domingo por la noche les distribuyeron tres bizcochos azucarados al final de la cena. Sólo en la mesa de los becarios, situada enfrente de aquella en la que se encontraban Louis y Gaston, no los hubo. La mesa comprendía cuarenta niños de varias edades, entre ocho y diecisiete años. Todos estaban acostumbrados a esas privaciones, algunos incluso las deseaban con una especie de éxtasis. Desde su más tierna infancia se les había enseñado que la pobreza material era una suerte, pues era el medio escogido por Dios para recordar a sus elegidos la precariedad de la vida.

Los jesuitas también habían inculcado a los becarios la certidumbre de que la verdadera pobreza era la ignorancia religiosa. Luego ellos, ricos en conocimientos merced al severo trato que recibían, estarían mejor preparados que los demás en la última prueba de tránsito hacia el otro mundo.

Por todas esas razones, la mayor parte de los becarios consideraba que su suerte era más envidiable que la del resto de los internos. Sin embargo, un niño de la mesa no parecía aprobar esta casuística. Louis lo conocía por haber hablado una vez con él en el patio. Estaba en clase de Abecedario —en séptimo— y se llamaba Jacques La Chesnay. Tenía diez años y era mucho más delgado y bajito que Louis a su edad, sin duda a causa de las privaciones sufridas. Enfundado en su toga gris, demasiado grande para él, miraba con envidia la mesa de enfrente y a los otros niños que comían con delectación los bizcochos azucarados.

Louis se comió uno de los suyos y deslizó los otros bajo la toga, en un bolsillo de sus calzas. También había guardado dos frutas escarchadas que esperaba compartir con Gaston mientras trabajaban en su castigo, durante el recreo de la noche.

Terminada la cena, antes de salir del refectorio para ir a la habitación a fin de proseguir con el castigo, explicó a Gaston lo que tenía en mente. Los becarios podían recuperar los restos de vela del refectorio para iluminarse por la noche en su cámara, pero en contrapartida estaban encargados de varias tareas ingratas, como limpiar las mesas y barrer el suelo. Los demás alumnos apenas les prestaban atención, así que debían de oír muchas cosas. El caso es que Jacques La Chesnay tenía una mente despierta y podría convertirse en un aliado precioso si llegaban a convencerlo de que les contase lo que oía. Gaston aprobó la idea.

Así pues, abordaron ambos a La Chesnay mientras la mayor parte de los internos

salían al patio. En el refectorio sólo quedaban los becarios recogiendo y algunos criados.

—Me he fijado en que no tenías postre —le dijo Louis tendiéndole sus bizcochos—, y yo he comido demasiado.

El chico se quedó desconcertado sin saber qué responder.

—Mi amigo Gaston y yo estamos castigados —añadió Louis—. Ahora debemos subir al *cubicula*, para acabar nuestro castigo. También tengo frutas escarchadas, ¿quieres?

Jacques La Chesnay asintió con ojillos brillantes. Louis le dio las dos peras escarchadas que le quedaban, envueltas en un papel.

—Pero no se lo digas a nadie o nos castigarán; ya sabes que está prohibido.

—Podéis confiar en mí —replicó el becario—. Pero ¿por qué estáis castigados? A mí me dijeron que erais decuriones de sexto...

—Nos han acusado injustamente —intervino Gaston—. Ahora buscamos al que lo ha hecho. ¿Si oyes algo nos lo dirás?

—Os ayudaré si puedo —prometió el niño mordiendo con delectación la pera.

Era la primera vez que comía una fruta escarchada.

—Gracias —le respondió Louis.

—Por si acaso, presta atención a los vigías —precisó el becario después de limpiarse la boca con la manga—. Si os ven comer golosinas, se chivarán.

—¿Los vigías?

—¿No sabéis quiénes son? Los nuevos no sabéis nada, pero nosotros, los becarios, nos enteramos de muchas cosas al quedarnos en el refectorio para recoger. Los vigías son alumnos elegidos por el padre Ambroise, el prefecto de los internos, en general de cuarto o de tercero, casi siempre abades. Su elección es secreta y su misión es denunciar a los perezosos, a los que leen libros prohibidos o a quienes se portan mal de palabra o de obra.

—¿Tú los conoces? —se inquietó Louis, acordándose de que el rector le había hablado de ellos el día de su admisión.

—No, a ninguno. Pero desconfiad de todo el mundo. Sobre todo si alguno está resentido con vosotros.

Vieron entonces al padre Galliffet, que, procedente del patio, se dirigía hacia ellos con el ceño fruncido al verlos perder el tiempo en el refectorio. Dejaron a su nuevo compañero para subir a cumplir su castigo.

El lunes por la mañana tuvieron que volver a saltarse el recreo del mediodía para terminar sus cincuenta páginas de copia, que entregaron antes del comienzo de la clase de Sagradas Escrituras. Desde que habían sido castigados procuraban permanecer juntos para que nadie intentase de nuevo manchar sus ropas. Al mismo tiempo, cada vez que podían, vigilaban a Adhémar de Rouville y a sus amigos. Pero

la cofradía del Cuarto no parecía interesada en ellos.

Como la semana anterior, el abuelo de Louis fue a buscarlo la víspera de San Lucas, hacia las cinco de la tarde, pero esta vez iba acompañado del señor Fronsac. Louis le presentó a su amigo y el señor Fronsac les explicó a los dos niños que había ido para entrevistarse con el rector y solicitarle que Gaston fuese a su casa para San Judas, que sería dentro de unos diez días.

Los dos adultos, seguidos de Gaston, se dirigieron al gabinete del rector y Louis se quedó solo en el patio esperando su vuelta.

Mataba el tiempo bajo el porche, cerca de la entrada del colegio, donde se encontraba la portería. Mirando por curiosidad en la pequeña pieza contigua a la portería, que servía de locutorio, vio con sorpresa al pequeño La Chesnay eh compañía de un adulto del que no veía más que la espalda. Era un hombre de unos veinte años, con capa verde manzana en los hombros. Calzaba botas cortas sin espuelas, calzas a la antigua, una gruesa casaca de camelote, una camisa de tela grisácea y medias calzas remendadas. Su sombrero deformado llevaba una pluma de gallo rota y en un momento Louis creyó distinguir el mango de una daga bajo su talabarte. No era ni un comerciante, ni un artesano, ni un soldado, ni mucho menos un hombre de justicia. Había algo misterioso en su manera de comportarse y de moverse. No, no misterioso, decidió finalmente el joven Fronsac. Más bien inquietante.

¿Qué relación podía haber entre el pequeño becario y él?

El aventurero, o al menos Louis pensaba que lo era, debió de darse cuenta de que lo miraban, pues giró la cabeza hacia la ventana. Louis se apartó, lamentando haber sido indiscreto. Tuvo la vaga impresión de que Jacques La Chesnay y aquel visitante tenían la misma frente alta y la barbilla puntiaguda. ¿Serían parientes?

Siempre había pensado que el becario era huérfano, y, por otra parte, aquel hombre era demasiado joven para ser su padre. ¿Sería su tío? ¿O tal vez su hermano?

Luego se hizo reproches. ¿Por qué se metía en lo que no le importaba? ¿Con qué derecho se interesaba por los amigos o los parientes de La Chesnay?

Vio entonces a su padre y a su abuelo que volvían al patio y les hizo una seña, olvidando al becario.

—El rector me ha prometido enviar una carta a la abadía de Coulombs, al tío abuelo de Gaston, para pedirle su conformidad —anunció Pierre Fronsac a su hijo—. Cree que no habrá ningún problema, pero como su correo saldrá de la casa profesa de la calle Saint-Antoine, no es seguro que pueda tener una respuesta antes de San Judas.

Gaston parecía a la vez emocionado y feliz. El abuelo de Louis lo abrazó, así como el señor Fronsac. Louis sonrió a su amigo y se separaron.

Su padre había ido en mula y el señor Charreton a caballo. Louis subió a la grupa detrás de su abuelo. En el camino, cuando los animales marchaban de frente, al final

de la calle Saint-Jacques, el niño confesó a su padre que había sido castigado junto con Gaston, pero que los dos habían sido víctimas de una broma pesada. Esperaba ser reprendido, pero no fue el caso. Al contrario, los dos hombres se burlaron de él, explicándole que esa clase de cosas eran habituales en los colegios. Los mayores se divertían así con frecuencia a costa de los novatos para curtirlos. Tal vez tuviesen razón, trató de convencerse Louis. En tal caso, Rouville estaba descartado. Así que decidió no hablarle a su abuelo de la cofradía del Cuarto ni pedirle dinero.

Cuando llegaron a la calle de los Quatre-Fils, Louis descubrió a dos desconocidos en el patio; debían de tener unos cuarenta años, poseían anchas espaldas, rasgos toscos y esculpidos y miembros musculosos. Con la mirada como al acecho, a la vez atentos y desafiantes pero llenos de respeto, se acercaron lentamente a los dos caballeros que llegaban. Louis se quedó asombrado entonces por su parecido. El primero era el vivo retrato del segundo, si no fuese porque uno lucía barba y mostachos con las puntas hacia arriba, y el otro solamente un espeso y largo bigote. Llevaban también la misma clase de jubón de búfalo sin mangas y un hábito deshilachado y cuidadosamente remendado en algunos lugares. Sus gregüescos de fieltro oliváceo eran largos hasta las rodillas y cubiertos en parte por sus altas botas.

—Queríamos darte una sorpresa, Louis —le dijo su padre riéndose—. Son los hermanos Bouvier. Nuestros nuevos guardianes.

Louis ya había descabalgado para saludarlos.

—Es mi hijo mayor —les comunicó el notario con orgullo, descendiendo a su vez de la mula—. Es uno de los mejores alumnos del colegio de Clermont y ha sido nombrado por su regente decurión de su clase.

—Buenos días, señor —dijo respetuosamente el que gastaba barba, tomando del bocado el caballo del señor Charreton—. Mi nombre es Guillaume. Y éste es mi hermano Jacques.

Louis observó que Guillaume tenía una pistola en la cintura y que de una de sus botas sobresalía el mango de un cuchillo, pero lo que sobre todo le fascinó fueron sus manos. Manos fuertes y nudosas, como las de un carpintero que había trabajado el año pasado reparando el suelo del despacho. Pero los nudillos, tanto en sus manos como en las de su hermano, eran callosos, enrojecidos. Eran manos de camorristas, de hombres que no temían ni a nada ni a nadie, salvo a Dios, por supuesto.

—Guillaume y Jacques eran picas en el regimiento de Picardía, donde han servido durante veinte años. Ahora que están casados no tienen ganas de que los maten. Terminaron su enrolamiento, vinieron a París para encontrar un empleo de criados o porteros —explicó el abuelo de Louis— y se dirigieron a su antiguo coronel, quien tiene un hermano en Palacio que sabía que yo estaba buscando un guardián para tu padre. Su oficial se deshizo en elogios de su honestidad y de su fidelidad. De modo que por su recomendación los he hecho venir y tu padre los ha contratado. Jacques

tiene un hijo algo más joven que tú, que te hará compañía cuando estés aquí.

—¿Habéis luchado? —les preguntó tímidamente Louis.

—Más de lo que habríamos querido, señor —respondió Jacques con un tono desabrido, golpeando con su puño derecho la palma de su mano izquierda.

El señor Fronsac ya se había dirigido a la escalera que subía al despacho. Su esposa la bajaba corriendo y se precipitó hacia su hijo, al que estrechó entre sus brazos.

Iba seguida de dos mujeres con delantal y un niño de seis o siete años intimidado.

—Ya veo que habéis conocido a mi hijo —dijo la señora Fronsac a los dos exsoldados—. Louis, la señora se llama Jeannette. Es la esposa de Jacques y la madre de Nicolas. —Señaló a una de las dos mujeres y al niño—. Ella sustituirá a Phélice como cocinera.

El niño se inclinó, así como la mujer.

—Y, detrás de ella, está Antoinette, la esposa de Guillaume.

Ésta hizo a su vez una reverencia.

Claude Richepin llegó entonces, serio como un papa en su nuevo papel de intendente.

—Jacques, Jeannette y su hijo vivirán en los desvanes, como estaba previsto. Pero no tenemos sitio suficiente para Guillaume y su mujer. Por suerte, el señor Richepin ha encontrado una pieza libre en esa casa de entramado al final de la calle. Tu padre la alquilará y así tendremos dos guardianes. Yo estaré mucho más tranquila después de lo que ha pasado. Ahora, sube conmigo, que vea yo si estás limpio.

Louis no volvió a ver a los dos hermanos hasta la hora de comer en la cocina, donde estaba reunido todo el personal de la casa.

A petición del señor Charreton, los dos exsoldados contaron su vida y sus campañas militares. Eran unos niños, tendrían unos diez o doce años en 1597 —no conocían su edad exacta—, cuando la granja de sus padres fue devastada por las tropas españolas que tomaron Amiens. Huérfanos de padre y madre, habían vivido entonces experiencias sobre las cuales no parecían tener ganas de explayarse, pues, precozmente formados en el oficio de las armas, se habían unido a una tropa de loreneses al servicio del duque Charles. Habían combatido con ellos durante algunos años, casi siempre en Alemania, antes de volver a Francia. Como no sabían hacer otra cosa que luchar, se habían unido al recién creado regimiento de Picardía, primero como picas y luego como tiradores. Fue allí donde conocieron a sus mujeres, hijas de soldados que seguían al ejército en sus desplazamientos. No se acordaban de las fechas.

—Tenía que ser en 1603 —aclaró el señor de Charreton a su hija—, en el momento en que el señor de Sully organizó nuestra infantería en regimientos permanentes formados por las viejas tropas: los Guardias franceses, Champaña, Picardía, Piamonte y Navarra.

—¡Exacto, señor! —aprobo Guillaume—. Picardía estaba compuesta de veinte

compañías de cien a doscientos hombres. Con una pequeña parte de picas y el resto de tiradores.

Louis les preguntó entonces qué armas sabían utilizar.

—¡Todas! —exclamó un orgulloso Guillaume.

—Me gustaría saber disparar con pistola —dijo el niño con los ojos brillantes.

—Si el señor Fronsac me autoriza, yo os enseñaré, señorito Louis —le prometió Guillaume.

—¿Tenéis una?

—Varias, y también mosquetes.

—¿Me los enseñaréis, Guillaume?

—Si vuestro padre está de acuerdo.

El señor Fronsac miró a su suegro, que aprobó con la cabeza. Él asintió a su vez.

En cuanto al pequeño Nicolas, no abría la boca. Todo era nuevo para él en aquella gran casa. El niño, que había vivido siempre en campamentos militares, que no sabía leer, se quedó pasmado delante de Louis, tan pronto supo que el hijo de su amo sabía latín.

Al día siguiente Louis se levantó muy temprano para ir a ver a los dos exsoldados. Los encontró en el granero, detrás de la cocina, donde, por seguridad, el señor Charreton dejaba siempre una espada, una pistola y un viejo mosquete. En la oscura pieza, iluminada solamente por la puerta que daba a la cocina, Guillaume colocaba un arcabuz en un soporte de madera que Jacques acababa de preparar.

—Buenos días, señorito Louis —saludaron los dos hombres al unísono.

—Buenos días, Guillaume; buenos días, Jacques. ¿Me enseñáis vuestras armas?

—Están en esa caja y en ese saco —dijo Guillaume—. ¿Queréis ver las pistolas?

—Sí —respondió Louis con interés.

Guillaume sacó dos pistolas de la caja. Eran armas sencillas, con cachas de madera alargada y cañón renegrido.

—Son pequeños mosquetes. Como veis, se enciende aquí una mecha.

—Mi abuelo tiene una pistola de rueda.

—Nosotros no. Es demasiado cara para unos soldados de fortuna.

—¿Y qué hay en ese saco?

—Cuchillos, nuestros cascos y dos coseletes. Nuestras espadas están ahí —dijo, señalando dos grandes tizonas—. Mi hermano guarda otra espada en su cuarto, con otro arcabuz.

—¿Me enseñaréis a disparar?

—Si vuestro padre nos lo pide, sí.

La señora Fronsac llegó entonces, regañando a su hijo.

—¡Louis, te he buscado por todas partes! ¡Sube a lavarte! Tienes que arreglarte para la misa.

La siguió a regañadientes.

En su cuarto, mientras la señora Mallet preparaba las ropas para el oficio religioso, la señora Fronsac explicó a su hijo:

—Tu padre no quería emplear a tanta gente, Louis. Opinaba que un guardián y una cocinera eran suficientes, porque el señor Bailleul llegará la próxima semana y estaremos muy apretados, pero tu abuelo lo convenció. Los dos hermanos tienen buena reputación y yo me siento muy segura con ellos. Para reducir nuestros gastos, tu abuelo, que participa en el mantenimiento de la casa, propuso tomar a Guillaume y a su mujer a su cargo. Él también está tranquilo con la presencia de los hermanos Bouvier. Además, siempre estará uno en el patio y los dos cuando nos traigan grandes sumas para las dotes. Otras dos casas han sido atacadas en este barrio esta semana, ¿verdad, señora Mallet?

—¡Ah, sí! Pero me han dicho en el mercado que sólo una de las dos fue atacada por una banda; la otra simplemente fue desvalijada por ese hábil ladrón que pasa por los tejados.

—¿El que deja el dibujo de un lirón? —preguntó Louis con un deje de admiración.

—Sí, ha vuelto a hacerlo.

—¿Pero quién puede trepar por una fachada como si fuese una araña o un ratón? —preguntó Louis.

—Desde luego, un hombre diabólico. Menos mal que aquí las ventanas son minúsculas y están bien protegidas por gruesas rejas —dijo la señora Fronsac santiguándose.

—Tienes razón, mamá, pero así tampoco vemos nada —suspiró su hijo.

Después de comer, el señor Charreton propuso a los dos hermanos un asalto amistoso a espada que ellos aceptaron de buen grado. Todo el mundo se reunió en el patio y se instalaron confortablemente, unos en los dos poyetes de piedra, otros en toneles, o incluso en el grueso tocón que servía para cortar leña.

Para entretener a Louis, los dos hermanos hicieron primero una demostración de ataque con sus pesadas espadas. Se habían revestido con borgoñota^[32] y coselete para darle al asalto todavía más verosimilitud, y fueron muy aplaudidos en cada cruce de espada.

A continuación, hubo una serie de asaltos cortesés a espada entre el señor Charreton y cada uno de los dos hermanos. Sólo que, como ellos utilizaban espadas de verdad y no armas embotonadas, no simulaban más que cruces de hierros y de estoques con las cuales cada cual mostraba su destreza y sobre todo su resistencia. Pero en este ejercicio, el señor Charreton, de más edad y menos entrenado que los dos hermanos, se vio varias veces en dificultades, lo que le contrarió bastante.

También propuso un duelo con cañas, que permitían tocar al adversario sin

causarle daño. Aquí, su entrenamiento regular en sala de armas le permitió tocar varias veces a sus adversarios, y fue muy aplaudido por su hija y por su nieto, al que saludó después de cada victoria.

Guillaume Bouvier les explicó entonces que, en caso de verdadera batalla, conocía algunos golpes dobles que permitían vencer incluso a los adversarios más diestros. El señor Charreton, muy interesado, le preguntó si podía hacerle una demostración. Guillaume le mostró entonces una estocada que permitía atravesar a traición el brazo derecho del adversario. La felonía disgustó sobremanera al señor Fronsac, pero no al señor Charreton, que estudió largamente la estocada con el soldado.

—De todas formas —repitió el señor Fronsac al final de los asaltos—, el duelo debe seguir siendo un asunto de honor. ¡Desapruebo los golpes dobles!

—Señor —le dijo Guillaume bajando los ojos visiblemente turbado por contrariar a su amo—, en las batallas no hay ningún honor. Todos los medios son buenos para matar al adversario; hay que golpear primero, si no quieres acabar de carroña para los animales.

Por la noche, Louis volvió al colegio con miles de cosas que contar a Gaston. Le detalló sobre todo la sesión de pases de armas y escenificó largamente los asaltos delante de un Gaston a la vez burlón y envidioso.

El lunes siguiente, durante el recreo del almuerzo, Rouville y sus dos acólitos se acercaron a ellos.

Louis y Gaston, en compañía de Jehan Le Pontonnier, de Jacques Hérisson y de La Chesnay, el pequeño becario, asistían apasionadamente a un asalto de caña entablado por dos jóvenes de retórica. Una multitud de chicos se apiñaba en torno a los duelistas, que esquivaban, saltaban y golpeaban por turno con una extraordinaria agilidad, suscitando entusiastas aplausos y hurras.

Louis no se dio cuenta de la presencia de Thémines de Lauzières hasta que estuvo a su lado. Giró la cabeza y vio, también muy cerca, al joven abad Nicolas Sillery.

—Señor Fronsac —dijo negligentemente el abad—, me he enterado de que os habéis procurado enemigos. Nosotros podríamos ayudaros...

—¿Sois vos quien habéis puesto pan en mi cama? —respondió Louis en tono desafiante.

—Ignoro de qué habláis, pero es cierto que en caso de faltas tan pequeñas, nos resulta fácil levantar el castigo.

—Nos resulta todavía mucho más fácil evitarlo —intervino socarronamente Rouville.

Gaston escuchaba pálido. Al oír estas últimas palabras, se arrojó de cabeza contra el alumno de cuarto atrapándolo por el cuello y haciéndolo caer al suelo. Una vez por tierra, le propinó una tanda de puñetazos con una violencia increíble.

Rouville, cogido por sorpresa, intentó primero protegerse, luego logró atrapar el brazo de Gaston y apartarlo, mientras rodaban ambos por el polvo. En el barullo, Thémynes de Lauzières asestó una violenta patada a Gaston, que, a su vez, trató de protegerse mientras el abad Nicolas Sillery cogía a Louis por el cuello para impedirle intervenir. Lauzières iba a arrojarse en medio del barullo lanzando un bramido, cuando los duelistas, que acababan de interrumpir su combate, intervinieron:

—Señores, ¿queréis dejarlo? —ordenó el de más edad, dando un golpe con la caña a cada antagonista.

Alertado por el tumulto, un vigilante se había acercado a su vez, pero, al comprobar que el joven duelista iba a hacerse obedecer por los camorristas, no intervino.

Rouville soltó a Gaston y ambos se levantaron, con la toga negra sucia de tierra. Rouville estaba blanco como la cal y Gaston tenía una desolladura en la cara. Ambos eran presa de temblores debidos al furor de su enfrentamiento.

—¡Miradlos! ¡Batiéndose como bribones! —se burló el que los había separado—. Señor de Rouville, si tenéis que defenderos, que sea al menos como un gentilhomme. ¡Y vos! ¿Quién sois vos para osar arrojaros así contra un joven respetable? —preguntó severamente dirigiéndose a Gaston.

—Gaston de Tilly, señor.

—¿*Nobilis genere*?^[33] —preguntó el otro con estupefacción.

—Mi padre era caballero, señor, y preboste del rey.

—¿Tilly? ¿Sois un Harcourt?

—Sí, señor.

—¿Y peleáis como un truhán? —preguntó el joven con una pizca de desprecio.

—¡Peleo con las armas que Nuestro Señor me ha dado, señor! —replicó orgullosamente Gaston—. Aquí no tengo otra cosa que los puños para defender mi honor.

El joven pareció desarmado por la digna respuesta del niño. Miró a Gaston con atención y luego bajó ligeramente la cabeza antes de ordenar:

—Id a limpiaros, señor, y, en el futuro, tratad de arreglar vuestras diferencias como gentileshombres. ¡No quiero más riñas de esta clase!

A continuación se alejó con sus amigos. Poco a poco se hizo el vacío y no quedaron más que Rouville y sus acólitos, de un lado, y Gaston, Louis, el hijo del carnicero, Jacques Hérisson y La Chesnay, de otro. Un poco aparte, Paul de Gondi, en compañía de otros niños nobles, había observado la escena con júbilo.

Rouville se sacudió negligentemente su toga y declaró antes de alejarse a su vez:

—¡No creáis que vais a salir tan bien librado, señor pelirrojo!

El prefecto de curso se acercó entonces para preguntar severamente el motivo de la disputa.

—El señor de Rouville desea que seamos miembros de la cofradía del Cuarto —respondió Louis, que no quería que Gaston interviniese—, pero el señor de Tilly no

es partidario. Sin embargo, yo creo que el señor de Rouville tiene razón. Aquí están los cuatro cuartos.

Le tendió al abad su mano, en la que había colocado el dinero desde el final de la pelea.

Gaston trató de retener su brazo para impedirse, pero Louis se volvió hacia él diciéndole con firmeza:

—¡Déjame a mí, Gaston! Confía en mí. Hay un tiempo para todo.

—Sois muy prudente —aprobó sentenciosamente el prefecto de patio—. Ignoro exactamente las razones de esta querrela, pero el señor de Rouville es un hombre de honor. Forma parte de la Academia del colegio desde hace dos años. Es una asociación de élite que reúne a los alumnos más piadosos y más sabios. Incluso es asesor.

Habiendo cubierto de elogios al alumno de cuarto, el prefecto se alejó.

Paul de Gondi se acercó entonces haciéndose el importante, lo que hizo reventar de risa a Jehan Le Pontonnier, que lo había apodado Don Morito a causa del color de su piel y de su nariz chata.

—Señor de Tilly, ¡sois un valiente! —afirmó Gondi alzándose en toda su estatura para tratar de parecer más alto de lo que era. Pero habéis escogido un rudo adversario...

Tilly no le respondió de inmediato. Estaba todavía bajo la emoción de la pelea y de la vergüenza que había experimentado ante la sumisión de su amigo. Así que fue Louis quien interrogó al hijo del general de galeras.

—Señor de Gondi, ¿sabéis quién era ese joven que ha intervenido? Todo el mundo le manifestaba deferencia...

—¿No lo sabéis? —preguntó el niño pavoneándose.

—Lo ignoramos, señor.

—Es Antoine de Borbón, conde de Moret, el mismísimo hermano del rey. Fue legitimado hace unos años.

¡El hermano del rey! Así que era el hijo de la señora de Bueil y de Enrique IV quien les había dado la lección. Incluso Gaston estaba estupefacto, repentinamente avergonzado de haber respondido tan descaradamente al adolescente de sangre real.

—Señor de Gondi —volvió a preguntar Louis—, decís que el señor de Rouville es un rudo adversario. ¿Es de la vieja nobleza?

—¡No es de cuna! Su abuelo compró un oficio de consejero en la Cámara de Cuentas de Aix. Debe de tener una nobleza de segundo grado, puesto que su padre y su abuelo ejercieron ese cargo. Pero es un joven muy respetado aquí, porque es miembro de la Academia y de varias cofradías piadosas, una de ellas, por ejemplo, la Congregación de la Santa Virgen, que agrupa a la élite moral de Clermont. Dicen que cuenta con toda la confianza del prefecto de los internos y que tendría la autorización de circular libremente por todas partes, incluso de salir al exterior si lo desea.

—¿Y sus amigos?

—El abad Sillery es beneficiario de una pequeña abadía en Normandía^[34] y miembro asimismo de la Congregación de la Santa Virgen. Creo que es su secretario. En cuanto a Thémines de Lauzières, su padre es recaudador de impuestos de la Cámara de Cuentas y posee la tierra enfeudada de Lauzières; también presume de nobleza, aunque, después de todo, es lo que hacen todos los magistrados. Desde luego ninguno es de una familia ilustre como la mía —concluyó pavoneándose de nuevo.

—Gracias, señor de Gondi —dijo Louis—. Ahora es mejor que vayamos a cepillarnos y a lavarnos —propuso a Gaston.

Se alejaron hacia el pozo, donde Gaston quería lavarse la cara. De camino hacia allí, Louis le dijo:

—No hay duda. Fue Rouville quien hizo que nos castigasen.

—Sí; y como puede circular por todas partes, eso explica la facilidad con la que se procuró el yeso y subió a nuestro cuarto.

—Gondi tienen razón: es un peligroso enemigo el que nos hemos buscado. Acuérdate de cómo el padre La Salle nos habló de la Congregación de la Virgen hace unos días. Cómo insistió en el hecho de que los mejores alumnos debían presentar su candidatura, pero que sólo los más piadosos podían ser admitidos. Si Rouville es miembro, debe de ser apreciado y escuchado por los sacerdotes. Te hará pasar inmediatamente por un pendenciero rabioso.

—¡Me importa un bledo!

—No tenías que haberte peleado así —le reprochó Louis—, sobre todo delante del hijo de Enrique el Grande y del señor de Gondi.

—Delante del conde de Moret, desde luego. ¡Delante del señor de Gondi, no! ¡Sólo es el nieto de un banquero florentino y tan noble como Rouville y sus compinches!

Luego se volvió hacia Louis y le dijo:

—No quiero estar en deuda contigo. Me niego a formar parte de esa cofradía del Cuarto, como tampoco seré nunca miembro de la Congregación de la Santa Virgen o de la Academia.

—Gaston, ahora mismo somos los más débiles. Si seguimos oponiéndonos a ellos, seremos castigados y tal vez expulsados del colegio...

—¡Tanto mejor!

—¡Habla por ti! Mis padres se morirían de vergüenza. Creo que conoces las tácticas de los grandes generales —se enfureció Louis alzando el tono—. ¡No hay vergüenza en ceder a veces! Simplemente nos replegamos. Eso significa que la guerra no está terminada. Ahora tenemos que preparar la reconquista. ¡Juntos!

Sus ínfulas guerreras calmaron a Gaston. Asintió al cabo de un rato sin añadir una palabra.

6

Los alumnos acudieron a su aula para la clase de la tarde. A los de sexto les correspondía clase de Sagradas Escrituras, impartida por el padre Louis La Salle. La organización de la clase era la misma que la de gramática latina, la materia principal. Louis seguía siendo decurión. Su maestro sólo los había avisado de que, para el mes siguiente, sus deberes de Sagradas Escrituras serían tenidos en cuenta para la clasificación.

Como en gramática latina, la clase empezaba por el recitado de las lecciones, en primer lugar las decurias, luego todos los magistrados, pero esta prueba oral no se desarrollaba como en gramática latina, pues el padre La Salle tenía para cada uno de ellos una palabra de ánimo.

El ritual calmó un poco a Louis y a Gaston, que se enfrascaron en su trabajo para tratar de olvidar la trifulca y la humillación de haber sido obligados a ceder ante Rouville. Dejaron de pensar en ello durante la segunda parte de la clase, en la que el maestro propuso una «disputa» entre romanos y cartagineses.

El principio era simple. El padre La Salle hacía una pregunta a un alumno. Éste respondía si podía, y su «correspondiente» en el campo contrario se levantaba a su vez para completar o refutar la respuesta. Si la crítica era considerada pertinente por el maestro, era la decuria del primer alumno interrogado la encargada de defenderla con su decurión como portavoz. Después, la decuria contraria podía a su vez intervenir. El debate, muy vivo, llegaba así hasta el cónsul.

Aquella tarde, entre los dos campos, hubo toda clase de ataques y respuestas de una rara vivacidad. Gaston apreció enormemente el juego, que se parecía a la esgrima. Louis mucho menos, pues tenía una mente más lenta, más metódica, y era incapaz de parar inmediatamente un ataque y de confundir a un adversario con una buena respuesta. Por el contrario, Paul de Gondi dio muestras de un talento y una habilidad oratoria fuera de lo común, inclinando finalmente la victoria para su campo.

Después de la clase, y más tarde, por la noche, Gaston y Louis observaron, sin embargo, que los alumnos de otras clases, incluidos los de sexto, se apartaban de ellos y los ignoraban, como si pudiesen contagiarlos de una enfermedad repugnante. Sólo los hijos del carnicero y del cerrajero, así como el pequeño La Chesnay, no los habían abandonado. En cambio, Paul de Gondi, que con frecuencia se mostraba distante con ellos, parecía experimentar de golpe una cierta atracción por aquella pandilla, y se unió a ellos en el recreo anterior a la comida, así como en el siguiente.

—Sois los únicos que nos sois fieles —ironizó Gaston observando que los demás internos no se les acercaban.

—Los demás sólo tienen miedo de ti, Gaston —le explicó Gondi—. Rouville les ha dicho que eras un loco furioso. Temen todos que en una crisis de cólera la

empresas a golpes como has hecho con él.

Gaston enrojeció, lamentando haberse dejado llevar de su genio. Sabía que, en adelante, ya no se quitaría de encima la fama de colérico.

—¿El señor de Rouville también os pidió dinero para que os unieseis a la cofradía del Cuarto? —preguntó Louis a Gondi para cambiar de tema.

—Lo hizo —reconoció el niño con agrado—. Le respondí que se dirigiese a mi criado. Se quedó tan cortado que no insistió.

La salida los hizo troncharse de risa. Luego, La Chesnay explicó que a él no le habían pedido nada.

—Es la ventaja de la pobreza —añadió riéndose—. Pero como a mí me encantaría estar también en una compañía, ¿por qué no crear la compañía del Cinco? —preguntó.

—La compañía del Seis —lo corrigió Gondi—, que yo también quiero pertenecer a ella.

Louis se sintió reconfortado al saber que Gaston y él podían al menos contar con unos cuantos amigos fieles. Si formaban una facción con Hérisson, Le Pontonnier, Gondi y La Chesnay, lograrían protegerse más fácilmente de sus enemigos. Cada uno de ellos propuso entonces las reglas de la nueva asociación.

El miércoles por la mañana, al bajar a las letrinas, comprobaron que el tiempo había cambiado. Desde el comienzo de las clases, el verano se prolongaba, pero aquella mañana llovía y hacía frío. Louis se abrigó con unas medias de lana y una segunda camisa.

Debido a la lluvia, no los dejaron salir al patio y, vigilados por los prefectos de recreo, se quedaron en el refectorio hasta la campana del comienzo de las clases. Ello permitió a los alumnos más curiosos de sexto visitar el segundo refectorio, separado del suyo por un pasadizo bajo la gran escalera. Esta segunda sala, más pequeña, estaba reservada a las comidas de los mayores, así como a los padres jesuitas visitantes. Fue allí donde Gaston se vio abordado por un alumno de segundo de aspecto cuidado. El cuello bordado de su camisa de seda asomaba bajo su toga de sarga negra. El alumno le explicó que deseaba hablarle sin testigos. Gaston lo siguió al final de la sala, un poco desconcertado.

—Me llamo Jacques de Montgomery —declaró el interno de segundo, examinando con atención sus uñas cuidadosamente pulidas—. Soy síndico de la Compañía blanca. ¿Sabéis de qué se trata?

—No.

—Es una asociación de gentileshombres de primera nobleza^[35]. Sólo forman parte de ella los que tienen al menos seis líneas. Asistí a la escaramuza de ayer. Contrariamente al conde de Moret, creo que habéis sido muy valiente. He consultado los nobiliarios de la biblioteca para constatar que los Tilly se remontan a la primera

cruzada...

—Mi antepasado, que era escudero, fue nombrado caballero en Jerusalén — confirmó Gaston—. Uno de sus hijos murió en Tierra Santa, y nuestra rama se remonta a Enguerrando de Harcourt, el compañero de Guillermo el Conquistador.

—Vuestra familia es de origen tan noble como la mía.

—¿Qué otra condición hay para ser miembro de esa compañía?

—Ninguna, sino la virtud de ser gentilhombre.

Tilly iba a aceptar cuando hizo una última pregunta:

—¿El señor de Rouville forma parte de ella?

—Sí. Sólo tiene dos cuarterones de nobleza, pero ha sido aceptado primero porque es miembro de la Academia, y jefe de la cofradía del Cuarto, pero sobre todo por su celo en el honor de Dios. ¿No afirmó Nuestro Señor: «A aquel que me honre, lo haré noble»? Además, el señor de Rouville es también miembro de la Congregación de la Santa Virgen...

—Entonces ¡no formaré parte de la Compañía blanca, señor! —lo cortó secamente Gaston.

—El señor de Rouville es honorable y glorifica a Dios; el que vos tengáis una diferencia... —se insolentó Montgomery alzando el tono.

—¡Yo no tengo ninguna diferencia! —estalló Gaston sin dejarle terminar su frase—. ¡No con un Rouville! —gritó.

Le dio la espalda a Montgomery, pálido, y se alejó mientras los alumnos se apartaban a su paso.

Al día siguiente, el paseo del jueves fue acortado a causa del aguacero y Gaston observó que los niños más piadosos, así como una gran parte de los de origen noble, se alejaban tan pronto como se acercaba a uno de ellos. Cuando proponía participar en juegos con sus amigos, no le respondían e incluso le daban la espalda. Cuando quería devolver un servicio, atrapar un balón o proponer su ayuda, lo ignoraban. Comprendió que había sido puesto en el bando de la mayoría de los internos y sintió una profunda desesperación.

En los días que siguieron pensó incluso en huir del colegio. Sólo Louis y sus amigos le impidieron cometer esa locura. Una fraternal amistad unía ahora a los seis muchachos. Curiosamente, Paul de Gondi, nieto del duque y mariscal de Retz, más altivo y orgulloso que un príncipe de sangre, era muy apreciado por los tres plebeyos: Jacques Hérisson, Jehan Le Pontonnier y Jacques La Chesnay. Don Morito tenía siempre una palabra amable para ellos y con frecuencia se ofrecía a ayudarlos a hacer los deberes de latín.

Con Louis, Paul de Gondi parecía más frío, sin por ello escatimarle su amistad. Esta reserva sin duda era debida al hecho de que Gondi hubiese reconocido en Fronsac una mente fina, capaz de hacerle sombra, hasta de convertirse en un rival en

los estudios. Sin embargo, incluso Paul se había dejado ir, haciéndole algunas confidencias. Había contado a Louis cómo, a los nueve años, cuando habría debido asumir el cargo de general de galeras de su padre, la muerte inesperada de su hermano Henri —que debía consagrarse a la Iglesia— había cambiado su destino. Su familia había decidido entonces que sería él quien se convertiría en arzobispo y lo habían tonsurado. De modo que se había convertido en abad contra su voluntad.

Con quien peor se entendía Paul de Gondi era con Gaston. Es cierto que el nieto del duque de Retz admiraba el coraje y el heroísmo de los que había hecho gala Tilly peleándose desarmado contra un chico mucho más fuerte que él, pero también lo envidiaba, tan inseguro estaba de poseer él tan nobles cualidades. Una adversidad común habría sin embargo podido aproximarlos: soñaban ambos con la gloria guerrera cuando estaban condenados por su familia a convertirse en religiosos. Pero ni siquiera este asunto los unía: Gaston soñaba con aventuras mientras que Paul no deseaba sino la gloria. Tilly deseaba ser libre, mientras que Gondi se prometía a sí mismo tener una cita con la Historia.

En cambio, un lazo sorprendente unía a Paul con el hijo del carnicero. Era divertido verlos trabajar el latín juntos: Gondi explicando doctamente a Jehan las declinaciones, de las que el otro no comprendía ni jota. Formaban un extraño dúo, el pequeño moreno rizado y elegante, siempre imbuido de sí mismo y de su casta, y el grueso hijo del carnicero, palurdo pero capaz de degollar un becerro.

El bueno de Jehan Le Pontonnier hacía reír a toda la pandilla con su perpetuo buen humor y su franqueza desconcertante. El pequeño La Chesnay les contaba cantidad de indiscreciones. Cuando limpiaban el refectorio, los becarios oían con frecuencia los líos entre los sacerdotes y sus maledicciones. Observaban también la glotonería de los que iban a la cocina a repetir. Muchos de los regentes y de los directores espirituales que tanto insistían en las faltas de su grey en sus prédicas, o con ocasión de la confesión, se les aparecían así bajo un prisma bien distinto.

Jacques Hérisson hablaba poco, pero figoneaba por todas partes. Conocía todos los pasadizos que comunicaban los distintos edificios. Les enseñó así un día una escalerilla que permitía ir al edificio central, donde se encontraba la biblioteca, justo en el segundo piso. También había descubierto una puerta al fondo de la capilla que daba a un pequeño pasadizo y llevaba por un lado al patio del colegio y por el otro a la calle. Era un antiguo corredor que permitía en tiempos acceder a una casa de la calle Saint-Jacques que los padres jesuitas habían comprado para transformarla en clase. Tenía, en fin, un asombroso sentido práctico, y sabía en todo momento dónde estaban los vigilantes y cómo deslizarse entre los primeros para entrar en el refectorio. Fue él quien observó que era mucho más práctico confesarse por la noche justo antes de ir a cenar porque los sacerdotes tenían prisa por comer. Hizo también una vez a sus compañeros una asombrosa demostración de forzamiento de una puerta cerrada con llave con la ayuda de una sencilla ganzúa de hierro.

Gaston tranquilizaba a todo el mundo por su seguridad y su valor, aunque se

abismase con frecuencia en sus pensamientos desde el enfrentamiento con Rouville, buscando a la vez lavar la afrenta que había sufrido y recuperar la estima de los demás internos.

En cuanto a Louis, tenía la impresión de ser el único inútil del grupo. No se daba cuenta de que era lisa y llanamente el cimiento.

En los recreos, los seis niños apenas se separaban. A veces jugaban juntos, pero lo más frecuente era que observasen y comentasen las ocupaciones de los demás, habida cuenta de que en general no querían estar con ellos. La lucha de cañas era la actividad que más interesaba a Gaston, aunque extrañamente rehusaba participar, ya fuese con Gondi o con Le Pontonnier, que se lo habían propuesto en más de una ocasión. Tan pronto como empezaba un asalto, arrastraba a todos sus amigos para asistir a él, sin hacer, no obstante, comentarios sobre el talento de los duelistas. A veces Louis se preguntaba si no sería un medio para introducirse en la ciencia de la esgrima, aunque su amigo le hubiese asegurado hasta la saciedad que era la única cosa útil que su tío le había enseñado.

El resto del tiempo, los miembros de la sedicente compañía de los Seis intercambiaban opiniones sobre las represalias que podrían ejercer contra Adhémard de Rouville y sus amigos. Jehan propuso a Gaston empujarlos en las letrinas, lo que les encantó a todos, pero esa forma de revancha no fue juzgada muy conveniente. Jacques Hérisson sugirió tratar de que los castigasen injustamente, como habían hecho ellos con Gaston y con Louis, pero éstos rehusaron rebajarse a tales vilezas, ni aun cuando el hijo del cerrajero propuso llevar a cabo el asunto solo, ofreciéndose a poner pan en las camas de Rouville y Sillery. En cuanto a La Chesnay, el más piadoso de los tres, propuso rogar a varios santos que conocía para que intercediesen ante Dios, e incluso ante la Virgen María, a fin de que castigasen al malvado. Este medio le pareció tan singular a Gaston que se rió, provocando una breve desavenencia entre él y el becario, firmemente convencido de que el Señor y la Virgen siempre hacían justicia. Al fin y a la postre, los seis constataron con despecho que eran simplemente impotentes.

Sólo Gondi se abstenía de intervenir en esas discusiones. Louis adivinaba que, a pesar de todo, consideraba a Rouville un miembro de su casta y no aprobaba que unos plebeyos proyectasen atacarlo solapadamente.

Llovió el resto de la semana, de forma que los internos permanecieron la mayor parte del tiempo en el interior. Fue, por ello, más difícil para los prefectos vigilarlos sin cesar, y muchos internos aprovecharon para visitar con calma los edificios. Louis y sus amigos conocían ahora todos los rincones del patio del colegio y todas las dependencias a las que daba: las cocinas y los refectorios; las grandes aulas de clase; las dos capillas: la grande, cerca de la entrada del patio, y la pequeña, en el lado opuesto, reservada a los sacerdotes, a los visitantes y a los alumnos mayores.

Pero todavía no habían explorado la totalidad del primer piso, donde se encontraban otras clases, en particular las de Abecedario que les mostró La Chesnay, así como los gabinetes de trabajo del rector, del prefecto de estudios y de los procuradores. Los tres cuerpos de edificios que rodeaban el patio comunicaban entre sí por medio de corredores o de salas en hilera. De aquel lado no conocían más que la biblioteca, y por supuesto los despachos del rector y del prefecto de estudios que los habían recibido el día de su admisión.

Cada día, so pretexto de ir a la biblioteca, Louis, Gaston y sus amigos se perdían voluntariamente en el dédalo de pasillos, no osando sin embargo abrir las puertas cerradas, aunque Hérisson se lo propusiese siempre. Se internaron así por pasadizos y escaleras ocultas cuya existencia habían ignorado hasta entonces. Subieron incluso al segundo piso, principalmente reservado a los grandes dormitorios de los internos, los apartamentos de los internos ricos y a los dormitorios y cuartos particulares de los sacerdotes y los padres visitantes.

Pero acababan siempre sus exploraciones en la biblioteca, verdadera caverna de tesoros que olía a madera encerada y a cuero viejo. Louis habría podido quedarse allí horas y horas si se lo hubiesen permitido, y si le hubiesen dejado consultar los libros libremente. No era el caso. El bibliotecario era elegido entre los sacerdotes más eminentes del colegio. El titular del puesto había sido durante veinte años el padre Fronton du Duc, que era también vicerrector. Fallecido en septiembre, acababa de ser sustituido por el padre Jacques Sirmond, un jesuita muy respetado en la Sociedad por su erudición. El padre Sirmond lucía una espesa barba gris que contrastaba con su cráneo completamente liso, como si su pilosidad hubiese elegido instalarse en un solo lugar donde quedarse tranquila. Era un hombre dulce y agradable, de un saber infinito, especialmente en historia.

El viernes de aquella semana lluviosa, durante el recreo anterior a la cena, mientras Paul de Gondi y los demás miembros de su pandilla habían ido al confesionario para aprovecharse de una confesión rápida, Louis convenció a Gaston para que fuese con él a tratar de que le prestasen la *Ilíada*. Sabía que a aquella hora la biblioteca estaría casi vacía y que quizá podría obtener más fácilmente la preciosa obra que se guardaba bajo llave.

El padre Sirmond se balanceó largo rato escuchando su petición, pues la *Ilíada*, obra que trataba de dioses paganos, estaba reservada a los mayores. Le hizo varias preguntas sobre su conocimiento de la mitología y sobre su fe en Nuestro Señor, pero las respuestas debieron de satisfacerlo, porque se fue a buscar el libro a un armario enrejado. El bibliotecario interrogó a continuación a Gaston, cuya tonsura testimoniaba su intención de convertirse en sacerdote, para saber si deseaba pedir prestada una obra religiosa.

Gaston respondió a las preguntas del jesuita con evasivas o asintiendo con la cabeza, y semejante actitud ceñuda intrigó visiblemente al sacerdote.

Louis intervino en ayuda de su amigo:

—El señor de Tilly quería ser soldado, padre, no está seguro de tener vocación religiosa.

—¡Pero serás soldado de Dios, hijo mío! —exclamó un asombrado padre Sirmond.

Gaston hizo una mueca reveladora de que no era ésa la clase de compromiso que deseaba.

—Si crees que lo que te digo no es más que una metáfora, te equivocas. Hace unos días se hallaba en tu lugar un jesuita tan pelirrojo como tú. Se llama Thomas Southwell. Nació en el Lancashire, hizo sus estudios sacerdotales en Saint-Omer, después en Valladolid, en España, y entró en nuestra Compañía hace cinco años. A continuación volvió a Inglaterra para ayudar a los fieles católicos. En la clandestinidad, por supuesto, porque desde el reinado de Enrique VIII la presencia de sacerdotes católicos está prohibida en suelo inglés. Allí, bajo un nombre falso y vestido de calle, llevó durante varios meses la vida de un soldado en un país hostil, viéndose obligado a utilizar la espada o el mosquete contra los herejes que lo perseguían, pues tenía una importante misión que cumplir para nuestra congregación.

—¿Queréis decir, padre, que el hermano Southwell sabe manejar las armas? —preguntó Gaston con ojillos brillantes.

—Para hacer triunfar nuestra fe, sí, hijo mío. Lo mismo ocurre con nuestros hermanos que parten para Oriente o para Cipango. Todos deben ser rudos combatientes.

Gaston se sintió un poco reconciliado con la religión. Louis encontró, sin embargo, sorprendente la presencia de este sacerdote soldado en el recinto del colegio. Fue entonces cuando se acordó de lo que había oído o creído entender la primera noche pasada en el *cubicula*: las palabras *Diego de Mendoza, Thomas, Vitelleschi, Cotton y Buckingham*.

Después, se enteró de que la palabra *Buckingham* era el nombre de George Villiers, el favorito del rey de Inglaterra, y ahora descubría que el padre Southwell se llamaba Thomas y era una especie de espía jesuita que cumplía sus misiones secretas en Inglaterra. Dos de las palabras oídas tenían, pues, relación con Inglaterra. Y Vitelleschi era el prepósito general de los jesuitas. ¿Qué relación había entre aquella gente? ¿Qué significaban las otras palabras?

Esa misma noche, ya apagadas las velas, Louis oyó de nuevo en su lecho confusas palabras que parecían venir del suelo. Estaba seguro de no haberlo soñado, aunque no hubiese podido distinguir ninguna palabra. A la mañana siguiente le habló de ello a Gaston. Desgraciadamente, su amigo había dormido como un tronco y no había oído nada.

Al contarle más tarde a Jacques Hérison que había oído ruidos procedentes del suelo, el hijo del cerrajero le explicó que su dormitorio era antes una sala de archivos,

un antiguo reservado sobre el cual habían echado un suelo rápido para transformarlo en dormitorio. Debajo se encontraban las habitaciones de los sacerdotes, y sin duda hacían ruido cuando se reunían.

Ese mismo día, antes de entrar en clase, Gaston propuso a Louis enseñarle algo de esgrima.

—¿Para qué? Me gustaría tirar con pistola, pero sería incapaz de tirar con espada. Además, un notario no lo necesita —replicó Fronsac.

—A tu abuelo le resultó útil saber manejar una bretona^[36] para defender al rey.

—Es cierto, pero en su época era distinto.

Gaston se quedó silencioso un rato antes de anunciarle:

—Voy a desafiar a Rouville en duelo.

—¡Pero eres demasiado joven y las espadas están prohibidas! —objetó La Chesnay, que los escuchaba.

—Voy a desafiarlo públicamente a un combate de caña. Sólo que necesito un testigo, pues él tendrá uno, sin duda, Thémines de Lauzières.

—¿Y has pensado en mí? —preguntó Louis con preocupación.

—Sí. He observado mucho a Rouville en los asaltos que practica en el patio. Estoy seguro de ser más rápido y mejor que él en esgrima —explicó Gaston—. En cuanto a Thémines de Lauzières, es un palurdo de una absoluta mediocridad. Podría enseñarte unos cuantos golpes que aprendí de mi tío y lo aplastarías en un santiamén.

—Yo no sé nada de esgrima —dijo Louis con angustia, pero sin rehusar abiertamente.

—Dediquémonos un mes a adiestrarnos. Podríamos hacerlo en tu casa desde mañana, si tu padre está de acuerdo. Y tú, Jacques, guarda el secreto de todo esto.

La clase no era sólo un lugar donde se enseñaba gramática latina e historia sagrada. Sus profesores enseñaban también a los niños a comportarse como personas de calidad. Por ejemplo, olvidarse de hablar con la cabeza descubierta a un sacerdote o a un superior comportaba tal sanción que ningún interno volvía a hacerlo.

Pero aparte de la cortesía y de la deferencia, la enseñanza versaba sobre todos los aspectos de la vida en sociedad, y, especialmente, sobre el hábito de razonar y hablar en público. Cada quince días se desarrollaban en clase las *privatia declamatio*, y cada alumno debía subir al púlpito para defender, en unos minutos, un tema que el regente inscribía en una hoja de papel. Una vez al mes tenían lugar en el refectorio las *publica declamatio*, en latín o en griego.

El sábado, día de las *privatia declamatio*, Louis tuvo que explicar *Los peligros de la pereza*; Gaston, *Cómo gobernar a los hombres haciéndolos felices*, y Paul de Gondi disertó sobre *Es una bella cosa la pobreza, pues es fuente de todas las*

virtudes.

Los tres fueron felicitados por los padres jesuitas que asistieron a la prueba, pues un consejo de regentes comentaba oralmente cada exposición, no sólo sobre el fondo sino también sobre la forma en que la había presentado el alumno. Todo era susceptible de observaciones, reproches o felicitaciones: la elocuencia, la claridad de la voz, la gestualidad e incluso la postura del cuerpo. Esas apreciaciones, muy argumentadas, aprovechaban a todos los alumnos, y los internos adquirían poco a poco la costumbre de expresarse con claridad y de conservar en cualquier circunstancia la cabeza alta y el busto erguido.

La base de la educación era, sin embargo, la práctica y la doctrina religiosas. Era también lo que menos les gustaba a Gaston y a Louis. Este último veía llegar el domingo con disgusto, pues una parte de la mañana estaba consagrada al catecismo y a la manera de ayudar en misa, cosa que detestaba. La confesión y el examen de conciencia con su director espiritual, el padre Amyot, eran pruebas todavía más temidas. La confesión de los pecados, les había explicado el sacerdote, debía ser precisa, franca y completa, y los dos niños se ajustaron a dichas normas. Sin embargo, se percataron enseguida de que su confesor se centraba en las ofensas que él consideraba capitales, tales como el orgullo, la gula o la cólera, y apenas se interesaba por las otras faltas. Los niños obtenían así sin demasiadas molestias su absolución y su billete de confesión, en tanto el padre Amyot hacía siempre la misma pregunta: «¿Vuestra obediencia hacia vuestros maestros ha sido total, ciega, inmediata, respetuosa?».

Sus respuestas convencían siempre al sacerdote.

Más difícil era el examen de conciencia que tenía lugar una vez a la semana, pues el jesuita intentaba entonces introducirse en lo más hondo de su mente y desenmascarar sus reservas mentales. Sin embargo, poco a poco, este ejercicio se volvió a favor de los niños, que descubrieron que era fácil responder indirectamente a preguntas indiscretas. La falsedad y la mentira no eran necesarias, bastaba con una mezcla de prudencia y razonamiento.

Sin embargo, el padre Amyot los calaba con frecuencia. Se hallaba cada vez más sorprendido por la madurez de los dos amigos, por la audacia de sus ideas y por la independencia de sus opiniones, cosa que no lo turbaba demasiado, tan satisfecho estaba con la vivacidad de su inteligencia, aunque a veces tuviese la impresión de percibir en Gaston la manifestación de una inquietante y precoz impiedad.

El sábado de esta lluviosa semana, el conde de Carlisle recibió en su palacete del barrio de Saint-Germain el saco de la correspondencia diplomática llevado por dos estafetas procedentes de Londres. Descifró sólo los correos en clave, los más importantes. En uno de ellos encontró al fin la respuesta que esperaba a la proposición que había sugerido a fin de desbloquear la negociación sobre el

matrimonio de la Señora —la hermana del rey de Francia— con el príncipe de Gales.

Resulta que los tratos diplomáticos seguían entorpecidos por la cuestión religiosa. A partir de la primera semana de negociaciones, las dos partes habían aceptado que la Señora y todas las personas de su casa practicarían libremente su religión en Inglaterra, y que dispondrían para ello de sacerdotes católicos. Pero los franceses habían exigido también que los niños nacidos de la pareja real fuesen educados en la religión romana, lo que era inaceptable para Jacobo I. Las negociaciones corrían el peligro de ser suspendidas, incluso abandonadas, como había ocurrido con España. Para evitar semejante fracaso, Carlisle había propuesto esta vaga fórmula que cada uno podría interpretar a su gusto: «Los niños nacidos serán educados por su madre».

El cardenal Richelieu había expresado su acuerdo y el conde esperaba la respuesta de su rey.

Por correo, Jacobo Estuardo acababa de validar a su vez la imprecisa fórmula.

No quedaban, pues, sino puntos menores que negociar, cosa que podría hacerse en las semanas venideras, y, en caso de acuerdo, el rey Jacobo escribía al conde que estaba dispuesto a recibir en diciembre al embajador francés en su residencia de Cambridge para firmar el tratado definitivo. El matrimonio podría celebrarse enseguida en París, en marzo o en abril.

En la misma valija de despachos, siempre cifrados, se encontraba un acuerdo de los servicios diplomáticos para detener al jesuita Thomas Southwell. Un informe de la policía señalaba, en efecto, que Southwell había sido visto en Londres a principios de año. ¿Qué venía a hacer aquí? ¿Por qué estaba en París mientras se negociaba el tratado? Eso es lo que la corte de Saint-James quería saber^[37]. Southwell debía ser capturado discretamente y enviado de vuelta a Inglaterra en un coche cerrado. Se confiaba en el conde para llevar a feliz término tan delicada misión.

Por consiguiente, Carlisle llamó a Brett y le dio instrucciones para que procediese al secuestro.

Hacía varios días que el mosquetero no había ido a la calle Saint-Jacques. Lo hizo al día siguiente, domingo, después de haber preparado un regalito para Annette: una pieza de encaje sin valor para que se hiciese una cofia con la que asistir a misa. Al llegar delante de la posada, vio la cinta roja en una de las ventanas de los desvanes. Reprochándose no haber ido antes, se precipitó a la hostería y buscó a la criada.

La Maritornes lo recibió con pasión.

—¡Señor Brette! —exclamó con mirada lánguida—. Vuestro amigo por fin os ha avisado.

—Llego al galope, amiga mía —le dijo, llevándola a un aparte en la sala.

—Nuestro amigo se fue —susurró ella—. ¡Hace tres días!

—¿Adónde?

—Sabía que me haríais esa pregunta —respondió zalamera—. Así que, cuando cargó su baúl en una carreta de la posada, le pregunté si lo volveríamos a ver, pero me

contestó que lo ignoraba. Cuando el chico que transporta los equipajes de los viajeros volvió con la carreta, le di un cuarto y me dijo que lo había llevado a la calle Bourg-l'Abbé, al despacho de coches con la enseña del Écu-Dauphin.

—¿A un despacho de coches?

—Sí, se va de viaje. Pero no se va a Rouen a ver a vuestra hermana, pues el servicio de coches para esa ciudad parte de la posada con la enseña de Notre-Dame, puerta de Saint-Denis —le explicó ella con perspicacia.

—En efecto, y eso me tranquiliza, Annette. Gracias por lo que habéis hecho. Aquí tenéis una moneda de veinte cuartos por las molestias.

—¿Pasaréis la noche aquí? —le preguntó la criada a media voz.

—¡Desgraciadamente, no! Me iré hoy mismo. Pero volveré pronto.

Brett subió hacia el colegio de Clermont. Allí interrogó a algunos alumnos de retórica a la salida de misa. Uno de ellos había tenido al padre Southwell como regente de inglés. Efectivamente, se había ido, pero había dicho a sus alumnos que volvería en febrero.

Brett fue a continuación a la calle Bourg-l'Abbé. Los coches del Écu-Dauphin comunicaban Calais y Dunkerque. ¿Volvería el jesuita a Inglaterra?, se inquietó el guardia. Sin embargo, en el despacho de coches nadie recordaba al religioso, lo que era sorprendente, pues el sacerdote pelirrojo difícilmente pasaba inadvertido, por lo que Brett se informó con los artesanos de la calle. Un poco más arriba del Ecu-Dauphin, un tratante de caballos llamando Lebreton, con el rótulo de la Croix-de-Fer, se acordaba perfectamente del jesuita. Había alquilado un coche con un cochero para ir a Bruselas, la capital de los Países Bajos españoles.

Brett contó todo esto por la mañana al conde de Carlisie. Aunque era evidente su decepción, nada podía reprochar al mosquetero. En revancha, la marcha del jesuita a Bruselas, auténtico nido de espías, era un signo de que Southwell preparaba algo o participaba en alguna operación secreta. Era más necesario que nunca apoderarse de él, y el embajador encargó a Brett vigilar estrechamente el regreso del sacerdote. El secuestro tendría lugar en febrero, a su vuelta a París.

El sábado 26 de octubre, día en el que Gaston, Louis y Paul de Gondi fueron felicitados por su *publica declamatio*, el rector había recibido una carta del prior de la abadía de Coulombs, el tío abuelo de Gaston de Tilly. Este último daba permiso para que su pupilo fuese a pasar las fiestas a casa del señor Fronsac, si éste lo invitaba. Gaston fue llamado por el rector.

—Vuestro tutor ha aceptado la propuesta del señor Fronsac. Considera que tales salidas no pueden ser más que beneficiosas para vos. Estoy muy satisfecho con vuestros estudios, y el señor Fronsac es un notario extremadamente respetado. Podréis, por tanto, ir a su casa por San Simón y San Judas si os vienen a buscar mañana, así como para los otros festivos, si os invitan de nuevo.

Gaston se lo contó todo a Louis tan pronto salió del gabinete. Nunca había sido tan feliz. Louis estaba tan contento como él, aun cuando su felicidad no era completa, pues no podía invitar a La Chesnay y a Hérisson, que se quedaban siempre en el colegio durante los festivos.

El domingo 27, víspera de San Simón y San Judas, el señor Fronsac y el señor Charreton, acompañados de Guillaume, que conducía la carreta, fueron efectivamente a buscar a los niños al final de la tarde. Los chicos subieron atrás con el señor Charreton, mientras que el señor Fronsac se quedaba en el pescante con Guillaume. Apoyado en los adrales, Louis contó orgullosamente a su abuelo que Gaston y él habían sido felicitados después de la *declamatio*.

Una vez en el despacho, se planteó el problema de dónde dormiría Gaston. No era posible meterlo en la cámara del señor y la señora Fronsac con Louis, y no habría sido conveniente alojarlo solo con la nodriza. Ahora bien, el resto del piso estaba enteramente ocupado con la llegada de Jean Bailleul, el nuevo primer oficial, y de su hermana. No quedaba más que la salita donde se encontraba el armario de hierro que contenía los valores, o, mejor aún, el cubículo medianero del gabinete del señor Fronsac, en el primer piso; una minúscula pieza sin luz. Fue finalmente ésa la solución adoptada. Guillaume montó, mal que bien, un catre de madera en el que se instaló un jergón con sábanas y mantas. El lugar no estaba caldeado, pero el gabinete del señor Fronsac lo estaba cuando hacía demasiado frío, de modo que Gaston tendría allí más calor que en el *cubicula* del colegio.

Gaston se quedó plenamente satisfecho. En aquella minúscula pieza glacial y sombría se sintió como un príncipe en su reino.

En la cena, que reunió a todo el personal de la cocina, Louis conoció por fin a Jean Bailleul, un joven de baja estatura, discreto y modesto, de rostro liso y pálido, totalmente inexpresivo. Su hermana, muy tímida, se había quedado en su cuarto, y él mismo no abrió la boca durante la cena.

Cuando ésta acabó, pudiendo hablar más libremente, Louis abordó con su padre y su abuelo su deseo de recibir entrenamiento de esgrima.

—Todos los niños bien nacidos, incluidos los niños burgueses, se adiestran en combates con cañas. Yo soy el único que no conoce la *scienza cavalleresca*^[38], y se burlan mucho de mí.

—¡Pero tú no lo necesitas, hijo! —se asombró el señor Fronsac—. Yo tampoco he manejado nunca una espada.

—Olvidas, querido Pierre, que todo burgués de la ciudad debe estar armado y ser capaz de defenderse en caso de convocatoria de la milicia —observó su suegro.

—Es verdad, pero el coronel de la patrulla burguesa no me ha llamado desde hace mucho tiempo. Y recuerdo que en la época en que participaba, yo llevaba una partesana y un mosquete, no una espada. Sería mejor enseñarte a disparar con el fusil

o la pistola, hijo mío. ¡Dejemos la esgrima a la nobleza!

—Yo te daré lecciones, Louis —prometió su abuelo—. Pierre —añadió, dirigiéndose a su yerno—, saber defenderse es siempre útil, y si Louis es el único niño de Clermont incapaz de manejar una caña, lo despreciarán.

—¡De acuerdo! —sonrió el señor Fronsac aceptando su derrota de buen grado, pues en su fuero interno le agradaba saber que su hijo quería comportarse como un gentilhomme. Guillaume y Jacques podrían, además, enseñarle cuanto sabían.

—Con mucho gusto, señor —aprobó Guillaume.

—Y tú, Gaston, ¿sabes algo de esgrima?

—Sí, señor. Mi tío, que era soldado, me enseñó un poco.

—En ese caso, mañana haremos una lección colectiva —decidió el señor Charreton—. Tengo dos espadas con zapatilla de sala de armas.

Toda la tarde del lunes de San Simón estuvo dedicada al adiestramiento. Gaston se enfrentó a Jacques, el más ducho de los dos hermanos con la espada, mientras que Guillaume y el señor Charreton hicieron por turno de maestros de armas de Louis.

Louis, pensó rápidamente su padre, no sería jamás un buen esgrimista, contrariamente a Gaston. No tenía ni el coraje ni la resistencia necesarios. Pero compensaba estas insuficiencias con una buena comprensión de las técnicas de esgrima y una asombrosa capacidad para asimilar y reproducir de forma idéntica los pases que aprendía.

Al final de la jornada, un poco antes de volver al colegio, Gaston hizo a Jacques la demostración de algunos golpes dobles que su tío Hercule le había enseñado y de los cuales estaba muy orgulloso. A su vez, los dos exsoldados le enseñaron algunos otros particularmente péfidos, y, encantados con los dos niños, propusieron al señor Fronsac llevarlos de vuelta al colegio. El señor Fronsac no estuvo de acuerdo, pues deseaba que uno de los dos guardianes permaneciese siempre en el despacho, de manera que fueron el señor Charreton y Guillaume quienes acompañaron a los niños, cada uno de ellos a la grupa de los adultos y tan orgullosos como si acabasen de ser ordenados caballeros de la corte del rey Arturo.

Desde San Simón y San Judas hasta Santa Catalina se sucedieron varios festivos. Santos y Difuntos, luego el lunes de San Martín^[39] y por fin el lunes de Santa Catalina^[40]. Si, para no revelar lo que preparaban, Louis y Gaston no utilizaron jamás las cañas en el colegio, el adiestramiento en el despacho familiar fue intenso durante esos cuatro días festivos.

Los hermanos Boutier estaban en la gloria con aquellos jóvenes alumnos tan apasionados. En cambio, el señor y la señora Fronsac no sabían demasiado a qué atenerse al ver a su hijo con una espada con zapatilla o una caña en la mano todo el día. En cuanto al señor Charreton, no dudaba de que detrás de todo aquello se ocultaba una disputa entre niños, pero, sabiendo que las armas estaban prohibidas en el colegio, en absoluto estaba preocupado.

Habida cuenta de los adversarios que iban a tener, Gaston quería sobre todo conocer las fintas, estocadas y paradas secretas que permitían a un duelista vencer incluso en situación de inferioridad. Los dos hermanos le enseñaron todo lo que sabían, que no era gran cosa, pues manejaban la espada como una maza. Sin embargo, observó Gaston, sus primitivos métodos no eran malos cuando se utilizaban bastones en lugar de espadas.

Poco a poco, Louis adquirió una cierta habilidad. Incluso fue capaz de practicar algunos golpes dobles merced a los cuales, aunque fuese tocado, hacía a su adversario

más daño del que recibía.

Gaston tenía mucha más técnica y agilidad que su amigo, y fue finalmente con el señor Charreton, habituado a las salas de armas, con quien aprendió lo mejor, sobre todo en paradas y despejos. El abuelo de Louis le enseñó también una parada en punta que permitía protegerse girando con su arma el hierro enemigo. Le explicó también una finta con la que, haciendo pasar la hoja bajo el brazo de su adversario, podía darle fácilmente una estocada en el corazón.

Guillaume, que solía adiestrar a Louis, le enseñó un encadenamiento doble especialmente traicionero que permitía, por medio de un corte al sesgo, cortar el músculo del brazo del adversario. Al final de la demostración, le dio este consejo:

—Siempre que podáis, señor, golpead a vuestro adversario en un lugar diferente del que habéis amagado.

El señor Fronsac, sentado en un banco de piedra, asistía siempre al adiestramiento y no se cansaba de censurar esas fintas traicioneras que les enseñaban a los niños. En su oficio, el honor era primordial, y no podía concebir que se tratase de engañar o desorientar, ni siquiera a los adversarios.

Se levantó, muy contrariado por las palabras de su criado, mientras que el exsoldado remachaba:

—Y si podéis, señor, ¡arrojadle también vuestra capa, o un puñado de tierra a los ojos!

—Pero ¡eso es desleal, Guillaume! —protestó el notario en un arrebato de cólera.

—Os pido perdón, señor —respondió el soldado—, pero es mi deber enseñar a vuestro hijo ante todo a sobrevivir. Ya os lo he dicho: no hay ningún honor en las batallas. Todos los medios son buenos para vencer. Has de matar el primero; si no, estás muerto.

Antes de que el señor Fronsac hubiese desaprobado esta moral, el abuelo de Louis intervino gravemente:

—Tiene razón, Pierre. Desgraciadamente, tiene razón. No olvides lo que dice Virgilio en la *Eneida*: *Dolos an virtus quis in hoste requirat?*^[41]

Después de Todos los Santos, Louis perdió su cargo de decurión. Pareció aliviado, pero, no nos engañemos, en su fuero interno estaba apesadumbrado, pues cuesta mucho abandonar un puesto envidiado por los demás. Paul de Gondi, que también había perdido el suyo, le explicó cínicamente que era debido a que los sacerdotes deseaban que el mayor número de niños accediesen a los honores de la magistratura. Según él, si los mismos alumnos permaneciesen todo el curso en el puesto, los demás se desanimarían o protestarían, como hacía a veces la burguesía cuando el acceso a los cargos honoríficos o nobiliarios le era vedado.

Veinticinco años más tarde, Louis habría de acordarse de la pertinencia de esta observación mientras su amigo el cardenal de Retz sublevaba a la burguesía contra el

cardenal Mazarino.

Poco a poco, la organización del desafío que Gaston proyectaba contra Rouville se iba perfilando. Louis y él habían discutido hasta el menor detalle y ninguno de sus amigos, salvo La Chesnay, estaba todavía informado. La víspera de San Martín, Louis se reunió con el abad Sillery para explicarle que Gaston y él no podrían pagar antes de Santa Catalina. Pero que en ese momento saldarían su deuda y adelantarían los meses siguientes. Sillery le respondió que iría a consultar a Rouville, cosa que había hecho. El jefe de la cofradía del Cuarto había aceptado, tanto para evitar un nuevo arrebato de cólera de Gaston como por codicia, encantado de recibir en un solo pago las «ayudas» anuales de los dos alumnos de sexto. Sin embargo, su conformidad había ido acompañada de amenazas en caso de un nuevo retraso.

El martes, la mañana de Santa Catalina, hacía un frío inusual para esa época del año. Había helado durante la noche y todos se arrebujaban en su capa durante el recreo de la comida. Gaston y Louis habían debatido su estrategia como militares en campaña. Sus lugartenientes, Le Pontonnier, La Chesnay y Hérisson, se habían enterado la mañana misma de los detalles del proyecto de duelo. Todos estaban terriblemente nerviosos. Sólo Paul de Gondi no estaba en el ajo, pues Louis temía que lo desaprobase.

La Chesnay debía comprobar que el conde de Moret estaba en el patio. Le Pontonnier se quedaría con Paul de Gondi a fin de atraerlo al lugar del duelo. Finalmente, Jacques Hérisson estaba encargado de desviar la atención del prefecto de recreo. Una vez que todo estuviese en su lugar, Le Pontonnier tenía la misión, quedándose con Paul de Gondi, de acercarse a Jacques de Montgomery, quien, precisamente, se entrenaba con la caña.

Gaston y Louis fueron a buscar cañas a la portería y se dirigieron hacia Adhémard de Rouville, quien, cerca del pozo, jugaba tranquilamente a los bolos con Thémimes de Lauzières y el joven abad Nicolas Sillery. Mientras se acercaban, Jacques Hérisson, que no los perdía de vista, avisó al prefecto de recreo, un joven sacerdote, de que había oído a alguien llamándolo desde el primer piso. El prefecto se dirigió de inmediato hacia la escalera, pensando que con aquel frío los internos estarían tranquilos y podría dejarlos solos un momento.

—Señor de Tilly —ironizó Adhémard de Rouville viendo acercarse a Louis y a Gaston—, me preguntaba si tendríais palabra...

Gaston, impasible, se le acercó hasta ponerse a su lado.

Al mismo tiempo, Le Pontonnier exhortaba a Paul de Gondi en presencia de Jacques de Montgomery:

—¡Señor de Gondi, mirad lo que pasa cerca del pozo!

Estaban a una docena de toesas de Gaston.

—Monseñor, ¿qué es lo que pasa allí? —gritó al mismo tiempo el pequeño La Chesnay al conde de Moret, que discutía con otros alumnos de su clase.

Se volvieron todos en la dirección indicada.

Gaston llevaba guantes. Se quitó uno y abofeteó a Adhémard de Rouville varias veces.

Un rayo caído de repente sobre el colegio no habría causado mayor impresión. De repente, se hizo el silencio en aquella parte del patio. Algunas docenas de niños que jugaban en torno al grupo se detuvieron de inmediato para asistir a la continuación de aquel increíble incidente. Rouville se quedó un instante paralizado de estupor, así como sus compinches. Sus mejillas pasaron rápidamente al rojo vivo, tanto por la vergüenza como por la violencia de los guantazos.

—Espero, señor —declaró Gaston con voz estentórea—, que no seáis un cobarde además de un ladrón.

Rouville se arrojó sobre Gaston en el instante mismo en que el conde de Moret se acercaba a largas zancadas. El hijo de Enrique el Grande intervino justo antes de que el alumno de cuarto agarrase a Gaston por el cuello:

—¡Esta vez es un desafío, señor de Rouville, y no una pelea de bribones!

—Este... niño..., monseñor —tartamudeó Rouville, volviéndose hacia él—. ¡Habéis visto lo que se ha atrevido a hacerme!

—Os desafío a duelo, señor de Rouville —intervino Gaston—. Supongo que sabréis batiros. Mi amigo Louis será mi testigo. Elegid el vuestro.

—¿Aceptáis el duelo, señor? —preguntó el conde fríamente.

—No puedo batirme con un niño —protestó Rouville encogiéndose de hombros.

—Os ha abofeteado, señor —replicó severamente el hijo de Enrique IV.

Rouville, repentinamente desamparado, comprendió que no tenía elección.

—Luchemos —dijo con una voz casi inaudible—. El señor de Lauzières será mi testigo.

—¡Señores, apartaos! —ordenó Moret a los cerca de trescientos alumnos que se habían congregado en torno a ellos—. Señor de Montgomery, ¿aceptáis ser el heraldo de armas?

—Acepto, monseñor —dijo el alumno de segundo en tono solemne.

—Entonces yo seré el juez de armas —decidió Moret—. Antes de nada, ¿hay posibilidad de arreglo? —preguntó dirigiéndose a Gaston y luego a Rouville.

—No, monseñor —respondió Gaston firmemente.

Rouville dudó un instante antes de sacudir negativamente la cabeza.

—No tenemos espadas —prosiguió el conde—, luego la lucha será a caña. Las armas serán echadas a suertes entre los adversarios. El duelo se hará siguiendo las antiguas reglas de la lid en campo cerrado. Señor de Montgomery, apartad a todo el mundo y trazad un cuadrado de cuatro toesas de lado. El primero que salga del campo será declarado perdedor y pedirá perdón a su adversario. Si se trata del testigo, abandonará el combate y su adversario podrá continuar el duelo en ayuda de su compañero.

Mientras Montgomery, ayudado por algunos alumnos de segundo y de primero, preparaba el espacio del enfrentamiento, Louis pensaba con terror que, si Lauzières lo

batía, Gaston tendría dos adversarios mayores que él. Sería entonces forzosamente aplastado. El resultado de la batalla, pues, dependía de él.

—Como en los torneos, todos los golpes están permitidos —prosiguió Moret—, incluido el cuerpo a cuerpo, a fin de sacar al adversario del cuadrado.

Louis ignoraba esta regla y se quedó pasmado y aterrorizado. Así, si Rouville o Lauzières buscaban el cuerpo a cuerpo agarrando su caña con ambas manos, que no era cortante como una espada, su edad, su estatura y su vigor les darían todas las ventajas. Miró a Lauzières, que le dirigió una sonrisa malévola: ¡pesaba dos veces más que él! Si Louis cedía ante él, Lauzières lo arrojaría fuera de la lid, y si no reculaba, trataría de agarrarlo por el cuerpo y lo haría caer.

En ambos casos, no veía cómo iba a salir de aquello y fue presa de un temblor que no escapó a la mirada de Rouville.

—Señor Montgomery, recordad a estos señores las reglas de honor.

Montgomery avanzó al centro de la lid y proclamó solemnemente:

—Señores, hoy, veintiséis del presente mes de noviembre, he otorgado el campo libre al señor Gaston de Tilly y al señor de Rouville, reclamante y acometido, para poner fin por las armas a la diferencia de honor que se dirime entre ellos. Para ello, hago saber a todos que nadie puede impedir el efecto del presente combate ni ayudar o perjudicar a uno u otro de los combatientes. Hago expreso mandamiento a todos de que, en tanto los combatientes estén en combate, los asistentes guardarán silencio, no hablarán, toserán ni escupirán, ni harán ninguna seña con el pie, con la mano o con el ojo que pueda ayudar, perjudicar o hacer daño a uno u otro de los susodichos contendientes.

—Señores —añadió Moret, dirigiéndose ahora a Gaston y a Rouville—, jurad batiros como gentileshombres de honor, implorar a Dios y llamarlo en vuestra ayuda.

Gaston conocía perfectamente la fórmula ritual de los duelos de honor y se la había aprendido de memoria. Recitó con voz segura:

—Yo, Gaston de Tilly, juro por los Santos Evangelios de Dios, por la verdadera cruz de Nuestro Señor, por la fe del bautismo que profeso, que he venido a este campo en buena y justa causa para combatir contra Adhémar de Rouville, el cual tiene mala e injusta causa de defenderse contra mí.

Rouville pareció todavía más desamparado, aterrorizado incluso. Jamás se había batido, de modo que ignoraba todas las reglas. Trató de repetir lo que había dicho Gaston balbuciendo:

—Yo, Adhémar de Rouville, juro sobre los Santos Evangelios de Dios... sobre la cruz de Nuestro Señor y... tengo buena causa de defenderme contra Gaston de Tilly.

Varios niños aristócratas se reían ante sus balbuceos; los ritos de honor formaban parte de la educación de un verdadero gentilhomme. Moret frunció el ceño con desagrado y Rouville enrojeció de vergüenza.

Montgomery se acercó a él para tenderle cuatro puntas de cañas ocultas por una capa. Eran las dos que él tenía y las que le había dado Fronsac. Rouville eligió una

tras una breve vacilación. Montgomery hizo lo mismo con Gaston, y luego con Lauzières. A Louis le correspondió la última caña.

Después, el heraldo de armas volvió al centro de la lid, hizo una seña a cada combatiente para que se colocasen en un rincón y gritó a todos tres veces en voz alta:

—¡Dejad lidiar a los buenos contendientes!

Se retiró del campo y los cuatro combatientes caminaron uno hacia el otro. Gaston se arrojó ferozmente sobre Rouville, con el palo en alto. Rouville pareció más circunspecto, pero dio un paso hacia delante.

En diagonal, Louis y Lauzières se aproximaron también prudentemente. Para evitar molestar a Gaston, ya casi en el centro de la lid, Louis rodeó a Rouville. Bruscamente, se encontró frente a Lauzières, que abatió su palo hacia él. Louis paró el golpe. Pero había sido asestado con tal violencia que todo su cuerpo lo acusó y su brazo perdió fuerza. Dominó, sin embargo, su dolor y se apartó al borde de la lid para evitar que el otro lo arrastrase a un cuerpo a cuerpo.

Durante ese tiempo, Gaston y Rouville intercambiaban golpes de caña, aplicando estrictamente las reglas de la esgrima de sala. Aquí las fuerzas parecían igualadas, y la concurrencia se apasionó, sobre todo por el combate entre el pequeño de sexto y el bruto de cuarto. Para todos, el gran Lauzières iba a ganar fácilmente. Seguro de sí, el de cuarto sonrió incluso al público antes de elevar de nuevo la caña como una maza y golpear con todas sus fuerzas. Louis logró apartarlo hábilmente de la esquina y volver al centro de la lid. Los espectadores dejaron oír un murmullo de aprobación que provocó el furor de Lauzières. Éste golpeó varias veces de pecho, en horizontal, sin medir su fuerza, a fin de arrollar a su adversario. Cuando el palo estuvo demasiado cerca de él, Louis se agachó para evitarlo. Nada detuvo entonces la caña, que golpeó con violencia el hombro izquierdo de Adhémar de Rouville.

Ante la sorpresa y la violencia del golpe inesperado, Rouville miró su hombro golpeado y tuvo un breve momento de desatención.

Gaston, con una rapidez asombrosa, hizo un contradesarrollo, apartó la caña de su adversario y luego, con una gran elegancia, golpeó con todas sus fuerzas en el antebrazo de Rouville que sostenía la caña. Era el golpe que Guillaume había enseñado a Louis y que él había observado atentamente. Rouville, aturdido, soltó su palo, que cayó al suelo.

Durante ese tiempo, mientras Lauzières se desequilibraba y asustaba por el golpe que había dado a su amigo, Louis constató que había bajado la guardia. Le asestó una violenta estocada en el pecho y el chico se encogió con rugidos de dolor.

Todos los asistentes al duelo lanzaron gritos de estupefacción.

Gaston, viendo a sus dos enemigos vencidos, saludó a Moret y declaró mirando al cielo y santiguándose:

—*Domine, non sum dignus*, no es a mí, es a vos, Dios mío, a quien debo la victoria!^[42]

—¡El combate ha terminado! —gritó el conde de Moret avanzando hacia la lid.

—¡Señores!, ¿queréis parar? ¿Qué ocurre?

Quien así hablaba era el prefecto de recreo, que, seguido del prefecto de refectorio y del prefecto de capilla, llegaba corriendo. Los niños se apartaron para dejarlos pasar.

Moret los esperó para declarar muy dignamente:

—Se trata de un asunto de honor, padre. Todo ha transcurrido según las reglas de la caballería. El señor de Tilly ha arreglado definitivamente su diferencia con el señor de Rouville, que deberá pedirle perdón.

—¡Un duelo! —se alarmó el prefecto de capilla—. ¡Pero eso está prohibido, señor conde!

—¡Padre, en el honor no se manda! —replicó secamente Moret—. He actuado como mi padre me habría exigido. Además, las armas no eran sino cañas, no había peligro.

Sin embargo, Adhémar de Rouville parecía estar sufriendo el martirio y el gordo Lauzières se levantaba lentamente haciendo muecas de dolor.

Ninguno de los tres prefectos sabía qué hacer. El conde acababa de recordarles que su padre era Enrique de Borbón, rey de Francia, el mismo que había expulsado a los jesuitas en 1594. ¡El asunto era grave!

—Señor conde —decidió el prefecto de recreo—. Lamento tener que pedir a esos dos jóvenes que me sigan al despacho del rector.

—¡Permitidme entonces acompañaros! —decidió Moret autoritariamente—, junto con algunos testigos.

El prefecto dudó, miró a sus colegas y, finalmente, aceptó asintiendo con la cabeza.

El prefecto de capilla se había acercado a los vencidos para constatar que sufrían mucho.

—Hermano —interpeló al prefecto de recreo—, voy a llevar al señor de Rouville y al señor de Lauzières a la enfermería. Creo que necesitan cuidados.

Sonó la campana para reanudar las clases.

El conde de Moret se giró hacia Jacques de Montgomery.

—Señor, ¿podéis acompañarme en calidad de heraldo de armas?

—Por supuesto, señor conde.

Buscando otro testigo, se dirigió a Paul de Gondi.

—¿Señor de Gondi?

El hijo del general de galeras no cabía en sí de gozo. Lo había visto todo y se sintió henchido de felicidad ante la idea de haber sido distinguido por el hijo de Enrique IV.

El grupo al completo se dirigió hacia la escalera central. Gaston parecía indiferente, pero en realidad estaba aliviado. En cambio, Louis a duras penas dominaba sus temblores; con la respiración entrecortada por el esfuerzo, la alegría de la victoria ya se había disipado, y sólo le quedaba la emoción y el miedo. Las cosas

no habían salido como pensaba. Sus adversarios habían sido heridos e iban a ser gravemente castigados, tal vez expulsados del colegio. Sería la vergüenza para sus padres.

Pasó revista a los castigos que podían infligirles. En el mejor de los casos, el látigo. ¿Tendría el valor de no llorar? En el peor, quizá los encerrasen en aquella cámara de los suplicios de la que les había hablado el regente.

El prefecto llamó con los nudillos en el gabinete del rector, en el primer piso del edificio central, y entró cuando oyó que le daban autorización. El rector Jean Filleau estaba de pie, cerca de la ventana, en compañía del prefecto de estudios, el padre Cellot, y el procurador de los internos, el padre César Pallu. Los tres tenían una expresión severa en el semblante. Louis adivinó que habían asistido al duelo en el patio y que esperaban su visita.

—¿De qué se trata? —preguntó el rector sin inmutarse.

—Un grave incidente, padre. Un duelo.

—¿Un duelo?

—¿Puedo hablar, padre? —intervino el conde de Moret.

—¿Sois vos quien os habéis batido, señor conde? —preguntó el rector, a sabiendas de cuál era la respuesta.

—No, padre. Yo era el juez de honor. El señor de Montgomery era heraldo de armas y el señor de Gondi nos ha acompañado para confirmar nuestras palabras.

«Decid mejor para presionarme», pensó el rector, a la vez divertido y preocupado por la iniciativa del hermano del rey.

—Hablad. ¿Qué ha ocurrido?

—Había una diferencia entre el señor de Tilly y el señor de Rouville, padre. Ya habían llegado a las manos en otra ocasión, como bribones, y yo se lo había reprochado al señor de Tilly. Esta vez, el señor de Tilly ha actuado siguiendo las leyes de la caballería.

El rector examinó a Gaston, que sostuvo un instante su mirada antes de bajar los ojos. Luego su atención se centró en Louis.

—Estáis aquí para aprender, señores, no para batiros —dejó caer el rector con tono de lástima—. No necesitamos cizañeros.

Se volvió hacia el procurador de los internos, que aprobó con una severa sacudida de cabeza; luego hacia el prefecto de estudios, que permaneció impasible.

—Me he erigido en garante del honor del señor de Tilly —declaró solemnemente el conde dando un paso hacia delante, como para protegerlo.

—Yo también, padre —dijo Montgomery.

—Y yo lo mismo —declaró orgullosamente Gondi con su voz infantil.

Se hizo un pesado silencio. El prefecto ya había decidido la sanción. Aquellos dos internos serían expulsados. Semejante incidente no debía volver a producirse jamás. Pero la inesperada intervención de aquellos tres gentileshombres lo incomodaba y lo ponía en un aprieto. Los duelos eran estúpidos, y aquí, inapropiados. Sin embargo,

había que tener en cuenta la importancia del honor para aquellos jóvenes aristócratas.

—¿Cuáles eran las razones de vuestro desacuerdo con el señor de Rouville? —preguntó dulcemente el padre Cellot a Gaston de Tilly.

—No... no puedo decíroslo, padre.

—Como queráis. Os escucharé entonces en confesión esta tarde —sonrió el sacerdote.

Se volvió hacia el rector.

—¿Puedo invocar vuestra indulgencia, padre? El señor de Tilly y el señor Fronsac son muy buenos alumnos. Sin duda han creído actuar de buena fe. Todavía pueden corregirse con la ayuda de su director espiritual. Sería una lástima abandonarlos a sus pasiones.

El rector permaneció silencioso un momento, sopesando los pros y los contras. El padre Cellot le echaba un cable permitiendo acceder a la demanda de indulgencia del conde de Moret. El conde terminaba sus estudios este curso. A continuación iría a la corte. Podría convertirse en un aliado para su compañía, blanco de los ataques de la universidad y del Parlamento, sobre todo en este momento en que la realeza volvía los ojos hacia los heréticos ingleses. La gratitud era también una virtud que ellos enseñaban...

En cuanto a Gondi y Montgomery, sus familias también contaban en la corte. Particularmente la de Gondi, cuyo padre estaba tan cerca de la reina y de los devotos.

Pero, sobre todo, estaba la operación que se preparaba en la sombra. Un asunto que él no aprobaba, que lo aterraba incluso, pues podía poner a la Sociedad de Jesús en graves dificultades. Si fracasaba, y eran descubiertos, serían de nuevo expulsados del reino, encarcelados y tal vez ejecutados. Lo que menos les convenía era atraer la atención sobre el colegio justo ahora en que iba a llegar Diego Antonio de Mendoza.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —ordenó, molesto por la interrupción.

Era el prefecto de capilla.

—Excusadme, padre, venía a traeros noticias de los señores de Rouville y de Lazières.

—¿Son los alumnos con los que os habéis batido? —preguntó el rector a Louis y a Gaston, que asintieron lastimosamente.

—Hablad...

—El señor de Rouville tiene el brazo roto. Un cirujano va a venir para reducir la fractura, pero, según nuestro sacerdote de la enfermería, deberá quedarse en casa más de un mes. Sin duda hasta primeros de enero. En cuanto al señor de Lauzières, tiene una costilla rota. Nada grave, excepto por el dolor.

—¡Eso lo cambia todo! —dijo el rector mirando severamente a Gaston—. Sois un niño temible, señor de Tilly.

—El señor de Tilly es, ante todo, un hombre valiente —intervino Moret con ardor—. Es mucho más joven y más bajo que el señor de Rouville, y lo mismo se puede

decir del señor Fronsac. El combate fue una magnífica lección para todos los alumnos, padre.

—¿Una lección, señor conde? —preguntó sarcástico el procurador de los internos.

—Sí, padre. Estos señores han probado que incluso el más débil puede vencer cuando tiene fe, coraje y la ayuda de Nuestro Señor. ¿No es lo que aprendemos cada día en la clase de Sagradas Escrituras?

«Moret era un casuista mucho más fino de lo que creían —pensó el rector divertido—. ¡Había aprovechado bien las clases!» Pero había algo de verdad en lo que acababa de decir: el débil podía siempre vencer al más fuerte que él si encontraba la fuerza en su interior. En ese caso, ¿llegaba con la ayuda de Dios? Tal vez sí o tal vez no. Por lo que él sabía, Dios dejaba total libertad a los hombres. Sin duda era un bello tema de reflexión. ¿Por qué no proponerlo para una justa oratoria? Pero, volviendo a lo inmediato, ¿qué debía hacer? Fronsac era un alumno brillante. Tilly también. Ambos tenían talento y respetaban a sus maestros. Expulsarlos ahora sería un tremendo error.

—De acuerdo. Practicaré la indulgencia —decidió—. Pero será la última vez. En cuanto a los señores de Tilly y Fronsac, serán, pese a todo, castigados.

Louis gimió. ¿Iban a encerrarlos en la mazmorra? ¿A azotarlos? Gaston no lo aceptaría jamás.

—Debéis encontrar la humildad que os ha faltado, hijos míos. Serviréis la mesa durante un mes y limpiaréis el refectorio con los becarios. ¿Ibais a ir a casa en las próximas fiestas?

—Sí, padre —respondió lastimero Louis—, por San Andrés y en las fiestas de diciembre, San Nicolás, la de la Inmaculada Concepción y la de Santo Tomás^[43].

—Os quedaréis castigados en el colegio hasta Navidad. Avisaré a vuestro padre por carta. El castigo será anunciado públicamente esta noche en el refectorio. Aprovechando la ocasión, leeré de nuevo las reglas del colegio insistiendo en lo que está prescrito y prohibido, y, después de mi intervención, pediréis perdón y os excusaréis. No volveré a tolerar más incidentes.

Se calló y clavó sus ojos en los de Gaston, y luego en los de Louis. Los niños apartaron la mirada.

—Ahora podéis salir. La campana de clase hace tiempo que ha sonado.

Los prefectos acompañaron a los duelistas y a los testigos.

Cuando hubieron partido, el rector se volvió hacia el procurador.

—Padre, volveremos sobre todo esto más tarde. Esta historia me ha contrariado.

El procurador salió a su vez y Filleau se quedó solo con el padre Cellot.

—Este asunto no podía llegar en peor momento —declaró sombríamente el rector.

—En efecto, pero habéis actuado bien, padre. Hay que evitar atraer la atención sobre nosotros.

—Es lo que he pensado. Iré a la casa profesa a comentar todo esto con el provincial. Daría lo que fuese para que nuestro propósito general no haya aceptado ese plan absurdo que amenaza con arruinar veinte años de trabajo.

Louis y Gaston empezaron a servir la mesa con los criados desde la cena del martes. Habían sido profundamente humillados cuando el rector les ordenó colocarse a su lado en el refectorio para recordar el reglamento del colegio y anunciar su castigo, sobre todo al observar algunas sonrisas burlonas, especialmente la de Charles Chazelles. El hijo del cobrador de impuestos estaba visiblemente contento de ver a Louis castigado de aquella suerte.

Tener que rebajarse a un papel de criado era particularmente cruel para Gaston, que habría preferido ser expulsado antes que soportar aquel oprobio, mas, por amistad a Louis, se había sometido.

Su trabajo consistía en llevar el vino, el agua, el pan y las soperas a las mesas, y luego limpiar y barrer. La primera noche se habían esforzado en hacer caso omiso de los comentarios que les hacían algunos internos plebeyos, sabedores de que se habían batido para no tener que pagar el diezmo a Rouville, mientras que ellos se habían doblegado. Los niños pertenecientes a la nobleza se quedaban más a la expectativa. Adhémar de Rouville era respetado por su piedad, y muchos cuestionaban la manera en que Gaston de Tilly lo había vencido. El golpe que le había roto el brazo a Adhémar ¿era necesario y, sobre todo, honorable? Muchos lo dudaban, incluso a pesar de que algunos como Paul de Gondi recordaban que se podía vencer *Per fas et per nefas*^[44].

Pero al cabo de unos días los comentarios irónicos se hicieron cada vez más infrecuentes y los dos niños pusieron empeño en cumplir lo mejor posible su tarea de criados. Terminada la comida, ayudaban a los becarios a despejar y barrer la sala; a continuación, iban a comer a la cocina con los cocineros, los criados y algunos novicios. No tenían recreo, pero comían mejor y cuanto querían, pues los cocineros solían guardar los mejores bocados para ese almuerzo de criados. Por la noche, la sopa de los internos, ya fuese de habas, de guisantes o de coles, raramente contenía un trocito de carne. En la antecocina, los trozos de jamón y longaniza eran gruesos y numerosos. Además, las cocinas estaban calentitas.

La noche misma del duelo, Louis había escrito a su padre y a su abuelo para avisarles de su castigo y del de su amigo, contándoles la verdad: por qué razón se habían batido, quién había vencido y cómo habían sido defendidos ante el rector por varios jóvenes de la nobleza. Describía la sanción que sufrían y concluía pidiéndoles perdón y avisándolos de que no podrían ir a casa antes de las fiestas de Navidad.

A cambio de cinco cuartos, el portero se encargaba de hacer llegar las cartas que se le remitían. El retraso era de algunos días. Louis esperaba que la carta llegase a su familia antes que la del rector.

Tres días después del duelo, el rector se instaló en su mesa en compañía de dos religiosos a los que Louis no conocía. El de más edad gastaba barba gris en collar, como estaba de moda en la época de Enrique el Grande. Después del *benedícite*, el rector los presentó a los internos al inicio del pequeño sermón que solía pronunciar al comienzo de la comida. El barbudo era el padre general Cotton, el futuro provincial de Francia de los jesuitas. Sería oficialmente recibido por el rey en enero, pero estaba ya instalado en la casa profesa de la calle Saint-Antoine. El padre Cotton, recordó el rector en su elogio, había sido su predecesor en Clermont y por ello había tenido a bien hacer allí su primera visita.

El segundo jesuita, que parecía tener apenas cuarenta años, era el padre Nicolas Caussin. Llegaba de Roma. El padre Caussin sería en adelante el profesor de teología, explicó el padre Filleau, que aconsejó a los alumnos leer la obra que acababa de publicar, *La Corte santa*, un admirable análisis de la corte y de las tentaciones de irreligión que se abrían paso cuando no se había recibido una educación espiritual suficiente. Curioso como era, Louis se atribuyó el servicio de aquella mesa para saber más sobre aquellos dos religiosos. Les llevó el vino, varias veces agua y pan, pero los convidados no intercambiaron en su presencia más que banalidades, y casi siempre en voz baja.

Por la noche trabajó hasta tarde con Gaston para hacer los deberes que tenían que entregar al día siguiente por la mañana; luego se apagaron las luces después de la oración, como todas las noches. Muy pronto se hizo el silencio en el pequeño dormitorio, y Louis se sumía sin darse cuenta en el sueño cuando oyó de nuevo las voces.

Se quedó petrificado.

Era una especie de murmullo, como las otras veces, del que brotaban algunas palabras entre las cuales reconoció claramente: *Cotton* y *Caussin*. De repente, oyó con estupor: *Tilly*. Dudó en prestar atención de nuevo a una conversación que no le incumbía. ¿No era un pecado que tendría que confesar? Luego se acordó de la clase de Sagradas Escrituras de la víspera. Jesús, les había explicado el padre La Salle, había dicho: «Quien tenga orejas, que escuche». Debía obedecer la divina exhortación.

Los cuchicheos parecían proceder del piso de madera. Se deslizó fuera del lecho, se tendió en el suelo y pegó su oreja al entarimado. Los ruidos le llegaban más cercanos, más claros.

—¿Se han batido con cañas en el patio? ¿En duelo?

—Dudé en expulsarlos, padre, pero, en la situación actual, juzgué más prudente mostrar indulgencia, como me aconsejaba el padre Cellot. El conde de Moret había

tomado partido abiertamente por los chicos, y, si hubiese hablado de ello en la corte, acabarían interesándose por nuestro colegio.

—Habéis hecho bien —respondió una voz temblorosa en la que Louis reconoció la del provincial de Francia—. No tenemos necesidad de una preocupación suplementaria. ¿Sabéis que el rector de la universidad nos reprocha ahora que tengamos nuestros propios correctores para castigar a los alumnos? Según él, no corresponde sino al rey elegir los jueces para castigar a los malos, y, actuando así, trataríamos de demostrar que nuestras leyes son superiores a las del rey.

—¡Pamplinas! —exclamó una voz autoritaria, que era la del padre Nicolas Caussin.

Louis la conocía, pues durante la cena el jesuita le había pedido pan en el mismo tono.

—Desgraciadamente, en Palacio, muchos dan crédito con complacencia a esas calumnias. Pero vayamos a lo que nos traéis de Roma, padre —dijo la voz temblorosa—. ¿Os habéis encontrado con el prepósito general?

—Sí. He visto a monseñor Mutio Vitelleschi. Me ha confirmado que debemos obedecer en todos sus puntos sobre este asunto al padre Mendoza, que a su vez tiene órdenes del Santo Padre.

—¿Le habéis participado nuestras reticencias?

—Lo he hecho, y me ha recordado nuestros votos de sumisión *perinde ac cadaver*, así como nuestra misión en la erradicación de la herejía.

—Olvidáis que nuestro santo padre Ignacio de Loyola había añadido a ese voto la restricción: *In omnibus ubi peccatum non cerneretur*^[45].

—Creo que os inquietáis sin razón, padre —replicó Caussin.

—¿Sin razón? —se encolerizó el rector—. ¡No dudéis de que si este asunto fuese descubierto, arrojaría de nuevo el oprobio sobre nuestra compañía! Seríamos expulsados del reino y varios de los nuestros se encontrarían en manos de maese Guillaume^[46]. ¿Merece el rey de Inglaterra el riesgo que vamos a correr?

—No será descubierto, padre —replicó untuosamente el padre Caussin—. Tengo una confianza total en Thomas Southwell, cuya prudencia iguala a su habilidad. Es joven, pero con una larga experiencia en operaciones secretas al servicio de nuestra compañía. Por cierto, ¿tenéis noticias suyas?

—Sí. Me ha enviado un mensaje cifrado que recibí ayer. Está en Holanda, donde ha contactado con el joyero que prepara las monturas de los herretes. Partirá enseguida para Roma, tan pronto como el padre Mendoza le haya remitido las piedras. A continuación, regresará aquí, donde reanudará sus clases en febrero.

—¿Cuándo llegará el padre Mendoza?

—Lo ignoro. Pero supongo que dentro de unos días. Se quedará aquí lo justo para comunicarnos las instrucciones del primer ministro español; después se irá a Holanda, para hacer montar las piedras.

—¿Y nuestro falso Samuel Forcadel?

—Provisionalmente ha terminado su papel de comerciante y ha vuelto a la casa profesa —declaró el provincial de Francia—. Pero ¿habéis sabido algo nuevo sobre las negociaciones del tratado?

—Mis agentes en la corte me han informado de que los principales obstáculos se han vencido. El señor de Effiat parte dentro de unos días para Cambridge, donde se encuentra el rey Jacobo.

Era el padre Nicolas Caussin quien acababa de responder.

—¡Entonces el tratado se va a hacer a nuestras espaldas! —suspiró el rector.

Por el tono de su voz, Louis adivinó cuan molesto estaba.

—El rey de Inglaterra siempre dijo que no consentiría jamás ese matrimonio si la contrapartida era autorizar a los jesuitas a volver a Inglaterra —prosiguió.

—Ya veis, padre, que no se puede recular —insistió Caussin.

—Es cierto que milord Carlisle y milord Buckingham son poderosos enemigos de nuestra compañía —declaró el rector—. Al menos, si este asunto termina como esperamos, los habremos hecho desaparecer de escena.

—Esperemos, entonces, la llegada del padre Mendoza.

Louis oyó arrastrar de sillas, y luego las voces se hicieron inaudibles. Tal vez los sacerdotes habían pasado a otra estancia. Se quedó un momento aguardando, pero nada. Se dio cuenta entonces de que estaba temblando. Se hallaba tan pendiente de la conversación que no había prestado atención al frío glacial que reinaba en el cuarto.

Volvió a su lecho e intentó calentarse soplando bajo las sábanas.

Carlisle era el embajador inglés del que había hablado su tío en la mesa, y Buckingham, el favorito del rey de Inglaterra. ¿Los jesuitas querían matarlos? ¿Y quién era ese Forcadel? ¿Por qué motivo ese jesuita inglés que él había visto en la biblioteca del colegio, el padre Southwell, había ido a ver a un joyero a Holanda? ¿Por qué habían hablado de herretes? ¿Qué pintaban esas joyas en esta historia?

¿Era un complot? ¿Y contra quién?

Mientras lo vencía el sueño, la respuesta se le insinuó en su mente como una evidencia.

¡Los jesuitas trataban de matar al hijo del rey de Inglaterra con ocasión de su matrimonio en Francia!

Al día siguiente, al bajar a las letrinas, Louis contó todo lo que había oído a Gaston, que pareció dubitativo.

—¿Estás seguro de que no lo has soñado? —le preguntó mientras esperaban su turno con una veintena de niños delante de las letrinas heladas.

—No sé. Honradamente ya no lo sé. Tendría que ver qué pieza hay debajo de nuestra cámara. Si es un dormitorio, como me dijo Hérisson, tal vez lo haya soñado.

—Vamos a verlo inmediatamente —propuso Gaston, excitado ante la idea.

—Es Chazelles quien tiene hoy la vela —observó Louis—, y no podemos fiarnos de él; y sin vela no veremos nada.

Eran las cinco de la mañana y era a Chazelles a quien el prefecto de cámara le había confiado la luz.

Vieron entonces a Jacques La Chesnay acercarse con los pequeños becarios que dormían en el último nivel, bajo los tejados.

—Tengo una idea —dijo Gaston.

Se dirigió a La Chesnay y lo llevó aparte.

—¿Recogiste un cabo de vela ayer por la noche en el refectorio?

—Sí, pero muy pequeño.

—¿Lo tienes ahí?

—¡Claro!

El niño jamás habría dejado la preciosa candela en su dormitorio so pena de que se la robasen.

—¿Puedes prestármela? Te la devolveré dentro de un rato y te prometo que apenas voy a gastarla.

El niño dudó un segundo. Luego hurgó en el bolsillo de su capa, desgastada hasta la trama, y le tendió el cabo de sebo informe del que salía una mecha negruzca.

—Gracias, no lo olvidaré.

Gaston se volvió hacia Louis mostrándole la candela contentísimo.

Cuando todo su grupo hubo terminado, subieron. Chazelles iba en cabeza, sosteniendo la luz firmemente. En la escalera, Gaston lo alcanzó para decirle:

—He encontrado un cabo de vela en las letrinas, déjame encenderla en la tuya, que nosotros ahí detrás apenas vemos.

Chazelles le tendió la llama sin manifestar interés.

Gaston y Louis se quedaron a la cola del grupo. Una vez llegados al rellano del segundo piso, mientras los compañeros subían hacia los desvanes, los dos niños se metieron en el corredor. Contaron una docena de pasos y se detuvieron delante de una puerta.

—Debe de ser ésta —susurró Louis—. ¿Y si es una habitación y hay algún sacerdote dentro?

Gaston pegó su oreja a la puerta, pero no percibió ningún ruido. Apenas tenían tiempo, de modo que Louis se decidió a llamar a la puerta. Si oían pasos, se escaparían corriendo.

Esperaron unos segundos. Los únicos ruidos eran los del resto de los internos que subían de las letrinas. Finalmente, Gaston se apoyó en el picaporte.

La puerta se abrió chirriando ligeramente.

Entraron con el corazón latiendo desbocado.

Era una pequeña sala que sólo tenía una mesa de pino y dos bancos. De una de las paredes encaladas colgaba una simple cruz, y de la otra, dos cuadros. Gaston las

iluminó. Uno era el retrato del fundador de la orden, Ignacio de Loyola, que estaba también en el refectorio, y el otro del papa Urbano VIII. No había ningún retrato del rey o de su padre Enrique, como solía suceder en las salas de trabajo. Ningún papel extraviado. En la mesa sólo había algunas plumas de oca, un cortaplumas y tres tinteros de terracota, así como hojas en blanco. A su derecha, vieron una puerta. Gaston se acercó y oyó un vago roce del otro lado.

Le entró miedo e hizo una señal a Louis para largarse de allí.

Salieron rápidamente sin cerrar detrás de ellos, aterrorizados como estaban.

—¿Dónde estabais? —preguntó severamente el padre Galliffet, su prefecto de cámara, cuando llegaron.

—Cuando estábamos en la escalera, un sacerdote nos pidió que le ayudásemos a llevar unos sacos, padre.

—¿Adónde?

—Al segundo piso. Sólo hablaba latín y lo acompañamos hasta el patio. Hemos subido corriendo, padre.

—¡Humm! Debía de ser uno de nuestros padres visitantes que se marchaba. Vamos a empezar las oraciones. Luego os pondréis a limpiar este cuarto, que está muy sucio.

Obedecieron en silencio. Cuando hubieron terminado de barrer y de arreglar el dormitorio, trabajaron de dos en dos en las Sagradas Escrituras, como de costumbre. Pero Louis tenía la mente en otra parte, y trataba de unir los hilos de lo que sabía. La víspera se habían reunido, en la sala situada bajo su lecho, el rector, el provincial de Francia y el padre Cotton, que llegaba de Roma. Esos hombres preparaban un complot, aunque el provincial y el rector pareciesen oponerse. El padre Southwell también formaba parte de la conspiración. ¿Iban realmente a matar al hijo del rey de Inglaterra con ocasión de su matrimonio?

¿Qué debía hacer? ¿Denunciarlos? ¿Pero a quién? ¿Debía hablarle de ello a su abuelo? ¿Le creería? No tenía ninguna prueba. Y si su abuelo le creía, ¿no se arriesgaba a arrastrarlo a una terrible aventura?

La campana de las seis lo libró de sus tormentos.

El rector abrió la puerta de su cuarto, que daba a la pequeña sala donde se reunía con los otros altos dignatarios de la Compañía de Jesús cuando deseaban encontrarse en sus conciliábulos. La sala estaba vacía. Sin embargo, estaba seguro de haber oído chirriar la puerta de entrada. Se acercó. No había cogido el candelabro que iluminaba su habitación. Pese a la oscuridad, descubrió inmediatamente la puerta entreabierta hacia el pasillo. ¡De modo que no se había equivocado!

Sintió entonces el olor de la candela de sebo.

¡Habían entrado allí!

Si alguien hubiese visto al padre Filleau en este instante, habría constatado que el color acababa de desaparecer de su rostro. Temblaba, también, y no era de frío. Salió y dio algunos pasos por el pasillo. Algunos internos subían por la escalera, pero no podía ser un niño el que hubiese abierto la puerta. Ninguno se habría atrevido. Y, además, ¿dónde iba a encontrar una candela?

Tenía que ser uno de los religiosos que se alojaba en este piso.

¿Qué había venido a hacer allí?

El padre Filleau volvió a la pieza y la examinó. Él no había dejado nada la víspera por la noche, así que no había nada que descubrir. Ni siquiera en su habitación, ni en ningún otro lugar del colegio, había un solo papel referente a aquella espantosa conspiración. Aun así, era aterrador saber que un hombre había entrado allí para buscar algo. Eso significaba que había un espía en el colegio que se olía el complot.

Volvió a su cuarto y se vistió rápidamente. Tenía que hablar de inmediato con el provincial de Francia.

Por la noche, en el refectorio, Louis vio llegar al rector en compañía de un jesuita desconocido. Era un religioso peculiar, que atraía todas las miradas y suscitaba comentarios de asombro. Su rostro curtido destacaba por lo moreno; su barba, negra como el azabache, estaba cortada en punta y las guías de sus mostachos tenían las puntas hacia arriba. Pese a su tonsura, una espesa corona de cabellos tiesos salía de su bonete cuadrado. Su sotana negra estaba finamente bordada, y, cuando había atravesado el refectorio a grandes zancadas, todos habían visto sus bruñidas botas de búfalo con espuelas de cobre.

Louis obtuvo del prefecto de refectorio el privilegio de servir la mesa de los sacerdotes, pero las escasas palabras que el desconocido intercambió con el rector fueron en una lengua ronca que Louis no conocía.

¿Aquel hombre tenía relación con lo que había oído o era un simple padre visitador de paso? Esta última posibilidad le parecía poco verosímil, pues el desconocido se sentaba a la derecha del rector y no le hablaba más que a él. Era, de todas todas, un eminente dignatario de la Compañía de Jesús.

Terminada la comida, los internos y los jesuitas salieron en pequeños grupos. Louis se quedó, como de costumbre, para recoger, pero su mirada no podía apartarse del jesuita de las botas de jinete, que se había detenido cerca de la puerta del refectorio para hablar con algunos sacerdotes. Vio entonces al joven Gondi, que se acercaba e intercambiaba algunas palabras con él.

Louis terminó rápidamente de recoger antes de explicarle al prefecto de refectorio que debía ir a las letrinas. En el patio, encontró enseguida a Gondi, que estaba con Montgomery.

—Señor de Gondi —lo interpeló—, ¿podría hacerme una pregunta?

—¿No estabas castigado? —se burló Gondi, que tuteaba a todos sus inferiores.

—Lo estoy, pero he pedido salir a las letrinas —respondió Louis remedando un cólico doloroso.

Gondi y Montgomery se echaron a reír.

—Si puedo responderte... —prosiguió Gondi con su condescendencia habitual.

—No es importante. Es sólo por curiosidad. En la mesa de los sacerdotes había un jesuita con botas que se expresaba en una lengua que no conozco. Me gustaría saber cuál. Nunca había oído ese acento ni las palabras que pronunciaba. Cuando salió, vi que vos le dirigíais la palabra. ¿Lo conocéis y habláis su lengua?

—Ese padre jesuita es español, y le he hablado porque lo conozco. Vino una vez a mi casa a ver a mis padres.

—¿Un español? —se interesó Montgomery.

—Sí, llega de Castilla. Su padre es grande de España. Es un dignatario muy importante en su país. Se llama Diego Antonio de Mendoza. Creo que está muy próximo al prepósito general.

—Gracias. Luego la lengua era castellano. Me gusta su sonoridad. En el futuro, si puedo, lo aprenderé. Pero excusadme, señores, debo volver a mi trabajo de fámulo —bromeó Louis.

Se rieron de nuevo y Louis volvió lentamente al refectorio. De modo que hay un Mendoza, pensaba. Ese español formaba parte de la conspiración. Era el que aportaba las piedras. ¿Qué piedras?

Desde el duelo, Paul de Gondi se reunía con más frecuencia con Louis, cuya compañía buscaba a ojos vistas.

Como muchos nobles, Gondi estaba convencido de que una persona de baja extracción se hallaba necesariamente desprovisto de valor, puesto que esa virtud no podía transmitirse más que por la sangre y los antepasados. A los que, como Jehan Le Pontonnier, le objetaban con buen criterio que los plebeyos habían dado hombres valerosos al reino, replicaba que únicamente la suerte les había favorecido y que no podían haber tenido valor en sentido propio.

La bravura de Louis, que había desafiado a un chico más alto y más fuerte que él, no le había hecho cambiar de parecer. Al contrario, consideraba que Fronsac sin duda tenía un origen noble procedente de algún lejano ascendiente desconocido. También, persuadido de que eso le apasionaría, le contaba cada vez que tenía ocasión el desarrollo de duelos célebres. Le comentó con detalle el combate final de Bussy d'Amboise contra el señor de Monsoreau, el asalto entre Guy Chabot, señor de Jarnac, y François de La Châtaigneraie, o incluso el fin trágico de su tío, muerto en duelo.

Los conocimientos del pequeño abad sobre las querellas de honor parecían infinitos, y esa pasión, que en absoluto interesaba a Louis, acabó hartándolo.

—Creía que ibais a ser arzobispo, incluso cardenal, señor de Gondi —le dijo un día con tono irónico durante una larga demostración del niño abad sobre el desarrollo del encuentro sangriento que había enfrentado en 1578 a tres fieles partidarios de Enrique III con tres favoritos del duque de Guisa^[47].

Durante esta auténtica batalla, que Gondi había remedado y comentado con mucha seriedad, Maugiron y Schomberg habían encontrado la muerte y Ribérac y Caylus habían muerto a consecuencia de sus heridas.

A la pregunta de Louis, el pequeño abad, ya muy moreno de suyo, se había oscurecido aún más y le había declarado entre dientes:

—¡Todavía no he pronunciado mis votos, amigo Fronsac!

Luego había añadido apretándole afectuosamente el hombro:

—Si me confío así a ti, Fronsac, es porque tú eres digno de ser de mi estirpe... Y no ignoras que procedo de una casa ilustre en Francia y antigua en Italia...

Esta orgullosa observación, que no paraba de repetir a quien quisiese oírlo, siempre hacía reír a Gaston, que siempre le recordaba a Louis que Gondi no era más que el nieto de un banquero italiano y que no tenía una extracción muy diferente de la de Le Pontonnier.

Gaston de Tilly apreciaba muy poco la compañía de Paul de Gondi, el cual, por su parte, no le manifestaba apenas afecto. Un día, Louis le preguntó por qué se alejaba cuando Gondi se acercaba a ellos.

—¿No te has dado cuenta? El señor de Gondi es siempre afable con los que considera sus inferiores, pero se crispa con aquellos que se distinguen por la antigüedad de su nobleza.

Después de San Nicolás, con ocasión de la entrega de los premios por el trabajo del mes de noviembre, Louis fue nombrado cónsul y Gondi se convirtió en decurión, Gaston también fue nombrado decurión y en una decuria de un nivel superior a la de Paul de Gondi, lo que no contribuyó a mejorar sus relaciones.

Louis cambió de sitio en la clase para ocupar el lugar de honor, al lado del cónsul cartaginés y del *imperator*, el hijo de un procurador, que era el anterior cónsul cartaginés.

En realidad, no era una promoción, observó al cabo de unos días con despecho, pues estaba lejos de la estufa que habían encendido debido al frío reinante. Por cierto que, cada mañana, los sitios para estar al lado de la estufa provocaban una barahúnda de empujones.

Sin embargo, esta distinción le permitió enviar una nueva carta a sus padres, la última, pensó, pues no le quedaban más que cinco cuartos. En dicha misiva les anunció su promoción al rango de cónsul de la clase, así como la de Gaston como decurión. Esperaba que con tan buenas noticias se atenuase el enfado que debían de tener con ellos.

Tras la lectura de resultados del concurso mensual, los puestos de honor de los mejores alumnos y el anuncio de los castigos para los peores, sus maestros de latín y

Sagradas Escrituras les comunicaron, en presencia del prefecto de estudios, la organización de una gran disputa para fin de año.

Dichas disputas consistían en un tema común tratado por turno por los dos alumnos cónsules ante el conjunto de la clase, del rector, de los maestros y de la mayor parte de los jesuitas presentes en el colegio, incluidos los padres visitadores y los extranjeros. Éstos harían a continuación preguntas a los dos cónsules y uno de ellos sería declarado vencedor por la asamblea de los sacerdotes.

Era un temible honor para Louis hacer perder su campo al vencido.

El tema propuesto por el prefecto de estudios fue el siguiente: «La Divina Providencia protege de los malvados a los príncipes naturales». Los cónsules debían comentar e ilustrar la máxima por medio de ejemplos históricos. Toda su argumentación, preparada con la ayuda de los alumnos de cada campo, debía hacerse en latín. Louis pensó primero en tratar algunos acontecimientos recientes de la historia de Francia y lo consultó con Paul de Gondi y con Gaston.

—Es un tema espinoso —observó Don Morito con un mohín de disgusto.

—¿Cómo espinoso? —preguntó Gaston, a quien las finuras casuísticas de Gondi lo exasperaban.

—Se puede abordar con contraejemplos —explicó el niño con una irónica sonrisa de suficiencia, como para insistir en la pesadez de espíritu de Gaston—. *Verbigratia*, el rey Enrique III, que cayó bajo el puño de un monje; *ergo*, no fue protegido por la Divina Providencia.

—Entiendo —prosiguió Louis tras unos segundos de reflexión—. En tu opinión, ¿eso significaría que no era un príncipe natural?

—Pero Enrique el Grande no fue muerto por Châtel y los jesuitas fueron expulsados, luego era un príncipe natural —subrayó Gaston.

—¡Si olvidamos que Ravailac finalmente lo asesinó!

Louis suspiró. ¿Cómo tratar el tema a través de ejemplos que no molestasen a la Compañía de Jesús?

—Esa dificultad es voluntaria —aseveró Gaston dirigiéndose a Paul de Gondi—. Es una prueba. Los sacerdotes la han elegido para asegurarse la fidelidad de sus alumnos.

—No suelo estar de acuerdo con vos, señor de Tilly —declaró el pequeño Gondi elevando el tono—, pero por una vez tenéis razón.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Louis desesperado.

—Buscar ejemplos en otros países —propuso Gondi—. Y, sobre todo, modelos que no estén relacionados con la religión.

—¡Pero no los conozco!

—Habría que preguntar al padre Sirmond en la biblioteca. Dicen que es el hombre más sabio de Francia en historia —sugirió el hijo del general de galeras.

Al acabar de comer, Louis corrió hasta la biblioteca. Apenas tenía tiempo; la campana de inicio de las clases de la tarde sonaría en menos de media hora.

A aquella hora, el padre Sirmond estaba solo y Louis pudo charlar fácilmente con él. Le explicó el tema de la disputa —que el bibliotecario ya conocía— y las dificultades a las que se enfrentaba.

—Eso está muy bien, Louis, reflexionar así antes de comenzar un trabajo —aprobó el padre Sirmond con una fina sonrisa—. El cónsul del campo cartaginés no ha venido todavía a verme; quizá no ha visto la trampa que os hemos tendido amistosamente. Tú sabes razonar y tienes mente de geómetra. En efecto, hay que evitar abordar temas relacionados con la intolerancia que ha imperado en el reino desde hace más de cincuenta años. Por tanto, debes interesarte por otros países.

—Pero, padre, ¡yo no conozco nada de la historia de otros países!

—Para eso estoy yo aquí —sonrió de nuevo el sacerdote—. Vente conmigo.

Lo condujo a un armario enrejado.

—Hay varios libros que tratan de conspiraciones desarrolladas en Italia, así como en algunos Estados alemanes. Es una lectura que nosotros vigilamos estrechamente, pues puede ser muy sediciosa; por eso yo soy el único que tiene la llave. Te autorizo excepcionalmente a consultar estas obras. Te ayudarán a elegir el caso que deberás tratar en tu disputa. A continuación hablarás de ello con los que te ayuden a argumentar, pero tú serás el único que podrá venir aquí a leer el libro elegido.

—Gracias, padre, pero vos sabéis que estoy castigado. No podré venir aquí durante los recreos.

El sacerdote lo cogió del hombro:

—¿Cómo se te ocurrió batirte en duelo, Louis?

—Yo sólo era el testigo, padre. Y tenía que ayudar a mi amigo. Pero nunca pensé que podríamos hacer daño a nuestros adversarios.

—¿Estás arrepentido?

—Sí, padre —mintió Louis.

El jesuita lo observó un momento sin llamarse a engaños. Todo hombre es mentiroso, aseguraban los Salmos con razón. Este niño no lamentaba su acto, pero el sacerdote creía posible cambiar su comportamiento. Sólo que sabía por experiencia que si la mente de un niño era maleable, también era mucho el tiempo requerido para modelarlo. Así pues, prosiguió como si no pasase nada:

—Esta noche, en el refectorio, habida cuenta de los excelentes resultados que tu amigo Tilly y tú habéis obtenido este mes, el rector anunciará que os levanta el castigo. Pero de momento no le digas nada a nadie. Tendrás todo el tiempo necesario para preparar tu disputa.

Louis se enfrascó inmediatamente en una de las obras del armario prohibido. Cuando sonó la campana, ya había hojeado varios libros, pero ninguno le parecía

corresponder al tema propuesto.

Después de la clase de Sagradas Escrituras, volvió a trabajar y, con el consentimiento de su prefecto de cámara, se quedó allí hasta la cena, sin resultado alguno. Soñoliento y desanimado, iba a reunirse con sus compañeros cuando el padre Sirmond se acercó a él con una mano a la espalda.

—¿Has elegido ya, hijo mío?

—No, padre. Todavía no he encontrado nada.

El sacerdote se quedó un rato observándolo con una especie de benevolente ironía, antes de decirle:

—Era importante que buscases y que te desanimases. Así es como San Agustín encontró la fe. ¿Sabes quién lo puso en el buen camino?

—No, padre. Todavía no lo hemos estudiado en Sagradas Escrituras.

—Oyó una voz que le señalaba las Epístolas de San Pablo. Esa voz le ordenaba: «¡Coge y lee!».

Diciendo estas palabras, y con una sonrisa pícara, como encantado con su broma, el bibliotecario le tendió un libro que tenía oculto a su espalda.

—Puedes quedártelo; devuélvemelo mañana y no se lo enseñes a nadie.

Esa misma noche, en el *cubicula*, Louis empezó su lectura. La obra, escrita en latín, era el relato de una conspiración ocurrida en 1547 en la República de Génova.

Quedó inmediatamente apasionado por aquella intriga.

Génova era entonces una rica ciudad independiente. Andrea Doria la dirigía admirablemente, pero, bajo una calma aparente, la revuelta anidaba en el pueblo, que consideraba el dominio de los Doria como una tiranía. Un noble que descendía de las más grandes familias de la Liguria, Giovanni Luigi Fiesco, propuso secretamente la libertad al pueblo, aunque hubiese que obtenerla por la violencia. Ahora bien, no era el amor a la libertad lo que guiaba a Fiesco, sino la ambición y los celos. Contaba con dos papas y un rey de Sicilia entre sus antepasados y se consideraba más digno de dirigir la república que el que estaba en el poder. Además, aunque su padre Sinibaldo había sido amigo de Andrea Doria, él odiaba al sobrino de Doria, Giannettino, que cortejaba a su mujer. En fin, Fiesco pertenecía al partido francés, mientras que los Doria estaban enfeudados al Imperio germánico.

Sus partidarios aportaron armas secretamente a Génova para distribuirlas entre el pueblo. La revuelta previa la captura de las dependencias del puerto y de las puertas de la ciudad, lo que los insurgentes llevaron a cabo fácilmente. Llegaron incluso a matar a Giannettino Doria, pero, al pisar sobre una plancha de madera que pasaba por encima de un muelle, Giovanni Luigi Fiesco se cayó al agua y se ahogó. Entonces, la sublevación se quedó sin jefe, y Doria, que había huido al comienzo de la sedición, volvió al poder y ordenó ejecutar a los partidarios de Fiesco.

Cuando hubo terminado la lectura del libro, Louis supo que había encontrado un buen ejemplo: Doria era un príncipe natural, y la Divina Providencia, haciendo caer a Fiesco al agua, lo había protegido de los malvados. Durante el transcurso de la

semana, desarrolló el tema de la conspiración de Fiesco insistiendo en el papel de la Providencia. El tema apasionaba también a Paul de Gondi, aunque no estaba de acuerdo con la interpretación de Louis. Sin embargo, trabajaban juntos, con la ayuda de Gaston.

La disputa entre los cónsules era de hecho un torneo, un duelo incluso, en el que los representantes de cada campo se enfrentaban, asistidos por testigos, y cuyas armas eran la palabra, la vivacidad y la inteligencia.

Louis y el cónsul cartaginés se habían instalado en un estrado, rodeados de sus respectivos testigos. Louis había elegido a Gondi, a Tilly y al hijo del médico, Jean Clary, un fino latinista. En otro estrado se hallaban una docena de sacerdotes, entre los cuales se encontraban el rector, el padre Cellot, el bibliotecario, pero también algunos visitantes, entre ellos el padre Mendoza.

Cada contendiente debía primero presentar su punto de vista en una intervención de un cuarto de hora. Luego, los alumnos formularían preguntas o plantearían puntos discutibles. Cada contendiente respondería ayudado por sus testigos. Dichas intervenciones no preparadas solían ser bastante fáciles, aunque a veces inesperadas, pues cualquier alumno podía intervenir. Pero la justa se volvía luego más brutal con los ataques dirigidos sucesivamente por el representante y los testigos de cada parte. Se convertían entonces en verdaderos asaltos, y su pertinencia, así como la forma de responder, contaba tanto como el discurso inicial en el resultado final.

La disputa pasaba entonces de la justa oratoria al combate violento y sin piedad.

Si el tono se elevaba demasiado entre los contendientes, los sacerdotes intervenían haciendo sus propias preguntas, a las cuales los contendientes debían responder lo mejor posible; luego se retiraban a deliberar.

Cuando volvían, habían elegido al vencedor, quien tendría el insigne honor de cenar esa noche en la mesa de los sacerdotes.

—El rey sólo debe su estatus a Dios y a su espada... —empezó Louis.

Paul de Gondi, que estaba a su derecha, frunció el ceño. Él jamás habría empezado así. Miró en dirección a los sacerdotes. Permanecían impassibles, pero a todas luces desaprobaban aquel planteamiento galicano.

—Nadie puede ejercer sobre los reyes poder correctivo o directriz —prosiguió Louis, que desarrolló a continuación, con pequeñas pinceladas, la historia de la conspiración de Fiesco, insistiendo en el papel negativo del conspirador y en el de la Divina Providencia, que había salvado a Doria haciendo caer al conspirador en el puerto.

Su intervención, perfectamente construida en la forma, estaba argumentada y era elegante. Suscitó unas cuantas controversias y provocó calurosas aprobaciones de alumnos, nobles o plebeyos.

El cónsul del campo de los cartagineses tomó a continuación la palabra. Trató la

historia de Juana de Arco y de la coronación de Carlos VII. Su intervención resultó renqueante y no se ajustaba al tema. Gondi refutó sus conclusiones insistiendo en que la Providencia no había salvado a la santa. Gaston intervino a su vez para condenar a los ingleses que ocupaban el reino de Francia, de una forma un tanto extemporánea, sin relación directa con el tema, aunque suscitó vivas aclamaciones.

Como el jaleo amenazaba con extenderse después de las respuestas incompletas de los cartagineses, los sacerdotes intervinieron. Mendoza insistió acerbamente en el hecho de que Doria tenía el sostén del Imperio, y Fiesco, el de Francia. Hacía mucho tiempo que la Providencia había elegido su bando, explicó. Ese razonamiento falaz encorajinó a Gaston y contrarió a Louis, pero su intervención no fue corregida por el rector. En cuanto al padre Caussin, se limitó a felicitar a Louis por su claridad.

El resultado de la disputa no podía ser contestado y, bajo aclamaciones, Louis Fronsac fue declarado vencedor después de una brevísima deliberación.

Paul de Gondi abordó a Louis y a Gaston al día siguiente, antes de la cena. Estaba en compañía de Jehan Le Pontonnier, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

—Acabo de terminar el libro sobre Fiesco —les dijo—. El padre Sirmond me ha autorizado a leerlo. Siento decirte, Louis, que no estoy de acuerdo con tus conclusiones.

—¿Por qué?

—Fiesco estaba en su derecho, merecía triunfar. Era un hombre cultivado, inteligente y generoso que proponía la libertad a los genoveses, mientras que Doria era un tirano.

Louis sonrió ante la fuerza de su convicción.

—Y, según tú, ¿no fue la Divina Providencia la que lo detuvo?

—¡En absoluto! Y además, estuvo a punto de triunfar; desgraciadamente, los asuntos humanos son a veces juguete del azar, y ni el más hábil de los hombres puede prever los caprichos de la suerte. El fracaso de su empresa es uno de esos golpes que la prudencia de los hombres no sabría prever^[48].

—¿Quizá habría debido evitar el recurso a la acción violenta? —sugirió Louis.

—Hizo bien en agarrar la suerte por los pelos y poner término a una reflexión inútil.

—En tu opinión, ¿una conspiración sólo puede triunfar por la fuerza?

—La fuerza es a veces necesaria.

—No estoy tan seguro de ello —dijo Louis sacudiendo negativamente la cabeza—, también se puede fingir y vencer por habilidad, sin derramamiento de sangre.

—Es lo que hizo Ulises con Polifemo —reconoció Gondi—; sin embargo, tuvo que reventarle el ojo.

—Yo creo simplemente que Fiesco no era un buen capitán. Habría triunfado si hubiese preparado mejor su empresa —explicó Gaston—. En esa clase de expedición

no debe haber lugar para el azar.

—Fue la mala suerte la que hizo fracasar a Fiesco. Únicamente la mala suerte. Si yo hubiese estado en su lugar, no habría fracasado —aseguró Paul de Gondi.

—¿Sabes nadar? —se burló Gaston.

—¡Vos no conocéis ni la historia ni a los que la hacen! —dijo Don Morito encogiéndose de hombros y alejándose, furioso por no haberlos convencido.

Las dos semanas anteriores a Navidad estuvieron marcadas por una ola de frío. Es cierto que no fue tan fuerte como el año anterior, cuando el Sena se heló, pero en el colegio, mal calentado, los niños sufrieron mucho.

Por Santa Lucía, los internos de las habitaciones sin estufa ni chimenea encontraban el agua helada en las jofainas de aseo. La víspera, todos se habían acostado enfundándose varias piezas de ropa unas encima de otras y encasquetándose el gorro de noche lo más posible. No obstante, el padre Galliffet obligó a los internos a subir agua del pozo, que por supuesto estaba helada, y todos tuvieron que lavarse las manos.

En las letrinas, varios padres vigilaban que saliese el agua del pozo para limpiar cada vez que las utilizaba un grupo de niños, pues sabían hasta qué punto las epidemias podían extenderse fácilmente.

A su vuelta en el cuarto, el prefecto los apremió para que barriesen y arreglasen con la intención de que entrasen en calor, pero el frío les impedía trabajar. Finalmente, el sacerdote los mandó bajar al refectorio, donde los dejó en compañía de los otros internos que no tenían estufa o chimenea en su cuarto, sobre todo los becarios. Louis, en su calidad de cónsul, quedó encargado de la vigilancia con la ayuda de los decuriones.

El frío los castigó de esa suerte una docena de días, que fueron terribles para todos los internos. La vuelta a clase y el paso al refectorio eran esperados como una liberación, aunque en clase sólo los más fuertes lograban sentarse al lado de la estufa.

El resto del tiempo, en el patio y en misa, todo el mundo tiritaba. Los niños tenían tanto frío que casi no hablaban; los labios cortados les hacían sufrir demasiado. Encogidos como animales enfermos, su única meta era refugiarse en un lugar caliente. La biblioteca había sido tomada al asalto, y Louis habría preferido estar todavía castigado para quedarse más tiempo en el refectorio, como La Chesnay.

Lo más duro era por la noche, cuando el cierzo se colaba por las ventanas que cerraban mal.

Fue en el peor momento del frío cuando llegó una carta del señor Fronsac, llevada por Guillaume, proponiendo a Gaston pasar las fiestas de Navidad en el despacho, en caso de que no se fuese con su familia. Efectivamente, el huérfano no recibió ninguna noticia ni de su tío ni de su tutor, y, ante la idea de que pasarían una docena de días juntos y al calor, los dos niños lograron soportar un poco mejor el rigor de su condición. El período de fiestas duraría hasta el día de Reyes, casi dos semanas. Parecía en todo caso que el señor Fronsac los había perdonado por haber sido castigados.

Sus oraciones y las acciones de gracias dichas en la capilla para el fin de la helada debieron de ser atendidas finalmente, pues dos días antes de Navidad el cielo se cubrió y la nieve cayó durante unas horas antes de transformarse en lluvia.

El último domingo de Adviento muchos internos faltaron a misa. Con las lluvias, las familias que vivían lejos de París, previendo un viaje difícil, habían ido a buscar a sus hijos o habían enviado a sus criados. Desde la mañana del sábado, Louis y Gaston habían visto irse así a Jacques Hérisson, Charles Chazelles y Guillaume de Espoisses, que volvía a Dijon. Este último se había ido con el administrador de su padre para un largo viaje de al menos tres días.

El lunes y el martes siguientes, Gaston y Louis contaban las horas para irse. Sabían que vendrían a buscarlos la tarde del martes. Louis prometió a La Chesnay, que como todos los becarios se quedaba en el colegio, que le traería golosinas.

Guillaume llegó solo en la carreta. Explicó a los niños que el señor Charreton y el señor Fronsac habían tenido que irse al Ayuntamiento, donde una asamblea de los cabildos de la ciudad preparaba las fiestas de Navidad. Como cada año por estas fechas, la corporación municipal se ampliaba a las fuerzas vivas de la ciudad con representantes de los seis cuerpos mercantiles^[49], curas de las parroquias, diputados de las comunidades y delegados de los barrios. Estos últimos estaban repartidos en dos órdenes: los burgueses y los procuradores —de los que formaba parte Fronsac— y los magistrados del Tribunal Supremo.

Esta asamblea era la encargada de decidir la cantidad de comida y de madera de calefacción para distribuir entre los pobres y de votar una contribución voluntaria para ayudar a los más necesitados.

Escuchando a Guillaume justificar así la ausencia de su padre y de su abuelo, Louis pensó que todavía debían de estar algo enfadados con él, pues con que uno de los dos hubiese ido a la asamblea, como el año pasado, habría sido suficiente. Pero finalmente, sentado al lado de Guillaume en el pescante de la carreta, el trayecto fue muy agradable. Algunos copos volaban ante ellos, mas permanecían secos, envueltos en sus capas. Las calles conservaban por todas partes las huellas de la nieve que había caído: enormes montones sucios de boñigas y toda clase de deyecciones en las que se incrustaban las huellas de las ruedas de los carruajes.

Guillaume se había enterado por el señor Charreton del duelo, pero no sabía apenas nada. Preguntó, pues, los detalles a Louis y a Gaston, orgulloso de ser él quien los había adiestrado y convencido de que aquello les había permitido vencer.

Al llegar a la calle de los Quatre-Fils, los niños encontraron una gran animación en la cocina. Una oca cebada cocía en el hogar, regada regularmente con salsa por Phélice. Como estaban muertos de hambre, la señora Mallet les sirvió una sopa espesa con trozos de longaniza y pan caliente, y tuvieron que contar de nuevo con detalle el duelo ante los maravillados criados, a los que se había unido la señora Fronsac, orgullosa de su hijo como una reina.

Los señores Fronsac y Charreton llegaron poco después. El señor Fronsac subió enseguida al despacho, donde Bailleul estaba solo, pues habían dado vacaciones a los pasantes. Louis y Gaston volvieron a narrar su duelo, esta vez para el señor Charreton, mientras la señora Mallet preparaba el hipocrás con vino, azúcar, canela,

clavo y jengibre. Nicolas, el hijo de Antoinette, iba ahora a la escuela de Saint-Avoye, dependiente del chantre de Notre-Dame, y aprendía a leer. Se había sentado al lado de Gaston, que le enseñaba las letras del alfabeto en un libro que Louis había utilizado unos años antes. Al mismo tiempo, Gaston comía con gula trocitos o cucharadas de platos que Antoinette Bouvier y Phélice preparaban y le proponían probar. Había que verlo masticar, con los ojos hacia el cielo, como si fuese la tarea más importante a la que jamás se hubiese dedicado.

Louis no hacía nada. Sentía una dulce felicidad al encontrarse en casa, en medio de los suyos. ¡Le gustaría que las fiestas durasen todo el año! Sin embargo, de momento, del fondo de su mente aletargada por el bienestar y el calor subía una pregunta que lo inquietaba: ¿iban a matar los jesuitas al hijo del rey de Inglaterra?

La velada se prolongó después de la cena. Empezó con la bendición de un tronco bañado en vino que el señor Fronsac colocó en el hogar recitando un paternóster repetido al unísono. Luego cada uno contó historias y la hermana del señor Bailleul, que excepcionalmente había bajado de su cuarto, entonó cánticos con voz cristalina. Las dos señoras Bouvier hicieron otro tanto mientras que la señora Fronsac repartía fullas^[50] compradas por la tarde a un suplicacionero^[51], pero a Louis le pareció que no estaban muy crujientes.

Se acercaba la hora de la misa. Guillaume Bouvier y Richepin prepararon faroles y antorchas; luego todo el mundo fue a la misa del gallo a la iglesia de Saint-Merry, salvo Jacques Bouvier, que guardaba la casa. En el momento en que traspasaban la puerta del patio, sonaron las campanas de las iglesias del barrio, lanzadas al vuelo.

Bajaron la calle de Chaume en un tropel bullicioso y campechano, iluminándose con linternas y antorchas de resina. Habitualmente, los Fronsac iban a misa al convento de la Merced, situado frente a la puerta del palacio de Clisson. Pero como estaba en obras^[52] y había un precioso belén expuesto en Saint-Merry, habían decidido ir a su iglesia parroquial, donde entonarían cánticos.

Siguiendo una vieja tradición del barrio, un asno cubierto de ornamentos esperaba delante de la iglesia. Los niños podían pincharlo para oír sus rebuznos, que, según decían, daban suerte. Gaston lo hizo dos veces.

Al día siguiente, día de Navidad, fue a comer Philippe Boutier, el padrino de Louis. También él escuchó el relato del duelo, pero manifestó su desaprobación. Boutier era, ante todo, un jurista plebeyo, y todos esos asuntos de honor de la nobleza, que no encontraban un epílogo sino en la violencia y no ante los tribunales, le desagradaban sobremanera.

La comida fue servida en la antecámara del señor Charreton, y fueron invitados a ella el señor Bailleul y el señor Richepin, este último en calidad de intendente de la casa. Como de costumbre, cuando el padrino de Louis estaba presente, la política del reino fue el principal tema de conversación. Boutier contó lo que sabía sobre el

proyecto de matrimonio de la hermana del rey y todos escucharon con atención.

La negociación había concluido al fin a comienzos del mes de diciembre. El día 10, los embajadores franceses habían partido hacia Cambridge, donde residía el rey de Inglaterra, y el tratado había sido firmado allí.

Ahora ya sabían más sobre dicho contrato: la Señora recibiría una dote de ochocientos mil escudos, conservaría su religión, así como las personas pertenecientes a su Casa. Sus sacerdotes la acompañarían a Inglaterra. En cuanto al rey Jacobo, proclamaría la libertad de culto. No sólo los católicos ingleses dejarían de ser perseguidos, sino que las penas ya pronunciadas contra ellos serían anuladas, y los prisioneros, liberados.

En la corte, los devotos habían aplaudido la habilidad del cardenal Richelieu, que era el artífice de este acuerdo. Los políticos, partidarios de una alianza con los Estados protestantes contra los Habsburgo, estaban también plenamente satisfechos. Sólo el Papa seguía rehusando conceder una dispensa para el matrimonio. El señor de Bérulle, un hombre cercano al cardenal, había ido a solicitarla a Roma arguyendo que la política del reino era, pese a las apariencias, dirigida contra la Reforma. En efecto, según el cardenal Richelieu, si Francia se aliaba con Inglaterra y con la Holanda heréticas, era únicamente para privar a los hugonotes franceses del apoyo de sus correligionarios extranjeros y para favorecer la vuelta al catolicismo en Inglaterra, puesto que el contrato preveía que los niños reales fuesen criados en la religión de su madre; el futuro rey, o la futura reina, de Inglaterra sería, por tanto, católico.

—¿Creéis que la Santa Sede aceptará esa casuística? —había preguntado el señor Fronsac con una mueca de escepticismo.

—¡Aceptaré! —aseguró Boutier—. Sobre todo porque el rey y la reina madre han hecho saber a Roma que podían pasar sin la dispensa papal. Ahora bien, la Santa Sede necesita a Francia desde que Annibal de Estrées entró en la Valtelina para librar a los Grisones protestantes del yugo de las tropas españolas^[53] que quieren restablecer allí la religión católica. Al Papa le gustaría que se escuchasen sus propuestas de paz; en caso contrario, los valles alpinos también le estarán vedados.

—¿Cuándo tendrá lugar el matrimonio? —preguntó la señora Fronsac.

—En abril, sin duda.

—¿Y los jesuitas, padrino? —preguntó tímidamente Louis, que estaba en el extremo de la mesa con Gaston—. Habéis dicho que no querían este matrimonio.

No era habitual que un niño interviniese así en el curso de una comida, pero el señor Fronsac era indulgente con su hijo, y el señor Boutier, más todavía con su ahijado.

—La época en que conspiraban queda lejos, hijo mío. Ahora son fieles súbditos. El confesor del rey se elige entre los miembros de la Compañía. El nuevo provincial, el padre Cotton, va a ser recibido en la corte en enero. Tiene la estima de Su Majestad y del cardenal Richelieu.

—¿Me enseñarás la casa profesa, abuelo? —preguntó de nuevo Louis. Ignoro

dónde se encuentra.

—Está situada entre las calles Saint-Antoine, Saint-Paul y Percée^[54]. Es el antiguo palacio de los Montmorency, que se llamaba palacio de La Rochepot^[55]. Se les había cedido para que estableciesen en ella su universidad y la casa de sus profesores. Es allí donde se aloja su orden, así como el provincial de Francia. Hace seis años, el rey les dio también un terreno en el emplazamiento de la vieja muralla. Edificarán en él una iglesia a mayor gloria, pues su capilla es muy pequeña^[56]. Su Majestad ha prometido participar en los gastos de la construcción. En esas condiciones, Louis, no creo que los jesuitas se opongan a ese matrimonio, aunque les desagrade.

Los tres días que siguieron —San Esteban, San Juan y los Inocentes— fueron aún días festivos. Luego llegó el domingo. Durante todo este tiempo no hubo más que comilonas y festejos. Los niños comieron hasta la saciedad, como para tratar de borrar el hambre que les habían hecho sufrir durante las semanas de colegio, donde las sopas de bulbos, de nabos y de coles eran los platos principales y donde los despojos de cordero eran la única carne.

Pasaron, pues, la mayor parte del tiempo en la cocina, cerca del fuego, en compañía de las señoras Mallet y Richepin, de las esposas Bouvier y de Phélice, que preparaban sin cesar comidas pantagruélicas.

Las entretenían contándoles los pequeños acontecimientos del colegio. En otros momentos, los hermanos Bouvier —cuyo único trabajo consistía en limpiar el patio— se unían a ellos para contarles sus guerras, sus batallas y la vida en los campos. Cuando hablaban así, eran Louis, y sobre todo Gaston, quienes permanecían silenciosos, sin perder ripio.

La señora Fronsac se unía a ellos cuando había terminado de ocuparse de la buena marcha de la casa. Su marido y su padre iban también a veces a hacerles compañía. El señor Fronsac había leído la cartilla a su hijo, en su gabinete de trabajo, rogándole que no volviese a batirse ni a ser castigado. Pero, en realidad, estaba secretamente orgulloso de lo que había hecho.

Gaston había sido adoptado por todo el mundo; no en vano era extraordinariamente servicial. Varias veces, como los pasantes estaban ausentes por las fiestas y el señor Fronsac tenía muchas copias de actas que terminar, se afanó en ayudar a Bailleul, pues tenía una hermosa caligrafía. También hacía los recados de la señora Fronsac, ayudaba en la cocina y en toda clase de trabajos de la casa, y limpiaba de buen grado las caballerizas con los hermanos Bouvier. Todo el mundo se maravillaba de que un joven gentilhomme, de tan rancia nobleza, se comportase tan sencillamente. La señora Fronsac lo trataba como a un hijo.

El día de San Juan, Louis le propuso dar un paseo por la calle Saint-Antoine, pues su madre quería que llevase los zapatos a arreglar al zapatero.

Después de haber pasado por casa del artesano, recorrieron las inmediaciones de la casa profesa de los jesuitas y se quedaron un rato mirando la triste fachada. Pero

nada hacía pensar que en su interior se tramase ningún complot contra el reino. Volvieron allí dos veces con otros pretextos y, en la segunda ocasión, vieron que un coche tirado por dos caballos entraba en la casa. Por las cortinas corridas Louis creyó distinguir al provincial de Francia.

A principios del mes de diciembre, el conde de Carlisle había vuelto a Inglaterra para reunirse con su rey en Cambridge. Unos días antes de su partida, había recibido la visita del señor Forcadel en el palacio del barrio de Saint-Germain. El falso comerciante hugonote, enterado de que el matrimonio real iba a realizarse, acababa de pedirle al conde su conformidad para ofrecer los herretes de diamantes a la reina por mediación del duque de Buckingham.

Carlisle se lo había confirmado. Esta complicidad con un representante de los ricos comerciantes de La Rochelle no podía caer mejor, cuando incluso él había sido secretamente avisado de que el duque de Soubise reunía una flotilla en los puertos ingleses para lanzar un nuevo ataque sobre Bretaña.

La semana siguiente a Navidad finalizaba con el domingo de Epifanía, pero, desde el viernes, hubo un nuevo día de fiesta con Santa Genoveva. La vuelta a Clermont debía tener lugar el lunes siguiente.

La Epifanía era una fiesta de antigua tradición. Desde el sábado, las cocineras de la casa empezaban a preparar pasteles en los que escondían un haba. Se comían por la noche y al día siguiente.

El sábado, el señor Charreton, escoltado por Jacques Bouvier, llevó a los niños y al pequeño Nicolas a la procesión de los oficiales de la Cámara de Cuentas. Éstos, disfrazados de ángeles o de diablos, distribuían panes benditos tocando el tambor. En todas las calles, las gentes iban enmascaradas y disfrazadas. Los más ricos daban golosinas a los niños. El buen tiempo favorecía la fiesta. La cofradía de San Miguel, patrón de los pasteleros, había formado pequeños cortejos cuyos participantes ofrecían dulces cantando y tocando música en las calles.

Durante la noche, pequeños grupos de música ofrecían sus servicios llamando a las puertas de las casas. Recibían siempre muy buena acogida y varios de ellos fueron a tocar la viola al despacho de los Fronsac. Los conciertos tenían lugar en la antecámara del señor Charreton, en presencia de todo el personal de la casa.

Más tarde, durante la velada, se distribuyó el roscón de Reyes. Como establecía la costumbre, el pequeño Nicolas, el más joven de los niños, eligió primero dos porciones. La primera porción era la de Dios, el segundo trozo era para la Virgen María. La porción de Dios sería entregada al primer pobre que fuese a llamar a la puerta.

Fue al volver al colegio cuando Louis y Gaston se enteraron por Jacques La Chesnay, que se había quedado en el internado, de que el día de Reyes toda la corte se había desplazado a Clermont.

Enrique de Verneuil, el hijo que Enrique IV había tenido con Henriette de Entragues, había ido a defender allí su tesis de teología. Verneuil, hermano de Gabrielle-Angélique, la esposa del duque de Épernon, era entonces conde de Metz y acababa de recibir el arzobispado de aquella ciudad. Las tesis de teología eran en principio defendidas en la universidad, pero el joven, exalumno del colegio, había elegido presentar la suya en Clermont, lo que constituía un ilustrísimo favor para con los jesuitas parisinos.

Toda la corte había acudido, pues, a aquel acontecimiento, al cual sólo los internos que se habían quedado durante las fiestas habían podido asistir. Nunca había visto Jacques tantas damas tan bellas, le explicó a Louis, que lamentó no haber estado presente; también se enteró de que Paul de Gondi había estado allí, pues su padre había asistido a la defensa de la tesis.

El mes de enero fue benigno, contrariamente a los dos años anteriores, en que muchos de los ríos se habían helado. Pese a ello, los niños siguieron pasando frío, pues la humedad penetraba por todas partes. Se anunció la clasificación del mes de diciembre y Louis, Gaston y Gondi fueron nombrados senadores. Se encontraron todos en el mismo banco, con la ventaja de disponer de pequeños pupitres y el inconveniente de estar lejos de la estufa.

Adhémar de Rouville volvió la semana siguiente a la de Reyes. Sus amigos Sillery y Lauzières habían preparado su vuelta y fue recibido por varios nobles como la víctima de un combate desleal. Por su parte, Gaston y Louis hacían caso omiso de los jefes de la cofradía del Cuarto, pero se enteraron de que Rouville había retomado su actividad de extorsión, con menos éxito que antes. Hérisson y Clary, por ejemplo, habían rehusado pagar y, ante las amenazas del abad Sillery, se habían sincerado con Gaston, que les prometió su protección.

Cuando Adhémar se enteró, abandonó sus intimidaciones. En cambio, Chazelles y Le Pontonnier seguían entregando su diezmo. Chazelles porque consideraba normal pagar un impuesto para ser protegido —era lo que su padre siempre le había enseñado— y Le Pontonnier porque, pese a su estatura y su fuerza, tenía mucho miedo de Rouville.

Louis Thibert se quedaba siempre aparte. Hijo de un rico pañero, estaba acostumbrado a que lo sirviesen; desde el primer día había considerado a los otros internos como sus criados, y no era muy querido por sus vecinos de dormitorio. Después de haber sido insultado y objeto de bromas varias veces, se había encerrado en el silencio y en el desprecio. De modo que los otros internos ignoraban si pagaba a

Rouville, aunque era lo más probable.

En cuanto a Guillaume de Espoisses, Louis descubrió, hablando con él, que jamás había cedido a las pretensiones de la cofradía del Cuarto, habiéndole respondido al abad Sillery que, si insistía, su padre prevendría al presidente del Parlamento de París.

Llovió sin interrupción todo el mes de enero. El Sena se desbordaba en varios lugares cuando, bruscamente, el tiempo se enfrió y un viento glacial barrió la ciudad. El último día del mes heló tan fuerte que el agua bendita de la pila de la capilla se transformó en hielo.

La tradición de Clermont era que los internos se quedasen en clase o en el refectorio en lugar de ir al patio cuando el agua bendita se congelase. Cuando hacía mucho frío, los niños más traviesos solían recoger estalactitas o trozos de hielo en el patio para colocarlos en la pila y advertir a continuación al prefecto de recreo para ir a calentarse a clase^[57]. Pero el 1 de febrero la pila de agua bendita se heló de verdad.

Después de los días de fiestas en los que tanto habían disfrutado, el mes de enero les había parecido interminable a Gaston y Louis, que esperaban con más impaciencia cada día el domingo de la Purificación^[58], fecha en la que irían a buscarlos. Salían poco al recreo debido a la lluvia, y menos aún a los paseos de los jueves. Pero el trabajo incesante apenas les dejaba tiempo de aburrirse. En cuanto al complot jesuita, desaparecía poco a poco de la mente de Louis. No había vuelto a oír nada a través del suelo. El padre Southwell y el padre Mendoza no estaban allí, y el rector casi nunca tenía invitados a su mesa.

Quizá todo había sido abandonado, o eso esperaba. ¿O en realidad lo lamentaba?

Hacía un mes que la señora Fronsac no veía a los niños, por lo que preparó una comida extraordinaria después de la misa del domingo de la Purificación. Para esta ocasión había invitado de nuevo al padrino de Louis. En la mesa el principal tema de conversación fue el increíble golpe de mano que acababa de dar el duque de Soubise en la isla de Ré, del que los parisinos acababan de enterarse. El duque rebelde se había apoderado de la isla y había tomado siete bajeles del rey destinados a una cruzada que el duque de Nevers proyectaba en el Mediterráneo.

Louis ignoraba quién era Soubise. Preguntó a su abuelo.

—Soubise es el hermano del duque de Rohan, que es par de Francia —respondió el señor Charreton—. El primer marido de su madre fue muerto durante la matanza de San Bartolomé, y los dos hermanos gozan de una gran popularidad entre los reformados. Son los únicos jefes protestantes que no han aceptado la conversión de nuestro rey Enrique el Grande.

—Más exactamente no han aceptado que los protestantes no obtengan todas las ventajas que exigen —corrigió el señor Fronsac.

—Todo está ligado —aprobó el señor Boutier con un ademán—. En realidad,

como todos los feudales, los Rohan quieren sobre todo constituir un principado hugonote, ¡que ellos llaman una república!, en el que serían los amos. Su rebelión dura desde hace algunos años. En 1621, Rohan había sublevado al Languedoc y las Cevenas antes de rendir las armas. Benjamín de Soubise había prestado juramento de no rebelarse contra su rey después de haber capitulado en Saint-Jean-d'Angely. Pero al año siguiente olvidó su palabra y asedió Les Sables-d'Olonne con un auténtico ejército. Los gentileshombres católicos que se habían retirado allí tuvieron que capitular después de una vigorosa resistencia. Soubise les había prometido que la ciudad no sería saqueada si pagaban veinte mil escudos y le proporcionaban cañones y tres bajeles.

»Los asediados aceptaron, pero el felón, como solía, no mantuvo su palabra y soltó a sus tropas por la ciudad. El duque había mostrado una vez más hasta qué punto su palabra era mendaz. A fin de cuentas, se comportó como un capitán de bandoleros. Su tropa contaba entonces con seis o siete mil desolladores, ochocientos caballos y siete piezas de cañón. El mes siguiente tomó Luçon, que libró también a la soldadesca, y luego se volvió hacia La Rochelle. Toda Bretaña estaba aterrorizada.

»Para que cesase el bandidaje, el conde de La Rochefoucauld trató de reunir a la nobleza del país, pero los rebeldes eran demasiado poderosos. El conde pidió entonces la ayuda del rey, que acudió finalmente a restablecer el orden con toda la nobleza de Francia y un ejército de ocho mil hombres. Soubise no podía resistir a tales fuerzas y se refugió en Riez, de donde se salvó finalmente a nado, abandonando a sus hombres. Dos mil quinientos rebeldes encontraron la muerte en aquella batalla y centenares de gentileshombres calvinistas capturados fueron enviados a galeras.

»Pero desde entonces La Rochelle no dejó de protestar jamás contra las medidas de seguridad que el rey le impuso para que no volviese a caer en manos rebeldes. Algunos meses después de la derrota de Soubise, que se había refugiado en Inglaterra, varios de sus navíos libraron batalla contra la flota real mandada por el duque de Guisa.

»Dicen ahora que los dos hermanos han propuesto a algunos rocheleses una alianza contra natura entre los calvinistas y España. Enrique de Rohan estaría de nuevo en las Cevenas para sublevar a las poblaciones protestantes, y el ataque de Soubise contra la isla de Ré marca quizá el comienzo de nuevas hostilidades.

—¿Por qué los protege Inglaterra, señor Boutier? —preguntó Gaston.

—Por su religión, claro, pero sobre todo porque a los ingleses les encantaría quitarnos La Rochelle.

—¡Pero ahora que somos aliados de Inglaterra, ésta no ayudará más a Soubise! —exclamó el señor Fronsac golpeando al mismo tiempo la mesa.

—Quizá, pero si los ingleses se ven en la tesitura de elegir —replicó cínicamente el señor Charreton—, temo que prefieran conservar La Rochelle y perder nuestra amistad.

Louis y Gaston volvieron a Clermont el lunes 3 de febrero. Desde el primer día de la semana, todo fueron toses, vómica^[59], fluxiones y romadizos en las aulas y en el patio. Durante la cena numerosos niños tuvieron que volver a su cuarto, de lo mucho que tosían y temblaban de fiebre. Sin lugar a dudas, la epidemia, que alcanzaba ya varios barrios de París, había golpeado al colegio. La enfermedad se extendió y, al final de la semana, varios internos fueron incapaces de levantarse.

La enfermería, que no contenía más que una docena de lechos, se vio rápidamente desbordada. Todos los enfermos que podían volver a casa dejaron el colegio, pero la enfermedad siguió extendiéndose pese a todo.

En el *cubicula*, de Louis, el primer afectado fue Jacques Hérisson, al que trasladaron rápidamente a la enfermería, pues en ese momento todavía había plazas. Al día siguiente, Jean Clary también cayó enfermo. Su padre, médico, que vivía en la calle Gaillon^[60], fue a buscarlo tan pronto como fue avisado.

Era viernes, poco antes de las cinco. A causa del frío, los internos no tenían recreo. El día declinaba. La habitación estaba helada, puesto que no había ninguna clase de calefacción, cuando el señor Clary se presentó acompañado de un criado y del prefecto de estudios. Su hijo estaba acostado, tiritando entre las sábanas, igual que el joven Chazelles, que acababa de caer enfermo. Los únicos que trabajaban en su mesa eran Louis, que se sentía fatigado; Gaston de Tilly, que no temía el frío; el robusto Jehan Le Pontonnier, al que los elementos naturales no podían tocar y que no temía más que a Rouville, y, por último, Thibert, el hijo del pañero, que poseía un surtido tal de tupidas prendas de lana y de medias que podía resistir los fríos más extremos.

Su prefecto de cámara se había ausentado, según él para ir a comprobar el trabajo de Paul de Gondi, pero en realidad para quedarse cerca del poderoso fuego que crepitaba en el apartamento del joven abad. Louis, en su calidad de senador, se encargaba de la vigilancia de sus compañeros. El señor Clary era rubio como su hijo, con mechones de cabellos blancos, el rostro demacrado y ojos muy claros, llenos de inquietud. Iba cubierto con un pesado manto con cuello de piel, bajo el cual se distinguía su ropa negra de médico.

Sin despojarse de su manto, examinó detenidamente a su hijo, sacudido por una tos pertinaz, y le hizo un montón de preguntas sobre sus deposiciones y sus esputos.

—El boticario de nuestra casa profesa, el señor Nicolas Chauvin, hombre muy juicioso en su arte, ha venido esta mañana a ver a nuestros enfermos a la enfermería. Nos ha asegurado que se trataba de una epidemia de influenza catarral —le explicó el prefecto de estudios.

—Sin duda —respondió distraídamente el médico, a todas luces más preocupado por el abatimiento de su hijo que por la opinión del boticario.

Examinó los párpados del niño antes de interrogarlo sobre un posible dolor lacerante en la oreja. El niño le dijo que no tenía nada, sólo diarrea, aparte de la tos.

El médico le mandó orinar en una bacinilla y examinó un rato lo turbio de la orina.

—Supongo que la epidemia castiga también ferozmente en la ciudad —aventuró el prefecto de estudios, preocupado con todas aquellas manipulaciones.

—En efecto —confirmó el señor Clary en voz baja—. He observado que en gran número de casos de sujetos de mala constitución la muerte sobrevénía después del cuarto o quinto día tras las primeras toses. En concreto, desde la aparición de una hinchazón edematosa de los párpados. En los otros casos, afortunadamente menos funestos, la enfermedad cursa en angina gangrenosa con fiebre alta, sudores abundantes, pulso rápido y una piel áspera y ardiente. Parecido a lo que tiene mi hijo.

—¿Vais a sangrarlo?

—No, está demasiado débil.

El señor Clary se estremeció buscando una chimenea con la mirada.

—¿Siempre hace este frío? —le reprochó.

—En estos dormitorios, sí, porque no hay chimenea. Y además el frío es benéfico. Espabila las mentes y enardece las virtudes. La enfermedad no está causada por el frío, como creen la mayoría de los ignorantes; no es más que la consecuencia de la culpabilidad de los hombres. Por eso los cuidados prodigados para curar deben ir asociados a una asistencia espiritual y religiosa.

—Seguramente. Sin embargo, voy a llevarme a mi hijo —decidió el médico en absoluto convencido por el sacerdote—. Así tendréis un enfermo menos. Mi criado lo llevará abajo.

—¿Querriais examinar también al señor Chazelles? —preguntó el prefecto.

—Por supuesto.

El médico se desplazó hasta la cama del hijo del recaudador de impuestos, sentándose al borde de la misma.

—¿Cómo te sientes, hijo?

—Tengo escalofríos, señor, y un dolor de cabeza insoportable.

Los ojos del niño estaban enrojecidos, su pulso rápido y su lengua carbuncosa. El médico le pidió que se levantase y lo acompañase cerca de una de las ventanas, donde, a la luz mortecina del día, creyó observar unas bubas negruzcas y franjas purulentas en el fondo de su garganta.

—Hay que darle de beber —dijo, acompañándolo a la cama—. En abundancia. Intentadlo también con quinina.

—¿Hay que purgarlo?

Clary dudó.

—Esperad unos días. Si la diarrea no cesa, y la orina precipita en sedimentos blancos, hacedlo sin dudar. Pero os arriesgáis a debilitarlo enormemente.

—Algunos de nuestros sacerdotes aseguran que se puede proteger de la enfermedad con una coqueluche^[61].

—No perdéis nada con intentarlo —aprobó el doctor haciendo señas a su criado para que cogiese al niño en sus brazos, envuelto en una manta.

Sin duda tenía prisa por abandonar aquella pieza glacial e infecta. Acababa de enterarse de que la peste asolaba Londres desde diciembre, causando centenares de muertos. Había ya accesos del mal de San Roque^[62] en la mayor parte de las provincias y le inquietaba la llegada de la enfermedad a París, como ocurría regularmente. Si ése era el caso, el colegio de Clermont sería sin duda uno de los primeros focos de infección.

Después de su partida, el estado del pobre Chazelles no mejoró. No pudo ir al refectorio y tosió toda la noche. Louis se levantó varias veces para tranquilizarlo y darle de beber un agua glacial. Por la mañana, los sacerdotes lo trasladaron finalmente a una habitación caldeada.

Con aquella mala noche, la fatiga de Louis se había acentuado, y empezó también a toser. Por la mañana no pudo lavarse, pues el agua se había helado en las jofainas. Por tanto, bajó a las letrinas, pero el olor era espantoso, pues el agua de los cubos estaba congelada.

Afortunadamente, el refectorio bien caldeado le dio un poco de vigor. En el aula se sintió demasiado fatigado para preguntar las lecciones y Gaston lo sustituyó con la anuencia del regente. De todas formas, más de la mitad de los alumnos estaban ausentes. Paul de Gondi también había vuelto con su familia.

La misa que siguió se prolongó con las oraciones y penitencias para pedir misericordia a Dios a fin de que alejase el mal. Los internos se habían enterado por los externos de que la epidemia se había extendido por París de tal forma que los comisarios de policía habían ordenado a los habitantes señalar la presencia de enfermos colocando un ramo de paja en su ventana. El gran temor era, sin embargo, que esta fiebre maligna fuese una forma de peste o de enfermedad pestilente como la que asolaba la región de Poitou, Inglaterra y Alemania.

Todo el mundo hablaba de las enfermedades que conocía; se formaban corrillos en torno a los sacerdotes que daban detalles sobre el mal que golpeaba al colegio. Las sínocas^[63] simples no duraban más que cuatro días, pero las sínocas pútridas podían alargarse hasta catorce, si no se moría antes, explicaban los más doctos. Ahora bien, la enfermedad a la que se enfrentaban parecía ser una sínoca a la vez pútrida y catarral. Un mal que no se había visto hasta entonces.

Louis escuchaba esos detalles con inquietud. Él mismo empezaba a toser, y había oído decir que tras un abatimiento general venía una hinchazón de los párpados, que él ya empezaba a sentir, seguida luego por una tos catarral y una diarrea serosa. Los casos más graves, aseguraban los prefectos con una especie de júbilo, afectaba después al hígado y producían siempre una ictericia mortal. En otras evoluciones, como la angina gangrenosa, la fiebre se tornaba extremadamente fuerte, con una violenta inflamación en la úvula y el velo del paladar. El desenlace era, también en este caso, fatal.

Louis se sentía cada vez peor.

Al día siguiente no pudo levantarse. Gaston tocó su frente; estaba ardiendo. La enfermería estaba llena, así que Louis se quedó en el cuarto y enviaron a alguien a su casa. Guillaume Bouvier y el señor Richepin fueron a buscarlo el domingo por la tarde con la carreta. Lo tumbaron en un jergón y lo taparon con gruesos cobertores de lana para transportarlo.

En el palacio del barrio de Saint-Germain, Brett fue introducido por el señor Bates en el gabinete de trabajo del conde de Carlisle.

—¿Habéis pedido una entrevista? —preguntó el conde sin levantar los ojos de los despachos que estaba leyendo.

—Sí, milord. El jesuita Thomas Southwell ha vuelto a París.

Carlisle alzó la cabeza. Luego, una sonrisa interesada se dibujó en su rostro.

—¡Perfecto! ¿Vuestros hombres están listos?

—Sí, milord.

—Entonces, capturadlo de inmediato y enviadlo a Londres como estaba previsto. ¿Seréis capaz?

—He encontrado un coche cerrado de cuatro caballos en un tratante de caballos de la calle Saint-Jacques, milord, y dos de mis esbirros están listos para conducirlo. Los he avisado esta mañana. Tomaremos la carretera de Bruselas, de momento creen que vamos a Arras, y una vez en Brujas, un barco nos llevará a Douvres.

—El matrimonio del príncipe de Gales tendrá lugar dentro de dos meses. Sed prudente, no quiero escándalos. ¿Vuestros espadachines saben quién sois?

—No, milord. Me he presentado como el intendente de un poderoso señor que quiere capturar a ese sacerdote, que lo ha engañado. Un asunto de faldas. Aun en el supuesto de que fracasasen o fuesen pillados, no podrían decir nada porque nada saben. En cuanto a mí, podéis estar seguro de que seré mudo como una tumba.

—No lo dudo. De todas formas, negaré conoceros —dijo el conde sonriendo—. En adelante, no os alojaréis aquí. Para todo el mundo, habréis dejado el servicio. No llevéis nada encima que pueda indicar que sois inglés. Vestíos como los parisinos, comed como ellos, vivid como ellos.

Se levantó para dirigirse hacia un bargueño holandés del que sacó un cofrecillo que procedió a abrir. Contó durante un buen rato una abultada cantidad de monedas y luego volvió a la mesa.

—Aquí tenéis cincuenta escudos^[64] y veinticinco doblones. ¿Cuánto necesitáis?

Vendrían a ser alrededor de quinientas libras, calculó rápidamente Brett.

—He prometido diez doblones a cada uno de mis tres espadachines si concluían con éxito la operación. Cogarán a Southwell en su cuarto, en la hostería. Precisarán algunos escudos para comprar complicidades. Yo mismo tomaré un cuarto desde esta noche en dicha hostería, que dispone de amplia caballeriza, donde guardaré la

pequeña carroza que voy a comprar, así como los cuatro caballos. Es el gasto mayor, pero podré arreglármelas con trescientas o cuatrocientas libras, pues es un coche viejo y los caballos no son demasiado fogosos. Por la noche bajaremos discretamente a Southwell a las caballerizas.

Se calló un instante y fue Carlisle quien intervino.

—Luego si añadimos lo necesario para equiparos, habréis gastado esas quinientas libras. Falta todavía el viaje y el navío. ¿Cuánto calculáis?

—No más de trescientas libras, milord, pues en Amberes venderé los caballos y el coche; sacaré unas doscientas libras por lo menos.

—Más vale que no volváis a buscar dinero aquí —dijo el conde con una mueca de desagrado—. ¡Van a ser demasiados gastos! Espero que la corte me los reembolse.

Volvió al bargueño y contó la misma suma. Estaba desembolsando dinero de su propio bolsillo sin tener la certeza de recuperar ese dinero y empezaba a lamentar su ocurrencia de capturar al jesuita.

—Aquí tenéis otras quinientas libras. Sed cuidadoso con ellas. Espero que lleguen para pagaros.

—Desde luego, milord. Llevaré sólo dos hombres para el viaje: los que conducirán la carroza. Me acompañarán a Inglaterra y, una vez en casa, encontraré la ayuda necesaria. Conozco al preboste de Douvres. Me proporcionará arqueros para llevar directamente al prisionero a la torre de Londres.

—Os estarán esperando. Buena suerte.

Louis pasó dos semanas en casa, al calor de su cama, alimentado con sopas calientes e infusiones. Al final de la primera semana, la fiebre bajó, y, pese a haber entrado en el tiempo de Cuaresma, su madre lo alimentó copiosamente para que recobrase las fuerzas. Volvió al colegio por San Matías^[65]. Estaba curado y Antoinette Bouvier le había asegurado que ya no tenía que temer nada porque «por San Matías entra el sol por las umbrías».

Guillaume Bouvier lo llevó en la mula del señor Fronsac.

Louis estaba preocupado. Había dejado a varios de sus amigos enfermos —salvo Gaston— y se preguntaba en qué estado iba a encontrarlos. Se quedó plenamente tranquilo cuando, una vez pasado el porche, vio a Gaston jugando a los bolos con Clary. Fue corriendo hacia ellos.

Gaston no había sido afectado por la enfermedad. En cuanto a Clary, su padre debía de ser un buen médico, puesto que había curado rápidamente. Chazelles también iba mejor, pero había vuelto a casa para pasar su convalecencia. Jacques Hérison estaba curado, aunque lo habían castigado sin recreo por haber sido pillado merodeando por los pisos en busca de nuevas puertas que abrir. En cuanto a Paul de Gondi y Le Pontonnier, no habían vuelto todavía.

La única sombra en este cuadro era el pequeño La Chesnay, que estaba en la

enfermería, muy grave, le explicó Gaston. Louis quiso ir enseguida a verlo. Fueron allí los dos.

Todas las camas de la enfermería estaban ocupadas. Un olor penetrante y repugnante reinaba en el recinto. Una mezcla de humedad, de deyecciones y de olor a hierbas olorosas en la que se mezclaban los efluvios de la muerte.

Siete niños y tres sacerdotes se hallaban allí acostados. El lecho del becario estaba situado al fondo de la pieza, un poco aparte. Era el único en el que no había cortina de separación de los otros. Incluso en la enfermedad, los becarios tenían menos derechos.

La Chesnay presentaba una delgadez que daba miedo. Su piel apergaminada tenía una tez cerosa, y sus cabellos estaban apagados y pegajosos a causa de la fiebre.

—Sabía que vendrías, Louis —susurró el niño dirigiéndole una mirada velada cuando se acercaron a él.

—Yo también estuve enfermo —se excusó Louis sentándose al borde de la cama, mientras Gaston se quedaba prudentemente de pie para evitar ser contagiado—. Pero ya ves que estoy curado. Tú también te pondrás mejor y echaremos unas partidas de bolos.

El niño sacudió dulcemente la cabeza.

—No, Louis. Sé que voy a morir.

Suspiró y se quedó silencioso un instante, como si rezase; luego murmuró:

—Me habría gustado vivir más tiempo, ¿sabes?, la vida es tan bella... pero creo que Dios ha decidido hacerme pagar los crímenes de mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Tengo dos. Mejor dicho, tenía dos.

Se calló de nuevo, cerrando los ojos; luego volvió a abrirlos y miró a Gaston.

—Acercaos los dos —dijo—. Quería confesarme, pero no puedo hacerlo con los sacerdotes, que me expulsarían si supiesen la verdad. Me gustaría al menos morir aquí, con mis amigos, y, sobre todo, no sufrir. Os he elegido a vosotros como confesores. ¿Aceptáis?

Gaston, emocionado, se acercó y se agachó cerca de él.

—No te preocupes, vas a curarte —le prometió sin creer una palabra de lo que decía.

El niño se puso a toser y a escupir. Cuando hubo recobrado el aliento, explicó:

—Cuando haya muerto, avisad a mi hermano Robert.

—¿A los dos?

—No; el mayor, François, está muerto... Fue desmembrado vivo...

—¿Desmembrado? —gimió Louis.

—Sí. Juradme que no repetiréis nunca lo que voy a revelaros.

—Te lo juro —prometió Louis cogiéndole una mano febril y descarnada.

Un religioso entró con varias tazas de tisana en una bandeja y empezó a distribuirlas. Gaston fue a buscar una y la llevó con cuidado para no verter ni una gota. Se agachó de nuevo junto al pequeño becario para ayudarlo a beber. Hasta ahora apenas se había interesado por Jacques, que era sobre todo amigo de Louis. La Chesnay se convertiría en sacerdote, como los demás becarios. Y como Gaston rechazaba esa vía del sacerdocio, nada lo unía al becario. Pero al enterarse de que su hermano había sido atormentado en la rueda, adivinó la existencia de un terrible secreto que, de repente, lo apasionó.

—No conocí a mi padre —prosiguió el niño después de un primer trago que pareció sentarle bien—. Pero me acuerdo de mi madre. Murió hace tres años. Yo tenía seis años, y mi hermano Robert, dieciséis. Iba a la escuela de caridad de Saint-Landry y era buen alumno. Mi hermano Robert era un cabeza loca y quería unirse a nuestro hermano mayor en el ejército. Cuando mi madre murió de agotamiento, el cura de la parroquia me buscó una plaza en un convento para que me enseñasen latín. Era un buen hombre, y gracias a él conseguí la beca para Clermont.

Cerró los ojos y Louis creyó que se había dormido. Gaston intentó entonces hacerle terminar su tisana y La Chesnay recuperó la conciencia.

—Vi por primera vez a mi hermano mayor en el funeral de mi madre. Después me enteré de que mi hermano Robert lo había encontrado. Fue él quien me contó lo que voy a decir. Yo creía que mi hermano mayor era soldado, pero, en realidad, hacía tiempo que había desertado de su regimiento junto con mi primo y algunos compañeros y vivía en París. Era un hombre sanguinario y cruel; sin embargo, cuando se enteró de que yo iba a entrar interno, dio un poco de dinero al convento para mis estudios. Creo que es la única buena acción que hizo, pero yo le estaré siempre agradecido. En cuanto a Robert, antes de quedarse en la calle sin trabajo, prefirió entrar en su banda.

—¿En su banda? —preguntó Gaston con inquietud y sorpresa.

—Sí. Por eso mi hermano mayor tenía dinero —sonrió el niño míseramente—. Con mi primo, que se llamaba La Fauerie, y algunos desertores como él, mi hermano mayor había formado una asociación de ladrones que se reconocían entre ellos por su hábito rojo y gris. En París los llamaban los Salmonetes y los Rucios.

¡La banda de ladrones de la que le habían hablado su madre y su padre!, recordó Louis con terror.

—Al principio sólo robaban bolsas en el Puente Nuevo. Mi hermano se dio cuenta de que se confía en la gente elegantemente vestida, así que se vestía de sarga roja con mi primo, mientras que los otros compañeros iban de terciopelo gris. No desconfiaban de ellos porque los tomaban por gentileshombres. Pero cuando fueron demasiado conocidos, por haber cortado demasiadas capas, se dedicaron a atracar a los paseantes que volvían tarde a casa, y no dudaban en quitarles la vida a los que rehusaban darles su bolsa. La patrulla de ronda fue alertada enseguida, impidiéndoles actuar, de modo que mi hermano decidió atracar las casas de los burgueses.

Embaucaba a un lacayo prometiéndole muchas riquezas si les abría la puerta por la noche; luego, una vez en el interior, lo mataba, así como a los habitantes de la casa, mujeres y niños incluidos. Otras veces era Robert el que entraba por la ventana trepando por la fachada. Bajaba y desde dentro les abría las puertas dejando la banda al pillaje, en el que rehusaba participar porque le producía horror.

»Un día cogieron más de quinientos escudos en vajilla de plata en una casa cuyo propietario estaba ausente. Por desgracia, éste volvió mientras aún estaban dentro. La banda huyó por una ventana, pero mi hermano mayor se hirió y fue apresado por los lacayos de la casa y encerrado. Por suerte, La Fauerie y Robert volvieron y, pasando por la ventana de un piso, lograron liberarlo antes de que los arqueros de la patrulla llegasen. Entonces decidieron dejar París, donde la patrulla montada y todas las policías andaban tras ellos.

Después de este largo discurso, el pequeño La Chesnay pareció agotado y se quedó silencioso.

Al cabo de unos minutos, Louis le soltó la mano e hizo signos a Gaston de que sería mejor dejarlo tranquilo. Tilly, aunque contrariado por irse sin conocer el final, se levantó también.

En ese instante el enfermo abrió los ojos y les suplicó:

—No os vayáis, no he acabado.

Gaston y Louis se sentaron de nuevo.

—La banda recorrió entonces Francia dejando tras ellos un reguero de crímenes y violencia. Llegó hasta Montauban, luego fue hacia Beauvais y finalmente se instaló entre Verneuil y Rambouillet, donde esquilaban ferias y mercados. Allí, mis hermanos y sus compinches atacaban a los comerciantes en los bosques de Orleans, de Fontainebleau o de Melun. Les robaban, los mataban y luego vendían su botín. Pero a Robert cada vez le horrorizaban más esas matanzas y quería abandonarlos; sólo que no sabía a dónde ir. Toda la mariscalía andaba tras ellos. Por la noche se ocultaban en el bosque, durmiendo en la maleza como animales. Finalmente, hace poco más de un año, la banda se dividió entre los que querían seguir a mi hermano mayor y los que querían volver a París. Un desertor acaudilló a los que habían decidido abandonar, pero François lo mató. Luego, para demostrar a sus compañeros que no corrían ningún peligro, se fue solo a la posada del pueblo más próximo para cenar y pasar la noche.

»Por una extraordinaria mala suerte, el preboste de los mariscales de Mortagne, que iba pisándole los talones, se detuvo en la misma posada con una docena de arqueros. No conocía a mi hermano. Sabía solamente que se llamaba La Chesnay. Ya os he dicho que François era cruel, pero también fuerte y valiente. Invitó al preboste a cenar con él haciéndose pasar por un rico comerciante e hizo que le contase las hazañas del terrible La Chesnay; luego pasó la noche en la hostería para dejarla a las cuatro de la mañana, mientras el preboste dormía. En la caballeriza le encargó al mozo de cuadra: “¡Dile al preboste que ayer cenó con La Chesnay!”.

»Y partió al galope. Esta fanfarronada le costaría la vida^[66]. Se reunió con sus hombres y uno de ellos, llamado La Fontaine, se dirigió a Verneuil, donde se celebraba la feria, fijándose en los comerciantes más ricos para robarles. La banda —vestidos todos con sus más bellos trajes gris y rojo— lo citó en una posada próxima al camino real, justo delante de un profundo bosque por donde los comerciantes debían pasar. Pero el preboste de Mortagne se informaba en cada pueblo. Se enteró así de que un grupo de gentileshombres acababa de instalarse en aquella posada. Intrigado, fue hasta allí, y, según la descripción de sus habitantes, reconoció al que había cenado con él. Previno entonces al magistrado más próximo, que envió a los arqueros. Mi hermano, parapetado en un cuarto, fue detenido después de una violenta refriega en la que participó todo el pueblo. Juró que era gentilhombre, pero fue condenado con sus hombres y desmembrado vivo dos días más tarde, después de haber hecho retractación pública en camisa, con un cirio en la mano. Dios lo perdone.

La Chesnay paró agotado después de su larga historia. Cerró de nuevo los ojos. Sus labios no eran más que dos hilos blancos.

—Los que no fueron pasados por la rueda fueron enviados a galeras —añadió.

—¿Y tu otro hermano? —preguntó Gaston, que decididamente quería saber.

—Robert se había ido con La Fontaine a Verneuil —suspiró el niño—. Habiendo elegido un comerciante para desvalijarlo, La Fontaine se había reunido con la banda en la posada para preparar el golpe. Mi hermano se había quedado vigilando al comerciante. Cuando se enteró de la escaramuza, se fue a París. Por suerte, y aunque sometidos a interrogatorio, ninguno de sus miserables compañeros habló de él. Sin embargo, finalmente fue detenido por el teniente criminal en nuestra casa, a la que había vuelto. El preboste de Mortagne se había enterado, no sé cómo, de dónde vivía mi hermano mayor en París. Robert fue llevado al calabozo del Grand-Châtelet. El preboste de Mortagne acudió en persona a interrogarlo. Estaba convencido de que había pertenecido a la banda de los Salmonetes y los Rucios y lo sometió a la cuestión previa. Pero mi hermano clamó su inocencia y finalmente fue liberado. Después, lo he vuelto a ver tres veces. Vino a verme aquí mismo a finales del año pasado y me lo contó todo.

Louis se acordó del joven que había visto con La Chesnay en el locutorio, cerca de la portería. Aquél debía de ser Robert.

En ese momento sonó la campana.

—Vamos a llegar tarde a clase —se inquietó Louis—. Volveremos a verte esta noche.

Gaston hizo una última pregunta que le quemaba en los labios.

—¿Tu hermano ya no roba?

—No. Esa vida de ladrón se acabó para él —susurró La Chesnay.

Gaston y Louis volvieron efectivamente después de la cena, pero La Chesnay dormía. Se quedaron un rato a su lado. El niño parecía ya atrapado por la muerte y respiraba débilmente con ligeros estertores. La frente le ardía.

El prefecto de la enfermería se acercó a ellos.

—¿Se va a curar, padre? —preguntó Louis con lágrimas en los ojos.

—Está en las manos de Dios —respondió evasivamente el jesuita.

Volvieron a la enfermería al día siguiente durante el recreo de la tarde, pero el pobre La Chesnay, pálido como un cadáver, estaba en un estado semicomatoso y no pareció reconocerlos. Ya se iban preocupadísimos cuando fueron abordados por el prefecto de la enfermería:

—Su estado apenas ha mejorado —les explicó tristemente—. Nuestro boticario ha venido esta mañana con un hermano médico. Creen que si no mejora al final de la semana, habrá que mandarlo al hospital. El rector lo decidirá dentro de unos días.

—¿Lo cuidarán mejor allí, padre? —preguntó Louis esperanzado.

El sacerdote suspiró. Su expresión evasiva y confusa no anunciaba nada bueno.

—Lo deseo de todo corazón, hijo mío —respondió tras una vacilación.

Gaston y Louis bajaron al patio sin intercambiar una palabra. Louis buscó a Jean Clary. Lo encontró en compañía de un alumno de quinto cuyo padre era también médico.

—Jean —lo abordó—, Jacques La Chesnay está muy grave. Los sacerdotes quieren mandarlo al hospital. ¿Por qué no pueden cuidarlo aquí?

—En el hospital no cuidan a nadie —replicó el otro interno con el aire tranquilo de quien sabe de lo que habla—. Si lo mandan allí, es para dejarlo morir.

—¿Estás seguro? —preguntó Gaston anonadado.

Clary bajó la cabeza antes de decir:

—Fui al hospital con mi padre cuando me restablecí. Como quiere que siga su profesión, y considerando que no corría el riesgo de contraer de nuevo un mal catarro, quiso mostrarme algunos casos más graves que el mío. El hospital es el infierno en la tierra, Louis. Desde la entrada se percibe el olor. En el patio principal los detritus de la cocina están mezclados con los excrementos humanos. Hay varios enfermos por cama, generalmente desnudos, en inmensas salas glaciales de una suciedad repulsiva. Los muertos permanecen a veces varias horas mezclados con los vivos. Jamás cambian las sábanas sucias. Hay atroces trifulcas entre los enfermos para repartirse un alimento insuficiente y malsano. Sin contar con los desequilibrados, que divagan y violentan a los más débiles.

—¡Pero La Chesnay no puede ser enviado allí! —se asustó Louis.

—Aquí son los sacerdotes quienes deciden, y allí es Nuestro Señor —replicó Clary, que se persignó alzando los ojos al cielo.

El hijo del médico nunca había intimado con Jacques La Chesnay y, habiendo acompañado a su padre en sus visitas, era sin duda más insensible que otros a la muerte y a la miseria humana.

Louis asintió sin decir nada para no desvelar su pensamiento. Tras dar las gracias a los dos niños, llevó a Gaston aparte y le comunicó su decisión.

—Debemos avisar al hermano de Jacques. Tiene que venir a buscarlo, o dar dinero a los hermanos para que sea correctamente tratado por un médico.

Tilly se encogió de hombros con fatalismo:

—¿Qué quieres hacer? No sabemos nada de su hermano y no podemos salir de aquí antes de San Matías, dentro de dos semanas.

Se sentaron en un banco, lejos de los niños que jugaban.

—¡Tiene que haber una solución! —exclamó Louis—. Si fueses coronel de un regimiento, sabrías qué táctica aplicar.

La observación hirió en lo más profundo a Gaston, que reflexionó un momento antes de proponer:

—Escribe una carta a tu padre y pídele que venga a buscarnos el jueves por la tarde, en lugar de ir de paseo, prometiendo que volveremos por la noche. Inventa un pretexto. Le das la carta a un externo y le prometes un ochavo por el recado. Esta noche intentamos que La Chesnay nos diga la dirección de su hermano. Así podremos avisarlo.

Sonó la campana del final del recreo.

—Pero ¿qué pretexto invocar para convencer a mi padre? —preguntó Louis cuando entraban en el aula.

—La verdad —replicó Gaston encogiéndose de hombros—. La verdad es siempre lo más fácil de confesar. Sólo tienes que decir que uno de tus amigos está enfermo y que quieres avisar a su familia. Que sólo tú y yo la conocemos. Y que, si no podemos hacerlo, tu amigo morirá. Pero no se te ocurra hablar de los Salmonetes y los Rucios.

Louis asintió con la cabeza, esbozando una triste sonrisa.

Durante la clase de Sagradas Escrituras escribió dos cartas, una a su abuelo y otra a su padre. En ambas misivas les suplicaba que fuesen a buscarlos, a Gaston y a él, para una ausencia de tres o cuatro horas, a fin de avisar a la familia de un compañero muy enfermo. Las cartas no eran exactamente idénticas. En la de su abuelo insistía en la amistad que lo unía a La Chesnay; en la de su padre se mostraba preocupado por la vida de su amigo. Louis sabía que los dos hombres hablarían de ello, y que si la amistad era una cualidad que el señor Charreton colocaba por encima de todo, era la vida humana la que primaba en las decisiones de su padre. Esperaba así convencerlos completamente. Les prometía que les contaría todo cuando fuesen a casa por San Matías.

Conocía a un externo de cuarto cuyo padre, tapicero en la calle Saint-Avoye, era cliente del despacho. Tan pronto como acabó la clase, se dirigió al aula de los de cuarto. Logró encontrar al alumno que buscaba y le pidió que le llevase las dos cartas al despacho. Ni siquiera tuvo necesidad de prometerle dinero: el joven —tenía dieciséis años— era servicial y prometió llevar su correo esa misma noche.

Fueron a ver a La Chesnay después de cenar. Su amigo había despertado e incluso había comido una taza de sopa de pollo. Pero mostraba una palidez y una delgadez espantosas.

—Gracias... —susurró cuando Gaston y Louis se sentaron al borde de su lecho minúsculo—. No sé si os volveré a ver... El prefecto me ha dicho que me iban a

mandar al hospital.

—No queremos que vayas allí —trató de tranquilizarlo Louis—. Vamos a avisar a tu hermano.

El pequeño becario cerró los ojos un segundo, como aliviado, antes de decir:

—No me atrevía a pedíroslo... Me gustaría mucho que supiese que estoy enfermo, pero ¿cómo haréis?

—¿Sabes dónde vive?

—¡Claro!

—¿Dónde?

—Hay que bajar la calle Saint-Jacques. En la esquina de la calle de la Leña hay un comerciante de vinos. Un poco más lejos, en la calle de la Leña, veréis la hostería del Poing d'or et de la Main d'argent...

Sufrió un acceso de tos que lo ahogó.

—¿Es ahí?

—No. Hay que coger por ésa. Al fondo, llegáis a un patio con varios callejones muy estrechos, casi invisibles. Hay que meterse por el que está más a la izquierda. Os llevará a un segundo patinillo en el que se encuentra una taberna que no tiene nombre, sólo un cartel, pero completamente borrado. Los parroquianos le llaman el Trou punais^[67]. Dos hermanos, ya mayores, regentan el tugurio. Uno es muy delgado, con una fuerte quijada y una gruesa nariz...

La Chesnay sonrió débilmente al evocarlo.

—También tiene los ojos muy redondos, como los perros. El otro es barrigudo, colorado y con enormes mostachos grises bajo unos ojos muy claros. Preguntadle por Robert La Chesnay. Allí lo conocen.

—¿Has estado allí? —preguntó Gaston, ligeramente inquieto después de esa descripción.

—He vivido en ese patio. Mi madre trabajaba en la taberna. Los dos hermanos tienen pinta de truhanes pero son hombres buenos, podéis confiar en ellos.

—Seguramente vendrán a buscarnos el jueves después de comer —explicó Louis—. Tu hermano tendría que estar allí por la tarde. Pero ¿y si no está? ¿Sabe leer? ¿Podríamos dejarle una carta?

—No. Si no está allí, les dais el recado a los dos hermanos. Ellos hablarán con él.

—De acuerdo. Procura reponerte. No puedes ir al hospital.

—Ya lo sé. Mi madre se murió allí. Pero noto que pronto voy a reunirme con ella, que me llama...

Se quedaron un rato más con el niño, intentando hacerle reír contándole las quejas de su compañero de dormitorio, Jehan Le Pontonnier, que les había hablado durante todo el día de la cantidad exorbitante de impuestos que debía pagar su padre por las tierras que acababa de comprar en las afueras de París.

Cuando lo dejaron, La Chesnay se había dormido sonriendo.

Al día siguiente el estado de La Chesnay permaneció estacionario, pero Louis y Gaston no pudieron verlo más que unos minutos pues, apenas llegaron, el boticario y los jesuitas fueron a darles las pociones a los enfermos. Louis se enteró un poco más tarde de que su mensajero había cumplido llevando las dos cartas al despacho.

La mañana del jueves estaba dedicada al trabajo en las habitaciones, pero Louis y Gaston apenas se aplicaron. ¿Irían a buscarlos? ¿Y el rector los dejaría salir?

La comida transcurrió normalmente, luego salieron al recreo y los prefectos los reunieron para el paseo. Casi habían perdido la esperanza cuando vieron dirigirse a ellos al padre Louis Cellot y al padre Galliffet.

—Señor Fronsac —dijo el padre Cellot—, un criado al servicio de vuestro padre acaba de llegar con una carta para el rector. Esa persona debe llevaros a vuestra casa por la tarde. Se trata de un problema familiar urgente, de modo que el padre Filleul ha dado su conformidad. Haced el favor de seguir al padre Galliffet hasta el locutorio.

—¿Y mi amigo Gaston no viene conmigo, padre?

—Tenéis razón, la carta menciona también al señor de Tilly. ¿Sabéis por qué tiene que ir con vos? —preguntó el prefecto de estudios suspicaz.

—Tal vez, padre —mintió Louis, poniéndose colorado—, tenga que ver con mi abuelo, que quiere mucho a Gaston.

—Entiendo... De todas formas, no olvidéis estar de vuelta a las seis.

Siguieron al padre Galliffet. En el locutorio, al lado de la portería, los esperaba Guillaume Bouvier, vestido con su jubón de búfalo sin mangas, sobre el cual se había echado una gruesa capa de lana oscura. Llevaba un sombrero recto y sus habituales botas que le llegaban a media pierna.

Louis y Gaston lo saludaron sin ocultar su placer. El exsoldado pareció a la vez confuso y orgulloso de la efusión de alegría de los jóvenes señoritos, como los llamaba.

Tras las últimas recomendaciones del padre Galliffet en cuanto a la hora de regreso, salieron. Louis y Gaston conservaban su sombrero y sus togas de colegiales, que llevaban sobre el jubón. Guillaume había ido a pie.

—Vuestro padre me ha dicho que debía llevaros a casa del padre de uno de vuestros amigos enfermos —dijo—. Me ha recomendado que no os deje y que esté pendiente de que no os manchéis. ¿Adónde hay que ir?

—Al barrio, Guillaume —dijo Louis, cogiéndolo de la mano—. Bajamos por la calle Saint-Victor. Antes del Puente Pequeño hay un tratante de vinos que hace esquina con la calle de la Leña. A partir de ahí, te guiaremos nosotros.

Guillaume bajó la cabeza más tranquilo al saber que no irían lejos. A aquella hora, la calle Saint-Jacques estaba menos atascada que por la mañana, cuando los mariscales y los tratantes de animales para la Gran Carnicería entraban en la ciudad. En cambio, había muchos carruajes, carretas y mulas que la subían hacia la puerta de Saint-Jacques. Guillaume, llevando a los niños de la mano, permaneció en la acera

para evitar el reguero de deyecciones que corría en medio de la calle. Al mismo tiempo, quería evitar que un vehículo o un animal chocase o hiriese a los dos niños que tenía a su cuidado. Pero algunos vehículos iban muy rápidos tan pronto la vía quedaba libre ante ellos y sus ruedas los salpicaban entonces con un lodo negro y pegajoso.

Louis se arrimó al exsoldado buscando su protección. En un momento en que la capa de Guillaume se había abierto, percibió el mango de la hoja oculta en la bota y se quedó más tranquilo.

Al acercarse al Petit-Châtelet, las grandes casas de entramado en cruz de San Andrés, pintadas de vivos colores con magníficas enseñas, y los palacetes de ladrillo con jardines y patios en fachada empezaban a escasear. Hasta el Puente Pequeño y hacia la plaza Maubert se extendía una red de calles oscuras, la más larga de las cuales era la de la Leña.

Avanzaban ahora con más prudencia si cabe por la calle que se estrechaba. Callejones con el suelo cubierto de estiércol, en los que se percibían a veces una cabra o un cerdo, se abrían entre las viejas casas estrechas y hundidas. Sus pisos en saledizo daban la impresión de estar a punto de desplomarse en cualquier momento.

Con frecuencia, pilares carcomidos sostenían las fachadas salientes y formaban galerías cubiertas que resguardaban porches por los cuales se accedía a las viviendas siguiendo largos soportales abovedados, interrumpidos por escaleras de caracol o por escalas. Esas galerías eran la guarida de los vendedores ambulantes que gritaban a cual más fuerte para animar a los transeúntes a comprar su mercancía de pasteles calientes, ciruelas, queso, champiñones o incluso suelas.

En medio de aquel estrépito ensordecedor que hacía las delicias de Gaston, Louis percibió al tratante de vinos que marcaba el comienzo de la calle de la Leña. Sus entramados de madera estaban pintados de azul y rojo sangre, con un cartel que representaba una parra.

La calle de la Leña, que costeaba el antiguo puerto de madera, fue otrora habitada por descargadores de barcos y de leña, antes de que éstos se trasladasen a la otra orilla, cerca del Arsenal. Los niños y Guillaume se adentraron en ella.

Al cabo de unas toesas, la población cambió. Los burgueses y los comerciantes de la calle Saint-Jacques dieron paso a obreros en blusón de cuero, estudiantes con la ropa deshilachada, charlatanes en busca de clientes y mendigos insolentes.

Mezclados con algunas posadas todavía de bella apariencia y agradables asadores, se percibían entre los porches, cada vez con mayor frecuencia, traspatios de letrinas que eran otros tantos sitios peligrosos de suelo plagado de agujeros pestilentes.

Pasaron la hostería del Poing d'or et de la Main d'argent, luego una casa con un rótulo con la imagen de Notre-Dame y otra con la de San Julián, al lado de la cual desembocaba una angosta callejuela. Guillaume se detuvo delante para mostrársela:

—Esta calle lleva a San Julián el Pobre —les explicó—. Cuando llegué a París con mi hermano, nos dijeron que fuésemos allí. Al fondo hay una vieja iglesia

construida delante de un patio lleno de estiércol en el cual se revuelcan cerdos y gallinas. Cuando un viajero no sabe dónde dormir, basta con ir a rezar un padrenuestro a una iglesia, o, mejor, la oración a San Julián, para que el santo interceda y le encuentre alojamiento.

—¿Cuál es esa oración, Guillaume? —le preguntó Louis, impresionado por aquella historia.

—Me la sé de memoria. Gracias a San Julián, vuestro padre nos ha contratado: «Dios, que has vuelto insigne por su virtud hospitalaria al bienaventurado Julián, tu piadoso mártir, te imploramos, nosotros tus servidores, para que, por sus méritos y su intercesión, te dignes conducirnos hacia un albergue conveniente y que plazca a tu Divina Majestad» —recitó con los ojos entrecerrados—. Y por si acaso —añadió riéndose—, Jacques dijo un padrenuestro ante el altar de la Virgen, y yo la oración ante el de San Agustín. Parece que es mejor, porque así son tres intercediendo ante el Señor.

Gaston esbozó una mueca de incredulidad.

A partir de allí, la calle era una sucesión ininterrumpida de tabernas y tugurios rebosantes de ladrones de capa que, pese al frío, solían apostarse a la entrada para provocar a los transeúntes. El barrio miserable era cada vez de peor reputación. Guillaume soltó a Louis y posó maquinalmente su mano en la empuñadura del arma que llevaba en la bota. Su tacto familiar lo tranquilizó momentáneamente. Pero le preocupaba que, en caso de riña, la presencia de los niños resultaría un estorbo.

—¿Falta mucho? —preguntó con voz sorda.

Una sombría abertura surgió justamente de donde subía una delgada senda oscura. Louis se detuvo.

—Debe de ser ahí —susurró, señalando el callejón con la cabeza.

El lugar parecía tan hostil que no tenía ninguna gana de entrar allí.

—¿Estáis seguro, señor? —se asombró Guillaume.

—Es lo que nos dijo La Chesnay. Ahí vivía con su madre y es donde vive su último hermano.

Guillaume gesticuló con enojo y se encogió de hombros suspirando. Todo aquello le desagradaba profundamente. Se internó, sin embargo, bajo el túnel del porche arrastrando a los niños, avanzando lentamente debido a la semioscuridad. Al cabo de una docena de toesas, desembocaron en el exterior. Era un patio irregular bordeado de chabolas en ruinas, de fachadas descascarilladas. Montones de excrementos lo volvían todavía más pestilente que la calle. De una pared colgaban carcasas de aves putrefactas cubiertas de moscas zumbadoras. Una viejuca cortaba tiras de cuero. Les lanzó una mirada de bruja. Louis se santiguó discretamente.

—Debe de ser una carnicería —sugirió Gaston, como si la presencia de un comerciante con patente pudiese tranquilizarlos.

—No —replicó Guillaume—. Son carnes podridas de la Gran Carnicería. Cuando se ponen verdes y negras, las salpimentan, las mojan en vinagre y luego las cuelgan

durante cuarenta y ocho horas antes de aderezarlas con salsa para las tabernas. Lo he visto hacer muchas veces cuando nuestras tropas estaban en campaña. Para comerlo, hay que tener mucha hambre, porque luego los dolores que se sufren son atroces.

Se quedaron un rato examinando el patio abyecto para decidir a dónde ir. Las casuchas estaban estrechamente apretadas unas contra otras. Finalmente, Louis se fijó en un pequeño callejón a su izquierda.

—Por allí —dijo, señalando con el dedo.

Sólo pudieron pasarlo en fila. Guillaume caminaba prudentemente en cabeza, lamentando haberse metido en aquel lío. El callejón giró varias veces para desembocar entre dos casuchas apoyadas en un edificio mayor. Las tres casas cerraban un patinillo triangular que no era más que una sucesión de agujeros pestilentes llenos de un lodo oscuro cubierto de insectos zumbadores.

Las dos casuchas de soslayo a derecha e izquierda no tenían más que una puerta baja coronada por dos estrechas ventanas, una bajo la otra. En cuanto al edificio principal situado enfrente, su puerta estaba encuadrada por minúsculas ventanas de una y otra parte, coronadas por dos pisos en saledizo sobre unos entramados mal desbastados. Los vanos de los pisos estaban cerrados por cristales o rejas, pero varias ventanas carecían de cristal. En el nivel del primer saledizo, un cartel de madera deslavada estaba en parte enterrado bajo una viña loca y un viejo zarzal marchito que debía de remontarse al último tonel de vino abierto y declarado a los agentes de impuestos.

Gruesas piedras sobresalían de los agujeros permitiendo acceder a las puertas de las tres casuchas sin mancharse demasiado el calzado. En la del cartel se alzaban un voluminoso tonel y un banco de piedra, sin duda para beber fuera en los días de buen tiempo.

—El hermano de La Chesnay vive en esa taberna —dijo Louis.

—¡Pero si no es una posada! —replicó Guillaume con una mueca—. No puedo dejaros entrar en esa cueva de truhanes.

Observó entonces unas sombras que los miraban desde las ventanas de las dos casas.

—Podemos esperar fuera, en el banco delante del tonel —sugirió Gaston—. Sólo hay que preguntar por Robert La Chesnay y él saldrá a hablar con nosotros.

Guillaume dudó, pero finalmente consideró que era demasiado arriesgado dejarlos solos.

—¡No! Vamos —decidió—. Tened cuidado con los agujeros.

Atravesaron por las piedras hasta la taberna. La puerta estaba entreabierta. Guillaume la franqueó.

El lugar apestaba a humo y deyecciones. El suelo era de tierra, cubierto con una cama de paja sucia. Esperó a que su visión se adaptase a la penumbra y dijo a los dos niños:

—Quedaos pegados a mí.

Dio un paso por la sala glacial. Al fondo se distinguía un hogar encendido. La pieza era alargada, con tres grandes mesas en fila, dos de las cuales estaban ocupadas. En la primera, tres hombres jugaban a los dados; en la segunda, otros dos hablaban en voz baja. Bajo las miradas suspicaces de cinco individuos, Guillaume se dirigió hacia la última mesa, que estaba vacía. Hizo sentar a los niños a su derecha y a su izquierda y sacó su cuchillo de la funda de metal atada a su bota para ponerlo sobre la mesa, haciendo tintinear adrede el metal. Louis no se lo había visto nunca. Era una hoja larga de poco más de medio metro, con mango de madera. No llevaba ninguna floritura ni decoración; era un arma hecha para matar.

El silencio era absoluto. Louis examinó abiertamente a los cinco hombres. Los tres primeros habían dejado de jugar y los observaban. Todos tenían pinta de canallas. Uno era moreno, de cabellos cortos, rizados y grasientos. Pese a la oscuridad, se podía distinguir una cicatriz hinchada en su mejilla, y su tez era gris y cerosa. Un siciliano, sin duda, o un español. El otro, más joven, tenía la tez sanguínea y granujienta, con aspecto de idiota. El tercero, de complexión rolliza y fofa, de nariz chata, exhibía una expresión de asco. Llevaba un hábito de monje remendado de un color desvaído y sucio.

Dos espadas a la española, en sus vainas, estaban puestas encima de la mesa, y ellos bebían vino peleón en jarro.

Uno de los dos hombres que se sentaban en la segunda mesa se levantó para dirigirse hacia Guillaume y los niños, balanceándose a causa de su peso. Barrigudo, pero muy alto, con pinta de vendedor ambulante del Puente Nuevo, de rostro rubicundo y enormes mostachos que caían hasta sus hombros, llevaba un gran mandil de cuero sucio.

—¿Qué queréis? —les preguntó con agresividad, mirando a los niños—. ¡Éste no es sitio para escolares!

—¿Dónde está el patrón? —replicó Guillaume con tono autoritario.

—¡Somos nosotros!

El gordo señaló a su segundo compañero de mesa, que no les quitaba ojo. Dotado de unos ojos extrañamente redondos, calvo, a excepción de una larga corona de cabellos grises, era muy delgado y cargado de espaldas. Su mandíbula parecía tan prominente como su nariz, e iba vestido con un jubón oscuro de mangas abotonadas sobre una camisa sucia de cuello abierto.

La descripción correspondía con la que La Chesnay les había dado, pensó Louis, de modo que susurró con tono inquieto:

—Hemos venido a ver al señor Robert La Chesnay, señor.

—¿Por qué?

—Nos envía su hermano.

El gordo entrecerró los ojos asintiendo, un poco más tranquilo:

—¿Jacques?

—Sí. Está en Clermont con nosotros.

El tabernero asintió de nuevo lentamente y luego esbozó un rictus desdentado que quería ser amistoso.

—¿Qué tal está?

—Está enfermo, señor —respondió Gaston.

—Ah, ya veo. Queréis decírselo a su hermano... Pero Robert no está, aunque no debería tardar. Tendréis que esperarlo. ¿Os sirvo de beber?

Guillaume dudó un instante. Sabía que si bien los taberneros estaban encargados de despachar al público vino puro, legal y mercantil, en muchos tugurios los patronos fabricaban una bebida en la que el vino era sustituido por un brebaje intragable. No tenía ganas de envenenarse.

Pero no podían quedarse sin beber.

—Vino para mí —ordenó, alzando la cabeza—. ¡Y del bueno!

El patrón volvió a la mesa de su compañero. Se inclinó hacia él y pronunció unas palabras inaudibles; luego se dirigió hacia una colgadura y desapareció.

Los tres hombres de la primera mesa habían vuelto a su partida de dados y ya no se interesaban por ellos.

Fue entonces cuando entró un recién llegado. Joven, de cabellos largos, negros como la pez, sombrero de pluma, espada al costado, aspecto de gentilhomme más bien afable. Llevaba barba y mostacho en punta y se envolvía en una capa turquesa.

Se quedó un instante en el umbral, como había hecho Guillaume. Su mirada recorrió la sala, deteniéndose un instante en los niños; luego se giró hacia los tres canallas. Bajó la cabeza y se dirigió hacia su mesa.

El tabernero barrigudo volvió en ese momento con un jarro y un vaso que depositó delante de Guillaume. Éste sacó un cuarto de cobre de su jubón. El gordo bajó la cabeza cogiendo la moneda y volvió a sentarse con su compañero.

El exsoldado se sirvió, probó el vino y se quedó sorprendido. Era vino de Suresnes, del bueno. Miró entonces al tabernero chasqueando la lengua para mostrar su satisfacción. El calvo de la corona de cabellos grises le sonrió a su vez desvelando una boca desdentada.

Durante ese tiempo, Louis observaba al gentilhomme que hablaba con los bribones. De repente, se oyó una exclamación que atrajo la atención de Guillaume y de los taberneros; luego, el gentilhomme dejó monedas que brillaban sobre la mesa. ¿Escudos? ¿Doblones?

Se levantaron todos. El que parecía siciliano cogió una de las espadas y la deslizó bajo la capa. El pustuloso hizo lo mismo. El monje no tenía arma. ¿Pero era un monje? Guillaume los miraba con atención. Por la forma en que habían cogido sus armas, juzgó que estaba entre bandidos que sabían manejar una espada, tal vez asesinos a sueldo que el gentilhomme acababa de contratar.

Cuando se hubieron ido, Gaston y Louis se miraron haciendo muecas. Se les hacía demasiado larga la espera. Los dos taberneros les hacían caso omiso, enfrascados en sus pensamientos.

—Señor Bouvier —propuso Louis—, ¿y si vamos a pasear al Puente Pequeño? Hay saltimbanquis y titiriteros. Podemos hacer tiempo.

—De acuerdo —aprobó el criado, contento de salir él también.

Envainó su arma, la devolvió a la bota y se levantaron todos. Al pasar delante de los taberneros, Guillaume les indicó que iban hasta el Puente Pequeño y que estarían de vuelta dentro de una o dos horas.

Volvieron hacia el Petit-Châtelet. De camino, Guillaume compró obleas con miel a un vendedor ambulante. Habría preferido salchichas o algo más nutritivo, pero era Cuaresma.

De forma oval, el Petit-Châtelet era una antigua fortaleza que formaba muralla y ocultaba el Puente Pequeño, así como una parte del Sena. Para acceder a la ciudad había que coger un sombrío pasaje que atravesaba el Châtelet de parte a parte, antes de desembocar en el Puente Pequeño, enteramente coronado de casas patituertas apretadas unas contra otras. El propio puente era apenas sólido y sus pilares de piedra estaban reforzados por andamios de madera carcomida y musgosa. Un peaje servía para el mantenimiento de la construcción. En una mesa instalada delante de la bóveda de paso dos consumidores encargados del fielato y algunos arqueros de patrulla bonachones aseguraban el control. Cada uno declaraba lo que transportaba y, en caso de duda sobre la mercancía, los consumidores consultaban el libro que detallaba los derechos de pago. Sólo pagaban algunas profesiones, los jinetes, los animales, así como las mercancías transportadas a hombros o en carreta. La tasa se pagaba por paquete, sea cual fuere el tamaño, y los comerciantes acostumbraban a atar todo el contenido de su carreta con la ayuda de una cuerda larguísima para no tener más que un paquete.

Entre los animales, los caprinos atravesaban el Puente Pequeño sin pagar, salvo los machos cabríos, que recibían simbólicamente un bastonazo en razón de su evidente carácter diabólico. Asimismo, los animales de menos de un año estaban exentos de tasas. El paso de los caballos costaba un denario; los cerdos, vacas y toros, medio denario^[68]. La tradición establecía que los juglares, los titiriteros y los domadores de animales pudiesen pasar gratuitamente con su material, a condición de representar un corto espectáculo. El de los monos sabios era el más apreciado, por lo que se decía de ellos que pagaban en moneda de mono.

Como en el Puente Nuevo, pululaban los charlatanes y vendedores de elixires, de pomadas y de ungüentos capaces de curar todas las enfermedades, recitando sus retahílas a menudo en cancioncillas acompañadas al tambor. Un mendigo ciego que tocaba la viola amenizaba la espera de los que tenían que pagar su pontazgo. Más lejos, un titiritero, colocado detrás de su escenario de madera con sus marionetas, obtenía un tremendo éxito.

La plazuela atraía a los curiosos, lo que provocaba mayor atasco y espera en el

paso del puente. Guillaume y los niños fueron así de corrillo en corrillo, quedándose extasiados delante de los volatines y cantando a veces las canciones de los faranduleros. Para Gaston y Louis aquella tarde era una salida infinitamente más divertida que el paseo de los jueves por el barrio de Saint-Jacques.

Frente al Châtelet, en la calle de la Huchette, se levantaba una hostería con un gran patio de carruajes y una terraza desde donde se veía correr el Sena por una callejuela en cuesta situada justo enfrente. Tenía por enseña un *Lyon d'or*. La hiedra trepaba por la fachada. Pese al frío, eran numerosos los clientes instalados en la terraza, desde donde podían ver los espectáculos de la calle y al mismo tiempo vigilar el paso del Châtelet si esperaban a alguien. Había allí algunos pasantes y oficiales de palacio, de toga y capa negras, varios gentileshombres de jubón, penacho multicolor en el sombrero y espada al cinto, así como algunos comerciantes de paso con capa y sombrero recto de color oscuro.

Fue Gaston quien le señaló a Louis a los tres truhanes que habían visto en el Trou punais. Estaban sentados a la mesa con el gentilhombre que había llegado después de ellos.

—Parece que esperan a alguien —observó Gaston.

—Están en su derecho.

—Sí, salvo que sea para un mal golpe.

Louis los observó a su vez, con discreción. Era evidente que vigilaban el paso discutiendo.

—¿Y si esperan al hermano de La Chesnay? —sugirió.

—¿Tú crees? ¿Y por qué iban a hacerlo?

—No sé. Pero no te olvides de que formaba parte de los Salmonetes y los Rucios —susurró Louis—. Podrían ser truhanes de otra banda que quisiesen vengarse...

—Voy a escuchar lo que dicen —decidió Gaston, repentinamente apasionado por aquella historia de bandidos.

—¿Estás loco? Te van a ver.

—No. Si pregunta por mí, dile a Guillaume que estoy por ahí. Voy a atravesar la calle y a leer la pancarta delante de la hostería donde se consigna el precio del vino. Está detrás de ellos y no me verán.

Se deslizó entre la multitud y se coló en la posada. Guillaume miraba las marionetas riéndose a carcajada limpia y no se había dado cuenta de nada.

El gentilhombre moreno era el mosquetero Brett, y los truhanes, los hombres de armas que había contratado para capturar al padre Southwell. Se habían instalado en la terraza de la hostería más de un cuarto de hora antes de la llegada de los niños y de Guillaume.

—¿Estáis seguro de que pasará por aquí? —preguntó La Louvière después de que les hubiesen servido una jarra de vino blanco de Montmartre.

—Llevo tres días siguiéndolo y jamás varía su ruta: por la mañana da una clase en el colegio de Clermont, luego vuelve a la casa profesa de la calle Saint-Antoine, de donde sale entre nona y vísperas. No debería tardar.

—¿No habría sido más sencillo esperarlo en el Lion Ferré? —preguntó Bianchi.

—No. En primer lugar, porque ya se ha cruzado conmigo varias veces y es más prudente que no vuelva a verme, o acabará por darse cuenta. Y luego, que no tenemos tiempo que perder: tan pronto como pase por el Puente Pequeño, tú y La Louvière vais a buscar la carroza a las caballerizas donde os llevé ayer. Tendréis que enganchar los animales y bajar por la calle Saint-Jacques hasta el Lion Ferré, luego desenganchar los caballos. Todo esto os llevará dos o tres horas. Durante ese tiempo, tú —señaló al monje— seguirás a nuestro jesuita hasta la hostería y tomarás una habitación para los cuatro, donde me reuniré con vosotros.

Brett había decidido que el secuestro se llevaría a cabo durante la noche. Todavía tendría que avisar al conde de Carlisle. Si todo ocurría como estaba previsto, por la mañana estarían camino de Brujas.

Fue en ese instante cuando Gaston se acercó poniendo cara de interesarse en el cartel que indicaba los precios. Se apoyaba en un tapón, todavía empapado de vino, señal de que el tonel acababa de ser abierto.

Los cuatro hombres le daban la espalda y no se fijaron en él.

—¿Cómo entraremos en su cuarto?

—Lo tengo todo previsto. Llamaré a su puerta pretextando llevar un mensaje del padre Cotton, el provincial de Francia. Me abrirá confiado y vosotros lo golpeáis. Luego lo sacamos por la ventana.

«¿De quién hablaban?», se asustó Gaston, que lo había oído todo.

Se quedó un rato para tratar de enterarse de algo más, pero los cuatro hombres parecían no tener más que decir. Sin embargo, Bianchi añadió al cabo de un momento:

—Habrá que dejar la posada a primera hora.

—Sí, vosotros preparad los caballos para las cuatro.

—¿Y cuándo nos darás nuestros doblones? —preguntó el monje.

—Al llegar a vuestro destino. Pero tan pronto como esté en el coche, os daré la mitad.

Gaston se alejó discretamente y volvió delante del Gran Châtelet dando un rodeo. Guillaume ya estaba buscándolo.

—¿Dónde estabais, señor de Tilly?, empezaba a preocuparme.

—Lo siento mucho, Guillaume... Tengo que hablaros.

Louis nunca había visto a su amigo en semejante estado. Parecía a la vez descompuesto e indeciso.

—¿Qué te pasa?

—Vamos hacia la muralla del Châtelet, donde no haya nadie —propuso Gaston—. No pueden oírnos.

Dieron unos cuantos pasos en silencio, subiendo la calle de la Leña, hasta una casa de planta baja cuyo porche estaba desierto.

—Son esos tipos que vimos hace una hora en la taberna —explicó entonces Gaston a Guillaume—. Están frente a la plaza, en la taberna del Lyon d'or...

Guillaume estiró el cuello para verlos.

—¡Cuidado! ¡No deben vernos! —lo previno Louis cogiéndolo de la mano.

—Ya los veo. ¿Qué os han hecho, muchacho? —preguntó el exsoldado.

—Nada. No me han visto. Lo que me ha asustado es lo que han dicho. Veréis: Louis creía que esperaban a alguien, pues vigilan el paso del Puente Pequeño.

—A mí también me parecen unos malhechores capaces de cualquier cosa —confirmó Guillaume.

—Nos dijimos que quizá esperasen al hermano de nuestro amigo, el que vive en la taberna.

—¿Por qué iban a esperarlo? Porque no es un truhán como ellos...

—Podrían querer robarle, si viven en el mismo lugar. O puede que tengan alguna rencilla entre ellos —contestó evasivamente Gaston.

—Es posible, en efecto —dijo Guillaume poco convencido—. ¿Y luego qué?

—Luego fui a escuchar lo que decían. Me quedé detrás de ellos: el que parece un gentilhombre hablaba de un hombre al que quieren matar, arrojándolo por la ventana de su posada. Es al que esperan.

—Hay que avisar a los ballesteros de patrulla que están delante del Puente Pequeño —decidió Guillaume.

—¿Quién me iba creer, Guillaume? Sólo soy un niño.

—Es cierto, pero entonces, ¿qué queréis que haga?

—No he terminado... El gentilhombre ha dicho que esa persona le abriría fácilmente su cuarto diciendo que llevaban un mensaje del padre Cotton, el provincial de Francia de los jesuitas.

—¿Entonces esperan a un padre jesuita? ¿Pero por qué quieren matarlo? —preguntó Guillaume, cada vez más desconcertado.

Louis pensó inmediatamente en los fragmentos del complot que había oído a través del suelo. ¿Esos truhanes y ese gentilhombre tendrían relación con ese asunto? No, era demasiado inverosímil... Y sin embargo...

—Hay que prevenir a ese hombre, sobre todo si es un jesuita —decidió.

—¡Pero cómo, si no lo conocemos! —exclamó Guillaume rascándose la barba.

—Si es un jesuita, vestirá de sotana y lo veremos fácilmente. Mientras esperamos, nos quedamos cerca del Gran Châtelet. Si vemos a los truhanes levantarse y alejarse, intentaremos adivinar a quién persiguen —propuso Louis.

—Pero tenemos que estar de vuelta antes de las seis —objetó Gaston.

—Si están esperándolo, es que no va a tardar —decidió Louis perentorio.

Guillaume separó las manos en señal de impotencia. No sabía muy bien qué hacer, pero estaba claro que los dos niños tomaban las decisiones en su lugar. Volvieron hacia el Puente Pequeño lanzando miradas hacia la terraza del Lyon d'or.

Se quedaron así una media hora, fingiendo interesarse en los juglares y titiriteros delante del Châtelet, pero en realidad vigilando a los cuatro hombres que seguían esperando en la terraza del Lyon d'or.

El tiempo transcurría sin que pasase nada. Mientras Gaston vigilaba la calle de la Leña, Louis, al que le encantaban las cintas y los lacayos, dijo a Guillaume que iba a ver los escaparates de las tiendas de pasamanería del Puente Pequeño.

Prometiéndole no alejarse, entró en el sombrío corredor abovedado que atravesaba el Châtelet de lado a lado. Todo a lo largo había bancos de piedra donde reposaban los paseantes fatigados o mayores.

Desde el mismo puente, totalmente bordeado de estrechas casas, el río era invisible. La mayor parte de los edificios estaban contruidos sobre puestos cuyos escaparates no eran más que amplias ventanas encuadradas por entramados multicolores. Cintas y lacayos estaban expuestos en repisas que estrechaban el paso y provocaban atascos cuando pasaba una carreta.

Louis examinó un momento las cintas negras que tan elegantes le parecían. En un momento, levantó los ojos y percibió en el extremo del puente al padre Southwell hablando con un diácono de Notre-Dame.

¡Southwell!

Louis adivinó al punto que era él la persona que esperaban los truhanes. Todo estaba relacionado. Los cuatro hombres conocían el complot y querían impedirlo matando al jesuita. Se precipitó hacia el Châtelet y se reunió con Gaston y Guillaume:

—¡Viene el padre Southwell! —exclamó jadeante.

—¿Quién es el padre Southwell? —preguntó Guillaume, que iba de sorpresa en sorpresa.

—El que quieren matar —respondió Gaston, que también lo había entendido todo—. Hay que avisarlo.

—Pero no puede reconocernos —lo previno Louis.

—¿Queréis que hable yo con él? —propuso Guillaume.

—No. Haría preguntas y acabaríais traicionándonos —respondió Gaston—. Dejadme que yo me ocupe de todo.

Louis volvió la cabeza hacia el pasaje y vio que el jesuita llegaba a grandes zancadas. Guillaume estaba indeciso. El niño lo cogió de la mano y tiró hacia el lugar indicado por Gaston.

—¡Ya viene! ¡Escondámonos! —exclamó.

Gaston se quedó solo al lado de los arqueros de patrulla. A través del populacho que circulaba o merodeaba por la plaza, echó un vistazo a la terraza: los truhanes y el gentilhombre no quitaban ojo al pasaje bajo el Châtelet.

«Espero que no sospechen nada», pensó, más inquieto de lo que había querido

parecer delante de Louis y de Guillaume.

Southwell salió entonces del pasaje. No pasaba inadvertido con su tonsura roja sobresaliendo de su bonete cuadrado. Gaston se encontraba a tres pasos detrás de él. El sacerdote miró a derecha e izquierda como si quisiese verificar que no arriesgaba nada y luego se dispuso a atravesar la calle. Gaston se acercó a él por detrás y le dijo a toda prisa:

—¡Padre Southwell, hay unos truhanes que quieren matarlo esta noche en la hostería!

Con las últimas palabras, echó a correr hacia la calle de la Leña.

Southwell se giró al oír estas palabras. Sólo pudo ver a un joven clérigo, con su bonete en la mano para no perderlo, corriendo hacia la calle de la Leña. Únicamente se fijó en que era tan pelirrojo como él.

Desconcertado, volvió a mirar a derecha e izquierda. Permaneció indeciso. ¿Quién acababa de hablarle así? El que lo había prevenido era muy joven. Por la voz, no debía de tener más de trece años. ¿Era una broma de las que tanto les gustaba hacer a los clérigos y a los alumnos? Pero éste conocía su nombre, de modo que no era un gamberro que quisiese divertirse.

Inspiró profundamente para tranquilizarse.

¿Dónde estaban esos truhanes de los que había hablado el niño?

¿Cómo sabían que se alojaba en una hostería? Recorrió los alrededores con la mirada. No era la primera misión que llevaba a cabo para la congregación, tenía mucha experiencia en persecuciones y espías. Vio entonces a los cuatro hombres que se habían levantado en la terraza del Lyon d'or. Sin parecer interesarse por ellos, giró la cabeza hacia la calle de la Huchette. Se acordó de inmediato de haber visto a uno de aquellos cuatro varias veces en su hostería. Volvió de nuevo la cabeza lentamente en el otro sentido, con los ojos por encima de la multitud, como si buscase a alguien.

El espía era un gentilhomme. Estaba en compañía de un monje y de dos espadachines que tenían muy mala pinta. Eran sin duda esos bribones los que tenían el encargo de asesinarlo.

Su decisión fue rápida. Dio media vuelta y volvió a tomar el pasaje hacia el Puente Pequeño en dirección a la ciudad.

Gaston había pasado corriendo delante de Louis y Guillaume y les había hecho una seña para que lo siguiesen, cosa que hicieron, comprobando que nadie les pisaba los talones. Al cabo de un centenar de toesas, Gaston se volvió sin aliento. Nadie los seguía y Louis llegaba con Guillaume. Esbozó una amplia sonrisa y los esperó.

—Lo he avisado —dijo, con tono fanfarrón—. Espero que haya dado media vuelta.

—¿Y si me explicáis qué pasa? —pidió Guillaume.

—El padre Southwell da clase de inglés en Clermont, Guillaume. Tal vez esté

metido en un complot y un hombre que lo odia sin duda contrató a algunos bribones para matarlo. Ya sabéis que los jesuitas no son muy queridos en París.

—Con razón, señor —aprobó Guillaume—. ¿O acaso no fueron ellos los que intentaron matar a nuestro amado rey Enrique?

—Nosotros no hemos hecho sino cumplir con nuestro deber de cristianos avisándolo —concluyó Gaston, que no quería entrar en una discusión respecto al difunto rey—. Ahora vámonos rápido, a ver si ya ha llegado Robert La Chesnay.

—Sería prudente no contarle lo que acaba de pasar —aconsejó Guillaume.

—Tenéis razón —le dijo Louis cogiéndolo de la mano.

Volvieron a tomar el camino del Trou punais.

—¿Estás seguro de que no te vio nadie? —preguntó Louis de camino.

—¡Completamente! Southwell estaba de espaldas y los truhanes no han podido ver cómo lo avisaba.

Se equivocaba de medio a medio.

Brett había sido el primero en ver a Southwell desembocar en el Petit Châtelet. Se levantó sin apresurarse para no atraer la atención e hizo una seña a sus compañeros para que se preparasen, sin apartar los ojos del jesuita, que parecía indeciso. El sacerdote miraba en torno a él, como si buscara a alguien o intentara reparar en un posible seguidor. «Quizá quería verificar, en efecto, que no tenía a nadie pisándole los talones», pensó el mosquetero.

Fue entonces cuando, de forma inesperada, el padre Southwell se volvió bruscamente como si hubiese sido empujado. Brett vio a un clérigo de tonsura roja que huía. ¿Había golpeado al jesuita? ¿Le había robado su bolsa? No, no era eso, porque Southwell no se puso a gritar ni a perseguirlo, sino que empezó a mirar detenidamente en torno a él. Varias veces repasó con la mirada la terraza del Lyon d'or sin detenerse. ¿Buscaba a alguien?

Esa vacilación era anormal. Pasaba algo que el mosquetero inglés no entendía. La víspera y la antevíspera el jesuita se había dirigido directamente hacia la calle Saint-Jacques. ¿Por qué observaba hoy esa extraña actitud?

De repente, Southwell dio media vuelta y tomó el pasaje del Châtelet en sentido inverso, hacia el Puente Pequeño. ¿Adónde iba?

Brett dudó si seguirlo, pero se contuvo. Si el jesuita se había fijado en él, más valía no hacer nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luc La Louvière.

—No sé, parece que desconfía y ha dado media vuelta.

—Yo lo he visto todo —masculló el monje exclaustado.

—¿Qué has visto, frailuco? —se burló Bianchi con insolencia.

—A un joven clérigo, un niño... Le habló antes de salir disparado hacia la calle de la Leña. Creo que fue él quien lo avisó de que estábamos aquí.

—Crees... crees... eres capaz de decir cualquier cosa —dijo La Louvière encogiéndose de hombros.

—¿Tú crees? Pues voy a decirte otra cosa, sabelotodo: ese joven clérigo pelirrojo es el que estaba en el Trou punais hace un rato. Y no estaba allí por casualidad. Todo esto huele a chamusquina.

Se produjo un silencio. Brett miró detenidamente al monje para tratar de adivinar una posible broma, pero el exclaustado, con los brazos cruzados, esbozaba una mirada despectiva, muy seguro de sí.

Tal vez tuviese razón después de todo, y, si era así, la cosa era grave. Eso podía significar que estaban siendo vigilados, que no eran los cazadores sino la presa. Brett sintió un escalofrío. ¿Se había equivocado desde el principio? ¿Tendría agentes enemigos tras sus pasos? ¿Jugaban los jesuitas una partida contra él?

Se puso a examinar cada rostro en torno a él. Un oficial de Palacio parecía observarlos. Volvió su mirada. ¿Tenía a la policía tras él? ¿Lo habría traicionado

Annette? Se esforzó en conservar su sangre fría, apretando y aflojando maquinalmente los puños.

—Sentémonos —propuso lentamente—, y contadme lo que sabéis de ese joven pelirrojo que estaba con vosotros en la taberna.

—¡No sabemos nada! —respondió La Louvière—. ¡Jamás lo habíamos visto!

—Es verdad —confirmó el monje, algo más amable ahora que se tomaban sus palabras en consideración—. Estaba con otro niño de su edad y un hombre con pinta poco agradable de exsoldado. Se sentaron en una mesa como si estuviesen esperando a alguien.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Luego nos fuimos. No los he vuelto a ver —afirmó Bianchi.

—Yo he visto al pelirrojo —insistió el monje—. Los otros dos no debían de estar lejos.

—Tal vez hayan vuelto al Trou punais —sugirió La Louvière.

—¿Por qué? ¿Según tú, qué hacían allí? —preguntó un Brett rabioso ante la ocurrencia del granuja.

—¿Y por qué no iban a estar según vos? —sugirió La Louvière con insolencia.

—Vosotros estabais en el Trou punais, es allí donde los habéis visto. Ahora bien, nadie sabía que yo iría allí. Eráis vosotros los que vigilabais.

Los tres espadachines permanecieron silenciosos. ¿Cómo y por qué aquel niño pelirrojo podía andar tras ellos? ¿Y cómo conocía al padre Southwell? ¡Todo aquello era incomprensible!

—¿Qué hacemos? —preguntó finalmente Bianchi.

—El asunto está anulado para esta noche, voy a reflexionar —decidió Brett levantándose—. Volveré a encontraros en el Trou punais.

Y añadió en un tono amenazador:

—¡Si volvéis a ver a esos tres, deshacedos de ellos!

La Louvière sonrió pasando la mano bajo la garganta en un gesto elocuente.

Durante ese tiempo, Louis, Gaston y Guillaume llegaban al Trou punais. Ahora, las tres mesas estaban ocupadas y un fuego ardía en el hogar. Había incluso algunas muchachas de mala vida sentadas a la misma mesa. Guillaume barrió la sala con la mirada y luego se dirigió hacia uno de los taberneros, que hablaba con las chicas —el delgado y calvo de la corona de cabellos grises—. Los niños lo siguieron. Al pasar delante de una mesa, Louis vio que uno de los clientes era un joven que los miraba con atención. Tenía la frente prominente como Jacques La Chesnay y la misma forma de barbilla puntiaguda en un rostro oval. ¿Era el mismo que había visto en el locutorio? Con la oscuridad, no podía estar seguro. Sin embargo, el hombre sentado a la mesa tenía esa actitud indefinible, una mezcla de dureza, de audacia y de actitud vigilante que le recordaba al aventurero inquietante que había vislumbrado en Clermont.

Dio un codazo a Gaston para atraer su atención y el gesto no escapó al joven, que

esbozó una sonrisa sin alegría.

—¡Ah! Por fin llegáis —dijo el tabernero—. Robert está esperándoos desde hace una hora.

Señaló al joven.

Guillaume se lo agradeció con un gesto y se dirigió hacia Robert con los niños. Aún había sitio en el banco frente al suyo. Guillaume hizo sentar a los niños y él se quedó de pie detrás de ellos, dejando hablar a Louis.

Robert La Chesnay apenas tenía veinte años, y la sombra de su mostacho, así como la de su barba rala, intentaban en vano hacerle parecer de más edad. No tenía ni el aspecto ni la vestimenta de un pillo, y, sin embargo, por su expresión, o más exactamente por su ausencia de expresión y sobre todo por su mirada sombría perpetuamente al acecho, no se podía dudar de que fuese un aventurero.

Los taberneros lo habían avisado del estado de su hermano, de modo que fue lo primero que preguntó cuando los niños se hubieron sentado:

—¿Jacques está enfermo?

La pregunta no parecía revelar ningún sentimiento. Estaba hecha en un tono neutro, como si la cosa no fuese con él. Su rostro, incluso, no mostraba ninguna expresión.

—Sí, señor —respondió Louis—. Está muy grave. Un catarro que le provoca una fiebre muy alta.

Robert se quedó silencioso un instante pero, a la luz de la única candela de sebo posada en la mesa, Louis observó que había palidecido ligeramente.

—¿Grave? —preguntó Robert La Chesnay pasándose una mano por el rostro como para enmascarar su inquietud.

—Sí, señor. Por eso hemos venido a verlo. Somos sus amigos. El rector quiere enviarlo al hospital mañana o pasado.

Robert apretó la mandíbula. Ahora le resultaba difícil dominarse.

—Sólo lo tengo a él. No quiero perderlo. ¿Qué puedo hacer?

—Tendría que visitarlo un buen médico todos los días. Los hermanos tal vez lo dejarían quedar si alguien pagase para que fuese mejor tratado.

—El dinero no es ningún problema —afirmó Robert sacudiendo la cabeza arriba y abajo—. Pero no puedo ir a ver a los jesuitas yo mismo. Ignoran mi existencia, y, si me conociesen, no tendrían a mi hermano como becario. Quiero que estudie y se haga sacerdote.

—Nosotros conocemos un buen médico, señor. Su hijo está interno con nosotros; estuvo enfermo y su padre lo curó. Se llama Clary y vive en la calle Gaillon. Podrías pedirle que cuidase a vuestro hermano. Si acudiese mañana para ocuparse de él, Jacques no iría al hospital.

Robert se levantó de inmediato y esbozó una breve sonrisa que más parecía un rictus.

—Lo haré inmediatamente.

Articuló estas últimas palabras en el mismo tono que había empleado al principio de la conversación. Sin duda era un hombre de mucha sangre fría, que no quería dejar traslucir sus temores. Se dirigió entonces a Guillaume haciendo una señal con la cabeza en dirección a los niños.

—Lamento haberos causado tantas molestias, señor. Os agradezco sinceramente que los hayáis acompañado hasta aquí.

Louis pensó que debía dirigirse con la misma voz a las personas que se encontraba por la noche en las esquinas de las calles cuando estaba con los Salmonetes y los Rucios. Probablemente les diría algo así como: «Lamento tener que insistir, pero si no me dais vuestra bolsa, voy a tener que cortaros el gáznate de un tajo».

Guillaume asintió cortésmente. Había tratado a suficientes individuos como este pájaro para saber a qué atenerse. La Chesnay se levantó y los saludó antes de dirigirse hacia una puerta al fondo de la taberna por donde el tabernero pasaba para ir a buscar el vino. Seguro que había un cuarto en los pisos e iba a buscar su dinero.

Guillaume y los niños dejaron el lugar inmediatamente.

En el camino de vuelta, Louis abordó con el criado el tema que le preocupaba.

—Guillaume, han ocurrido muchas cosas esta tarde que mi amigo Gaston y yo no entendemos del todo. Sería una lástima preocupar a mi padre y a mi abuelo contándoselas.

—Vuestros padres van a preguntarme, señor —observó Guillaume—. Son mis amos y no debo mentirles.

—Es cierto, pero podríais ser evasivo. Los jesuitas nos han enseñado que una verdad podría estar incompleta sin que haya mentira. Podríais no hablarle de esos truhanes y del padre Southwell. En cuanto al señor La Chesnay, no es imprescindible contarle a mi padre que parece un bandido —precisó a media voz.

—Tenéis razón, señor; por otra parte, muchos de esos bergantes parecen gentes honradas —sonrió Guillaume después de un instante de duda—. En cuanto a los truhanes, hay tantos en París, que hablarles de los nuestros... A vuestro padre no le interesaría nada.

—Gracias, Guillaume —respondió simplemente Louis.

Después de la cena en el refectorio, Louis y Gaston subieron a ver a su amigo becario a la enfermería. Su estado no había cambiado, y sólo susurraba que el rector había ido y había decidido enviarlo el sábado al hospital.

Louis le contó la visita hecha a su hermano. Si lograba convencer al señor Clary para que lo visitase a partir de mañana, todo podía cambiar, le prometió.

Pero el pobre niño no creía ya en esa posibilidad. Por la tarde había pedido confesión y un sacerdote le había administrado el sacramento de la unción de los enfermos.

Un poco después, en el patio, Louis y Gaston conseguían al fin aislarse para comentar los acontecimientos de la tarde. ¿Lograría Robert La Chesnay convencer al doctor Clary para que llegase a tiempo? ¿Y disponía de suficiente dinero para convencerlo? Gaston lo dudaba y Louis no sabía qué pensar.

El otro tema principal de su charla era el intento de agresión contra el padre Southwell, uno de los miembros del complot que Louis había descubierto. Ello significaba que un partido adverso intentaba hacer fracasar a los jesuitas.

¿Quiénes eran?

Si el propósito de la conspiración urdida por Mendoza y Southwell era el asesinato del hijo del rey de Inglaterra, o el de lord Buckingham —ambos poderosos enemigos de la Compañía de Jesús, según el padre Caussin—, lo más probable era que los truhanes del Trou punais perteneciesen a la policía secreta inglesa. Era en todo caso el punto de vista de Gaston, que aplicaba un adagio de derecho de Cayo Longinos que acababan de estudiar: *Cui bono?*^[69]

—Si tienes razón, eso significaría que los ingleses están enterados de este complot —objetó Louis—. Pero si ése fuese el caso, ¿por qué no han pedido al preboste de París que interviniese? Un arresto oficial del padre Southwell, seguido de su interrogatorio, habría sido más simple que intentar asesinarlo en su hostería.

—Quizá no —replicó Gaston—. No olvides que, según el padre Sirmond, Southwell tiene una larga experiencia en operaciones secretas al servicio de la Compañía de Jesús. Una vez detenido, no habría hablado, y el preboste se vería obligado a soltarlo. En cambio, los que querían su muerte no son alcanzados por el derecho judicial.

Louis reconoció que el argumento era pertinente.

—Desde luego, los que hemos visto no estaban acompañados de exentos o de arqueros, como lo haría un comisario del Châtelet a las órdenes del señor de Bailleul o del señor Moreau^[70] —dijo Louis, que conocía el nombre de los tenientes civil y criminal porque su abuelo hablaba con frecuencia de ellos.

—Hay otra explicación —sugirió Gaston—. Southwell estaba en Holanda para encontrarse con un joyero que debía entregar unas piedras para unos herretes. Quizá los bandidos se enteraron de que ya trajo las joyas. En ese caso, nuestros bribones sólo serían ladrones bien informados... pero también podría ser una conjura de gentes que detestan a los jesuitas —añadió, tras un momento de reflexión—. ¿Por qué no de los protestantes?

—No lo creo. Estoy seguro de que todo esto tiene relación con ese complot —decidió Louis—. Tenemos que enterarnos de algo más...

John Brett volvió al palacio de Saint-Germain donde se alojaba el conde de Carlisle, no sin antes dar grandes rodeos, pasando por el Pré-aux-Clercs, vasta extensión a orillas del Sena, lo que le permitió comprobar que nadie lo seguía.

El conde volvía justamente del palacio de Chevreuse, donde, junto con el conde de Holland, el duque de Chevreuse y algunas personas de la corte encargadas del protocolo, habían trabajado en los preparativos del matrimonio del príncipe de Gales.

Brett pidió una entrevista y le fue concedida.

Dio explicaciones al duque, con la mirada baja y especialmente incómodo.

—El padre Southwell ha desconfiado, milord. Cuando íbamos a cogerlo en su hostería y todo estaba listo para su secuestro, dio media vuelta.

Sacó la bolsa que le había dado el conde y la depositó humildemente en una repisa situada al alcance de su mano. Carlisle no respondió de inmediato. De pie, al lado de su escritorio, apretó los puños un instante, profundamente contrariado por haberse equivocado con aquel mosquetero inepto. Dominando su rabia, declaró al fin con todo el desprecio de que fue capaz:

—¡Sois un imbécil! ¿No os dije que os disfrazaseis? Ese Southwell era una pieza demasiado grande para vos.

Brett enrojeció hasta las orejas, pero logró balbucir:

—No es lo que creéis, monseñor. Es que alguien lo ha avisado.

—¿Avisado? —preguntó Carlisle, repentinamente interesado—. ¿El jesuita tenía cómplices?

—Sin duda, milord. Pero reconozco mi estupidez y mi inexperiencia. No desconfié de un niño.

—¿A qué os referís?

—Todo estaba dispuesto para el secuestro, milord. Yo había seguido al padre Southwell varias veces y conocía perfectamente su empleo del tiempo y su itinerario desde la casa profesa hasta la hostería, luego al colegio de Clermont. Así que me fui a buscar a mis hombres a su taberna. Un lugar discreto —y repugnante— alejado de todo. Sólo estaban ellos en la sala. Ellos y otro hombre acompañado de dos niños. Eran dos jóvenes clérigos de unos doce años, uno de los cuales estaba completamente tonsurado.

Se calló temiendo haber ido demasiado lejos y esperando un estímulo para seguir.

—¡Continuad!

—Me fui con mis hombres al Puente Pequeño, por donde Southwell pasaba cada día a la misma hora viniendo de la calle Saint-Antoine. Llegó, en efecto, y no podía vernos, pues estábamos enfrente, en la terraza del Lyon d'or, disimulados en medio de numerosos clientes.

Carlisle hizo un signo con la cabeza indicando que conocía el lugar.

—En ese momento uno de los niños de la taberna, que se encontraba allí no sé a santo de qué, se acercó al jesuita y lo previno de nuestra presencia.

—¿Estáis seguro? —preguntó Carlisle cerrando los ojos en una mezcla de perplejidad y asombro.

—Por completo, milord. Uno de los dos niños de la taberna estaba tonsurado y era pelirrojo como Southwell. Y fue ese clérigo pelirrojo quien empujó al jesuita y le

soltó algunas palabras justo antes de que diese media vuelta. Es imposible que me haya equivocado. Es el mismo niño.

—¡Es una historia increíble! ¡Un niño! —exclamó el conde encogiéndose de hombros.

—Virgilio lo dijo: no os fiéis de las apariencias, milord.

Lord Carlisle no respondió de inmediato. Reflexionaba. Si Brett decía la verdad, eso implicaba que Southwell tenía cómplices: como mínimo esos niños, el que los acompañaba, otros sin duda... Southwell había ido a Bruselas... Todo ello significaba ciertamente que preparaba algo de envergadura. Quizá Brett hubiese metido la nariz en un complot de altos vuelos, aunque fuese por azar. ¿Pero era capaz de llevar a buen puerto un asunto de tal importancia?

—De acuerdo —suspiró el embajador dando algunos pasos—. ¿Qué proponéis ahora?

—Hay una intriga inquietante en torno al padre Southwell, lo presiento, estoy seguro, pero es posible hacerse con el secreto, y de eso también estoy convencido —respondió el mosquetero.

—¿Cómo?

—El jesuita, desde luego, habrá desaparecido, pero queda ese joven pelirrojo...

—¿Creéis poder encontrarlo en una ciudad como París? —preguntó Carlisle encogiéndose de hombros.

—¡Por supuesto, milord! Es pelirrojo, está tonsurado como un futuro religioso, Southwell da clases en Clermont. Luego ese joven clérigo es sin duda alumno del colegio de los jesuitas.

—Y tal vez sepa dónde se oculta Southwell... —prosiguió Carlisle, seducido por aquella deducción.

—En todo caso, podría decirnos muchas cosas si lo hacemos hablar —confirmó el mosquetero.

—¿Pero cómo vais a encontrarlo?

—La enseñanza es libre y gratuita para los alumnos externos en el colegio de Clermont. Puedo presentarme vestido de clérigo mañana mismo e intentar buscarlo. Si lo consigo, trataré de saber más sobre él y recurriré a mis hombres con ocasión de una salida que haga.

—Secuestrarlo en plena ciudad no será fácil —objetó el conde—. No quiero más errores y, sobre todo, nada de escándalo.

—Tomaré todas las precauciones, milord—. Me gustaría tener mi revancha.

—Debéis afeitaros y tonsuraros para pasar inadvertido entre los jesuitas —ironizó Carlisle.

—No es ningún problema, milord.

—Evitad los crímenes inútiles que sólo provocarían investigaciones de la policía. Si lográis coger a ese niño, debería bastar con unas simples amenazas para hacerle hablar.

—Sin duda, pero también podría reconocerme... —objetó Brett.

—En ese caso, no participéis directamente en el secuestro y disfrazaos para interrogarlo. Vuestros hombres tienen poca importancia. Supongo que ignoran quién sois.

—Por supuesto, milord.

—Investigad también por qué Southwell utiliza niños...

—He pensado en ello, monseñor. Sería desde luego un método muy hábil tener en las calles informadores en los que nadie se fija. Espías irregulares, en cierto modo...

—¿Irregulares? ¿Entonces podría haber varios? ¡Los irregulares de la calle Saint-Jacques! Me gusta el nombre de la banda. Creo que habéis metido la nariz en algo, señor Brett. Si todo eso se confirma, hay algo demasiado grande para que permanezcamos en la ignorancia.

Al día siguiente por la mañana en el patio, después del almuerzo, Louis vio a un visitante cubierto con un grueso manto de cuello de piel del que sobresalía el traje negro de médico. Se dirigió hacia la escalera central en compañía de un joven sacerdote. Louis se acercó a ellos y reconoció el rostro demacrado y los ojos claros del señor Clary.

Repentinamente tranquilo, comprendió que habían triunfado. Al fin iban a cuidar correctamente a su amigo.

Contento como estaba, no prestó ninguna atención al joven que los observaba.

Con los cabellos recién cortados en corona monacal y barba y mostacho afeitados, Brett se presentó vestido de clérigo a la apertura de las puertas del colegio al día siguiente del secuestro fallido del padre Southwell. Se deslizó en medio de un grupo de alumnos de retórica, de entre dieciocho y veinticinco años de edad, sin llamar la atención del portero.

Una vez en el patio, mantuvo una mano sobre su rostro, como si experimentase la necesidad de frotarse la barba, y se colocó cerca de la puerta de la capilla, examinando a los niños que jugaban por grupos.

Pese a su número —había más de quinientos con los externos—, se fijó rápidamente en Gaston, en compañía de algunos internos de su edad, entre los cuales creyó reconocer al segundo niño que se encontraba la víspera en el Trou punais.

Sólo faltaba saber quiénes eran.

Brett no tenía mucho tiempo. En menos de media hora sonaría la campana y tendría que acudir a clase de retórica. Buscó con la mirada a algún joven interno que pudiese informarlo. Como éstos y los externos no tenían exactamente la misma toga —la de los internos era más larga—, era relativamente fácil distinguirlos. Observó bastante rápido, no lejos de él, los tejemanejes de tres jóvenes que, curiosamente, parecían también interesarse en el grupo en el que se encontraba el pelirrojo. Brett los miró entonces atentamente. Debían de tener unos catorce o quince años. Uno de ellos, de rostro macilento, estaba tonsurado como un abad; Brett había visto pocas veces una expresión tan malévola en un joven. Su vecino habría podido pasar por un adulto, si su cuerpo macizo no hubiese estado coronado por una cabeza desequilibrada e infantil. El tercero, el más refinado del grupo, y que parecía tener un brazo tieso, observaba al pelirrojo y a sus compañeros con una expresión a la vez rencorosa y calculadora.

Brett se acercó a ellos deshaciéndose en sonrisas.

—Buenos días, señores, me llamo Jean de Mailly y soy nuevo aquí. ¿Podéis decirme dónde se encuentra la clase de retórica?

—Es aquélla, señor —respondió secamente el alumno tonsurado señalando una puerta.

—Mi familia es de Picardía. Supongo que conocéis a todo el mundo aquí —insistió Brett, haciendo caso omiso del tono poco amable de su interlocutor.

Mientras hablaba, sacó del bolsillo un paquete de bombones que había tenido la prudencia de llevar y los invitó.

—A los internos, sobre todo —respondió el palurdo tomando uno, siendo imitado de inmediato por el tonsurado, mientras que el refinado permanecía a la expectativa, observando a Brett con suspicacia.

—¿Hay muchos de Picardía en el colegio? —preguntó el mosquetero al tonsurado.

—Lo ignoro, la verdad. Nosotros estamos en cuarto y sólo conocemos a los de nuestra clase —replicó con el tono de quien desea poner fin a la conversación.

Brett ahogó una risa.

—He visto ahí a un niño tan pelirrojo como mi tío y me preguntaba si era de Picardía. En la familia de mi madre hay un montón de pelirrojos.

—¿Ese de ahí? —le preguntó el futuro abad frunciendo el ceño y señalando a Tilly con la cabeza—. No sé. Lo único que puedo decir es que se llama Gaston de Tilly y que no es amigo nuestro.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Brett llevándose una mano a la boca—. He sido indiscreto.

—No importa —intervino el aludido, con los ojos chispeantes de odio—. Por nosotros, que se vaya al diablo.

Al hablar, masajeaba su brazo tieso, que parecía dolorido.

—Ahora que me lo decís, tiene un aire bastante desagradable —aprobó Brett deslizado una mirada hacia el pelirrojo—. ¿Gaston de Tilly, decís? ¿Acaso es noble?

—Eso asegura —replicó el tonsurado, con un profundo desprecio—. De hecho, yo me llamo Nicolas Sillery, soy abad. Y mi compañero es de alcurnia.

El adolescente distinguido del brazo tieso se inclinó declarando en tono solemne:

—Adhémar de Rouville, para servirlos, señor.

—Thémines de Lauzières —anunció el necio imitándolo.

Brett disimuló una sonrisa de satisfacción. Lo que estaba claro es que aquellos tres detestaban a su pelirrojo. Iba a procurarse aliados fácilmente.

—Hay bastantes Tilly en Normandía —observó mirando las yemas de los dedos de su mano izquierda, como para comprobar que sus uñas estaban bien cortadas.

—En efecto, ése viene de Tilly, una aldea de palurdos cuyo nombre ha debido de usurpar. Su mejor amigo es hijo de un notario, así que... En cuanto a los demás, por ahí se andan, miradlos: esos dos que están con ellos son el hijo de un carnicero y el de un cerrajero. Plebeyos de baja extracción.

—Ya veo...

Brett estaba la mayor parte del tiempo pendiente del grupo del pelirrojo, que se encontraba bastante lejos y que se hallaba frecuentemente oculto por los alumnos que corrían en todos los sentidos. Echó de nuevo un vistazo rápido al grupo de Tilly y sus amigos, siempre con una mano delante de la cara:

—¿El carnicero es el chico moreno que está a su lado? —preguntó.

—No. Ése es el hijo del notario —refunfuñó el alto de rostro palurdo—. Si un día cae en mis manos... El pelirrojo y él no se separan ni a sol ni a sombra. Hasta los días de fiesta Tilly va a su casa.

—¿A casa de un notario? —se asombró Brett con un tono de desagrado—. ¡Qué horror! Pero a lo mejor ese notario vive en un buen barrio, o es rico...

Mientras expresaba esta conjetura en tono cortés, haciendo parecer claramente que no le interesaba, invitó a unos cuantos bombones más.

—Ni siquiera. ¡Vive en la calle de los Quatre-Fils y se llama Fronsac! ¡Con eso está todo dicho! —soltó el gran mofletudo, que también quería lucir sus conocimientos.

—¿Fronsac? ¿Estará emparentado con el ducado del conde de Saint-Paul o con su esposa la marquesa de Fronsac? —preguntó Brett a Adhémard de Rouville, haciéndolo así cómplice de sus conocimientos nobiliarios.

—¡De ninguna manera! —se burló el del brazo tieso destilando su odio—. ¿No oléis desde aquí su nauseabunda plebeyez?

—Ignoraba que los internos podían salir los días festivos... Vos, por ejemplo, ¿volvéis a vuestra casa?

—¡Desde luego! Un criado y un cochero vienen a buscarme para acompañarme a casa. Pero los que viven lejos se quedan aquí.

Brett asintió varias veces, sonriendo calurosamente.

—¿Cuándo es el próximo festivo? Pascuas, me imagino.

—¿No lo sabéis, señor? —se asombró el abad—. Es la Anunciación, el 25 de este mes.

—No sé dónde tengo la cabeza —dijo Brett, propinándose un coscorrón para enmascarar su torpeza.

Ni se le había ocurrido la Anunciación, que no era festivo en Inglaterra.

La colleja hizo reír al mofletudo, pero dejó a Rouville impasible.

—Me va a costar una triple penitencia cuando vaya a confesar este olvido a mi confesor —prosiguió el inglés, con semblante desolado.

—¡Espero que no lo olvidéis! —aprobó severamente el tonsurado.

—¿Y decís que el pelirrojo se va a casa de los Fronsac los días festivos?, ¿es que no tiene familia? —preguntó de nuevo Brett dirigiéndose a Adhémard de Rouville.

—Es huérfano —replicó brevemente el interpelado, que empezaba a encontrar cada vez más extraños a aquel alumno de retórica y las preguntas que hacía.

En aquel momento sonó la campana del comienzo de las clases.

—Muchas gracias, señores —concluyó Brett, saludándolos con el bonete—. Seguramente tendremos ocasión de volver a vernos.

Los demás se inclinaron brevemente y el mosquetero se dirigió, muy satisfecho, hacia la clase de retórica. «El tal Tilly era huérfano, así que nadie se interesaría por su desaparición», pensó. Un plan germinaba en su cabeza.

Al salir a las once, después de haber asistido a una clase en latín de lo más aburrido, y encima de pie, pues los externos raras veces tenían sitio sentados, se detuvo un rato a hablar con el portero.

—¿A partir de qué hora se puede venir a buscar a los internos los días festivos? Debo venir a recoger a mi primo para la Anunciación.

—A partir de las cuatro, cuando hayan terminado las clases, señor.

Brett le dio las gracias antes de alejarse. Disponía ahora de unos quince días para preparar el secuestro e informarse sobre ese Fronsac y su despacho de notario.

El doctor Clary acudió todos los días a Clermont y los progresos de La Chesnay fueron espectaculares. Desde su primera visita, el médico había explicado al rector que era inútil transportar al niño al hospital; incluso aseguró que lo peor del catarro había pasado. En efecto, al cabo de tres días, la fiebre desapareció por completo, y a la semana siguiente a la visita de Louis y de Gaston a Robert La Chesnay, Jacques pudo volver a clase.

El prefecto de la enfermería no salía de su asombro por la visita regular del señor Clary y le había preguntado para saber quién le pagaba. El médico se limitó a decirle la verdad; había recibido la visita de un pariente lejano del joven Jacques La Chesnay que se había enterado de su enfermedad. Ese pariente le había dejado una fuerte suma de dinero para que lo cuidase. Y eso era lo que hacía.

Con ocasión de la clasificación de los alumnos de sexto al comienzo del mes de marzo, Louis se encontró entre los últimos. Su enfermedad en febrero, luego el interés que se había tomado con el pequeño becario y finalmente el complot de los jesuitas habían redundado negativamente en su trabajo y había entregado varios deberes mediocres por los cuales había sido reprendido, con gran placer de Charles Chazelles. Había obtenido incluso el humillante *Piger* en uno de sus ejercicios.

En cambio, Gaston trabajaba cada vez mejor y fue nombrado decurión gracias a un trabajo sobre San Pablo de tal calidad que fue leído en clase y expuesto en el refectorio durante una semana, para disgusto de Paul de Gondi.

El tiempo se había vuelto frío y seco y los dos niños esperaban con ansiedad la Anunciación, que caía en martes. Luego, sólo quedaría media semana de clases antes de las fiestas de Pascua.

Cada día, Louis espiaba la posible vuelta del padre Southwell. Se había informado sobre su presencia en el colegio, pero las clases de inglés eran impartidas por otro jesuita. ¿Qué había ocurrido con el sacerdote? ¿Había dejado Francia? ¿Había sido asesinado por sus enemigos? Ni Louis ni nadie lo sabían.

En cuanto a las reuniones en el cuarto del rector, no parecía que se hubiesen vuelto a celebrar. Quizá el complot había sido abandonado por el intento de asesinato del padre Southwell, sugirió Gaston. Los jesuitas debían de haber cogido miedo.

Los días fueron pasando y Gaston y Louis se interesaban vivamente en el próximo matrimonio del príncipe de Gales, previsto para abril. Era también el principal tema de conversación en la corte. Los externos hablaban de ello con júbilo, pues aquella ceremonia sería la ocasión de grandes fiestas en la ciudad con numerosos fuegos de artificio. En cambio, los sacerdotes abordaban el tema con amargura, pensando en el combate que acababan de perder contra la herejía.

Se hablaba de que los transportes de madera ya aportaban tablas y vigas en grandes cantidades para el atrio de Notre-Dame a fin de construir andamios y estrados. Como el príncipe Carlos y sus embajadores no eran católicos, se había previsto una ceremonia idéntica a la del matrimonio de Enrique de Navarra con

Margarita, la hermana de Enrique III: unas tribunas serían construidas en el atrio y los ingleses se quedarían en el exterior durante la celebración del matrimonio.

El padre de Jehan Le Pontonnier había comprado una granja cerca de Rambouillet y descubierto a continuación, con ocasión de la asamblea parroquial, la suma exorbitante que tendría que pagar al pechero. A su hijo se le había metido en la cabeza socorrerlo. Primero les había hablado de su preocupación a los miembros de la compañía de los Seis, como llamaban a la pandilla, pero ni Gondi ni Louis, y mucho menos Gaston, pudieron sugerirle un medio para que el maestro carnicero Le Pontonnier fuese descargado de sus pechos.

De modo que Jehan le planteó su problema a Charles Chazelles, puesto que su padre era recaudador de impuestos y, por tanto, susceptible de conocer algunas prácticas que permitiesen escapar al pago. Pero a Chazelles, como buen hijo de su padre, no le gustaban los que trataban de escapar de los recaudadores y le había contestado que su padre debía pagar. Una tarde, cuando todos habían terminado sus deberes y recitado sus lecciones, Le Pontonnier se volvió en última instancia hacia Guillaume de Espoisses, cuyo padre, no lo olvidemos, era consejero en el Parlamento de Dijon. Le expuso, una vez más, su desazón.

—¿Dónde compró tu padre sus tierras?

—¿Por qué?

—En las tierras de Estado^[71] el impuesto es real y se calcula sobre los bienes, mientras que en tierras de elecciones el impuesto es personal y afecta a las rentas.

—¡No entiendo nada! —observó Clary, que se había acercado a ellos.

—Si tu padre compró una tierra noble grande en una provincia de impuesto real, no tendrá que pagar impuestos.

—Nuestra granja está en Rambouillet, pero ignoro si las tierras son nobles —explicó Jean Le Pontonnier, repentinamente lleno de esperanza.

—Entonces eso no es posible —sonrió Espoisses con un gesto de evidencia—. La isla de Francia es región de elecciones; el impuesto allí concierne a todos los bienes de los cabezas de familia plebeyos.

—No le queda más remedio que pagar —dijo Charles Chazelles satisfecho.

—Tienes una solución —bromeó Gaston mezclándose en la discusión—. ¡No tienes más que convertirte en noble!

—¿Si mi padre fuese noble no pagaría nada?

—En tierras de elecciones no pagaría impuestos, en efecto —confirmó Espoisses.

—Gaston, me has dado la solución —decidió entonces Le Pontonnier—. ¡Tengo que convertirme en noble! ¿Tú cómo has hecho?

—No he hecho nada —replicó Tilly, un tanto desengañado—, salvo nacer. Mi antepasado fue hecho caballero por el rey Balduino delante de Jerusalén en 1186.

—¡Lástima que ya no haya cruzadas! —ironizó Clary señalando a Le Pontonnier

con el dedo—. Con tus talentos de carnicero, a ti también te harían caballero.

—Si tu padre tiene suficiente dinero, proponle mejor que compre un cargo de consejero de una corte soberana cuando hayas acabado tus estudios —dijo más seriamente Esipoisses—. Esos cargos ennoblecen.

—¡Pero no es posible esperar tanto! —protestó Le Pontonnier.

—¿Pero a tu padre por qué no se le ocurrió comprar un cargo de tesorero general, o de recaudador general, que permite convertirse inmediatamente en noble? Es cierto que se pagan a centenares de miles de libras, pero ¡eso no es nada para ti! —propuso Chazelles con alegría malvada.

—Esos oficios son cada vez más raros —intervino Louis, que había oído una conversación a ese respecto un día en que su padre recibía a sus amigos.

—De todas formas, hay cargos oscuros que a veces distribuye la cancillería, como el de secretario del rey —sugirió Guillaume de Esipoisses.

—¿De qué se trata? —preguntó Clary.

—Son oficios que ennoblecen, es cierto, pero concebidos, en realidad, para llenar las arcas del Estado. Concino Concini creó trescientos sólo en 1614. Los ofreció a ¡cien mil libras! El tesoro todavía los vende a veces cuando las arcas están vacías.

—¡Repámpanos! ¡Cien mil libras!

—Pero las ventajas están a la altura del precio. Tu padre no sólo no tendrá más pechos, sino que ya no tendrá que participar en las cargas de guardia de la patrulla burguesa.

El asunto volvió varias veces a sus conversaciones. Le Pontonnier se interesaba únicamente en los cargos vendidos por la cancillería que suponían un ennoblecimiento inmediato. ¿Quién los proponía? ¿Cuál era su costo? ¿Conferían una nobleza completa? Nadie lo sabía exactamente. Preguntó a Paul de Gondi para tratar de averiguar cómo habían sido ennoblecidos sus antepasados, pero no logró sacarle nada. En cambio, Gondi le confirmó que las cartas de provisión de secretario del rey conferían efectivamente a su titular, desde un edicto de 1549, la nobleza plena, entera y transmisible. Su único límite era que no volvía gentilhomme, según el dicho: «El príncipe hace a los nobles, pero sólo la sangre los hace gentileshombres».

El deseo de ennoblecimiento se volvió una obsesión para Jehan Le Pontonnier. En cuanto a Louis y a Gaston, dejaron de interesarse por las preocupaciones del hijo del carnicero. Dos tardes, así como el jueves de la semana anterior a Pascua, fueron dedicadas a la preparación del espectáculo de ballet de fin de año. Fue la ocasión para Gaston de descubrir sus insospechados talentos de bailarín.

El martes de la Anunciación, desde las cuatro, Brett se había instalado un poco más arriba del colegio de Clermont, no lejos de la puerta de Saint-Jacques, en compañía

de Bianchi. Desde el lugar en que se habían situado, y desde lo alto de sus caballos, veían perfectamente la puerta de entrada y la larga fila de carrozas, coches, carruajes, caballos y mulas que esperaban la salida de los internos.

Luc La Louvière y el monje exclaustro se encontraban un poco más abajo en la calle, en el pescante de un pequeño coche enganchado a un caballo.

Los días precedentes, Brett había ido varias veces a la calle de los Quatre-Fils. A lo largo de las populosas calles que podrían coger los niños para ir al despacho de Fronsac no había hallado ningún lugar para secuestrarlos fácilmente. En cambio, la propia calle de los Quatre-Fils, con su pequeño número de casas y el muro ciego frente al despacho, era un buen lugar para una emboscada. Puesto que estaba tonsurado, se había vestido con un sayal para su investigación, a sabiendas de que si lo pillaban se arriesgaba a la horca. Al pasar varias veces delante del despacho de Fronsac descubrió con sorpresa al criado que acompañaba a los dos niños en el Trou punais.

La presencia del criado significaba que la intriga en la que participaba el padre Southwell era mucho más vasta de lo que había creído. Sin lugar a dudas, el despacho de Fronsac estaba implicado en la maquinación jesuita. Pensando en ello, Brett juzgó que eso no tenía nada de inverosímil. Después de todo, aunque muchos parisinos detestaban a la *Societatis Jesu*, una gran parte de la pequeña burguesía había sostenido la Liga católica al final del siglo pasado. Sin duda había descubierto un complot de numerosas ramificaciones. Por esa razón, decidió secuestrar al joven Fronsac al mismo tiempo que al pelirrojo.

Además, sería mucho más fácil hacer hablar a los dos niños amenazándolos al uno con el otro.

Sólo faltaba organizar el rapto. Había ideado utilizar un pequeño coche manejable, tirado por un solo caballo, que seguiría a los niños cuando saliesen. El frailuco lo conduciría y La Louvière estaría en el interior. Una vez llegados a la calle de los Quatre-Fils, una vía poco transitada, Bianchi y él mismo se quitarían de encima, o matarían, a los criados que acompañasen a los niños, los cogerían y los meterían en el coche, donde La Louvière los maniataría. A continuación, el coche se dirigiría a galope tendido hacia la calle Vieille-du-Temple, que subiría hasta las Filles du Calvaire.

Bianchi se quedaría en la retaguardia para impedir cualquier persecución mientras él mismo seguiría al vehículo.

En las Filles du Calvaire, se extendían vastos recintos cercados, cultivados y arbolados. Podría detener allí el coche e interrogar a gusto a los dos niños. Algunas bofetadas bien aplicadas, combinadas con amenazas, los harían hablar rápidamente. Los liberaría enseguida y los niños no tendrían de la aventura más que algunos malos recuerdos.

Brett buscó luego a sus tres compinches. Como no habían cobrado por el secuestro de Southwell, puesto que no había tenido lugar, se encontraban a dos velas.

Les había asegurado que se había enterado de que el jesuita utilizaba a los dos niños de aprendices y que éstos sabían dónde se ocultaba. Por tanto, tenían que llevárselos para hacerlos hablar.

Había explicado su plan a los tres bandidos y les había prometido cinco doblones por el secuestro. Bianchi y el sacerdote estaban dispuestos a todo por cinco doblones. Sólo La Louvière había protestado: ¡iban a cobrar diez por Southwell!, le recordó. Brett había replicado que el trabajo era más fácil con niños. Y que si no estaban de acuerdo, lo haría con otros. ¡Lo que sobraba en el Puente Nuevo eran granujas!

Vencidos, los bribones habían aceptado.

Los niños empezaron a salir, acompañados de parientes o criados. Al fin, el pelirrojo Tilly y el joven Fronsac franquearon el porche, acompañados de un hombre de cabellos canosos. Se reunieron con otro, más joven, que esperaba con una mula y un caballo.

El señor Charreton y Claude Richepin habían ido, en efecto, a buscar a los niños, uno a caballo y el otro en mula. Gaston saltó a la grupa de la mula y Louis subió como de costumbre a la grupa de la montura de su abuelo. Los dos animales se abrieron paso entre los carruajes que esperaban delante del colegio y luego bajaron lentamente la calle Saint-Jacques hacia el Puente Pequeño.

Cuando Brett vio que los niños no irían a pie, no pudo reprimir un juramento de exasperación en inglés, que felizmente Bianchi no entendió.

«Sería demasiado difícil coger a los niños a caballo», pensó, y le dijo a su compinche que el asunto quedaba anulado.

—¡Imposible, señor! —protestó el siciliano—. Nosotros necesitamos ese dinero.

—¡Imbécil! ¡Piensa con la cabeza! ¿Cómo vamos a atrapar a esos niños si van a la grupa de los hombres?

—Dejadme eso a mí, señor. Ya he atacado con La Louvière a jinetes yendo a pie en la Valtelina. Iré a avisarle. Cerca de la calle de los Quatre-Fils, vos os ocupáis de mi caballo y nosotros nos acercaremos a los jinetes por detrás mientras el coche espera al final de la calle. Derribamos a los hombres y saltamos a la silla de sus monturas apretando a los niños contra nosotros. Hecho esto, galopamos hasta el coche y los arrojamos dentro. Lo único que tendréis que hacer es reuniros con nosotros.

—¡Es demasiado peligroso!

—¡Qué va! Os lo he dicho, ya lo hemos hecho con toda clase de viajeros. La sorpresa los deja sin reacción. ¿Habéis visto quiénes los acompañan? Un criado y un burgués. Se caerán al suelo como dos peleles. Y nosotros necesitamos vuestro dinero.

Poco deseoso de anunciar un nuevo fracaso al conde de Carlisle, Brett aceptó pese a los riesgos.

Bianchi lo abandonó para ir a explicar el nuevo plan a La Louvière. Los dos niños

y los que los acompañaban ya se habían alejado. Se quedó luego cerca del coche, que guardaba una buena distancia con los jinetes. Brett los seguía mucho más lejos.

En la calle del Temple, Bianchi esperó a su jefe y le confió su caballo antes de reunirse con La Louvière, que había bajado del coche. Los dos hombres se acercaron a pie a las monturas de Charreton y Richepin. En la esquina de la calle de los Quatre-Fils, donde se encontraba el bajorrelieve que representaba a los cuatro hijos de Aymon que habían dado nombre a la calle, el coche pasó delante de los jinetes.

Los niños y sus acompañantes estaban ahora a unas toesas del despacho. El lugar estaba casi desierto, pues habían sonado vísperas en la iglesia de la Merced y en la calle sólo había unas cuantas tiendas; el lado derecho no era sino un alto muro a lo largo de los jardines.

Bianchi hizo señas a su compañero de que iba a atacar al del caballo. La Louvière asintió y se acercó a la mula. Se colocaron ambos entre los animales, para no molestarse, y, al unísono, agarraron el pie del jinete por su lado, tiraron del estribo y los levantaron bruscamente, al tiempo que agarraban a cada niño por una pierna.

Los dos jinetes bascularon del lado opuesto y se cayeron al suelo mientras los dos bandidos saltaban a la silla sin soltar a los niños, que no entendían lo que estaba pasando, creyendo simplemente en un accidente.

Richepin se quedó en el suelo, aturdido por la caída, pero el señor Charreton se levantó al momento, sólo contusionado, y se puso a gritar a pleno pulmón:

—Jacques, Guillaume, ¡socorro!

Durante ese tiempo, La Louvière golpeaba a la mula, reticente a ponerse al trote, y Bianchi trataba de dominar al caballo, que relinchaba desbocado. Todo aquello provocó un jaleo inesperado, mientras los dos niños, habiendo comprendido al fin que los atacaban a ellos, se ponían a chillar y a arañar a sus agresores.

Jacques apareció delante del portal del despacho con una escoba en la mano. Vio pasar ante él las dos monturas trotando hacia la calle Vieille-du-Temple y comprendió enseguida que había habido una agresión. Luego descubrió a Richepin inanimado y al señor Charreton, que se precipitaba hacia él ordenándole:

—¡Rápido! ¡Armas, una pistola, cualquier cosa! ¡Acaban de secuestrar a los niños!

Guillaume Bouvier se encontraba en ese momento en una de las dos minúsculas piezas que habitaba con su esposa en una casa de adobe un poco más lejos de la calle, hacia el frontón del Petit-Louvre^[72]. Había terminado de limpiar un mosquete que le había confiado el señor Richepin. Acababa de cargarlo y estaba untando de pólvora la mecha nueva cuando oyó gritos en la calle.

Se acercó a la ventana y vio a dos jinetes tratando de dominar a dos niños que se debatían gritando. Los pocos transeúntes que había en la calle se habían apartado para no recibir un mal golpe. Un poco más arriba, vio al señor Charreton levantándose penosamente y a un segundo hombre en el suelo, aturdido o muerto.

Fue entonces cuando reconoció en uno de los niños al pelirrojo tonsurado, el

amigo del hijo del señor Fronsac, que trataba de librarse de la presa de su agresor. Guillaume Bouvier no podía distinguir al segundo niño, que luchaba también en la otra montura encabritada, pero reconoció en el que la montaba a uno de los individuos vistos en el Trou punais. ¡El niño no podía ser otro que el hijo de su amo!

Había sobre la mesa un pequeño brasero encendido que le había servido para colar algunas balas de plomo. Cogió un cabo de estopa restregada de yesca, la encendió, luego posó el mosquete en el marco de la ventana y apuntó al jinete que se llevaba al pelirrojo. Éste, a base de hincar las espuelas en el vientre del animal, había logrado que la mula galopase y se acercaba a un coche detenido en la esquina de la calle Vieille-du-Temple.

Con el cabo de estopa chisporroteando en la mano, encendió la mecha del mosquete. El disparo sonó enseguida y la mula se desplomó.

Al caer, el jinete rodó por el suelo para ir a aplastarse contra un mojón de piedra. El niño cayó a unos pasos de él.

El disparo había enloquecido al caballo espantadizo que llevaba a Bianchi y a Louis. La bestia rodó y hombre y niño cayeron también al suelo, el niño desplomándose sobre el jinete. Bianchi se levantó, sin embargo, y se precipitó hacia Brett, que llegaba al galope a lomos de su caballo. El siciliano saltó sobre su montura y ambos picaron espuelas. El coche ya había desaparecido en el extremo de la calle.

Guillaume no tenía tiempo de volver a cargar de nuevo. Tras comprobar que había alcanzado a la mula y que los niños parecían a salvo, cogió una espada de ancho filo y se precipitó fuera de casa.

Fue el primero en llegar al lado de Louis Fronsac, que se había quedado en el suelo en la cuneta, llena de deyecciones, completamente aturdido.

—¡Señor! ¿Estáis herido? —preguntó el exsoldado, angustiado.

—N... creo que no. ¿Qué... ha ocurrido?

Gaston también se había levantado y precipitado hacia Guillaume:

—¡Guillaume! ¡Nos han atacado a nosotros! ¡El bandido está desmayado! ¡Venid, rápido!

El señor Charreton llegaba a su vez, seguido de Jacques Bouvier, de Amelot, el viejo portero, y de Antoine Mallet, todos armados con espadas o con horcas. Algunos curiosos se acercaban también, ahora que todo había acabado.

Viendo que Louis sólo estaba contusionado, Guillaume lo dejó recobrar el ánimo y se acercó prudentemente hacia La Louvière, que no se movía. Su cabeza había chocado con el mojón y sangraba por la nariz. El exsoldado le dio una patada en las costillas y luego lo pinchó varias veces con su espada. El cuerpo no se movió. La Louvière estaba muerto.

—¡Guillaume! ¿Sois vos quien habéis disparado? —preguntó el señor Charreton.

—Sí, señor. Creo que alcancé a la mula; quise disparar a tiro fijo para no herir al niño.

La mula, tumbada en el suelo, se debatía entre estertores de agonía, extendiendo

en torno a ella las deyecciones de la cuneta.

—¿Conocéis a ese hombre? —preguntó el señor Charreton a sus criados y a los niños, así como a los curiosos que se habían acercado.

Guillaume lo había reconocido, pero no sabía qué decir. Notó que Gaston le apretaba la mano y permaneció en silencio.

—Es uno de esos bribones siempre en busca de un mal golpe —dijo un hombre—. ¿Os habéis fijado en la espada que lleva?

«Una espada de hierro», pensó Charreton empujando el cuerpo con el pie, una espada de espadachín. En el pecho, delante de su talabarte manchado, llevaba colgada una segunda espada. El muerto llevaba también guantes de cuero, y su sombrero de pluma había rodado por el lodo.

—Antoine —ordenó el señor Richepin a Antoine Mallet—, id a buscar a alguien de guardia en el Ayuntamiento. Vamos a transportar el cuerpo a la escalera patibularia del Temple.

—Nos queda más cerca el patio del despacho, señor —observó Guillaume.

—¡Su lugar es la escalera! —replicó secamente el señor Charreton, con los puños apretados.

En ese momento, el señor Fronsac, avisado por la señora Mallet, llegó a su vez, con una pistola de rueda en la mano. Le contaron la historia mientras la señora Richepin socorría a su marido, que estaba recobrando la conciencia.

La mula rebuznaba de dolor. Guillaume se acercó a ella y le cortó el pescuezo con la espada. Antoine ya se había ido y Amelot propuso ir a buscar a un descuartizador a la calle Vieille-du-Temple.

El señor Richepin, junto con los hermanos Bouvier y Mallet, agarraron de los brazos y las piernas el cuerpo desarticulado de La Louvière y volvieron al despacho acompañados del señor Fronsac, que llevaba a los dos niños de la mano. El notario los dejó a cargo de la señora Mallet y siguió su camino con los porteadores del cadáver hasta la escalera del Temple.

La calle de los Quatre-Fils se prolongaba por la corta calle de las Vieilles-Haudriettes. En el cruce de esta vía con la calle Saint-Avoye, que se llamaba también calle del Temple, se levantaba en efecto el tinglado de la escalera patibularia del Gran Prior del Temple.

Estas escaleras patibularias eran un vestigio de las antiguas justicias de las señorías de París. Había otra en la esquina de la calle Maire con la calle Saint-Martin; otra más en la plaza del atrio de Notre-Dame, delante del portal principal. Constituidas por maderas unidas entre las cuales se dejaban agujeros para pasar el cuello, las manos y, a veces, los pies de los criminales a fin de ofrecerlos de espectáculo al pueblo, tenían el mismo uso que las picotas. Se les llamaba, sin embargo, escaleras, pues la costumbre exigía que no pudiese haber otras picotas en una ciudad donde el rey tenía una: la picota principal de París, que estaba en la plaza de la Grève.

En esas picotas montadas en un estrado, los condenados eran a veces fustigados o recibían penas corporales, pero raramente capitales. La gente podía insultarlos, escupirles, y había quienes les lanzaban piedras y les reventaban los ojos.

La escalera del Temple era la picota de la justicia del Gran Prior. Allí no había sino ladrones o personas que hubiesen cometido violencia, y no con demasiada frecuencia, pues la justicia del Temple era bastante suave. La horca era alzada allí en raras ocasiones.

Ese día, víspera de la Anunciación, la escalera estaba vacía. Fue allí donde abandonaron el cuerpo, que el señor Charreton registró cuidadosamente; pero el bribón no tenía nada en sus bolsillos. Se había formado un tumulto de gentes que habían seguido a los cinco hombres. El señor Charreton explicó a la multitud lo que había pasado y pidió que nadie tocara el cadáver antes de la llegada de los arqueros de la patrulla. A continuación, prometió una recompensa a quien pudiese identificar al muerto y lo diese a conocer en el despacho de Fronsac.

—Ha habido numerosos raptos en París desde comienzos de año —explicó el señor Charreton al señor Fronsac, volviendo hacia el despacho—. Durante la Cuaresma, los secuestros de mujeres jóvenes por gentileshombres de la corte han sido tan frecuentes que el rey ha pedido al procurador general que persiga severamente esos crímenes.

—He oído hablar de ello, pero es la primera vez que cogen niños.

—Creo que se trata de una banda que trataba de obtener rescate. El despacho es rico y no puede más que atraer a los ladrones.

—Sin duda. ¿Cuándo actuará el rey para volver París más seguro?

—En todo caso, no lamento haber reclutado a Guillaume y a Jacques —dijo el señor Charreton tomando afectuosamente a los dos hermanos por el hombro—. Sin ti, Guillaume, Dios sabe lo que habría ocurrido.

Guillaume esbozó una sonrisa de apremio. Estaba dividido entre el deseo de decir la verdad acerca de aquellos individuos que habían intentado secuestrar a los niños y la promesa hecha a Louis de no hablar.

En casa, el señor Fronsac interrogó largamente a los niños. ¿Habían observado si los seguían? ¿Habían reconocido al segundo jinete y al que había ido a ayudarlo? A todas estas preguntas los niños respondieron de forma especialmente evasiva teniendo en cuenta que ignoraban lo que pretendían los bandidos y no querían hablar de lo que sabían.

Un capitán de la patrulla burguesa, acompañado de un oficial de policía de su barrio^[73], pasó un poco más tarde con dos arqueros. Hizo algunas preguntas, a las que nadie supo o quiso responder. El señor Charreton y el señor Fronsac ignoraban quién era el hombre muerto, y Guillaume y los dos niños aseguraron no haberlo visto nunca. El capitán concluyó que se trataba de uno de tantos intentos de secuestro que

había en la ciudad. Los arqueros se fueron para ir a buscar el cadáver y trasladarlo al Grand-Châtelet.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó Louis a su padre.

—Probablemente nada —respondió el señor Fronsac muy preocupado.

Pensaba que aquel intento de rapto sólo podía explicarse por una petición de rescate para su despacho, lo que implicaría reforzar todavía más la seguridad de la casa.

—¿Qué pensáis? —le preguntó a su suegro—. ¿Habrá investigación?

—Sin duda recibiremos la visita del comisario de barrio —respondió el señor Charreton frotándose la barbilla con la mano izquierda para marcar su perplejidad—. Pero sólo habrá investigación si la policía o la patrulla identifican a nuestro agresor, lo que me parece improbable. Si el comisario lo considera necesario, quizá abra una instrucción criminal y avise al procurador del rey, pero no lo creo. Los casos como éste son demasiado frecuentes, y, después de todo, ya se ha hecho justicia. Creo que este incidente no llegará al teniente civil ni al criminal.

—Mi padre era teniente en la compañía del preboste general de los mariscales de Rouen, señor, y las cosas me parecían sencillas entonces. Hoy hay toda clase de policía: la patrulla montada, la patrulla burguesa, los arqueros del Châtelet y los tenientes civil y criminal, los comisarios... ¿por qué es tan complicado? —preguntó tímidamente Gaston.

—Tienes razón, hijo mío, y precisamente porque hay demasiada policía y demasiadas jurisdicciones, hay tantos ladrones. Es muy sencillo: la policía se pasa el tiempo haciéndose la guerra a sí misma en lugar de perseguir a los criminales. Pero en tu enumeración te has olvidado de los prebostes de las señorías, como la del Temple, o los de las abadías, como la de Saint-Germain. Sin contar con el preboste de las Monedas, el gran preboste de Francia, o incluso el preboste de los mariscales de la Isla de Francia —añadió el señor Charreton.

—Con la excepción de las señorías, que siempre han tenido su propia justicia, la policía de París tenía su origen en la de los comerciantes —explicó el señor Fronsac—. Era la patrulla burguesa, que tiene también a su cargo la guardia de las puertas, pues desde siempre los burgueses han tenido el derecho de armarse para defenderse. Pero desde hace tiempo el rey establece el orden con la patrulla montada y el preboste de París, aunque hubo también una patrulla de los oficios que ha desaparecido.

—El preboste actual es el señor Louis Séguier, pero el cargo es sobre todo honorífico, aunque conserva el título de vizconde de París y tiene rango después del soberano y de los miembros del Parlamento. Desde Francisco I, las competencias de policía pertenecen a los tenientes civil y criminal, que imparten justicia en su nombre. El teniente civil, el señor Nicolas Bailleul, se ocupa de los asuntos de los servicios municipales, del comercio y de las sucesiones, mientras que el teniente criminal, el señor Michel Moreau, se encarga de castigar los crímenes cometidos contra la gente. Pero los más graves dependen siempre del teniente civil, que mantiene la prelación,

pues el teniente criminal es un magistrado de menor rango. Pese a ello, se enfrentan en continuas rencillas. Igual que los comisarios examinadores con puesto fijo, perpetuamente en guerra con los comisarios extraordinarios, un cargo más reciente creado por Francisco I. Toda esta gente se pasa el tiempo entablando procesos para establecer sus primacías en lugar de cazar a los ladrones. Por eso no tendrán tiempo para dedicarlo a nuestro asunto.

—¿Pero quién decide abrir una instrucción criminal? —preguntó Gaston.

—Toda queja presentada ante un comisario, o por el procurador del rey, puede dar lugar a una información o a una investigación cuyo proceso verbal dirige el comisario —explicó el abuelo de Louis—. El comisario es el primer juez, interroga a los acusados y escucha a los testigos, y luego decide o no proseguir.

—¿Y para los espías, señor? ¿Hay una policía específica?

El señor Fronsac alzó las cejas, sorprendido por la inesperada pregunta del joven Tilly. Fue el señor Charreton quien le respondió, siempre con la misma paciencia.

—El señor Laurent Testu, de la patrulla montada de París, está encargado del arresto de los correos de los agentes extranjeros. Dicen que para ello tiene el derecho de revisar la correspondencia que pasa por el control general de las postas.

Gaston hizo todavía otras preguntas, pero eran cada vez más incisivas, de modo que a los señores Fronsac y Charreton les costó cada vez más trabajo responderle. Finalmente, viendo que los ponía en aprietos, Gaston se excusó y Louis lo llevó a la cocina donde los esperaban. Las cocineras les habían preparado un tentempié reparador.

Al día siguiente, los dos niños pudieron hablar discretamente con Guillaume.

—Gracias por no haber dicho nada —empezó Louis.

—Os lo había prometido, señor —masculló el exsoldado—, pero habría sido mejor no haceros caso. Si hubiese hablado, un exento habría ido a su guarida y habría encontrado a los otros dos bandidos. Al menos estaríais tranquilos. ¿Quién nos dice que no volverán a intentarlo?

—Sabiendo que los han reconocido, no creo —intervino Gaston—. Y, además, seremos prudentes. Si hubieses llamado a la policía, habrían detenido al hermano de nuestro amigo.

—¡Menudo amigo! —refunfuñó Guillaume.

—Su hermano, el que estaba enfermo, nos aseguró que su hermano mayor era un valiente, aunque hubiese tenido sus más y sus menos con la justicia en el pasado. Nosotros le creemos.

Guillaume suspiró y no contestó. En más de una ocasión se había encontrado con gente como el tal Robert La Chesnay. Del tipo de hombres que te degüellan sin pestañear. ¿Qué relación tenía con la agresión de la que habían sido víctimas los niños?, se preguntaba con desconfianza.

Brett, despechado por su nuevo fracaso, se quedó aterrorizado durante tres días esperando que nadie lo hubiese reconocido y que La Louvière no hablase. El Viernes Santo se encontró por azar con Bianchi en el Puente Nuevo, donde el malvado bribonzuelo, hambriento, intentaba robar alguna bolsa. Le dio un escudo y Bianchi le comunicó la muerte de La Louvière. En cuanto al monje, había desaparecido con el coche.

Más tranquilo, Brett volvió al palacio de lord Carlisle para anunciarle su fracaso.

El embajador inglés no pudo recibirlo hasta el sábado por la noche, y con mucha prisa:

—Señor Brett, ¡paradlo todo! Su Majestad el rey Jacobo acaba de morir. Carlos, el príncipe de Gales, es nuestro nuevo rey. Aguardo instrucciones.

La noche del martes de la Anunciación, bajo un aire gélido recorrido por copos de nieve dispersos y un cielo ceniciento, Louis y Gaston volvieron al colegio de Clermont en carreta. El señor Mallet la conducía; el señor Charreton, armado hasta los dientes, iba sentado con los niños, y Guillaume seguía a pie con borgoñota, gola y coselete, como la víspera de una batalla.

La misma comitiva guerrera acudió a buscarlos dos días más tarde, la víspera de Viernes Santo. Helaba y, a su llegada, la señora Mallet les pronosticó en un tono abatido que las fiestas se presentaban fatal, pues el dicho bien decía:

*¡Helada de Viernes Santo
hiela el pan y el vino otro tanto!*

Sin embargo, al día siguiente el sol brilló, llevándose el frío. Pese a ello, y por orden del señor Fronsac, los niños tuvieron que quedarse en el interior de la casa durante esos dos días, a excepción de la misa mayor en Saint-Merry, cuando habrían preferido acompañar al señor Charreton y a Jacques hasta el final de la calle Saint-Honoré, a la feria de caballos de los suburbios, situada a lo largo de la vieja muralla, donde el abuelo de Louis iba a comprar otra mula para sustituir al pobre animal muerto por el disparo de Guillaume.

Tras haber permanecido encerrados durante dos días, los niños casi se alegraron de volver al colegio el martes.

El martes por la tarde era el día previsto para empezar las clases de griego, que sustituían a las de las Sagradas Escrituras. Los de sexto no hablaban de otra cosa. Los de quinto los habían avisado: el sacerdote que enseñaba griego era de una maldad exagerada. No toleraba ninguna debilidad y aplicaba la vara con igual liberalidad a nobles y plebeyos.

Si la mayor parte de los niños estaban inquietos, otros —los menos— se regocijaban. Éstos profesaban la creencia de que si no se poseía talento para aprender, los varetazos lo suplían. Los más duros explicaban incluso que era inútil trabajar: la letra con sangre entra. Los castigos corporales y el látigo hacían entrar el conocimiento en el cuerpo mucho más eficazmente que el trabajo en el cuarto, y se alegraban de tener un maestro brutal que les permitiese al fin acceder a los honores.

Así que los niños entraron en la clase en silencio y pálidos de terror. Gaston era sin duda uno de los menos preocupados, no porque desease ser golpeado para convertirse en más sabio, sino porque en la escuela de Tilly, el cura que le había enseñado latín le había enseñado también un poco de griego. Tenía, pues, buena base y algo de ventaja sobre los demás.

El padre Gregory gastaba una espesa barba y llevaba antiparras; tenía la nariz

corva y el mentón prominente y agresivo. Su indumentaria era de una limpieza dudosa. Subió a su cátedra con un junquillo en la mano, con el que dio unos golpecitos nerviosos en la barandilla de la escalera de madera.

—Mi misión es enseñaros la lengua de Homero —empezó con un ligero acento gutural—. Es una lengua difícil, pero os prometo que empezareis a leer a Píndaro antes de fin de año. Sin embargo, debo preveniros de que será duro, muy duro. Hay dos formas de aprender: o sufrís trabajando o sufriréis bajo el látigo... ¡Vos! ¡El de allí!

Señaló a un alumno de unos quince años en las últimas filas.

—¡Venid aquí!

El alumno cumplió la orden y se acercó en absoluto silencio.

—Esta semana seréis el presidente. ¿Veis esta vara?

La alzó para que la viesen todos.

—El primer día de clase está dedicado al alfabeto griego y a algunas palabras simples. A continuación os daré un trabajo que será corregido mañana por los cónsules y los decuriones. Los malos deberes recibirán cinco varetazos. Sois vos quien los dará. Designaré a otro alumno la semana próxima. Volved a sentaros.

Hizo una señal a uno de los jóvenes sacerdotes que lo asistían.

—Podéis distribuir las gramáticas a los internos.

Varias pilas de pequeños libros estaban dispuestas sobre una repisa y la distribución comenzó. Louis abrió el suyo tan pronto como se lo entregaron. Se titulaba: *Institutiones Linguae Graecae* y estaba escrito en latín, salvo, por supuesto, las partes de griego.

Por la noche, mientras iban al refectorio después de haber cubierto varias páginas de escritura en su *cubicula*, Louis descubrió con estupefacción al padre Southwell en la mesa de los sacerdotes, en compañía del rector del colegio.

El jesuita inglés cenó y luego se fue a la biblioteca, donde Louis lo vio mientras consultaba diccionarios de griego en compañía de Gaston y de Paul de Gondi, a fin de hacer sus primeros deberes.

Cuando Gaston reconoció a Southwell, se encasquetó profundamente su birrete en la cabeza y se instaló lo más lejos posible del inglés.

Más tarde, mientras subían a las habitaciones, los niños se cruzaron con el padre Nicolas Caussin, que discutía en el primer piso con un grupo de jóvenes sacerdotes. Louis dio un codazo a Gaston para señalárselo. Si Caussin y Southwell estaban presentes esa noche, le susurró, es que había prevista una reunión de conspiradores.

Después del trabajo en el dormitorio y las oraciones, los niños se acostaron. Una vez en la oscuridad, Louis aguzó el oído. Como no oyese nada, se deslizó bajo la cama y Gaston lo imitó.

Pero sólo el silencio subía del suelo. Louis estaba a punto de quedarse dormido en

el suelo cuando los primeros ruidos de arrastre de sillas y las primeras voces se dejaron oír. Los dos niños pegaron la oreja al suelo.

—Puesto que nuestro provincial acaba de llegar, podemos empezar —dijo la voz del padre Caussin.

—Lamento el retraso, amigo mío, pero estaba en el Louvre para oír las últimas noticias. ¿Os habéis enterado de la muerte del rey Jacobo?

Por el tono, Louis adivinó que se trataba del padre Cotton, el provincial de Francia.

—En este momento debe de conocer los tormentos del infierno —declaró Southwell severamente.

—Sin duda, sin duda —aprobó el rector—, pero esta muerte —aunque esperada, pues me han dicho que Jacobo estaba enfermo— sin duda aplazará el matrimonio. Tal vez incluso se suspenda, lo que sería un alivio para nosotros.

—Me temo que no, amigo mío —objetó el provincial—. Si he llegado tarde es porque esperaba ser recibido por monseñor el cardenal Richelieu, que estaba en audiencia con Su Majestad y lord Carlisle. Según el embajador, el rey Carlos piensa en una demora de algunas semanas por el duelo de su padre, pero desea que su matrimonio se celebre antes del verano. Por esa razón, he decidido esta reunión. Ahora debemos hacer una revisión completa de nuestro asunto. Pero antes deseo que abordemos dos temas que me preocupan más: saber si el padre Filleau ha podido identificar al que entró en esta sala, el otro día, y saber si el padre Southwell ha descubierto quiénes eran las gentes que querían matarlo, así como el niño que lo avisó.

—No he podido aclarar ese misterio, padre —aseguró Filleau—. He acabado por convencerme de que era un alumno demasiado curioso. Nada grave.

«¡Así que sabían que habían entrado en la sala!», pensaron los dos niños temblando. Menos mal que el rector no le había dado demasiada importancia. Si hubiese interrogado a los prefectos de cuarto, habría sabido al momento que aquel día ellos habían vuelto tarde al *cubicula*, y habría descubierto fácilmente que nunca habían ayudado a ningún sacerdote a llevar su equipaje. ¡Habían estado muy cerca de la expulsión!

Sin embargo, si Louis y Gaston hubiesen visto al provincial de Francia, habrían comprobado con inquietud que sacudía lenta y negativamente la cabeza, desaprobando visiblemente la poca insistencia que había puesto el padre Filleau en buscar la verdad.

—¿Y vos, padre Southwell? —preguntó a continuación.

—Yo igual, padre —suspiró el inglés—. Escondido en la casa profesa, como he estado, difícilmente habría podido llevar a cabo investigación alguna. Sin embargo, he reflexionado largamente sobre esas gentes que me esperaban. Sólo puede tratarse de espías ingleses o agentes del señor Testu, de la patrulla montada, cuya eficacia contra los espías españoles es legendaria.

—¿Y el niño que os avisó?

—Aparte del hecho de que era pelirrojo e iba vestido de clérigo, no sé nada más. No obstante, se me ocurre que podría ser un alumno de Clermont. Tal vez debería examinar a todos los pelirrojos de la casa.

—¿Pero cómo iba a saber un alumno de Clermont que iban a atacaros? Por otra parte, sólo podía haber sido un externo, dado que era jueves y los jueves todos los internos están de paseo. En cuanto a buscarlo ahora, ¡es demasiado tarde! —replicó severamente el rector, satisfecho de no ser el único en recibir las reprimendas del provincial.

De todas formas, Louis y Gaston sintieron miedo. ¡Si el padre Filleau se acordaba de que ellos habían salido ese día, estaban perdidos!

—Vuestra ignorancia es inquietante —declaró el provincial con voz cansada, aunque revestida de calma—. Es evidente que hay desconocidos tras nuestros pasos. Tal vez conozcan nuestros planes. No parecéis medir los riesgos. Tengo toda la confianza del rey y del cardenal Richelieu. El rey nos ayudará a construir nuestra iglesia, pero una palabra, una sola, puede provocar nuestra ruina definitiva. Escribiré de nuevo a Roma para pedir el abandono de este funesto plan, relatando pormenorizadamente los dos incidentes inexplicados. Ahora, padre Caussin, os cedo la palabra.

El aludido se aclaró la garganta y empezó con tono suficiente:

—Para calmar vuestros temores, padre, voy a retomar las grandes líneas del plan cuyo despliegue, excepción hecha de esos dos incidentes menores y, a mis ojos, sin relación, se ha llevado a cabo a la perfección. Todo empezó con la esposa de lord Carlisle, que tiene perpetua necesidad de dinero desde que se separó de su esposo. Dedicada sin cesar a la busca de asuntos, trafica con las confidencias de sus amigas y de sus amantes, que vende al mejor postor entre los diplomáticos extranjeros. Incluso se dice que el cardenal Richelieu recurre a ella a veces. Pero sobre todo es el conde de Gondomar, el embajador de España en Inglaterra, quien le compra sus informaciones. Fue él quien se enteró de que el conde de Carlisle está cubierto de deudas. Su fasto y prodigalidad lo han arruinado, y estaría dispuesto a todo por unas migajas de fortuna. Esta información llegó a oídos del padre Diego Antonio de Mendoza, quien concibió, con el acuerdo del primer ministro español, este plan tendente a arruinar toda confianza entre Francia e Inglaterra. El plan fue transmitido a nuestro propósito general en Roma, que lo ha respaldado.

—Ya sabemos todo eso, padre —observó secamente Filleau.

—Qué razón tenéis. Y siento haberme alargado tanto —se excusó el padre Cotton—. La idea de Mendoza era utilizar al conde de Carlisle para armar una trampa en el campo inglés —prosiguió—. Para ello, había que seducirlo con la posibilidad de enriquecimiento personal por medio de una historia creíble a sus ojos, pues lord Carlisle es un hombre especialmente desconfiado.

»El ardid concebido por el padre Mendoza es tan simple como el caballo de

Ulises: lord Carlisle recibiría doce herretes de diamantes de parte de los comerciantes de La Rochelle. Dichos herretes, prueba de amistad a cambio del sostén inglés a los hugonotes de La Rochelle, serían remitidos al duque de Buckingham, que se los ofrecería a la reina como un regalo de la Corona inglesa. Así, el duque podría hacer un presente valioso que no le costaría nada. En cuanto a la reina, llevaría forzosamente esas joyas la noche del baile celebrado con ocasión del matrimonio de la hermana de su real esposo.

»Sólo que los herretes estarían engastados con piedras falsas y nuestro embajador, el marqués de Mirabel, que estaría en el secreto, lo constataría públicamente. Villiers sería terriblemente humillado, la reina se sentiría molesta y el rey se pondría también furioso porque se le hubiesen regalado joyas de pacotilla a la reina de Francia. El escándalo que seguiría a esto sería mayúsculo en la corte y en toda Francia, e iría acompañado de una campaña de libelos sobre el asunto: ¿Cómo confiar en la palabra del rey de Inglaterra si ofrece a la reina de Francia joyas falsas?

»Esta alianza, que descansa en la confianza, se echaría a perder definitivamente. El enfado degeneraría aún más rápidamente porque nuestro embajador de España se acercaría entonces a la reina para ofrecerle unas joyas, éstas, sí, auténticas.

—Ya expuse mis consideraciones aquí mismo, amigos míos, y las reitero ahora —intervino secamente el padre Filleau—. Nada nos asegura que la reina lleve los herretes que le hayan regalado, sin contar con la posibilidad de que su joyero se dé cuenta de que los diamantes son falsos. Además, si por suerte —o por desgracia— el plan tuviese éxito, la reina sería juzgada responsable del escándalo. Conozco el carácter colérico y rencoroso del rey. Le echaría en cara haberse mostrado imprudente y haber llevado los herretes falsos. La reina Ana se arriesga a ser repudiada, dado que todavía no ha tenido hijos. ¿Su hermano el rey de España está enterado de todo esto?

—Según el padre Mendoza, habría aprobado el plan —replicó Cotton con voz dulce.

—Yo puedo confirmarlo —intervino el padre Southwell—. Encontré a nuestro general en Roma. Me aseguró que Felipe IV estaba conforme con el plan.

—En cuanto a las demás reticencias, padre —dijo de nuevo Cotton—, conozco bien a la reina, y todavía mejor a la corte, ese foco de irreligión donde sólo cuentan las apariencias. La reina posee ya doce herretes que su marido le ha regalado. Los de Villiers serán más bellos y la reina los llevará, estoy seguro, pues adora las joyas.

—¡Sea, pues! ¿Pero estáis seguro de que lord Carlisle no sospecha nada?

—Por completo. La persona que hemos enviado se ha hecho pasar por un comerciante de La Rochelle de nombre Samuel Forcadel. Le ha hecho creer que los propietarios de las plantaciones y negociantes ingleses de las Barbados y las islas del Caribe podrían apoyar una demanda de concesión que presentaría sobre todas las mercancías transportadas a las islas. Carlisle no ha podido resistirse a esta sugerencia. En cuanto a descubrir que los herretes son falsos, es casi imposible. El padre Southwell ha hecho preparar las monturas de oro en Holanda, y Mendoza le ha

llevado las piedras, que proceden del Perú y se parecen como una gota de agua a otra a los diamantes verdaderos. Sólo un joyero experimentado se daría cuenta de que se trata de piedras falsas. Suele ser el jaque a la reina el que provoca el mate —concluyó con suficiencia.

—Reconozco que lo habéis previsto todo —cedió el provincial con un tono visiblemente exasperado—. ¿Dónde están los herretes en este momento?

—Aquí. Los tengo conmigo —declaró Southwell—. El padre Mendoza había llevado las piedras al cortador de Ámsterdam que debía engastarlas la semana pasada; me las ha dejado en la casa profesa.

—No estaba informado de ese pormenor —dijo secamente el provincial de Francia.

—Os pido perdón, padre, pero un secreto compartido por dos personas ya no es un secreto. Oculté las piedras en mi jergón y, cuando me habéis hecho saber esta mañana que debíamos reunirnos, las he traído conmigo, pues no deseaba seguir guardándolas. ¿Tenéis forma de protegerlas aquí hasta que el padre que representa el papel de Forcadel vuelva a ver a lord Carlisle? —preguntó el jesuita inglés al rector—. El padre Mendoza desea que Forcadel ofrezca los herretes al conde lo más tarde posible, digamos dos o tres días solamente antes de la fecha del matrimonio, de forma que el embajador no disponga de mucho tiempo para examinarlas. Tan pronto como la fecha del matrimonio haya sido fijada, el señor Forcadel volverá a ver al conde para anunciarle qué día le confiará las joyas. Os las mostraré...

Se hizo un largo silencio. Sin duda el padre Southwell exponía los herretes ante ellos.

—En efecto, son admirables —reconoció el padre Filleau—. Los guardaré en la caja fuerte de mi gabinete.

—¿Estarán seguros? —preguntó Caussin—. ¿No estarían mejor en una caja de la casa profesa?

—El padre Mendoza no quería —explicó Southwell—. En caso de crisis, si tuviese lugar una investigación, más vale que nuestra casa de París se mantenga al margen.

—Lo apruebo —dijo Cotton.

—Así que seré el único responsable —ironizó el rector Filleau—. Pero estoy de acuerdo, por supuesto. Mi caja es sólida y las joyas estarán seguras.

Se oyeron crujidos de sillas desplazándose.

—Iremos juntos —decidió la voz del padre Cotton—. En las caballerizas del colegio nos espera un coche y en las cocinas deben de estar dos novicios para acompañarnos.

Se trataba del establo instalado un poco más arriba de la calle Saint-Jacques.

Se hizo de nuevo el silencio; luego Louis oyó más sillas arrastrándose y el chirrido de una puerta. Gaston y él se quedaron un momento acostados bajo la cama, pero no oyeron ningún otro ruido.

Los conjurados se habían ido y el padre Filleau había debido de retirarse a su habitación.

Los dos niños volvieron en silencio a su jergón. No intercambiaron una palabra, descorazonados por lo que acababan de saber. Ahora los tejemanejes de los jesuitas estaban claros. No había ningún proyecto de asesinato, sino una maquinación política sin crimen alguno. De todas formas, sería una operación de la que la reina sería la víctima.

«¡La reina!», pensó Louis antes de quedarse dormido. Una mujer que sólo conocía por su retrato pero que se parecía a su madre. Una mujer célebre en todo el país por su piedad y su bondad.

Decidió que debía avisarla.

Pero por más que le dio vueltas en su cabeza, Louis no vio ninguna posibilidad de acercarse a ella.

Entonces, pensó en la sólida caja de hierro empotrada en la pared con modillones que se encontraba en el despacho del padre Filleau, en el primer piso. Durante algunas semanas las joyas estarían allí.

Tras una agitada noche de pesadillas, en las que se mezclaban su maestro de griego armado de un látigo y los jesuitas conjurados que lo perseguían con herretes de diamantes, la primera mirada de Louis se dirigió al lecho de Gaston. Su amigo ya estaba sentado limpiándose las legañas. Todavía era de noche, pero se vislumbraba un débil resplandor por los cristales de las ventanas. El prefecto de cámara estaba encendiendo algunas velas de sebo colocadas en lámparas de grueso cristal.

Las miradas de los dos niños se cruzaron. Gaston bajó la cabeza para darle a entender que se acordaba de todo lo que había pasado. Pero ambos sabían que no podrían hablar antes del recreo de las ocho, pues hasta entonces estarían rodeados de gente.

Al volver de las letrinas y finalizar su aseo, se pusieron al trabajo. Louis copió sus deberes de griego después de habérselos hecho leer a Gaston. Los otros niños parecían desamparados ante el trabajo que les había puesto el terrible padre latigazos; Gaston les propuso ayudarlos. Clary aceptó, aunque también sabía algo de griego que su padre le había enseñado, y había hecho un buen trabajo. Thibert, el hijo del pañero, aceptó igualmente, así como Jacques Hérison. Gaston les corrigió algunas faltas y les sugirió que fuesen más cuidadosos con su caligrafía. Chazelles, Guillaume de Espoisses y Jehan Le Pontonnier rehusaron, y optaron por pedir consejo al padre Galliffet.

Hasta un poco antes del comienzo de la clase, Gaston y Louis no pudieron quedarse a solas en el patio. Para ello tuvieron que esquivar a Paul de Gondi y a Guillaume de Espoisses, que explicaban a Chazelles y a Jehan Le Pontonnier las consecuencias que tendría la muerte del rey de Inglaterra. Aunque Inglaterra quedase lejos, la muerte de un rey era siempre un suceso extraordinario.

Colocándose en un ángulo del patio, cerca del refectorio, desde donde podían vigilar a los que se acercaban a ellos, Gaston fue el primero en explicarse:

—He reflexionado esta noche, Louis. Aun sabiendo lo que sabemos, ¿qué podemos hacer? No he hecho más que darle vueltas esta mañana, mientras ayudaba a los demás, y no se me ocurre nada.

—¡Hay que avisar a la reina! —exclamó Louis.

—¡Sí!, ¿pero cómo? Nosotros no podemos acercarnos a ella.

—Hay que encontrar a alguien —insistió Louis.

—¿Aquí? No tenemos tantos amigos que frecuenten la corte —ironizó Gaston—. Paul de Gondi no va nunca, y apenas conocemos a Jacques de Montgomery...

—No sé... El padre de Paul, el general de galeras, parece que trata a Vicente de Paúl, el confesor de la reina... Podría advertirle.

—¡Estás loco! ¡Esas gentes son devotas! Tal vez formen parte del complot. Gondi no querrá mezclarse en ello.

—¿Y el conde de Moret? El hermano del rey seguramente se verá con ella alguna

vez.

—Sin duda, pero no se trata de verla, Louis. ¿Conoces el protocolo alrededor de la reina? ¡Nunca está sola! Aunque pudiésemos confiarnos sin riesgo a alguien, ese alguien no podría encontrarse con la reina sin testigos. Tiene siempre a su alrededor a sus damas de compañía, a la gobernanta de sus damas de honor, su azafata... ¡y muchísimas otras! Sólo los íntimos se quedan con ella en su alcoba o en su oratorio, y nunca son hombres. Necesitaríamos conocer a una mujer que fuese su amiga, como la señora de Chevreuse.

Louis permaneció en silencio. Aquello parecía imposible.

—¿Y tu abuelo no conocerá a una mujer que trate a la reina? No sólo las grandes damas están cerca de ella, también hay costureras, lenceras, peluqueras, sus secretarias, los que se ocupan de la fortuna y de sus bienes... Más de seiscientas personas están agregadas a su casa.

—No creo —suspiró Louis—. Y no tengo ganas de mezclar a mi abuelo en esta historia. Si sale mal...

—Entonces estás de acuerdo con lo que he dicho, ¿no podemos hacer nada! —decidió Gaston.

En ese momento del diálogo, Jehan Le Pontonnier y Jacques Hérisson se acercaron a ellos.

—Estáis conspirando desde esta mañana —bromeó el hijo del carnicero—. ¿Por qué no me hacéis partícipe del complot?

—¡No hay ningún complot! —soltó Gaston con brusquedad.

Durante el breve recreo antes de la clase de griego no hablaron de los herretes. De cuando en cuando, Louis miraba a la ventana del primer piso pensando que estarían allí, en el despacho del rector, sólo a unas toesas de ellos. ¡Qué rabia!

La clase de griego empezó por las preguntas. Como de costumbre, los decuriones interrogaron a su decuria y luego examinaron los deberes bajo la atenta mirada del padre Gregory, que señalaba con el dedo a aquellos cuyo trabajo le parecía insuficiente. Ésos fueron puestos aparte. Entre ellos, Chazelles y Jehan Le Pontonnier.

Después de las preguntas de los cónsules, hubo también dos decuriones castigados. Todos recibieron cinco golpes con la palmeta del presidente antes de ir a sentarse, humillados y con las nalgas doloridas. Algunos no pudieron contener las lágrimas.

Pero la lección había surtido efecto. El jueves por la mañana, antes del comienzo de la clase, Louis y Gaston estaban con Le Pontonnier, Gondi y Chazelles recitándose mutuamente la lección después de haber leído juntos los nuevos deberes. Fue en ese momento cuando Jacques La Chesnay se acercó a ellos corriendo. Llegaba de la entrada del colegio.

—Louis, Gaston, ¿podéis venir conmigo?

Sin esperar su respuesta, y sin ninguna explicación, los cogió a cada uno de una

mano para llevarlos a la entrada del colegio. Le Pontonnier, furioso por ser así abandonado, se quedó observándolos. Decididamente, se dijo, pasaba algo con aquellos dos que él no entendía. Se prometió a sí mismo que se enteraría de qué iba todo aquello.

La Chesnay los llevó al locutorio, pequeña pieza enrejada y oscura situada justo al lado de la portería. Un joven jesuita imberbe, prefecto de patio, vigilaba el paso y los dejó entrar.

En el locutorio, sentado en el único banco de la sala, esperaba Robert La Chesnay. Vestido con un sobrio hábito de terciopelo negro y sombrero recto con cinta a juego, habría podido pasar por un burgués de París o por un magistrado. Sus ojos claros se posaron en los niños cuando entraron y su rostro se iluminó con una sonrisa sincera. Se levantó:

—Habría querido venir antes para daros las gracias —dijo a Louis y a Gaston—, pero no he podido.

Louis no sabía qué decir. Estaba impresionado por aquel joven que había formado parte de una de las más temibles bandas de bandidos que Francia hubiese conocido, que había soportado la cuestión previa sin hablar y que, ahora, les daba las gracias con toda sencillez.

Gaston, que también estaba emocionado, balbució:

—Era lo normal. Jacques es nuestro amigo. Y, además, fue el señor Clary quien lo curó.

—No lo olvidaré —dijo el aventurero apretándoles afectuosamente las manos antes de dirigirse a su hermano—. Jacques, tienes mucha suerte de tener semejantes amigos. ¡Pocos hombres tendrían el valor de ir al Trou punais! ¡Consérvalos, hermano, los amigos son tesoros! Y cuídate tú también.

Abrazó a su hermano, los saludó con afecto y salió del locutorio.

Los niños volvieron al patio después de haberlo visto alejarse por el porche.

—Tu hermano iba vestido como un burgués —le dijo Gaston—. ¿Qué hace ahora?

—Trabaja en un negocio, se gana bien la vida —respondió evasivamente el pequeño becario—. Me ha dado un escudo de plata para que se lo entregue al rector para los pobres. Y algunos cuartos para mí, así como dos candelas y un libro de historia sagrada.

—Si no podemos prevenir a la reina, hay que impedir que Carlisle le dé los herretes.

Era Louis dirigiéndose a Gaston al acabar la confesión que había seguido a la misa. Todavía tenía su billete de confesión en la mano.

—¿Cómo? —dijo Gaston, abriendo los ojos como platos.

—¡Hay que robarlos! —decidió Louis a media voz.

La campana del almuerzo sonó mientras Gaston miraba a Louis asombrado y

como perdido.

Volvieron a hablar durante el recreo siguiente.

—Es el hermano de Jacques quien me ha dado la idea. No es muy difícil: basta con entrar en el gabinete del rector, abrir la caja fuerte y coger las joyas. Sin las joyas, todo el plan de los jesuitas se va al garete. No tendrán tiempo de fabricar otras.

—¿Y quién las va a robar? —ironizó Gaston—. ¿Nosotros?

—No. Un ladrón.

—¿Qué ladrón?

—Robert La Chesnay fue ladrón: tiene que conocer ladrones muy diestros. Podría encontrar a uno que entrase en el colegio y robase las joyas.

A Gaston la idea le parecía tan descabellada que sacudió varias veces la cabeza haciendo visajes.

—¡Supongamos que se puede hacer! —dijo sin embargo de mala gana—. Pero para eso tendríamos que contárselo todo a Jacques, y, suponiendo que nos crea, ¿por qué iba a aceptar ayudarnos? Y, luego, ¿cómo encontraríamos a su hermano? Será difícil pedirles a tus padres que nos autoricen a salir otra vez con Guillaume. Y aunque lo consigues, no olvides que el padre Filleau podría desconfiar y acordarse de que estábamos fuera el día en que avisé al padre Southwell. Además, tendríamos que hacer partícipe del secreto a Robert La Chesnay. Y, aun suponiendo que él nos encontrase a un hábil ladrón, ¿cómo iba a entrar en el colegio? ¿Cómo iba a llegar al despacho del rector? ¿Cómo iba a abrir el cofre? Todo esto es inviable.

—Tienes razón en las objeciones que planteas, pero hay que enfrentarse a los problemas uno a uno. Cada uno tiene su propia solución. A Jacques tenemos que contarle una historia creíble que se acerque a la verdad. Entonces le preguntamos cómo informar a su hermano. Tal vez venga de nuevo al colegio. En cuanto al robo en sí, después de todo, es el oficio de los ladrones: entrar en las casas de la gente y robar sus bienes. A nosotros poco nos importa cómo se haga. Sólo habría que saber si una caja fuerte como la que hay en el despacho del padre Filleau puede ser abierta por un cerrajero mañoso. Hérisson nos ilustrará sobre ese asunto.

Gaston permaneció silencioso. El asunto le parecía insensato. ¡Insensato pero terriblemente excitante! En La Chesnay y Hérisson tenían dos aliados, y ladrones hábiles en París los había a espaldas... La empresa de su amigo le parecía muy difícil de realizar, pero quizá no imposible del todo.

—De acuerdo —dijo—. Empecemos por Hérisson. Porque si él cree que la caja no puede ser forzada, es inútil ir más lejos.

—Ya sé lo que voy a decirle —dijo Louis sonriendo.

Se dirigió al hijo del cerrajero, que hablaba con Jehan Le Pontonnier. Gaston lo siguió.

—Jacques —le dijo, con voz contrariada—, unos ladrones se han colado en varias casas de nuestra calle la semana pasada. Mi padre está muy preocupado.

—¿Pero no nos habías dicho que tu padre tiene guardianes?

—Sí, pero está muy preocupado por las cajas fuertes del despacho. Si alguien se introdujese por la noche, ¿crees que podría forzarlas?

Louis empezaba a ser un experto en hacer preguntas indirectas sobre los temas que le interesaban.

—¿Quién iba a introducirse por la noche en tu casa? Nos has dicho que el despacho era una auténtica fortaleza —intervino Le Pontonnier.

—¿No has oído hablar del Lirón? —preguntó Gaston muy oportuno.

—No. ¿Quién es?

—Un ladrón muy diestro. Trepa por las fachadas como lo haría un lirón —explicó Louis—. Se introduce por los tragaluces y fuerza los muebles que tienen objetos de valor; luego se va por el mismo camino dejando tras de sí el dibujo de un lirón.

—¿Abre también las cajas fuertes? —preguntó Hérisson.

—Eso dicen.

—No sé qué decirte —dudó el hijo del cerrajero—, ignoro cómo son las cajas fuertes de tu padre.

—¿No son todas iguales? —preguntó inocentemente Louis.

—¡Por supuesto que no! Eso depende de la época en que fueron fabricadas y de quién las haya hecho.

—No sabía.

Louis pareció perdido. Luego, sonrió como si hubiese tenido una idea.

—Las cajas de mi padre son exactamente iguales a la que hay en el despacho del rector, ya sabes, esa caja de hierro empotrada en la pared bajo su ventana. Cuando vinimos a inscribirme, mi abuelo me dijo que era parecida a las del despacho.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces es fácil de abrir. Yo también me fijé en la caja del padre Filleau y mi padre se burló de él cuando se fue después de haberme inscrito. Es una caja de la época de Francisco I y yo mismo soy capaz de abrirla en unos minutos.

—¡Vaya! Entonces tengo que hablar con mi padre —aseguró Louis, visiblemente consternado.

—Yo también hablaré con el mío —dijo Le Pontonnier—. Nosotros siempre tenemos mucho dinero en casa. ¡Como se entere el Lirón!...

Esa misma noche abordaron al pequeño becario. Louis le dio las galletas que les habían servido de postre.

—Jacques —le dijo—, te necesitamos.

—Podéis pedirme lo que queráis —aseguró el niño.

—Primero tengo que contarte una historia de la que nos hemos enterado por casualidad, pero tienes que jurarnos por Dios que no lo comentarás con nadie.

Jacques abrió unos ojos como platos al ver el semblante grave de sus dos amigos y asintió:

—Lo juro por los Santos Evangelios.

—Gaston y yo sorprendimos una conversación entre los hermanos. Se trata de una maquinación cuyas razones ignoramos. Van a regalarle joyas a una dama de la corte. Ella las llevará a un baile, pero las piedras de esas joyas son falsas y se armará una buena. Se verá tan humillada que su marido la repudiará.

—¿Es una historia que os habéis inventado? —preguntó el niño sonriendo ingenuamente.

—No, Jacques —dijo seriamente Gaston—. Es verdad. Mi padre la conocía y ella no se merece eso.

—¿Vas a avisarla?

—¿Cómo? Está en la corte y no puedo acercarme a ella.

—Podrías escribirle.

—¿Y cómo estar seguro de que le llega mi carta y no la lee antes su marido?

—¿Es su marido el que ha montado esa maquinación?

—Sí —mintió Louis.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—No sé cuáles son los lazos entre los jesuitas y el marido de esa dama, pero las falsas joyas están ahora en la caja fuerte del rector.

—¿Estáis seguros?

Abría los ojos incrédulo.

—Sí.

—¡Pero yo no tengo la llave! —exclamó el niño riéndose, convencido de que se burlaban de él.

—Desde luego —convino Gaston—, pero hemos pensado que tu hermano podría conocer a alguien que fuese capaz de birlarlas. Si las roban, la dama se salva y el ladrón hará un buen negocio, pues podrá revenderlas fácilmente porque son de oro. Sólo las piedras son falsas.

Jacques los miró de hito en hito, aturdido y silencioso. ¿Hablaban en serio?, se preguntaba. Luego negó lentamente con la cabeza:

—¡Os estáis burlando de mí!

—No, Jacques —aseguró Louis con un nudo en la garganta—. Y tú eres el único que puede ayudarnos.

El niño se quedó silencioso, repentinamente serio. Sus amigos le pedían que participase en un crimen, algo que le repelía.

—¿Por qué el padre Filleau iba a ayudar a un marido a perder a su mujer? —preguntó al fin.

—Lo ignoro —respondió Gaston.

—¿Y vosotros cómo lo sabéis?

—Lo hemos oído a través de un tabique.

El pequeño becario los miró alternativamente, nada convencido. Louis se dio cuenta de la desconfianza, de modo que no tenía elección:

—Jacques, no te lo hemos dicho todo porque no quería que lo supieses. La

dama... es la reina.

—¿La reina? —se estremeció el niño.

—Sí. Comprenderás que queremos salvarla. Es muy bella y muy buena.

La Chesnay volvió a quedarse en silencio. ¡La reina! Sólo conocía de ella el retrato que se encontraba en el gabinete del prefecto de los becarios. Comprendió confusamente que sus amigos habían sorprendido un grave secreto. Y, sobre todo, que habían confiado en él contándoselo. Ahora él también formaba parte del secreto. No podía decepcionarlos.

—Mi hermano podría robar esas joyas para salvar a la reina —susurró.

—No queremos mezclarlo en esto —dijo Gaston—. Ya tuvo suerte escapando de los Rucios. Pensaba más bien que él podría proponerle el trabajo a otro capaz de cometer el robo.

—Mi hermano es un ladrón —gimió tristemente La Chesnay.

—Nos dijiste que no lo era.

—Os mentí. La verdad es que mi hermano no ataca ya a los caminantes nocturnos. Ahora trepa a las fachadas de las casas, entra de noche en casa de los ricos y se lleva todo su dinero. Sabe dónde encontrar y cómo abrir las cajas fuertes mejor escondidas y más sólidas.

Ahora eran Gaston y Louis los que estaban abrumados.

—Tenéis que haber oído hablar de él —dijo La Chesnay sonriendo tristemente—. Firma siempre sus trabajos con un dibujo.

—¿El Lirón? —murmuró Louis.

—Sí, es él —dijo el niño con una mezcla de vergüenza y orgullo.

—¿Crees que aceptará robar esos herretes?

—Si tienen valor, desde luego, es su oficio.

—¿Pero cómo vamos a avisarlo? ¿Te ha dicho si iba a volver a verte?

—No. Yo no sé nunca cuándo viene. Y, como ha venido hoy, no creo que vuelva a verlo hasta que acaben las clases. Tal vez para la velada de fin de curso, en agosto.

—Será demasiado tarde. ¡Pues tendremos que ir a verlo nosotros! —decidió Louis.

—¿Y cómo? —protestó Gaston.

—Saldremos del colegio por la noche.

—¡Estás loco!

—¡No hagáis eso! —se preocupó La Chesnay—. Os cogerán y os azotarán.

—No, si somos prudentes. Hérisson nos ayudará. Sabe abrir puertas.

—¡Es una locura! —masculló Gaston, pero sabiendo que le iba a encantar aquella expedición.

—¿Tu hermano está siempre en el Trou punais?

—Sí, vive allí. Pero aunque llegaseis a salir, es muy peligroso que circuléis por las calles de noche. Hay bandidos en cada esquina. Y, luego, está la patrulla. Si los arqueros os ven solos, os arrestarán.

—Tendremos cuidado. Somos pequeños y no nos verán. No durará mucho. Encontramos a tu hermano y volvemos. Nadie se dará cuenta de nada.

—Pongámonos en lo peor —propuso entonces Gaston—. Que el Lirón acepte robar los herretes, pero que lo cojan y hable de nosotros bajo tortura...

—¡No lo hará jamás! —afirmó el becario—. Ya os lo conté: le aplicaron la cuestión previa y no dijo nada. Hablar sería implicarme a mí también.

Durante todo el tiempo que discutían sin la presencia de los demás, Le Pontonnier, Chazelles, Clary y De Espoisses se habían reunido no lejos de ellos para preguntarse mutuamente la lección de gramática latina del día siguiente. De cuando en cuando, Chazelles lanzaba una mirada intrigada hacia el otro grupo.

—Tilly y Fronsac preparan algo —afirmó dirigiéndose a Jehan y señalándolos con la barbilla—. ¿No habéis observado que desde hace dos días se aíslan de nosotros, andan con secretitos y se callan cuando nos acercamos a ellos? —preguntó a los otros dos.

—No —respondió Clary, encogiéndose de hombros.

—Pues yo sí que me he fijado —aseguró el hijo del carnicero—. Ayer mismo lo comentaba. ¿A ti qué te parece que preparan? —le preguntó a Chazelles.

Esta vez fue el hijo del recaudador de impuestos quien se encogió de hombros al tiempo que su rostro componía un mohín de ignorancia.

—¿Y si es otro duelo? —propuso Guillaume de Espoisses.

—¿Contra quién? —preguntó Clary dubitativo.

—No lo sé. Quizá Rouville, otra vez...

—Deberías avisarlo —se burló Chazelles, dirigiéndose a Jehan—, te he visto varias veces con él estos días... ¡Os habéis vuelto muy amigos!

—Porque él me escucha —repuso el hijo del carnicero—. Por si quieres saberlo, fui a preguntarle si conocía un medio sencillo para que mi padre compre un cargo de secretario del rey. Después de todo, soy miembro de la cofradía de la que él es el jefe y debe ayudarme. Me ha prometido pensarlo.

—¿Él? —se burló Clary—. Si se propone hacer algo por ti, será para sacarte dinero.

—Lo juzgáis mal —aseguró Le Pontonnier alejándose.

Sonó la campana y se reunieron para subir a las habitaciones.

En el *cubicula*, Le Pontonnier permaneció distraído y apenas trabajó. Reflexionaba en las dos conversaciones que había tenido con Rouville, antes de Pascua.

—¿Tú convertirte en noble? —se mofó Rouville con desprecio cuando lo había abordado. ¡Estás soñando! Serás carnicero como tu padre y vas que chutas.

—Pero un comerciante o un burgués puede ser ennoblecido —había insistido—.

Están los cargos de secretario del rey.

—Eso ocurre —había confirmado el abad Sillery mirándose las uñas de su mano izquierda para comprobar su limpieza—, pero son únicamente gentes muy ricas quienes pueden comprar esos cargos, y, aun así, a veces son rechazados si son de baja extracción. En todo caso, dudo de que tu padre tenga los medios para ello.

—Concino Concini ha vendido cientos de ellos —había insistido.

—Y está muerto —replicó Rouville disimulando una carcajada.

Entonces, los jefes de la cofradía del Cuarto se habían burlado de él y se había ido lloriqueando.

Sin embargo, ese mismo día, al final de la tarde, cuando no se lo esperaba, el abad Sillery había ido a buscarlo en compañía de Adhémar de Rouville.

—Hemos pensado en tu petición, muchacho, y hemos decidido que no debes perder la esperanza. Después de todo, en tanto que miembros de la cofradía del Cuarto, tenemos el deber moral de ayudarte. Y tienes razón: muchos plebeyos fueron ennoblecidos por el cargo de secretario del rey, y no hay ninguna razón para que tu padre no lo sea. Sólo que hay que merecer ese ennoblecimiento.

Le Pontonnier no se había fijado en la mirada divertida de Rouville.

—¿Cómo hacer? —había preguntado con una mezcla de esperanza y gratitud.

—Tendrías que rendir un servicio inestimable a nuestra cofradía.

—Haré lo que queráis —respondió él.

—De acuerdo. Sabes que tus amigos Tilly y Fronsac han causado muchas molestias al señor de Rouville y al señor de Lauzières...

—Yo no estoy de acuerdo con lo que hicieron —tartamudeó.

—Ya lo sabemos, pero si de casualidad te enteras de algo del comportamiento de Fronsac y de Tilly, de alguna cosa reprensible, se entiende, y vienes a contárnoslo, estoy seguro de que el señor de Rouville podría utilizar las relaciones de su familia en la cancillería para intervenir a favor de tu padre. ¿Verdad, Adhémar?

—Seguro —había aprobado Rouville con una sonrisa glacial.

—Haré lo que me pedís, pero ¿sabéis cuál es el precio de esos cargos? —preguntó entonces el hijo del comerciante volviendo a la carga sobre su futuro noble.

—Hay toda clase de oficios de secretario del rey. La cancillería acepta a veces cartas de provisión en una corte de ayudas de provincia. Ésas no son muy caras —había respondido Rouville.

—¿Pero se es verdaderamente noble? —insistió Le Pontonnier temiendo un posible engaño.

—Por completo. Confieren una nobleza plena, entera y transmisible.

—Sólo que tendría que traicionar a mis amigos —dudó.

—¿Quién habla de traicionar? Se trata de avisarnos si preparan de nuevo algo prohibido, como el duelo en el que actuaron contra mí a traición. Piénsalo bien. Tu padre podría ganar un cargo y ser noble dentro de uno o dos años. Eso vale cualquier sacrificio.

Pensando en esta conversación, Jehan Le Pontonnier no sabía qué decidir. Si Louis y Gaston preparaban un nuevo duelo contra Rouville, es cierto que al prevenirlo le rendiría un servicio inestimable. Por ejemplo, ¿evitarle un nuevo brazo roto!

Pero, por otra parte, eso sería traicionar su amistad. Sin embargo, poco a poco, a fuerza de razonar, llegó a convencerse: no traicionaría nada puesto que nada sabía.

Después de todo, fue Chazelles el que se fijó en que Louis y Gaston se aislaban y Espoisses quien sugirió la idea de un duelo. No haría más que repetir lo que ellos habían dicho.

¿Traicionar a sus amigos? No. Todo el mundo los había visto confabulados en un rincón.

Al día siguiente, Gaston y Louis abordaron a Jacques Hérisson antes de la clase de gramática latina. Se reunieron los tres en un aparte.

—Jacques, te necesitamos para una cosa muy importante. Tenemos que salir del colegio.

—Imposible. Sabéis que el portero y un prefecto vigilan la entrada cuando llegan los externos.

—Lo sabemos. Por eso saldremos por la noche.

—¿De noche? ¿Habéis perdido el juicio? Además, todo está cerrado.

—Por eso te necesitamos. ¿Te acuerdas del pasadizo del que nos hablaste? El que comunica el patio con la calle.

—Sí. Está cerrado por los dos lados.

—Podrías abrirlos.

—¿Y si me pillan? Y en primer lugar, ¿qué vais a hacer fuera?

—No puedo decírtelo, Jacques —respondió Louis—. Pero has de saber que es por un asunto de honor. Pero cuanto menos sepas, mejor para ti.

—¿A quién vais a ver? ¿A alguna chica?

—A un hombre al que debemos avisar —sonrió Gaston—. Sólo él puede salvar a una mujer de la ruina y la vergüenza.

—¿Qué mujer? ¿La conozco?

—La conoces, pero no puedo decirte su nombre. Sin embargo, te prometo que un día, más adelante, te diré la verdad y no lamentarás habernos ayudado.

Hérisson se quedó silencioso.

Sonó la campana y se dirigieron a clase.

A Rouville seguía doliéndole el brazo, y, cada vez que le dolía, le recordaba el mal rato pasado. Y de ninguna manera contemplaba atacar de frente a Gaston de Tilly. Con su brazo agarrotado, sería imposible vencerlo.

Afortunadamente, había otros medios. Es lo que le había explicado su amigo el abad Sillery. El bobalicón de Le Pontonnier, con su extravagante deseo de salir de su

estado plebeyo, estaba sin duda dispuesto a traicionar a su padre y a su madre para lograrlo. Si le proporcionaba algunos hechos reprobables sobre Tilly y Fronsac, ya Sillery se encargaría de hilvanarlos para hacerlos condenar al látigo y —¿por qué no?— lograr que los expulsasen vergonzosamente.

Bastaba para ello con manipular hábilmente al imbécil del hijo del carnicero.

Sólo Adhémar de Rouville y Thémines de Lauzières sabían que el abad Sillery era vigía.

Como sabemos, la vigilancia de los alumnos del colegio la llevaban a cabo los prefectos: en primer lugar, los prefectos de cámara, pero también los de patio, los de capilla, los de refectorio y los de clase. Todos estos prefectos estaban a las órdenes del prefecto de estudios y del prefecto de los internos.

Mas, pese a su número, no era posible vigilar estrechamente a trescientos internos. También estaba la confesión, por supuesto, y los directores espirituales, a quienes algunos alumnos celosos denunciaban a sus compañeros. Pero era muy difícil saber si los delatores decían la verdad o sólo lo hacían por maldad. De manera que había otros vigilantes adjuntos al prefecto: los vigías, que eran elegidos por los jesuitas entre los alumnos.

No escogían para esta actividad de denuncia a los alumnos más brillantes, sino a los más devotos de la Compañía de Jesús, en general los abades o los futuros abades. Reclutados a partir de la clase de cuarto, esos vigías estaban encargados de señalar a los perezosos, a los libertinos, a los que leían libros prohibidos o incluso a los que se portaban mal de palabra o de obra.

Su elección era secreta. Era la condición de su eficacia.

Mientras Gaston y Louis charlaban con Jacques Hérisson, Jehan Le Pontonnier había abordado a Adhémar de Rouville, que estaba con sus dos compinches habituales.

Le Pontonnier les contó lo que sabía, es decir, no gran cosa: desde Pascua, sus amigos Gaston y Louis se aislaban. Sin duda preparaban algo, tal vez un nuevo duelo contra vos, le dijo a Adhémar.

Éste gimió.

—¿Contra mí? ¿Por qué? ¿Ahora qué quieren? ¡Yo no les he hecho nada!

—No lo sé —confesó Le Pontonnier, apenado—. Los únicos que están en el ajo son La Chesnay, un pequeño becario de séptimo, y Jacques Hérisson, que está en nuestro *cubicula*.

—¿Y por qué esos dos, si son Tilly y Fronsac los que preparan el duelo? —preguntó el abad con lógica.

—No sé. Trataré de enterarme y os lo diré.

—De acuerdo. Tráenos más información —aprobó el abad—, y te prometo que Adhémar no será un ingrato.

Le Pontonnier se alejó mientras Rouville se quedaba trastornado. ¿Un nuevo duelo? ¡Con su brazo dolorido! Aterrorizado, pensó un momento en pedir a sus

padres que lo sacasen de Clermont.

—Tranquilízate, Adhémar, no es un duelo —le aseguró Sillery cogiéndolo por el hombro—. Preparan otra cosa. ¿Te acuerdas de aquel alumno de retórica, Jean de Mally, al que vimos antes de Pascua y que también se interesaba por ellos, sobre todo por Tilly?

—Sí —dijo Rouville algo más tranquilo por el aplomo de su amigo—. Era extraño. Me hice muchas preguntas respecto a él.

—¿Qué quería realmente? Lo busqué varias veces y no lo he vuelto a ver. Creo que tiene algún secreto, alguna cábala que quiere descubrir de Gaston de Tilly.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Thémynes de Lauzières, que no entendía nada y no quería que se le notase.

—Utilizaremos a Hérisson y a La Chesnay. No los perderemos de vista en ningún momento. Yo vigilaré a Hérisson, y tú, Thémynes, te ocuparás de La Chesnay. Adhémar vigilará a Louis y a Gaston. Con la ayuda de Le Pontonnier, acabaremos descubriendo la verdad.

Los alumnos salieron de clase para ir a misa.

Después de la celebración, Jacques Hérisson se quedó en la iglesia, como muchos otros que esperaban para pasar a confesión. Los confesionarios se encontraban en el lado derecho mirando hacia el coro. Los niños esperaban en los bancos. Hérisson no lo había visto, pues la iglesia estaba muy oscura, pero el abad Sillery también se había quedado. Se había instalado en un banco al fondo y vigilaba discretamente.

Hérisson se confesó, cogió su billete y atravesó la nave. Se acercó a un hueco oscuro acondicionado en el espesor del muro y se coló en él tras verificar que nadie lo veía. Al fondo del hueco se encontraba la estrecha puertecita que había descubierto y que ya había abierto por curiosidad. Había preparado su ganzúa, la hundió en la cerradura y desbloqueó inmediatamente el pestillo sin hacer ningún ruido. Entonces abrió la puerta y pasó al otro lado.

Ahora se hallaba en un pasadizo muy estrecho iluminado por un tragaluz enrejado que daba a la calle Saint-Jacques. Al fondo, hacia la calle, una pesada puerta guarnecida de hierro estaba atrancada por una barra. Hérisson levantó la tranca y la posó en el suelo y luego forzó la cerradura. Se apoyó en la rabilla de la puerta y la entreabrió. El olor y el jaleo del exterior llegaron hasta él. Cerró. Ahora la puerta exterior estaba abierta y cualquiera podía entrar o salir del colegio. Por seguridad, volvió a colocar la tranca, que Gaston y Louis podrían sacar fácilmente. Se dirigió entonces hacia el otro extremo del pasadizo. Había otra puerta que daba al patio. También estaba cerrada con llave. La forzó pero no la abrió, pues había alumnos jugando en el patio y habrían podido verlo. Volvió hacia la puerta por la que había entrado, salió y la cerró con llave.

El abad Sillery había visto desaparecer a Hérisson. Lo había seguido y había observado que no estaba en el vano. La puerta estaba entreabierta. Había echado un vistazo y había visto al interno forzar la puerta exterior y levantar la tranca. Había

salido discretamente.

Cuando Hérisson salió de la iglesia, Sillery hizo lo mismo. Ignoraba hasta entonces la existencia de ese pasadizo, pero había entendido perfectamente que comunicaba con el exterior. Saliendo de la capilla, localizó entonces la puerta que daba al patio. Siempre la había visto cerrada, y adivinó que comunicaba con el pasadizo. Avanzó hacia el porche de entrada del colegio, pasó delante de la puerta y trató de abrirla discretamente. No encontró resistencia. Por tanto, no estaba cerrada con llave.

Lo había adivinado todo.

Gaston de Tilly y Louis Fronsac se disponían a salir del colegio por ese camino.

¡Ya los tenía!

Jacques Hérisson se reunió con Gaston y con Louis para contarles lo que había hecho. Iban a darle las gracias cuando los detuvo diciéndoles que, en adelante, no quería oír hablar de aquel asunto. Luego se alejó de ellos.

Louis decidió que saldrían esa misma noche. Esperar más era correr el riesgo de que alguien descubriese que las puertas habían sido abiertas.

Salir del *cubicula*, después de que todos se hubiesen dormido no representaba ningún problema. El dormitorio no estaba cerrado con llave y los pasillos estaban iluminados de noche por pequeñas lámparas de aceite instaladas en los nichos enrejados a lo largo de las paredes. Era una iluminación muy débil, pero permitía circular sin equivocarse de camino o tropezar con cualquier obstáculo. Siempre cabía la posibilidad de encontrarse con un sacerdote o con uno de los guardianes que hacían sus rondas regularmente, pero al oírlos tendrían tiempo de ocultarse.

En cambio, ignoraban si la gran puerta de entrada en la parte inferior de las escaleras, la que daba al patio, estaba cerrada con llave. Fueron hasta allí para examinarla discretamente: tenía dos gruesos cerrojos y una cerradura. Ojalá sólo estuviesen echados los cerrojos. Gaston pensó que era lo más probable. El mayor peligro que corría el colegio era el de incendio, y una puerta cerrada con llave significaba un gran riesgo en caso de siniestro. Gaston verificó también que los batientes se movían sin chirriar en sus goznes. Así era, pues el portero del colegio los engrasaba regularmente.

Pero había luna nueva. En el exterior, la oscuridad sería total. Una vez más, acudieron a La Chesnay, que les dio una de las candelas de sebo que le había llevado su hermano. Gaston guardaba un mechero en su baúl.

La expedición era, por tanto, viable. Pero tenían que contemplar un desenlace funesto: ¿qué les sucedería si los cogían?

Había dos posibilidades, consideró Gaston, que ya se había erigido en estrategia de la operación: o eran sorprendidos en el colegio por uno de los guardianes que hacían su ronda, o eran detenidos fuera. Sobre este último peligro, Louis no se

mostraba demasiado preocupado. Dos patrullas circulaban por la noche en París: la primera, la guardia burguesa, aunque en principio obligatoria para todos los *burgueses*, *villanos* y *vecinos* a razón de una persona por casa, había caído en desuso. Hacía años que su padre no era llamado, y enviaba a Richepin o a Mallet cuando el oficial del barrio se quejaba de su ausencia. Además, esa guardia se quedaba casi siempre en el Ayuntamiento y no hacía más que una ronda sumaria por los alrededores de la plaza de la Grève.

La segunda milicia era la patrulla montada —la patrulla real—, pero tenían tanto que hacer y sus efectivos eran tan escasos que raramente se cruzaba uno con ellos de noche. Aparte de que hacían tanto ruido que los verían enseguida.

En cambio, no sabían gran cosa de los vigilantes nocturnos del colegio.

Fue Gaston quien propuso a su amigo una idea para justificar su salida en caso de que los pillasen. Louis la encontró errada, pero no tenía otra mejor que sugerir. Fueron a la biblioteca para hablar con el padre Sirmond y luego tuvieron una nueva charla con Jacques Hérisson, que los escuchó sin prometer nada.

Un último temor intranquilizaba a Louis e hizo partícipe de él a Gaston: si los dos hombres que habían intentado secuestrarlos se encontraban en el Trou punais, ¿qué iban a hacer?

Gaston le contestó que seguramente eran buscados por los exentos del Châtelet y habrían dejado París. Y, en última instancia, pedirían ayuda a los dos taberneros. Pese a la pinta de truhanes, parecían ser amigos de los hermanos La Chesnay y los protegerían.

Ahora que el momento de la acción se acercaba, Louis tenía cada vez menos ganas de participar en aquella expedición que se le había ocurrido. Lamentaba amargamente haber hablado de ella a Gaston. Después de todo, ¿qué le importaban el futuro y el honor de la reina! Varias veces en la velada pareció dispuesto a proponer a su amigo renunciar, pero en todas ellas la expresión impaciente y animada de Gaston de Tilly se lo impidió.

Y a la inversa, Gaston, reticente al principio, era ahora un verdadero entusiasta del proyecto. Vivía la misma excitación que debieron de experimentar Teseo, Ulises y tantos otros héroes de la Antigüedad antes de partir a su expedición. Por primera vez, tomaba conciencia de lo que habían debido de sentir sus antepasados durante las cruzadas, la víspera de las batallas, y estaba seguro de que estaba hecho para la acción.

¡Jamás sería sacerdote!

Después de haber salido de su cuarto, mientras todo el mundo dormía, bajaron al patio con los zapatos en la mano para no hacer ruido. La débil claridad de las lámparas en las hornacinas les permitió correr los cerrojos de la gran puerta, que se abrió sin chirriar, como Gaston había previsto. Se encontraron en el patio. La oscuridad era total. La luna nueva empezaba dentro de tres días.

Por suerte conocían bien el camino hasta la capilla. A tientas, encontraron la puerta del pasadizo y la abrieron. Allí, volvieron a calzarse y se dirigieron al extremo del corredor, siempre en la oscuridad. Jacques Hérisson los había prevenido de que había una tranca en la puerta de la calle. Gaston sacó la vela de sebo que le había dado el pequeño La Chesnay y la encendió con su mechero. Levantaron la tranca, salieron y cerraron la puerta.

El olor a deyección les llegó a la garganta.

La calle Saint-Jacques, con el paso continuo de animales entre la puerta y la ciudad, era una de las más sucias de París. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de excrementos. La carreta que recogía el lodo de la calzada pasaba al comienzo de la mañana, así que el suelo debía de estar negro de cacas, aunque no lo distinguiesen.

Louis no había pensado en esto. Su vientre se encogió. El lodo lo impregnaba todo. Volverían con el calzado embadurnado de barro y la ropa irremediablemente sucia. ¿Cómo lo explicarían? Por la mañana su prefecto de cámara constataría sin asomo de duda que habían salido.

Al cabo de un minuto, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudieron ver que la parte alta de la calzada no estaba demasiado sucia y se pusieron en camino.

Todo estaba desierto. Uno detrás del otro, descendieron prudentemente la calle sin ver un burro a dos pasos, pegándose lo más posible contra las paredes para que nadie los viese. Gaston llevaba la vela.

Louis tenía tanto miedo que le castañeteaban los dientes. Si se encontraban con uno de esos bandidos de la corte de los milagros en busca de un mal golpe, ¿qué pasaría?

Debido a la oscuridad, no reconocían nada de la calle Saint-Jacques. Después de varias casas, llegaron a una hostería. En su patio, por encima de una puerta, se encontraba colgado un pabilo. Los ruidos que llegaban hasta ellos los tranquilizaron un poco. Por suerte, no había ni lluvia ni viento, que habrían apagado la débil candela que Gaston protegía entre sus dedos.

A pesar de todo, debían apresurarse. Cuando se hubiese consumido la vela, se quedarían a oscuras. Avanzaron más rápido, guiados por otros pabilos que percibían ante ellos, sin duda colocados delante de otras tantas posadas.

Al mismo tiempo, ponían cuidado en no acercarse al arroyo de agua sucia que fluía en medio de los adoquines. De vez en cuando alguien vaciaba sus bacinillas por

una ventana. Al menor grito, chasquido o crujido, se apretaban bajo un balcón, esperando a que cesase el ruido.

Oyeron no lejos de ellos al campanillero de ánimas que hacía su ronda agitando su campanilla y salmodiando con tono lúgubre:

—¡Despertad, gentes que dormís!, ¡rogad a Dios por las ánimas del Purgatorio! ¡Rezad!

Pese a su lúgubre invocación, les tranquilizó saber que estaba allí, no lejos de ellos, aunque no fuesen a esperar ninguna ayuda de él. Llegaron al fin a la altura del tratante de vinos que marcaba el comienzo de la calle de la Leña. A partir de esa encrucijada, pudieron ver un poco mejor, pues las tabernas tenían casi todas una vela de sebo o de resina en una linterna delante de la puerta. Pasaron la hostería del Poing d'or et de la Main d'argent, en la que había aún mucha gente. Tanta animación los tranquilizó un poco, pero Louis sabía que no habría más que tabernas sospechosas frecuentadas de noche por los truhanes.

Justo antes del porche que llevaba al Trou punais, varios borrachos salieron de una taberna. Presa de pánico, Gaston cogió a Louis de la mano y lo arrastró al callejón corriendo. Uno de los hombres los interpeló. Corrieron hasta el primer patio. Louis notaba cómo se le hundían los zapatos en el lodo pegajoso. Gaston apagó la vela y se ocultaron en un rincón, con las piernas temblorosas.

—¡He visto a unos niños entrar ahí! —gritó una voz aguardentosa.

—Sigámoslos —dijo otro—. Tal vez tengan unos cuartos.

—¡No se ve nada! —protestó un tercero.

—Deben de vivir ahí, larguémonos. Nos arriesgamos a un mal golpe.

Volvió el silencio. Al cabo de unos minutos, con el corazón batiéndole como un tambor, Gaston encendió la vela.

Descubrieron ante ellos un espeso charco de purín en el que estuvieron a punto de caer. Lo rodearon y tomaron el callejón hacia el segundo patio. Una gruesa rata negra se deslizó entre sus piernas.

No había llovido desde hacía varios días y el agujero pestilente del patio estaba casi seco, pero los olores —una mezcla de orina, boñigas y podredumbre— seguían siendo repugnantes. De piedra en piedra, atravesaron el patinillo triangular y alcanzaron la puerta de la taberna.

Llegados allí, se detuvieron y esperaron un rato con el corazón en un puño. Hasta ellos llegaba el ruido, las risas y el vocerío.

Gaston hizo acopio de valor, abrió la puerta y entró. Louis lo siguió.

La sala estaba llena y en la chimenea ardía un abundante fuego. Nadie pareció reparar en ellos. En cada una de las mesas, en las que estaba posada una única vela de sebo de cordero que humeaba, hombres y mujeres bebían, cantaban o bailaban. Algunos, acostados en el mismo suelo, sobre la paja, trataban en vano de conciliar el sueño. Fue entonces cuando uno de los dos taberneros, que llevaba un jarro de vino, los vio. Era el gordo rubicundo de grandes mostachos. Se dirigió hacia ellos hecho

una furia.

—¿Qué hacéis aquí, granujas? —refunfuñó.

—Venimos a ver a Robert, señor. ¡Es importante!

El hombre cabeceó de izquierda a derecha.

—¿Habéis venido solos? ¡Estáis locos! Robert está en su cuarto. Esperadme ahí, que os llevo hasta él.

Les indicó la puerta que debía de comunicar con la cocina y el resto del edificio. Fueron tranquilos, a pesar de todo, y satisfechos de haber llegado hasta allí. Mientras esperaban, limpiaron sus zapatos con paja y frotaron las manchas de sus medias. Menos mal que no habían llevado la toga.

El tabernero se volvió hacia ellos y les hizo una seña para que lo siguiesen. Entraron en una pieza oscura, iluminada por dos gruesas candelas de resina posadas en un candelabro de hierro. El otro tabernero, el calvo, picaba una mezcla de carnes verduscas y legumbres en una mesa de piedra.

—¿Qué hacen éstos ahí? —preguntó malhumorado a su compañero.

—Vienen a ver a Robert, los llevo junto a él.

Mientras hablaba, cogió una de las velas de resina.

Una escalera de gruesos peldaños de piedra, desiguales y desgastados por el tiempo, arrancaba del extremo de aquella cocina. La subieron. Arriba se extendía una especie de pasillo embaldosado donde varias de las baldosas estaban despegadas. Una escalera llevaba al piso superior. La subieron también hasta llegar a un corredor de madera mal escuadrada. No se veía ni jota. Louis se pegaba a la pared para avanzar. El tabernero llamó a una puerta y entraron.

Pasaron la puerta que el tabernero había abierto. Robert La Chesnay, de pie, los amenazaba con una pistola de rueda.

—¿Vosotros? —dijo, bajando su arma.

—Quieren verte, Robert. Están solos.

—¿Solos? ¿Venís del colegio?

—Sí, señor.

—Déjanos, François.

El tabernero bajó la cabeza en señal de sumisión y salió. El gesto no escapó a la mirada de Louis. Decididamente, Robert La Chesnay, pese a su juventud, era respetado en aquel lugar.

—Sentaos —les dijo, señalando el jergón colocado en un lecho de tablas, columnas y cortinas.

Obedecieron. La mirada de Louis recorrió el cuarto, ahumado por una linterna de sebo. Además del lecho, un simple marco de madera rodeado de una tela para paliar el frío del invierno, había una gran mesa de pino sobre la cual estaba posado un plano que no pudo descifrar. Un largo baúl de madera ocupaba toda una pared, y una daga, así como una larga cuerda enrollada, descansaban encima. En una percha estaban colgados una capa negra y un sombrero recto. Sólo había dos taburetes. La Chesnay

se quedó de pie.

—¿Mi hermano tiene problemas? —preguntó con inquietud.

—No —sonrió tímidamente Louis—, somos nosotros quienes los tenemos. Necesitamos vuestra ayuda.

El joven alzó una ceja inquisitiva pero permaneció en silencio.

—Confiamos en vos tanto como en vuestro hermano. Quizá nos hemos equivocado...

El ladrón permaneció impasible.

—¿Puede oírnos alguien aquí?

Robert La Chesnay se levantó, cogió la linterna y fue a la puerta que entreabrió. Examinó el pasillo, cerró la puerta y volvió a dejar la luz sobre la mesa. Louis observó con qué agilidad y silencio se desplazaba.

—No hay nadie —dijo.

—Sorprendimos una conversación que no debíamos haber oído —se explicó Louis—. Era el relato de una trampa. Van a regalarle a una dama de la corte joyas de gran valor. Las llevará a un baile, pero las joyas serán falsas. Alguien lo observará y se armará un escándalo. La dama será humillada.

Louis se calló, pero La Chesnay no se movió. El silencio duró un rato. Luego el ladrón preguntó:

—¿En qué os afecta a vosotros y a mí qué me importa?

—La dama es la reina —declaró Gaston.

—¿La reina?

Alzó una ceja.

—Sí —dijo Louis—. Es una trampa para estropear la alianza inglesa.

—Explicadme eso...

Louis repitió entonces con más detalle las conversaciones que había sorprendido y resumió brevemente lo que sabía de la alianza con los ingleses.

—¿Pero por qué venís a contarme esta historia? ¡A mí me importan un bledo la reina, los jesuitas y los ingleses! —exclamó Robert La Chesnay cuando Louis hubo terminado.

—Queremos ayudar a la reina —susurró Gaston.

—¡Allá vosotros! —dijo el ladrón con más acritud.

—Pensamos —se envalentonó Louis— que si alguien robaba los herretes, la reina no los tendría y no habría escándalo.

De repente, La Chesnay pareció a la vez interesado y contrariado.

—¿Dónde están?

—En una caja fuerte, en el colegio. La del padre Filleau.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Hablamos con Jacques y él... nos dijo... que vos erais el Lirón.

La Chesnay se quedó de piedra, pero, a pesar de la débil luz, Louis creyó distinguir un estremecimiento y una chispa de miedo, o de cólera, en su mirada.

—Mi hermano dice muchas tonterías —concluyó finalmente—. Ignoro quién es el Lirón.

De nuevo se produjo el silencio.

La Chesnay respiró profundamente, antes de añadir, intentando dominarse:

—Mi hermano mayor y sus amigos fueron torturados por haber cometido robos en el camino real. Hicieron justicia, pero yo, que no estuve en ninguno de esos robos, sufrí la cuestión previa. Rogué a Dios y fui declarado inocente. Mi hermano pequeño es un tonto y un inconsciente diciendo de mí esas cosas que podrían llevarme a la horca. Ya le diré yo un par de cosas. Estoy muy enfadado con él. Y os ruego que no habléis de este asunto con nadie. Si me acusan de ser un ladrón, ¡sabré que os habéis ido de la lengua!

Las últimas palabras sonaron como una amenaza.

Louis bajó los ojos. Sintió vergüenza, miedo y tristeza sucesivamente. Balbució:

—Os pedimos... perdón, señor. Creíamos... que... Hemos venido para nada. Jamás hablaremos de vos... Lo juramos sobre los Santos Evangelios.

—Acepto vuestra promesa —asintió Robert La Chesnay más amable—. Ahora decidme cómo habéis salido del colegio.

—Un amigo forzó una puerta que nadie conoce. Su padre es cerrajero.

—¡Os habéis arriesgado mucho!

—Sí, lo hemos hecho por la reina.

La Chesnay se levantó de su taburete y los miró alternativamente antes de decirles, sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha:

—La reina es como los demás. Vive a expensas de la pobre gente a la que torturan y cuelgan si roban una manzana.

—Dicen que es buena —la defendió Gaston—. Será tan humillada por el escándalo que su marido la repudiará. No se merece eso.

—¡Qué sabréis vosotros! Pero dejémoslo. Esta discusión es inútil. Voy a acompañaros.

Louis miró sus zapatos y sus medias manchadas.

—¿Tenéis un trapo para limpiarnos, señor?

—Os daré un trapo, pero os limpiaréis cuando lleguemos al colegio.

Fue hasta el baúl y revolvió en su interior.

—¿Qué más sabéis sobre esos herretes? —preguntó antes de sacar unos jirones de tela sucia.

—Son de oro, aunque las piedras sean falsas. Hay doce.

—Luego tendrían algún valor, pese a todo —dijo con una sonrisa enigmática acercándose a ellos.

Louis se dio cuenta de que Robert era el Lirón. Experimentó un sentimiento de alivio, pero decidió seguir haciéndose el engañado para informar mejor al ladrón.

—Sin duda, señor. Al menos el valor del oro de las monturas.

—¿Dónde está la caja fuerte del rector?

—En su despacho, señor. En el primer piso del colegio. Por la fachada del medio del patio, es una de las ventanas centrales, la tercera por la izquierda.

La Chesnay tomó su capa con afectada indiferencia, luego su sombrero. Deslizó la daga del baúl en sus calzas y cogió su pistola.

Todo aquello no había pasado inadvertido a Gaston, que se hallaba en un estado mental muy distinto del de su amigo. Si Louis estaba tranquilo ahora, él siempre había estado convencido de que Robert era el Lirón y de que quería engañarlos. También le preocupaba la idea de que los acompañase. Sólo Robert La Chesnay y su hermano sabían adónde habían ido. Si los encontraban con la garganta cortada en el arroyo, nada permitiría llegar hasta el asesino y el secreto de la identidad del Lirón estaría a salvo.

¿Cómo hacer para marcharse por las buenas?

—¡Coge mi farol, muchacho! —ordenó secamente Robert a Gaston—, y camina delante.

El niño obedeció, abrió la puerta y Louis lo siguió.

—¡Vamos! —ordenó el ladrón.

Bajaron los peldaños hasta la pieza donde se encontraba el tabernero calvo.

—Vamos por allí —ordenó el Lirón—. Evitaremos la sala común. Es más discreto.

«Y así nadie nos verá salir con él», se dijo Gaston abriendo la puerta. Ante él se abría un corredor negro como la noche.

—¡Muévete, venga! —ordenó Robert con tono colérico.

¿Adónde llevaba ese corredor?

Avanzaron con Gaston delante, Louis detrás y Robert cerrando la marcha.

El corredor era estrecho y parecía adaptarse a la forma de varios edificios. Giraba a veces en ángulo recto y olía a orina. Llegaron a una bifurcación de donde rezumaba un reguero de agua sucia.

—¡A la derecha! —ordenó La Chesnay.

Gaston obedeció y continuaron hasta la puerta cerrada. Entonces La Chesnay avanzó. Tenía una llave que hizo girar en la cerradura y abrió la puerta. Se encontraron fuera. Su guía cerró cuidadosamente la puerta.

A continuación subieron la calle de la Leña. A aquella hora, la mayor parte de las tabernas habían cerrado y escaseaban los pabilos encendidos. Gaston caminaba en cabeza, llevando el farol, que iluminaba algo más que la bujía de sebo de la ida. Era una caja de hierro cuyos cuatro lados estaban hechos de gruesas lentes de cristal.

—¡Deteneos y vaciad vuestros bolsillos! —rugió de repente una voz de ultratumba que sobresaltó a los niños.

Gaston se detuvo aterrorizado. Una sombra surgió de un rincón. El filo de un arma brilló a la luz del farol.

De repente, Robert La Chesnay se encontró al lado de Gaston. Empuñaba la pistola en la mano derecha.

—¡Lárgate! —gritó.

La sombra se pegó a una esquina.

—¡Sigamos! —dijo Robert, en el tono del que ha cazado una mosca.

—¿Y si nos encontramos a la patrulla, señor? —preguntó tímidamente Louis.

—Conozco las horas a las que pasa —respondió el antiguo miembro de los Salmonetes y los Rucios. A estas horas están en el Puente Nuevo.

Gaston respiró esperanzado. La Chesnay habría podido abandonarlos a los ladrones, que les habrían jugado una mala pasada; no lo había hecho, luego no quería su muerte. ¿O sería que prefería matarlos discretamente?

Subieron la calle Saint-Jacques. Louis iba ahora de la mano de Gaston, de nuevo inquieto. Robert caminaba al lado de ellos.

—¿La puerta seguirá abierta? —preguntó.

—Si no ha venido nadie, sin duda, señor. Es la antigua casa que los sacerdotes compraron para hacer aulas.

—¿Se puede pasar fácilmente por allí?

—No, hay una tranca del otro lado.

—Entonces, incluso forzándola, ¿no se puede entrar si está la barra?

—Sí, señor.

—¿Adónde da?

—Hay un pasadizo que desemboca en el patio, y otra puerta que se abre en la capilla.

Llegaron finalmente sin impedimento hasta la famosa puerta. Robert les tendió el trapo que había llevado y ellos se limpiaron los zapatos lo mejor que pudieron, así como las suelas. La puerta seguía abierta y los niños entraron.

—¡Ni una palabra sobre mí! —repitió Robert apoyando el índice amenazador en el pecho de Louis.

—¡Jamás, señor! Tenéis mi palabra.

—¡Y la mía! —afirmó Gaston.

Sacó su vela, que encendió en la mecha del farol antes de devolvérselo al ladrón.

A continuación, cerraron la puerta tras ellos y colocaron la tranca evitando hacer ruido; luego siguieron el pasillo y abrieron la otra puerta, la que daba al patio.

El patio estaba iluminado por dos grandes antorchas. Se encontraban allí, como tenebrosos espectros, el padre Filleau, el padre Galliffet, el padre Louis Cellot —el prefecto de estudios— y Pierre Thibeuf, el portero del colegio, que tenía un farol.

El corazón de los niños dejó de latir. ¡Todo había acabado para ellos!

—Os esperábamos —anunció Filleau con voz glacial y mirándolos airado—. ¡Señores, sois unos insensatos y vais a pagar muy cara vuestra audacia! El padre Galliffet os llevará a la habitación de respeto, donde pasaréis la noche. Habrá un consejo de disciplina mañana por la mañana. Os aconsejo que imploréis toda la noche la misericordia del Señor.

Los dos niños siguieron al padre Galliffet y al portero, que hacía tintinear el

manejo de llaves de su cintura como un auténtico carcelero. En la esquina del patio, frente a la capilla, se situaba una puerta que sin duda bajaba a los sótanos. Era la que Hérison no se había atrevido nunca a franquear. Thibeuf utilizó dos llaves distintas para abrirla.

Los empujó al interior iluminándolos con su farol. Había una docena de escalones que bajaron hasta llegar a una bodega, que el portero iluminó con gruesas velas en nichos enrejados con sendas cerraduras que cerró cuidadosamente con otra llave. Las llamas vacilantes conferían al lugar un aspecto todavía más siniestro. Había un jergón en el suelo. Louis vio entonces que las paredes estaban completamente pintadas. Demonios negros, a veces alados, con cabeza de rata o de cerdo, armados con horquillas o con picas, pinchaban a los hombres y a las mujeres que dormían; otros transportaban cuerpos con sus garras; otros asaban o cocían en voluminosas marmitas a pobres pecadores con los ojos desorbitados. Por todas partes había monstruos que arrancaban cabezas y brazos humanos para devorarlos. Era una visión de horror.

Estaban en la cámara de los suplicios.

Al despertar, los internos del *cubicula*, descubrieron las camas vacías de Louis y de Gaston. Clary, preocupado, fue junto al padre Galliffet, que le respondió secamente que los señores de Tilly y Fronsac estaban castigados y encerrados en la cámara de las meditaciones.

Hérisson se percató de inmediato de que los habían pillado. Pero ¿había sido antes de dejar el colegio o a la vuelta de su expedición?

—¿Desde cuándo están allí, padre? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Desde esta noche.

—Pero ¿qué van a comer, padre?

—¡Ayunarán! —replicó el jesuita con cólera—. Han cometido una maldad de tal gravedad que su castigo será ejemplar. A no ser por uno de los vigías, bendito sea, que avisó al rector, no habríamos sabido nada de su crimen.

—¿Podemos ir a verlos, padre? —preguntó Hérisson en un susurro.

—¡De ninguna manera! Y os ruego que no sigáis hablando de esos bribones. ¡Preparaos en silencio y bajad enseguida a las letrinas, si no queréis reuniros con ellos!

El padre Galliffet, después de haber recorrido la habitación con una mirada colérica para comprobar que nadie tomaba partido por los ausentes, salió para ir a los apartamentos de los otros internos del piso.

Jacques Hérisson volvió a su cama y se vistió demudado. Todo se atropellaba en su cabeza. Pensaba en sus amigos encerrados en aquel calabozo de los suplicios, en lo que iba a sucederles y, sobre todo, en lo que Gaston le había dicho la víspera: cómo actuar si los pillaban, y quería ayudarlos. Pero el hijo del cerrajero, entre la espada y la pared, tenía miedo. Las piernas le temblaban, no tenía valor para enfrentarse con el rector. Por otra parte —se justificaba—, nadie lo iba a creer, puesto que los sacerdotes sabían que él era amigo de Gaston y de Louis.

Los otros niños se habían reunido en torno a Clary y cuchicheaban sobre aquel increíble acontecimiento. Finalmente, el grupo al completo se acercó a Hérisson:

—¿Sabes lo que ha pasado? —preguntó Clary.

Hérisson sacudió la cabeza negativamente sin mirarlo.

—¡Pues ayer estuviste con él todo el tiempo! —lo contradijo Le Pontonnier—. Estoy seguro de que te dijeron lo que iban a hacer.

Hablaba alto. El motivo de su agresividad era que temía ser la causa del castigo de sus amigos.

«¿Quién era ese vigía que los había denunciado? —se preguntaba preocupado—. ¿Sería Rouville o uno de sus compinches?»

—¡Yo no sé nada! ¡Dejadme en paz! —les soltó Hérisson dándoles la espalda y reprimiendo un sollozo.

Tras el paso por las letrinas, y luego de decir sus oraciones, se sentaron a su mesa

de trabajo, pero ninguno tenía ánimos para hacer nada. Incluso Chazelles se preocupaba por la suerte de Louis Fronsac, al que no apreciaba. Los niños del cuarto tomaban conciencia de que formaban una especie de familia y de que la ausencia de dos de los suyos sería una herida que los haría sufrir durante semanas si no lograban salvarlos.

Bajaron a desayunar y a continuación Clary, Le Pontonnier y Chazelles se encontraron en el patio tratando de hallar argumentos para convencer a Hérisson de que hablase. Paul de Gondi y La Chesnay, avisados, se habían reunido con ellos.

Pero Jacques Hérisson, finalmente, había reflexionado y fue él quien se acercó al grupo. Estaba decidido a decirles lo que sabía.

—Gaston y Louis querían salir esta noche —les explicó.

—¿Salir? ¿Del colegio? —exclamaron todos, petrificados de horror.

Gondi sacudió la cabeza, incrédulo. Clary esbozó una mueca dubitativa. En cuanto a Le Pontonnier, estaba a punto de hacer una réplica burlona cuando Hérisson los hizo callar:

—¡Ni una palabra! ¡Nadie debe saberlo! Ni siquiera sé lo que han descubierto los hermanos.

—Por el prefecto de refectorio me he enterado de que esta mañana se reunirá un consejo para juzgarlos —intervino Gondi—. Entre tanto, están encerrados en la cámara de las meditaciones.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó La Chesnay, desesperado, pues se sentía culpable de haber enviado a sus amigos junto a su hermano Robert.

—¡Nada! —respondió Clary—. Serán azotados por el presidente y sin duda expulsados del colegio como medida ejemplar.

Ante aquella certeza, nadie habló durante un rato; luego Hérisson les confesó:

—Gaston me pidió que, si los cogían, fuese a ver al rector y le dijese que era una apuesta entre él y yo.

—¿Por qué? —preguntó Clary.

—No sé lo que iban a hacer fuera, y nunca quise saberlo, pero pensaba que podría justificarse diciendo que yo lo había desafiado a salir.

—¿Y por qué ibas a provocarlo? ¡Eres su amigo! —exclamó Gondi.

—Es lo que yo le dije. Que los hermanos jamás me creerían.

—Habría dado resultado si hubiese sido una provocación de Rouville —reconoció Clary tras un instante de reflexión—. Eso los curas se lo habrían tragado.

—¿Qué clase de desafío teníais pensado? —preguntó Chazelles—. ¿Sólo salir?

—No. Ir hasta San Julián y recitar allí la oración de los viajeros. Fronsac tenía que acompañarlo como testigo.

—Esperemos hasta saber cómo transcurre el consejo —propuso Gondi—. Sabremos algo más antes de comer.

Fue el portero quien los sacó de la sala de meditación. Dos horas antes, les había llevado un pan de centeno gris, de corteza dura y áspera, así como un vaso de agua. Lo siguieron en silencio, con las piernas temblorosas y el corazón latiendo desbocado.

La gran sala del consejo estaba amueblada con veinticuatro sillones de roble macizo cubiertos de tafilete negro y con una larga mesa de mármol. En la pared, un gran crucifijo de plata y un retrato de Ignacio de Loyola eran los únicos elementos decorativos.

No todos los asientos estaban ocupados.

El rector se sentaba en el medio, ante la mesa y frente a los niños. A su izquierda se encontraban el padre Southwell, luego el padre Cellot —el prefecto de estudios—, el padre Gregory, el padre Ambroise —el prefecto de los internos— y finalmente su prefecto de cámara, el padre Galliffet. A la derecha del rector se hallaban el padre Camus —su maestro de gramática latina—, el padre Sirmond —el bibliotecario— y luego su director espiritual: el padre Amyot, Nicolas Caussin y, finalmente, Louis de La Salle, el profesor de Sagradas Escrituras. Casi todos habían adoptado una expresión dura y hermética. Sólo el padre Sirmond y el padre de La Salle tenían aspecto abatido.

El portero dejó a los niños de pie y salió. Ambos llevaban su birrete respetuosamente en la mano.

—Nos hemos reunido aquí para decidir la sanción contra los señores Fronsac y de Tilly, que han cometido una de las más graves e inexcusables faltas para un interno del colegio —empezó el rector, cuyos ojos despedían chispazos de cólera—. Habéis salido después de apagar las luces y vuelto un poco antes de medianoche. En primer lugar, vais a explicarnos cómo habéis abierto las dos puertas por las que habéis pasado.

—Un criado de mi casa me enseñó a forzar cerraduras, padre —respondió Gaston, antes de que Louis tuviese tiempo de hablar.

—¡Qué infamia! —exclamó el padre Filleau con un movimiento de repulsión.

Que un niño supiese actuar como un ladrón lo indignaba, pero más todavía el hecho de que él mismo hubiese sido incapaz de descubrir un alma tan negra.

—Desde luego, habéis preparado con tiempo esa expedición —supuso—, puesto que teníais una vela y un mechero en el bolsillo.

—Sí, padre —admitió Gaston, incómodo porque el padre Southwell no le quitaba el ojo de encima.

—Ahora, explicadnos adónde fuisteis...

—Hasta San Julián el Pobre, padre —intervino Louis.

Los jesuitas parecieron sorprendidos, algunos intercambiaron algunas palabras a media voz. Southwell miraba a los niños con creciente interés.

—¿Por qué? —preguntó el padre Caussin.

—Era un desafío, padre —balbució Gaston—. Una estúpida bravata que lamento.

—¿Un desafío? ¿Qué clase de desafío?

—Una apuesta con algunos de nuestros compañeros. Yo dije que era capaz de salir por la noche, ir a San Julián, decir la oración y volver. Louis tenía que ser mi testigo.

—¿Qué oración? —preguntó Southwell disimulando ahora una sonrisa de intriga.

—Los viajeros que llegan a París recitan una oración en San Julián para encontrar hospedaje —le respondió el bibliotecario—. Es una tradición que tiende a desaparecer.

—¿No habéis encontrado nada mejor para justificaros? —inquirió el padre La Salle, su profesor de Sagradas Escrituras.

—Sin embargo, es cierto que ayer los señores de Tilly y Fronsac vinieron a pedirme el texto exacto de la oración —intervino de nuevo el padre Sirmond girándose hacia él.

—Comprobémoslo —propuso el padre Caussin con una mirada pérfida—. Señor de Tilly, recitadnos vuestra oración.

—Señor, que has vuelto insigne por su virtud hospitalaria al bienaventurado Julián, tu piadoso mártir, te imploramos, nosotros tus servidores, pero que, por sus méritos y su intercesión, te dignes conducirnos hacia un hospedaje conveniente y que plazca a tu divina majestad —salmodió Gaston.

Los hermanos se miraron visiblemente asombrados. No se esperaban aquello. ¿Toda aquella historia podía resumirse en una estúpida apuesta? El semblante de Caussin incluso revelaba una pizca de irritación. No era lo que esperaba, desde luego.

—¿Visteis el altar? ¿Podéis describírmelo?

—Entramos con el campanillero del toque de ánimas, padre —mintió Louis—. Hay dos altares, uno dedicado a la Virgen y otro a San Agustín.

El padre Filleau se mesó la barba como para calmar sus dudas. En ese momento, el padre Southwell, que estaba a su izquierda, le susurró unas palabras al oído. El rector bajó la cabeza y luego transmitió a su vez las palabras a su vecino de la derecha, el padre Sirmond, que también asintió.

—Señores, vais a volver a vuestra celda. Más tarde se os informará de mi decisión.

El padre Galliffet se levantó para ir a buscar al portero, que se llevó a los dos niños.

Los sacerdotes se quedaron solos.

—¿Y bien, hermanos? —preguntó Filleau.

—No sé qué pensar —dijo el padre Camus apartando las manos para marcar su indecisión.

—Yo les creo —decidió el padre Sirmond—. Tengo mucho afecto a los señores de Tilly y Fronsac. Son excelentes alumnos, de mente viva y abierta. Pero al señor de

Tilly le hierve la sangre. ¿Recordáis el duelo? Es perfectamente capaz de haber aceptado un desafío estúpido.

—Yo soy de la opinión contraria —replicó Caussin—. ¡Mienten!

—Pero vos no los conocéis, padre —saltó Galliffet—. Yo los tengo en mi *cubicula* desde hace un año. Pocas veces he visto tan buenos alumnos. Siempre dispuestos a ayudar a sus compañeros.

—¿De qué duelo habláis? —intervino Southwell.

—El joven Tilly desafió a caña a un chico de cuarto, un joven noble como él que lo detesta. Fronsac fue su testigo. Y los dos pequeños vencieron a los mayores. El señor de Tilly le rompió un brazo a su adversario.

—¿Y no fueron expulsados? —se asombró Southwell.

—Tendrían que haberlo sido —se lamentó Filleau—. No habríamos llegado a esto si hubiésemos sido más severos. Pero el conde de Moret intercedió por ellos, así como algunos jóvenes de primera nobleza. Se habría producido un escándalo y preferí evitarlo.

Southwell bajó la cabeza en señal de aprobación.

—Ese Tilly parece tener una mente calenturienta. ¡Un chico de una audacia temible! —exclamó el padre Caussin.

—Es cierto, pero también brillantísima, como su amigo Fronsac, que es un chico serio, reflexivo y fiel, muy metódico, y con un gran sentido del honor tratándose de un plebeyo.

—Es cierto que son excelentes alumnos —reconoció el profesor de Sagradas Escrituras.

—¡En efecto! —aprobó el padre Gregory—. Sobre todo el señor de Tilly, en eso estamos de acuerdo.

—Los oiré en confesión —decidió el padre Amyot—, y conoceré la verdad.

Apenas fueron encerrados los niños en el calabozo, el padre Southwell fue a verlos.

Cuando el portero hubo salido, el inglés se apoyó contra la pared y los miró largamente antes de decir:

—Señor de Tilly os he descubierto.

—¿Cómo, padre? —preguntó ingenuamente Gaston.

El padre tendió un dedo acusador:

—¡No mintáis, muchacho! Hace dos meses, delante del Petit-Châtelet, soltasteis estas palabras a mi espalda: «Padre Southwell, hay unos truhanes que quieren matarlo esta noche en la hostería».

Tilly abrió la boca para protestar, pero Louis se lo impidió:

—Es verdad, padre —reconoció con franqueza.

—Sospechaba que se trataba de un alumno de Clermont —dijo Southwell con una falsa sonrisa—. ¿Por qué me habéis dicho eso?

—Estábamos con un criado de mis padres —explicó Louis—. Teníamos una autorización de salida aquella tarde por un problema familiar. De camino, nos detuvimos un rato en el Puente Pequeño a mirar los titiriteros. Gaston sorprendió entonces una conversación entre algunas personas que no conocía y que estaban cerca de nosotros. Sólo pronunciaron unas pocas palabras, pero muy inquietantes. Repite lo que oíste, Gaston.

—Sólo oí las palabras del que estaba cerca de mí, padre. Dijo algo así como: «Llamaré a su puerta pretextando que llevo un mensaje del padre Cotton, el provincial de Francia. Me abrirá confiado y vosotros lo golpeáis. Luego lo sacamos por la ventana».

—¿Y luego? —preguntó Southwell reprimiendo un escalofrío de inquietud.

—No sabíamos qué hacer, padre —explicó Louis apartando los brazos en señal de evidencia—. Le pedí a Guillaume, es nuestro criado, que esperase un poco. Como aquel hombre hablaba del padre Cotton, supusimos que a quien querían sacar por la ventana sería a un jesuita y que podríamos avisarlo para evitar un crimen. Luego, los hombres se alejaron y, al cabo de unos instantes, os vimos llegar. Os conocíamos del colegio. Pensamos inmediatamente que era a vos a quien querían, y Gaston decidió avisaros.

—¿Pero por qué huir luego?

—¡Teníamos miedo, padre! Nos habríais pedido que os mostrásemos a esa gente, que tal vez iban armados, y habría una escabechina. Somos niños, padre, y Guillaume sólo un criado. Él también tenía miedo.

Southwell se tragó la explicación. Miró fijamente a Gaston, que bajó los ojos, luego a Louis. Era posible...

—Describidme a esos hombres.

—Dos tenían pinta de bandidos, padre. Uno era moreno y el otro granujiento. El de los granos no hacía más que moverse y saltar. Iban armados con espadas. Había también un monje inquietante. El que habló parecía el jefe. Iba vestido como un burgués o como un gentilhombre poco afortunado.

—¿Podía ser inglés?

—No, padre. Hablaba francés.

Southwell se quedó silencioso. ¿Bandidos? ¿Un monje? ¿Un gentilhombre? ¡Era incomprensible! Pero fuesen quienes fuesen, era a él a quien querían aquellos hombres, y, sin estos niños, estaría muerto o en cualquier calabozo.

Como ellos en este momento.

Tenía una deuda con ambos.

—¿Vuestra salida nocturna tiene relación con este incidente?

Louis abrió la boca y puso cara de estupefacción.

—No, padre, como os hemos dicho, era un desafío. Fue como con el duelo, y lo sentimos de verdad.

—Me he enterado de que os habíais batido contra unos chicos mayores. Tenéis la

sangre caliente. Habréis de corregiros.

—Sí, padre —dijo humildemente Gaston.

Southwell los miró de nuevo buscando leer la verdad en su rostro. Pero los niños parecían amedrentados.

—¿Habéis vuelto a ver a los hombres que querían hacerme daño?

Louis se vio sorprendido por la pregunta y dudó un segundo. El jesuita comprendió que había hecho la pregunta acertada.

—¡Habéis vuelto a verlos! —afirmó.

—Sí, padre —confesó Louis—. Intentaron secuestrarnos.

—¿Qué?

La estupefacción dejó a Southwell boquiabierto.

—Algunos días más tarde, cuando mi abuelo y nuestro criado nos llevaban a casa, dos jinetes nos salieron al paso en la calle de los Quatre-Fils, justo delante de nuestra casa. Nos agarraron en el caballo y trataron de meternos en una carroza que esperaba más lejos. Otro de nuestros criados, un exsoldado, estaba en ese momento en la ventana comprobando un mosquete. El arma estaba cargada y disparó a la mula que montaba uno de los hombres que agarraba a Gaston. Ése cayó a tierra y el otro escapó. Gracias a eso nos salvamos.

—¿El padre Filleau lo sabe?

—No, padre.

—¿Estáis seguros de que eran los mismos hombres?

—Sí, padre. Debieron de reconocer a Gaston. Cuando os avisó, llevaba la toga y el birrete de interno. Gaston es pelirrojo, y debieron de encontrarnos fácilmente en Clermont.

El jesuita bajó la cabeza en señal de aprobación.

—¿Qué ocurrió con el hombre al que derribó vuestro criado?

—Está muerto, padre. No hubo investigación, salvo un exento que nos hizo algunas preguntas.

—¿Qué habéis dicho a vuestros padres?

—Nada, señor. No quisimos meterlos en esto. Mentimos diciendo que nunca habíamos visto a esa gente.

Estaban aterrorizados. De nuevo Southwell se calló. Sus enemigos estaban dispuestos a todo. Incluso a torturar a unos niños para averiguar la verdad. Pensarían que aquellos dos estaban a su servicio.

Se estremeció ante la idea de lo que habría podido ocurrirles por su culpa. ¡Les debía más que la vida!

—Os haré otras preguntas más tarde, hijos míos. Incluso en confesión. ¿Entendido?

—Sí, padre.

Southwell abrió la puerta.

—No intentéis salir. El consejo volverá a reunirse. Esperad aquí y tened confianza

—añadió, esta vez con una sonrisa sincera.

El inglés encontró al rector en su despacho. Estaba en compañía del padre Caussin y les hizo un relato pormenorizado de la conversación que había mantenido con los niños.

—Padre Filleau —explicó cuando hubo terminado—, les debo la vida a esos niños. Tal vez todos nosotros les debemos la vida: si ellos no me hubiesen avisado, me habrían cogido. Ignoro quiénes son mis enemigos, pero me inclino por la patrulla montada, que debe de sospechar de mí. ¡Quién sabe si bajo tortura yo no habría hablado! En ese caso, a estas horas estaríamos todos aherrojados en el fondo de una mazmorra del Grand-Châtelet o de la prisión de la Conserjería. Mi decisión está tomada. Dejaré París mañana para refugiarme en Roma. El resto de nuestro asunto puede desarrollarse sin mí. Antes de partir, daré instrucciones al hermano que hace de comerciante de La Rochelle y le llevaréis los herretes a nuestra casa de la calle Saint-Antoine. Sin embargo, he de solicitaros una gracia personal antes de desaparecer: sed indulgentes con los dos niños. Arriesgaron sus vidas por fidelidad a nuestra sociedad. Pocos niños habrían actuado así.

El rector apartó las manos en señal de buena voluntad. Él también estaba impresionado tras enterarse de lo que Southwell les había referido.

—Habéis hecho bien abogando por su causa —aprobó a su vez el padre Caussin—. Creo que en efecto son dos jóvenes valientes. Pero tendremos que estar ojo avizor con ellos, sobre todo con Tilly, que no será un buen sacerdote para nuestra compañía si no logra dominar sus impulsos.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Era el secretario del rector, un joven jesuita.

—Padre, un niño desea hablaros, dice que es importante.

—No tengo tiempo. Decidle que vuelva mañana.

—Me ha pedido que os diga que sabe por qué el señor de Tilly ha actuado como lo ha hecho.

Los tres jesuitas se miraron, asombrados; luego el rector dijo:

—Hacedlo pasar.

Chazelles entró en la pieza, con el birrete humildemente en la mano.

—¿Señor Chazelles? —lo interpeló el rector—. ¿Qué tenéis que decirnos?

—Yo... quería confesar mi falta, padre.

Tragó saliva.

—Yo no soy amigo del señor de Tilly, y como no nos llevamos bien, el otro día le solté que, por mucho que presumiese, no sería capaz de salir una noche del colegio.

—Seguid...

—Era una bravata, padre. Se lo tomó como un desafío. Me dijo que incluso iría

hasta San Julián a recitar la oración para explicarme que estaba hecho de una pasta distinta que yo...

El silencio se hizo en la estancia. ¡De modo que Tilly y Fronsac no habían mentido! Tilly había reaccionado sin reflexionar, como ya había hecho con el duelo. Todo aquel asunto se resumía en una chiquillada.

—¡Id a confesaros! —ordenó el rector.

Chazelles bajó la cabeza humildemente y salió.

—Reunamos el consejo —decidió el padre Filleau— y tomemos una decisión. Padre Southwell, ¿podéis quedaros todavía una hora? Enviaré a uno de los nuestros a la casa profesa para que venga a buscaros en carroza. También os daré algo que llevaréis...

La reunión del consejo fue rápida. Sin la presencia de los niños y, por supuesto, sin abordar la intervención de Gaston en el asunto del padre Southwell. El rector hizo un resumen de la confesión de Chazelles y pidió el parecer de todos los miembros del consejo. El padre Galliffet se manifestó tranquilo:

—El joven Chazelles detesta a Fronsac y a Tilly desde el día en que fue azotado —explicó—, por lo que no me sorprende que los haya desafiado. Le leeré la cartilla para que no vuelva a suceder nada parecido.

Los otros sacerdotes abogaron unánimemente por una cierta indulgencia, pues el castigo marca a los niños para siempre, aun cuando, como precisó el padre Cellot: «La vergüenza es el más poderoso acicate para hacer el bien». Southwell y Caussin opinaron lo mismo, lo que permitió al rector mostrarse clemente aceptando que los dos niños no fuesen expulsados. Quedaba por determinar el castigo y decidir si serían azotados.

De nuevo fue el portero el encargado de llevar a Gaston y Louis a la sala del consejo para escuchar la sanción.

El rector les explicó primero que el joven Chazelles se había acusado reconociendo haber desafiado al señor de Tilly, lo que no disminuía la gravedad de su falta, pero permitía al menos ver que no había habido malignidad.

Los niños disimularon lo mejor que pudieron su estupefacción con los ojos bajos y el rostro contrito.

El padre Filleau prosiguió comentando así la sanción:

—No seréis expulsados ni azotados. Pero vuestro castigo será largo, duro y humillante. Hasta el final de las clases, serviréis en el refectorio y haréis todas las tareas domésticas. A continuación comeréis de pie y no en la mesa de los becarios, y limpiaréis solos el refectorio y las cocinas. Vuestro castigo será anunciado esta noche, en que se dirá que habéis intentado salir del colegio, pues nadie debe saber que lo

habéis conseguido. También Chazelles deberá callar. Haréis cada noche retractación pública en mi mesa, en voz alta. Por último, seréis privados de la salida de los próximos festivos, San Marcos, San Felipe y Santiago^[74]. En cuanto a vuestros maestros, les he pedido que os pongan más deberes que a los demás alumnos. Hasta fin de curso, quiero que no tengáis ni juegos, ni descanso, ni tiempo libre. Ahora el padre Amyot os oirá en confesión.

Era de noche cuando el Lirón abrió la puerta de la calle que daba al pequeño pasadizo que comunicaba el patio del colegio. A primera hora de la tarde, vestido con un traje de colegial y tocado con un bonete que disimulaba sus cabellos, Robert La Chesnay había entrado con los externos. Una vez en el patio, había examinado la puerta del pasadizo que comunicaba con la calle, así como la fachada del primer piso del edificio central. Había mantenido su birrete bien calado, temiendo únicamente que su hermano o sus amigos lo reconociesen.

Habiendo comprobado que no podía abrir la puerta del patio sin llamar la atención, había ido a la capilla, donde varios internos esperaban para la confesión. Una vez allí, reparó rápidamente en la puerta del vano, la que daba sin duda al pasadizo. Cuando ya no quedaban alumnos en la capilla se deslizó hasta el hueco, forzó la cerradura y pasó al pequeño corredor.

Había quitado la tranca y se había quedado allí durante las dos horas de clases. Al sonar la campana, volvió a la capilla, echó un último vistazo a la ventana central del primer piso y luego salió tranquilamente con los externos. Supuso que era poco probable que alguien fuese a comprobar durante la noche si la barra seguía en su sitio.

Era noche cerrada cuando el Lirón atravesó el campo, pero estaba acostumbrado a la oscuridad. Había llevado consigo dos pértigas de casi una toesa y, en un saco de tela, unos cuantos palitroques. Antes de dejar el pasillo, a la luz de una vela, había enastado las dos pértigas la una en la otra, con la ayuda de un tubo de hierro, para deslizar luego en agujeros regularmente practicados en las pértigas, los palitroques del saco. El conjunto formaba así una especie de escalera rústica semejante a un inmenso rastrillo.

Apoyándola en la fachada, se puso a subir con una sorprendente agilidad, sirviéndose a veces de las molduras y las rejas de las ventanas para no perder el equilibrio. Con la mano izquierda logró aferrarse a la cornisa del edificio y con la otra, los pies bien afirmados en uno de los peldaños de la escala, desató una cuerda que llevaba a la cintura. En su extremo tenía un gancho enfundado en tela que lanzó sobre el balcón de hierro forjado de la ventana. Al primer intento, el gancho se inmovilizó sin ruido sobre la barandilla. El Lirón se aupó entonces fácilmente hasta la

ventana.

Con una daga de acero de Toledo, llegó con holgura a forzar el bastidor de la ventana, que se abrió sin ruido. Penetró sin dilación en el despacho del rector.

La estancia estaba a oscuras. A tientas, Robert La Chesnay encendió una bujía de cera que sacó de un bolsillo y, protegiendo la llama con una mano para que no se viese desde el patio, exploró el lugar.

Descubrió de inmediato la caja fuerte fijada sobre sus modillones y se agachó para examinarla. Era una vieja caja de mecanismos gastados y herrumbrosos. Sacó unas ganzúas de hierro que introdujo en la gruesa cerradura y logró soltar los pestillos con facilidad.

La caja contenía una bolsa de escudos, papeles y varias cajas de madera y hierro. Las abrió todas. Algunas contenían objetos litúrgicos, otras algunas joyas u objetos preciosos y, otras, simples libros.

Ni rastro de los herretes de diamantes.

La información de los niños era falsa. Tras un instante de duda, cogió el saco de escudos y se lo ató a la cintura. Luego, alumbrado por la bujía, examinó cuidadosamente la pieza, abrió las puertas de un armario y sacó los cajones de la mesa del rector.

En vista de que no encontraba nada más, volvió a la ventana, salió y se deslizó a lo largo de la cuerda que había dejado correr por la barandilla de hierro del balcón. Al llegar abajo, tiró de ella y la enrolló al hombro; luego desmontó la escalera e hizo el camino en sentido inverso.

Al día siguiente, a la apertura de las puertas, se dirigió a la capilla abierta. Algunos alumnos y varios sacerdotes oraban ante el altar. Forzó en silencio la puerta que se abría al pasadizo, se introdujo en él, devolvió la barra de cierre a su sitio y volvió a salir tomando la precaución de cerrar con llave. Como las puertas del colegio no estaban cerradas todavía, abandonó el lugar ante la mirada sorprendida del portero.

El padre Filleau observó por la mañana que la ventana de su despacho estaba entreabierta, pero apenas prestó atención. Hasta la tarde no se dio cuenta de la ausencia del saco de escudos, cuando el procurador de los internos acudió a buscar dinero para pagar al hortelano que los proveía de legumbres.

Filleau reaccionó, primero, desconcertado, y luego, acordándose de la ventana, comprendió que le habían robado. Entregó una pequeña suma —que llevaba en la sotana— al padre César Pallu antes de ir a examinar la ventana tan pronto como el procurador hubo salido. Distinguió perfectamente las huellas de una hoja. Muy nervioso, fue inmediatamente al pasadizo que habían utilizado Gaston y Louis para salir del colegio y ordenó al portero que lo abriese. Se preguntó si el robo tendría relación con la expedición de los dos niños.

Pero la tranca estaba en su sitio, así que nadie había pasado por allí. Se fue más tranquilo.

Sea como fuere, había hecho bien en pedirle al padre Southwell que se llevase los herretes.

Cuando volvió a su despacho, descubrió al lado de la caja fuerte un pequeño dibujo que representaba un lirón.

Pese a los castigos y deberes suplementarios que los abrumaban, pero que habían aceptado de buen grado porque el peor de sus miedos era que los expulsasen, Louis y Gaston pensaban cada día en el Lirón, preguntándose si habría cometido el robo. Gaston sostenía que, si éste hubiese tenido lugar, se habrían enterado por el revuelo suscitado. Louis no estaba tan convencido. Primero, el rector no abría la caja todos los días, objetó, y si el Lirón no había dejado huella...

—Olvidas —le había replicado Gaston— que deja siempre el dibujo de un lirón. Los sacerdotes habrían hablado de ello a la fuerza.

En realidad, el rector había ido inmediatamente a ver al padre Cotton después de haber descubierto el dibujo del lirón y éste le había pedido que guardase el robo en secreto; había que evitar que se supiese que era tan fácil entrar en un establecimiento de los jesuitas. En cambio, al portero se le requirió para que comprobase las entradas de los externos y varios jóvenes sacerdotes tuvieron que hacer frecuentes rondas durante el día.

Louis y Gaston apenas tenían tiempo libre. Entre su labor de criados y los deberes, sus jornadas eran extenuantes. Además, tan pronto como los veía hablando despreocupados con sus amigos, el padre Galliffet los interrumpía ora con un castigo, ora con algún trabajo suplementario.

No obstante, tuvieron oportunidad de darle las gracias a Chazelles, a quien Gaston prometió su amistad. El hijo del recaudador de impuestos vertió algunas lágrimas y ya no los abandonó, al igual que Le Pontonnier, cuya traición nadie había descubierto, y los demás compañeros de *cubicula* a los cuales se unió Paul de Gondi, muy orgulloso de tener amigos tan audaces, además del pequeño La Chesnay. La compañía de los Seis se había convertido en la compañía de los Diez.

A Jacques La Chesnay, Gaston y Louis llegaron a hacerle un breve resumen de la entrevista con su hermano, pero el niño sabía tanto como ellos acerca de si el Lirón se había introducido o no en el colegio. Hérisson pidió también perdón a Gaston por no haberse denunciado, mas, para su sorpresa, fue Tilly quien le agradeció el haber actuado con tanta perspicacia. En caso contrario, Chazelles no los habría ayudado y los habrían cazado.

Louis había escrito a sus padres que no podría salir por la Ascensión, pues su amigo Gaston y él estaban castigados. No se extendió en los motivos del castigo, pero sabía que su padre y el señor Charreton conocían suficientemente la dura disciplina

de Clermont para no juzgar su castigo deshonroso.

Fue el último domingo de abril cuando vieron a Robert La Chesnay. Ese día, como todos los domingos, la capilla se abría para los residentes del barrio que deseasen asistir a misa. Fuera, una violenta lluvia había transformado las calles en torrentes y la capilla se había convertido en refugio para los que trataban de permanecer secos. Tanto era así que una verdadera multitud se apretujaba en el interior. En semejante desorden, el padre Galliffet no pudo vigilar estrechamente a Gaston y a Louis como acostumbraba. Jacques fue el primero en ver a su hermano de pie en la entrada de la capilla. Le hizo un gesto y luego le señaló a sus amigos. Como faltaba sitio, los alumnos se apretaron y muchos de los parroquianos del barrio se sentaron con los internos. Había espacio en el banco que ocupaban Jacques y sus amigos. El Lirón se deslizó entre ellos. Tenía a Louis a su izquierda.

—Fui adonde me dijisteis —murmuró entre dientes cuando la misa hubo empezado.

—¿Encontrasteis los objetos?

—No había nada.

Louis digirió la respuesta y dejó que la misa se desarrollase. ¿Habría entendido mal? No, se acordaba perfectamente de las palabras empleadas por los conjurados. Luego cayó en la cuenta de que el padre Southwell había desaparecido el día que habían pasado ante el consejo. Tal vez se hubiese llevado las joyas consigo.

El Lirón siguió la misa con mucho recogimiento. Fue a comulgar y, justo antes del final, deslizó algunas palabras al oído de Louis:

—Tranquilizaos, muchacho. Dios, en su infinita bondad, ha velado igualmente por atender mis necesidades.

Se levantó sin mirar a los tres niños y salió con los otros parroquianos del barrio.

Tras la muerte de su padre, el príncipe de Gales, ahora Carlos I, había escrito al rey de Francia para pedirle que agilizase el matrimonio con su hermana.

Gaston y Louis se enteraron así de que los esponsales del rey de Inglaterra y Enriqueta María de Francia tendrían lugar, por poderes, el viernes 2 de mayo en una tribuna levantada a la puerta de la iglesia catedral de Notre-Dame de París, con la misma ceremonia que se había utilizado en el matrimonio del difunto rey Enrique el Grande, entonces rey de Navarra, con la reina Margarita. El rey de Inglaterra estaría representado por el duque de Chevreuse.

Las bodas irían seguidas de un festín en la gran sala del arzobispado y fuegos de artificio en las calles de París. En cuanto al matrimonio, se celebraría el 11 de mayo, festividad de Santa Juana de Arco.

Louis estaba completamente abatido. Seguiría encerrado en el colegio durante dos semanas todavía y no saldría hasta el sábado, víspera de los esponsales.

Ya no había forma alguna de salvar a la reina.

El domingo 11 de mayo de 1625, con las primeras luces del alba, el señor y la señora Fronsac, el señor Charreton, Louis y Gaston, que ya formaba parte de la familia, se instalaron en la ventana del tercer piso de una casa perteneciente a un canónigo de Notre-Dame. La casa estaba situada frente al atrio, entre la calle Saint-Pierre-aux-Boeufs y la puerta del recinto, lindante con el baptisterio Saint-Jean-le-Rond.

Jacques Bouvier y Claude Richepin los habían llevado en carreta, y luego habían vuelto al despacho, que debían vigilar, pues los días de fiesta eran particularmente aprovechados por los ladrones.

Desde la ventana, Louis tenía una vista completa sobre el atrio de la catedral de Notre-Dame de París y los estrados que habían levantado. Habían retirado del atrio las tiendas de los libreros, de los vendedores de crucifijos, de objetos piadosos, de aguardiente y de alajú. Las ninfas de traje rojo de brocado con encajes falsamente plateados, que ofrecían sus servicios en las bovedillas de la catedral, habían sido alejadas para el gran día. La picota y la horca del arzobispo se habían desmontado provisionalmente y habían alzado en su lugar una doble galería de andamios constituida por varios estrados que se extendían delante del arzobispado y alcanzaban más de doce pies de altura. En el interior de la iglesia habían habilitado tribunas separando la nave del coro.

Ante la gran puerta habían instalado un palio bordado de flores de lis, con tapices similares a ambos lados. Un gran número de arqueros velaban por la seguridad y para dejar un paso entre la calle Saint-Christophe. Muy rápido, en efecto, el pueblo acudió en masa a las calles aledañas a la catedral, hasta el punto de que no se podía circular por ningún lado. Sólo la calle Saint-Christophe y la calle de la Calandre, a lo largo de las cuales habían levantado arcos de triunfo floridos, permitían el paso hacia el Palacio, el puente del Cambio y la otra orilla del Sena.

A las diez de la mañana empezaron a llegar los pertigueros. De librea, con su alabarda, sus tamboriles y pífanos sonoros, constituían una verdadera barrera humana en torno a la gran galería de madera. A continuación fueron los músicos de trompeta, clarín, oboe, viola, violín y guiterna, vestidos todos de librea roja y amarilla, quienes se instalaron en el estrado que tenían reservado y empezaron a interpretar melodías para que el pueblo no se impacientase.

A las once empezó el gran desfile de los presidentes, consejeros y otros oficiales del Parlamento, oficiales de la Cámara de Cuentas y de la Corte de Impuestos. Fue seguido por el cabildo, a la cabeza del cual iba el preboste de los comerciantes, vestido con sotana de raso carmesí con botonadura, cinturón y cordón de oro. A unos pasos del preboste seguían los regidores, también de rojo, y tras ellos el coronel de los arqueros de la ciudad, su teniente y sus trescientos hombres, todos de casaca azul con galones de plata en la cual estaban bordadas las armas de París.

Más lejos marchaba el resto de la corporación: el maestresala, el impresor, el

capitán de artillería, el maestro de albañilería y carpintería —todos ataviados de negro—; a continuación, los ujieres vestidos de paño con la nave de plata dorada al hombro; el escribano, ataviado con un traje de mangas colgantes; el recaudador, los jefes de la policía de barrio, los guardas de los seis gremios y, finalmente, los guardas del comercio de vino.

Estos últimos vestían ropas de terciopelo, tocados con sombreros con cordones de oro o de plata. El paso de la corporación terminaba con los oficiales que mandaban una compañía de cincuenta o de diez hombres y algunos burgueses vestidos de negro. Un último pelotón de arqueros cerraba la marcha de este cortejo, fuertemente aclamado por los parisinos.

Todos se instalaron en el estrado que les estaba reservado mientras se acercaban cincuenta hombres de librea precedidos de un ayuda de ceremonias y seguido de cien jinetes de la caballería ligera de la reina, mandados por un teniente cubierto de bordados y cintas. También ellos se alinearon en los emplazamientos designados por el maestro de ceremonias.

Llegaron entonces con gran estrépito de trompetas y tambores doscientos jinetes de la caballería ligera del rey, de terciopelo azul bordado de oro, luego nuevos pertigueros, cuyos capitanes eran dos jinetes de raso escarlata, cada uno de ellos escoltado por doce pajes con alabardas. Esta tropa escoltaba al preboste de París, el señor Séguier, que iba acompañado del teniente civil y del teniente criminal, seguidos de doce ujieres con vara de gran pompa.

Finalmente fue el desfile de los Grandes, de los tenientes generales, de los gobernadores, todos ellos precedidos de trompetas y heraldos de armas con dalmáticas de terciopelo azul salpicadas de flores de lis.

—Mirad al señor de Montmorency y a los príncipes de Lorena —dijo el señor Charreton señalando esa parte del cortejo—. Y allí está el duque de Longueville, vestido de blanco, el duque de Elbeuf, que está con el conde de La Roche-Guyon, así como el señor de Liancourt, de casaca carmesí.

Detrás de ellos, el caballerizo mayor llevaba, suspendida de un fajín, la espada del rey en una funda azul flordelisada. Luego fueron de nuevo los guardias de corps y, por fin, sobre un caballo bayo, cuya gualdrapa estaba bordada con la cruz del Santo Espíritu y flores de lis, apareció el rey, a la vez grave y ligeramente sonriente, saludando indolente a la multitud con la mano. Llevaba ropajes de paño de oro recamado de plata y diamantes. Para que todos pudiesen distinguirlo, avanzaba lentamente entre el estrépito de músicas, salvas y vítores.

En realidad, Luis el Justo detestaba las manifestaciones populares. Atrabiliario y triste, se decía que había perdido la alegría de vivir el día en que se había enterado de la muerte de su adorado padre a manos de Ravillac. Pero aunque el rey odiaba las fiestas y los cortejos, tenía demasiada conciencia de su papel y de su destino como para rehusar dar gracias al pueblo que lo amaba y que, viéndolo poco, lo aclamaba con fervor.

A continuación desfilaron escuderos y gendarmes del rey, luego los príncipes de sangre, entre ellos el conde de Soissons, el gran prior y el príncipe de Condé, del que el señor Charreton señaló a su hija y a su yerno. Más lejos apareció la carroza de la reina madre, que iba toda vestida de negro.

Detrás marchaban los séquitos de los secretarios de Estado, luego las literas y los coches de los obispos y los arzobispos y por último el reverendísimo cardenal Richelieu.

Seguían innumerables gentileshombres montados en caballos engalanados con paños de oro. Algunas damas que los acompañaban cabalgaban en hacaneas cubiertas de terciopelo carmesí con adornos de oro. Eran aclamadas con entusiasmo cuando saludaban sonriendo a la multitud.

Llegó por fin lo mejor del cortejo para los parisinos: la carroza de la hermana del rey, acompañada del Señor —su hermano el duque de Orleans— y de monseñor el duque de Chevreuse, vestido de blanco. La princesa Enriqueta María, ataviada con un vestido de paño de plata recamado de oro, llevaba orgullosamente sobre su cabeza una corona de oro guarnecida de perlas y pedrería. También fue largamente ovacionada.

El cortejo se clausuraba con los magníficos séquitos de los embajadores ingleses.

Los recién llegados se instalaban en las grandes tribunas de madera, mientras que los caballos y los séquitos eran conducidos al claustro^[75] por la puerta del recinto.

El rey se había sentado solemnemente en una silla cubierta de un palio flordelisado y estaba rodeado de cantidad de gentileshombres de alto linaje. La reina, vestida de raso rojo bordado de plata, con un velo negro, estaba situada un poco más lejos en un segundo trono flordelisado, servida por cortesanas y damas de honor suntuosamente engalanadas.

Fue entonces cuando Louis vio al conde de Moret, en traje de raso amarillo bordado de plata, que estaba en compañía de un prelado de más edad en el cual reconoció a su hermanastro, el obispo de Metz, que Paul de Gondi le había mostrado una vez en el colegio en compañía del rector. Se unió a ellos una pareja ricamente ataviada. El hombre tenía un rostro duro y autoritario, mientras que la mujer aparecía sonriente y picara. Ella se puso a hablar animadamente con el señor de Metz y con el señor de Moret. Louis se preguntó quién era.

—Padre, enséñanos a la gente que conoces y que están cerca del rey o de la reina —pidió en ese momento la señora Fronsac.

El señor Charreton empezó a enumerar a los gentileshombres y a las ricas mujeres con las que se había cruzado a veces en el Louvre, designándolas por sus ropajes. Empezó por la reina y por la nube de mujeres, todas revestidas de trajes suntuosos, que la rodeaban.

—¿Veis a esa dama vestida con un traje color turquesa bordado de plata, que se acerca a la reina? Es Marie de Rohan —la señora de Chevreuse—, su mejor amiga. Su Majestad desearía alejarla de la corte, pero hacerlo sería mortificar al duque de

Chevreuse, lo que es impensable, y mucho más ahora, que es el procurador de este matrimonio. La señora de Chevreuse está en compañía de lord Holland, uno de los dos embajadores ingleses de los que hemos hablado varias veces en la mesa. Los chismosos dicen que los une una íntima y dulce relación.

Louis no podía distinguir los rasgos de la señora de Chevreuse, que estaba tapada por lord Holland, pero vio que la joven, de aspecto pícaro, que había llegado un rato antes en compañía del hombre del rostro duro, cogía al conde de Moret de la mano para llevarlo cerca de la reina.

—El que se acerca ahora a la reina es el señor Antoine de Borbón, conde de Moret e hijo de nuestro buen rey —dijo el señor Charreton a los padres de Louis.

—El señor de Moret está en Clermont con nosotros, abuelo. Nos defendió públicamente a Gaston y a mí.

—¿Os defendió? ¿Qué habéis hecho? —preguntó severamente el señor Fronsac.

—Cuando el asunto del duelo, padre. Consideró que Gaston se había conducido como un caballero... y yo también —balbució.

El señor Fronsac frunció el ceño con desaprobación, pero no dijo nada.

—El señor de Moret está acompañado de su hermana, que se lo está presentando a la duquesa de Chevreuse.

—¿Su hermana? —preguntó Gaston—. Ignoraba que tuviese una.

—En realidad, su hermanastra —corrigió el señor Charreton—. Gabrielle-Angélique de Verneuil es la hermana del señor de Metz^[76]. Ahora es la esposa de Bernard de La Valette, el hijo del duque de Épernon, está con el señor de Metz. Fue el rey quien insistió en ese matrimonio con Épernon, porque quería alejar a Gabrielle-Angélique de la reina.

—¿Por qué quería alejarla? —preguntó la señora Fronsac, que adoraba los chismorreos.

—La señora de Chevreuse, la señora de Verneuil y la reina formaban un grupo muy íntimo. El rey consideraba que las dos amigas, demasiado galantes y demasiado frívolas, eran una mala influencia para su esposa. Por ejemplo, le daban a leer el *Gabinete satírico* y el *Parnaso satírico*^[77]. Pero aunque Su Majestad logró alejar a la Verneuil, fracasó con la Chevreuse. Sin embargo, después del matrimonio, dicen que el duque y la duquesa se irán a Londres durante algunos meses. Las malas lenguas aseguran que la señora de Chevreuse lo habría decidido así para seguir al bello Holland.

—¿Conoces a la reina, abuelo?

—No. Nunca me encontré con ella. Yo sólo era un procurador. Pero fíjate qué bonita es... Dicen que es tan bella como bondadosa.

A Louis se le encogió el corazón. ¡Era a esta admirable y santa mujer, bella como la Virgen María de las iglesias, hija, hermana y esposa de reyes, a quien los jesuitas se atrevían a atacar! Iban a arruinar su reputación, mientras ella ignoraba la maldad que se preparaba a sus espaldas. Su impotencia le hacía asomar lágrimas a los ojos

cuando una idea atravesó por su mente: ¿no podría por medio del conde de Moret pasarle un mensaje a su hermanastra, la cual se lo transmitiría fácilmente a la reina, de la que era amiga? Pero ¿cómo acercarse al conde? ¿Volvería a verlo en el colegio antes de que el duque de Buckingham le entregase los herretes a la reina?

El señor Charreton seguía con su relación, pero Louis no escuchaba. Daba vueltas a los argumentos que podría presentarle al conde de Moret a fin de convencerlo. De repente, un sonido de trompetas lo distrajo de sus pensamientos. El rey se había levantado ante el cardenal Richelieu, que acababa de acercarse a él. El prelado iba acompañado de Enriqueta, la futura esposa (cubierta ahora con un manto azul de larga cola llevada por cuatro pajes), del duque de Chevreuse, que sería el esposo por poderes, de la reina madre María de Médicis y de su hermano el duque de Orleans. Luis el Justo sacó de su dedo un anillo, que entregó al cardenal Richelieu, quien lo mostró a la multitud.

A continuación, el rey descendió hasta la gran puerta de Notre-Dame, donde esperó al cardenal de La Rochefoucauld, el nuevo abad de Santa Genoveva, que llegaba del arzobispado. El abad llevaba los símbolos episcopales: la cruz, la mitra y el anillo, pues dependía directamente de la Santa Sede. El cardenal Richelieu oficiaría el matrimonio con él.

Las trompetas sonaron de nuevo cuando el rey y los cardenales entraron en la iglesia, seguidos por Enriqueta de Francia y el duque de Chevreuse, luego por la madre y el hermano del rey. Detrás de ellos entraron pequeños grupos que se colocaban siguiendo las órdenes del mayordomo, mientras los ingleses se instalaban en la gran tribuna que les estaba reservada, puesto que su religión les impedía entrar en la catedral.

Habían entrado todos los invitados cuando se produjo una terrible catástrofe: con un inesperado estrépito, la tribuna situada frente a la entrada de la catedral, en la que se encontraban los embajadores ingleses, se desplomó.

Fue un momento de gran desorden. La multitud se puso a gritar. Algunos, creyendo que se trataba de un atentado, en su intento de huida, pisotearon a muchos desventurados. De las vigas y tablas entrelazadas subían llantos y gritos. La caballería ligera se interpuso de inmediato para restablecer el orden, mientras que docenas de vigorosos pertigueros apartaban vigas y travesaños para liberar a los heridos.

Los Fronsac se habían quedado mudos, aterrorizados por el drama. Louis pensó inmediatamente en los jesuitas. Había creído durante bastante tiempo que querían matar al rey de Inglaterra hasta que descubrió el complot de los herretes. ¿Y si se había equivocado? Después de todo, ¿por qué no podía ser que hubiese varios planes para perjudicar a los ingleses? ¿No le había dicho su abuelo que los jesuitas ya habían intentado hacer saltar el Parlamento de Inglaterra? ¿Empezaban de nuevo tratando de matar a los embajadores ingleses?

Todas estas preguntas se agolpaban en su mente mientras transportaban los cuerpos. Por la puerta del recinto habían entrado obreros y carpinteros, que aguardaban órdenes. Intervinieron rápidamente, ayudados por numerosos parisinos y por las gentes de la corte o los ingleses que estaban en las tribunas vecinas.

—¡Mirad! —exclamó el señor Charreton, señalando con el índice—. Ese hombre que ha estado a punto de caer con los otros y que baja ahora a ayudar a los encargados del rescate es el señor Rubens, el pintor de la reina madre.

Ahora que la mayor parte de las maderas habían sido retiradas, la mayoría de los ingleses se levantaban y sólo parecían magullados. El único herido fue transportado en parihuelas.

—Los señores Holland y Carlisle han salido indemnes —aseguró el señor Charreton—. Ahí los tenéis, en la segunda tribuna con el señor Rubens.

Los obreros trabajaban ya colocando algunas maderas en los travesaños que habían subido al estrado. Parecía, pues, que el desplome de la tribuna sólo era un accidente debido al elevado número de personas que la ocupaban.

Durante ese tiempo, ignorando el drama, el cardenal Richelieu celebró la misa y se oyó el canto de los órganos mezclado con los martillazos de los carpinteros. Finalizada la ceremonia —que había sido muy breve para no molestar a los ingleses—, el estrado que se había venido abajo estaba prácticamente reconstruido e incluso adornado de nuevo con sus tapices.

Los heraldos, que habían salido en primer lugar, avanzaron hacia la multitud, del otro lado de las barreras, y gritaron en voz alta:

—¡Largueza!

De unos grandes sacos de tela que llevaban amarrados a la cintura arrojaron gran cantidad de monedas de oro y de plata de todas clases: ducados, escudos, cuartos, doblones y medios escudos. El tumulto fue inconmensurable. La multitud se arrojó sobre las monedas, atropellando y pisoteando a los más débiles. Algunos se desvanecieron, otros perdieron sus capas o sus vestidos. Ante el peligro de semejante tropel, el preboste de París, que acababa de salir, pidió a los heraldos que dejaran de repartir dinero.

Cuando apareció el rey se había restablecido en parte la calma. El soberano y la corte volvieron a desfilar por los estrados de la galería a fin de que el pueblo los viese de nuevo. A continuación, el cortejo real se reunió en el atrio; hicieron entrar monturas, carrozas, literas y coches por la puerta del cercado donde habían sido colocados en fila a lo largo de la catedral y la comitiva volvió a Palacio para el almuerzo.

—¿Cuándo llegará el duque de Buckingham, abuelo? —preguntó Louis, mientras empezaba el lento cortejo de vuelta.

—Ya tendría que estar aquí. Pero no llegará hasta dentro de diez o quince días —añadió—, pues su rey lo necesita a su lado. Habría sido más importante recibir la dispensa del Papa, que, por cierto, tampoco ha llegado. Sin embargo, el cardenal

Francesco Barberini^[78], que la trae, estará en camino.

—¿Cuando llegue el señor de Buckingham habrá una fiesta en la corte, abuelo?

—Por supuesto, un baile de gala en presencia del rey y la reina.

«¡De diez a quince días! —pensó Louis—. Era el plazo que todavía tenían para avisar a la reina».

En Palacio, el banquete duró hasta avanzadas horas de la noche. El rey y los embajadores intercambiaron los regalos al inicio del ágape.

Lord Holland, embajador principal, regaló un retrato de Luis XIII que había mandado pintar con gran secreto. El marco que rodeaba la pintura estaba adornado con diamantes valorados en más de veinte mil escudos. Regaló también una perla engastada con diamantes a la reina madre, María de Médicis; perfumes y un joyero en forma de corazón al Señor, así como un aderezo de perlas y diamantes a Enriqueta, la nueva reina de Inglaterra.

El rey envió una cadena de oro a la orden del Santo Espíritu por su cuñado Carlos, así como un reloj de oro macizo cuajado de diamantes, con una caja de música a juego. En ausencia del duque de Buckingham, lord Carlisle había decidido que sería él quien regalaría los doce herretes de diamantes que le había enviado el comerciante de La Rochelle, puntualizando, naturalmente, que procedían de su rey, con la esperanza de que esta maniobra le granjeara más rápidamente el reconocimiento del nuevo soberano.

Cuando todos los regalos fueron entregados, envió a Ana de Austria un cofrecillo precisando que se trataba de un presente de su rey para la más bella y prudente reina de la Cristiandad. Ésta, ligeramente sorprendida por ese regalo que no venía de lord Holland, lo abrió delante de su esposo, del duque de Chevreuse y de lord Holland.

Contenía doce magníficos herretes de diamantes.

El rey disimuló mal su contrariedad. Los herretes eran tan bellos como los que él le había regalado a su esposa. Más, quizá. Y la reina parecía encantada. Plenamente satisfecha. Dio las gracias al embajador y le prometió que llevaría las joyas con ocasión del baile celebrado en la corte.

El duque de Chevreuse y lord Holland parecieron a su vez sorprendidos por este regalo inesperado de Carlos I, pero su suntuosidad y su valor no permitían dudar de su origen real.

La trampa estaba tendida.

Los Fronsac volvieron a la calle de los Quatre-Fils antes de vísperas. Las calles habían tardado en despejarse y habían tenido que esperar mucho tiempo a que el señor Richepin fuese a buscarlos con la carreta.

Como iban a misa de tarde —puesto que no habían podido ir por la mañana—, Louis explicó rápidamente a Gaston la idea que se le había ocurrido: abordar al conde de Moret al día siguiente en el colegio para suplicarle que pidiese a su hermana que avisase a la reina. Gaston juzgó que el plan no sólo era irrealizable, sino terriblemente peligroso. Moret les pediría explicaciones y, conocido por su sentido del honor, le sorprendería sobremanera descubrir que habían espiado a los jesuitas. Es posible incluso que acabase denunciándolos. Louis reconoció que sin duda tenía razón y no volvió a mencionarlo.

Después de la cena, tomada en común en la gran cocina con toda la gente de la casa, todo el mundo se quedó sentado para una sobremesa en la que cada cual hizo sus comentarios sobre la boda, incluidos los criados, que no habían podido asistir en el atrio pero que, como miles de parisinos, se habían situado en el camino del cortejo.

Habida cuenta de la ceremonia y los atascos en las calles, los padres jesuitas habían autorizado a los internos a volver el lunes por la mañana. Al llegar al colegio, Louis, pese a todo, tenía la intención de abordar al conde de Moret, pero se dio cuenta de que muchos de los alumnos no habían vuelto, el conde entre ellos. Con los festejos de la corte, la mayor parte de los hijos de las familias nobles se habían quedado en su casa. Incluso Paul de Gondi. De todas formas, explicaron algunos internos más veteranos, era como todos los años. Desde Pentecostés, una gran parte de los jóvenes nobles se iban a la corte o a sus tierras y no volvían a verlos.

Louis perdió, pues, toda esperanza. El conde de Moret no volvería sin duda este curso, salvo para la velada del mes de agosto. La evidencia se imponía: Gaston y él no podían salvar a la reina, eran demasiado jóvenes, y, aunque lo habían intentado todo, no tenían ningún medio de actuar. Se enterarían sin duda dentro de unos días del escándalo de los herretes de la reina.

Gaston también estaba fastidiado. Era evidente que el final de aquella historia le desagradaba, aunque fuese totalmente consciente de su impotencia.

El domingo siguiente era Pentecostés. Como cada año, debía celebrarse un gran sermón el viernes, en la capilla del colegio, y todos los alumnos deberían confesarse para la ocasión. Gaston y Louis tenían ya el hábito de esta práctica, pero, como muchos otros, ignoraban voluntariamente lo que no consideraban como faltas o pecados. Las largas discusiones que habían tenido con su director espiritual los habían convencido de que disponían para ello de una cierta libertad de apreciación.

El sermón fue pronunciado por el padre Filleau y versó sobre la fidelidad y la

lealtad, o más exactamente sobre los juramentos de fidelidad contrariados.

¿Cómo actuar cuando la moral o el honor nos obligan a mantener fidelidades opuestas?, preguntó el rector desde lo alto de su púlpito. Puso el ejemplo de la fidelidad hacia su señor y hacia su rey, que, a veces, podían estar enfrentadas. La solución era simple, explicó el jesuita: convenía clasificar las lealtades por orden de importancia. Así, lo primero era la fidelidad hacia Nuestro Señor, luego venía la fidelidad hacia el rey y después hacia su señor o su maestro. En caso de duda, cada cual podía consultar con su director espiritual, que aportaría la solución correcta.

Louis meditó largamente en esta prédica. Guillaume tenía que ir a buscarlos esa misma tarde; por Pentecostés, las clases se suspendían tres días, de sábado a lunes. Tal vez pudiesen ir a casa del conde de Moret y hablarle.

Al salir de la capilla abordó de nuevo con Gaston el asunto de los herretes.

—¡No podemos darnos por vencidos, Gaston! —insistió—. Acuérdate de todos los riesgos que hemos corrido desde hace varios meses. ¿Hemos hecho todo eso para nada? Estoy seguro de que si hablamos con Moret, no nos reprobará. El padre Filleau lo ha dicho muy claro: cada cual debe ordenar sus lealtades por orden de importancia. Nuestra lealtad hacia la reina es forzosamente superior a la que debemos a los jesuitas. La reina es la esposa del rey, a su vez elegido por Dios. El conde de Moret tendrá que aprobar nuestra actuación si le contamos todo. Pidámosle audiencia.

Gaston, aunque derrotado por sus argumentos, repitió sus objeciones.

—En primer lugar, nada nos dice que Moret acepte recibirnos si se lo pedimos, y, sobre todo, ¿cómo vas a explicar a tus padres que quieres ir a su casa? Tendrías que contárselo todo, y entonces serías castigado por haber espiado a los hermanos.

—He reflexionado en todo eso durante el sermón. Pensaba escribir al conde para felicitarlo por el matrimonio de su hermana, ya que no lo vimos en el colegio y no pudimos hacerlo personalmente. En la misma carta me proponía pedirle que nos recibiese porque deseábamos comunicarle algo importante.

—Supongamos que sí —admitió Gaston, conciliador—. Supongamos también que tus padres no sospechan nada. Pero aun concediéndote de grado la primacía de nuestra lealtad hacia la reina sobre la que debemos a los jesuitas, ¿ocurre lo mismo con el conde de Moret? Una vez le hayas desvelado la verdad —y suponiendo que te crea—, ¿cómo puedes estar seguro de que sus prioridades siguen las mismas leyes que las nuestras? Imagina que ése no sea el caso, que su fidelidad hacia los jesuitas prime sobre la que él tenga hacia la que sólo es su hermanastra. Nuestras propias elecciones no tendrán valor a sus ojos, considerará indigno que se les haya espiado y le parecerá moral denunciarnos a ellos.

Louis permaneció silencioso, reconociendo lo acertado del razonamiento. El padre Filleau no había abordado aquella dificultad.

—Seríamos castigados y, sin duda, expulsados —prosiguió Gaston—. Pueden incluso hacernos arrestar y acusarnos de difundir falsos testimonios. ¡Piensa en tus padres!

—Tienes razón —aprobó gravemente Louis—, pero mi dilema es simple: puedo actuar o no hacer nada. Si, por cobardía o por debilidad, no hago nada, la reina, nuestra reina, estará perdida y yo me lo reprocharé toda la vida.

Se calló un momento antes de responder con más firmeza:

—Es como en una batalla, Gaston. Tú me lo dijiste: en un combate, corres siempre riesgos por tu honor o por tu rey. Yo estoy dispuesto a afrontar todos los peligros por mi reina.

Esta vez fue Gaston quien se quedó un rato mudo. ¿Qué habrían hecho sus antepasados? Pensando en ello, se dijo finalmente que jamás habrían dudado como lo estaba haciendo él ahora mismo.

—Escribiré la carta contigo y te acompañaré a casa del conde —decidió, reprochándose su indecisión—. Mi honor también está en juego. Pero aun en el caso de que Moret nos crea y no nos denuncie, ¿convencerá a su hermana y, sobre todo, a la reina?

—No lo sé. Pero, al menos, habremos hecho lo que el honor exige.

Al alba del día siguiente, Louis llamó a la puerta del despacho de su padre, que se hallaba en compañía del señor Charreton. Les explicó que pensaba escribir una nota al conde de Moret, su compañero de colegio, felicitándolo por el matrimonio de su hermana Enriqueta, pues no había podido hacerlo personalmente en el colegio, al estar el conde ausente.

—Sería muy juicioso —aprobó el señor Fronsac, tras un momento de reflexión—, pero ¿conoces lo bastante al conde para que no se ofenda por tal misiva procedente de un plebeyo?

—Ya lo creo, padre. Además, se trata de una carta que escribiría en latín con Gaston, a quien el conde estima sobremanera.

—¿Qué pensáis vos, Louis? —preguntó a su suegro el señor Fronsac, que vivía perpetuamente en la duda.

El señor Charreton aprobó la idea. Se acordó que los niños escribiesen su carta y que Jacques Bouvier la llevaría a la calle Montmartre, donde vivía Antoine de Borbón, en el palacio que ocupaba con su madre.

Los niños redactaron con cuidado la misiva utilizando el mejor papel del despacho. En ella, aparte de las congratulaciones, añadieron que deseaban una entrevista con el conde para comunicarle una información de suma importancia que habían descubierto.

El padre y el abuelo tuvieron la cortesía de no leer la carta, que fue llevada al final de la mañana.

Pero ¿llegaría ésta a manos del conde, que estaba más en el Louvre que en casa de su madre? ¿Y respondería favorablemente? «Nada era menos seguro», pensó Gaston, más lúcido que su amigo. Era sábado. El baile por el duque de Buckingham estaba

anunciado para dentro de una semana. Tendría lugar en el Louvre.

Las horas transcurrieron lentamente para los dos niños, que esperaban a cada rato ver llegar un mensajero, pero Antoine de Borbón no dio señales de vida. ¡No habrá leído nuestra carta!, sugirió Gaston a Louis el domingo por la noche. Tendrá otras cosas que hacer.

Tampoco hubo respuesta el lunes de Pentecostés, y el martes 20 de mayo volvieron al colegio, contrariados y decepcionados, esperando sin embargo que el conde volviese al colegio.

No era el caso. Tan enfrascados estuvieron en su trabajo, que la semana transcurrió para ellos rápidamente. El final de curso estaba marcado por la entrega de los premios que se decidían a partir de un examen escrito muy difícil, para el cual sus maestros de gramática latina, de griego y de Sagradas Escrituras les darían cada día deberes. Además, le correspondió a Louis hacer una *privata declamatio* en clase.

El sábado 24 de mayo era San Donato, día festivo y de salida para los internos. El viernes por la tarde, el señor Charreton fue a buscarlos con Guillaume. De camino, con cada niño a la grupa, les contó que el cardenal Francesco Barberini, sobrino de Urbano VIII y legado de la Santa Sede, había hecho una entrada fastuosa en París. Llevaba, con diez días de retraso, la dispensa papal para el matrimonio entre una católica y un hereje, pero, en realidad, venía sobre todo a proponer soluciones de su tío para el conflicto que se extendía en la Valtelina entre Francia y España.

En cuanto al duque de Buckingham, su llegada estaba anunciada para el día siguiente.

Eran noticias que les llegaban entrecortadas, pues la mayor parte del tiempo los dos jinetes no podían avanzar a la par por las calles atestadas de gente y, tan pronto se separaban, el señor Charreton detenía las explicaciones.

Pero Louis no prestaba demasiada atención. Estaba de pésimo humor. El baile ofrecido para la bienvenida del duque tendría lugar al día siguiente o el domingo, y, en consecuencia, ya nada podía salvar a la reina.

—Dicen —explicó de nuevo el señor Charreton, cuando el caballo y la mula pudieron avanzar de frente por la calle de Notre-Dame— que el favorito del rey de Inglaterra llega al mando de una tropa de gentileshombres de un fasto y una riqueza increíbles. No digo yo que, oficialmente, no venga a buscar a la nueva reina de Inglaterra, pero, en mi opinión, exagera, pues su interés por que los parisinos recuerden su llegada es desmedido...

»Si queréis, os llevo para ir a ver el paso del cortejo... —prosiguió, tras una nueva interrupción debida a un atasco—. ¡Ah! Ahora que me acuerdo, un paje vino esta mañana a traeros una carta lacrada con un bonito sello azul. Seguro que es del conde de Moret agradeciéndoos vuestra carta...

Louis dio un respingo. ¿Por qué su abuelo no se lo había dicho antes? Lo cierto es

que ignoraba la importancia del correo. A partir de ese momento no paró de meterles prisa a Guillaume y al señor Charreton, haciéndole visajes de alegría a Gaston.

La carta dirigida a los señores de Tilly y Fronsac era breve, redactada en francés y escrita con una hermosa caligrafía en un papel adornado con membrete dorado:

Del conde de Moret a los señores de Tilly y Fronsac, en París, hoy.

Señores, os agradezco la prueba de amistad que me hacéis. No estaré el año próximo en Clermont y lo lamento sinceramente.

Sin embargo, no deseo de vosotros ni respeto ni honores, solamente querría la misma amistad y estima infinitas que os profeso.

Os recibiré el sábado a las once.

Antoine de Borbón

Louis corrió a llevarle la carta a su padre, quien, tras haberla leído varias veces, se sintió a la vez tremendamente orgulloso y profundamente preocupado. En primer lugar, el señor Fronsac se hinchó de vanidad al descubrir que el hijo legítimo de Enrique el Grande solicitaba la amistad de su hijo, pero sintió a continuación una espantosa angustia pensando que ningún Fronsac había sido presentado nunca a un príncipe y lo ignoraba todo del protocolo que debía seguir.

De modo que llamó a su mujer y a su suegro.

—El hijo de nuestro difunto rey profesa estima y amistad por Louis y Gaston —les dijo, lleno de orgullo—. Desea verlos mañana por la mañana a las once. ¡No sé qué hacer! ¿Cómo deben actuar? ¿Debemos ir todos? ¡Ni siquiera tenemos carroza!

—Sería inútil —lo tranquilizó el señor Charreton después de haber leído atentamente la carta—. El conde desea sin duda darles las gracias en persona a sus compañeros de colegio por haberse tomado la molestia de escribirle. No será más que una entrevista de cortesía, dado que el conde apenas tendrá tiempo, pues debe asistir por la tarde con toda la corte a la llegada del duque de Buckingham. Lo más sencillo es que yo lleve en mi caballo a Gaston y Guillaume a Louis a la grupa en la mula. Lo importante es que no lleguen manchados de barro. Hija mía, ¿puedes prepararles sus mejores ropas, así como un sombrero apropiado?

Sobre todo, fue difícil vestir a Gaston, para el que no había traje de ceremonia. La señora Fronsac le adaptó una camisa de su marido y le cepilló enérgicamente sus ropas. Louis le prestó medias limpias y les adaptaron a ambos dos sombreros del señor Fronsac, a los que la señora Mallet les fijó una pluma de gallo que fue a comprar a una tienda de la calle del Temple.

Se fueron a las diez y media hacia la calle Montmartre.

Jacqueline du Bueil, la madre del conde de Moret, se había casado en 1617, en segundas nupcias, con René du Bec-Crespin, marqués de Vardes, recién recibido en la orden del Santo Espíritu. El marqués tenía su palacio en la calle Montmartre y era allí donde vivía el joven conde.

Dejaron caballo y mula en las caballerizas del palacio al cuidado de Guillaume, y el intendente, que los estaba aguardando, condujo a los niños y al señor Charreton al segundo piso del palacio.

Allí tomaron un largo pasillo hasta una puerta, a la que llamó.

El señor Charreton había observado las banquetas a lo largo del corredor. No deseaba parecer indiscreto, y había entendido perfectamente que el hijo de Enrique IV quería ver a los dos niños a solas. Explicó entonces al intendente que sólo había acompañado a su nieto y que esperaría en una de las banquetas.

En ese momento un lacayo abrió la puerta. El señor Charreton se quedó detrás y los niños entraron en una antecámara amueblada con un armario, sillas tapizadas y fruncidas con una hermosa tela y un bargueño policromado. Por una puerta abierta les hizo pasar a una enorme cámara panelada hasta media altura que daba al patio interior. El intendente cerró la puerta tras ellos.

La sala ocupaba toda una pared del palacio. Un gran lecho de gala con columnatas, adornado de brocatel estriado con florecillas, presidía un extremo de la sala. En el extremo opuesto estaban dispuestas mesas, sillas, sillones y sillas de tijera.

El conde de Moret, en bata de damasco bordada con franjas de plata, estaba instalado en un amplio sillón tapizado y un criado lo afeitaba. Levantó una mano amistosa hacia los dos niños, más nerviosos de lo que querían aparentar, haciéndoles una seña para que se acercasen.

—Gracias por vuestra carta, amigos míos, me ha emocionado. Como os he dicho, ya no iré a Clermont el año que viene, mas puedo aseguraros que estoy orgulloso de haberos conocido. Habríais sido dignos compañeros de mi padre.

Louis echó una rodilla en tierra.

—Monseñor, mi abuelo, que nos ha acompañado, combatió por Enrique el Grande.

—¡De casta le viene al galgo! —exclamó Moret riendo—. ¡Estaba seguro de ello!

Tomó de las manos del barbero la toalla caliente que éste preparaba, se limpió el rostro y luego, devolviéndosela, hizo señas al hombre y al lacayo, que sacaba sus ropas de un guardarropa, para que se alejasen.

Los dos criados salieron por una puerta disimulada detrás de un bello espejo de treinta pulgadas y opuesta a la de la antecámara. En la pared situada enfrente de las ventanas, Louis observó un retrato del rey y otro de Enrique IV.

—¿Deseabais confiarme alguna cosa? —preguntó entonces el joven en voz baja.

—Sí, monseñor —dijo Gaston, con un nudo en la garganta—. Es una conversación... que sorprendimos, y hemos dudado muchísimo antes de decidirnos a

hablaros de ello.

Moret bajó la cabeza. En su semblante, una expresión impenetrable.

—¿Y bien? —dijo impaciente, al cabo de unos segundos, al ver que los niños seguían mudos.

—Comprended, señor —dudó Gaston—, que no estamos seguros de nada...

Y, de repente, haciendo acopio de todo su valor, Tilly soltó de una tirada y a todo correr:

—Los embajadores ingleses van a regalar a la reina, o ya lo han hecho, unos herretes de diamantes. Ellos lo ignoran, pero esos diamantes son falsos. Es una artimaña, señor conde. El embajador de España, que forma parte de la cábala, lo hará notar públicamente con ocasión del próximo baile que se celebrará en honor del duque de Buckingham, lo que humillará a la reina, al rey y a Francia.

Moret se quedó estupefacto ante aquella inesperada parrafada, emitida a toda velocidad. Luego miró detenidamente a los niños antes de preguntar con una sonrisa de incredulidad, sacudiendo la cabeza:

—¿Qué historia es ésta?

—El escándalo será tal que romperá la alianza inglesa, monseñor —intervino Louis—. Es el objetivo de esa maquinación.

Moret se quedó entonces silencioso, ligeramente inquieto. ¿Qué habían descubierto aquellos niños? ¿Y dónde? La corte era entonces un hervidero de conjuras, intrigas y maniobras. ¿Era posible una intriga como ésta?

Se levantó y dio unos pasos para calmarse, con la preocupación reflejada en su rostro.

—¿Cómo os habéis enterado?

Louis tomó de nuevo la palabra:

—Fue en nuestro dormitorio del colegio, monseñor. Yo estaba en cama y oí murmullos. Tardé en comprender que venían del suelo...

—¿Y quién estaba en el suelo? —ironizó Moret.

—Debajo está la habitación del rector, así como su antecámara, en donde recibía al padre Caussin y al padre Cotton.

—¿Estáis acusando al provincial de Francia? —preguntó sombríamente Moret.

—Sólo os digo lo que oí, monseñor. Pero debo puntualizar que el provincial y el padre Filleau se oponían al proyecto.

—¿Quién lo ha organizado, entonces? ¿El padre Caussin solo?

—No, monseñor. Fue un jesuita inglés, el padre Southwell, que da clases en Clermont, pero la idea es del padre Mendoza, y fue aprobada por el prepósito de la orden, monseñor Vitelleschi.

—¿El padre Diego Antonio Mendoza que estuvo en el colegio?

—Sí, monseñor.

«¿Cómo iban a inventarse algo así aquellos niños?», se dijo Moret, mirándolos atentamente.

En sus rostros sólo leyó temor y sinceridad.

—¿Qué habéis oído exactamente? —preguntó más conciliador.

—Lord Carlisle recibió la visita de un hugonote que le propuso ofrecer unos herretes a la reina de parte del duque de Buckingham. A cambio, le pidió para sus correligionarios la protección de Inglaterra. Pero aquel hombre era un agente del complot. Los herretes llevan diamantes falsos que Mendoza entregó en Holanda al padre Southwell para engastarlos en las monturas de oro.

Moret dio de nuevo unos pasos.

Si ese proyecto era verídico, estaba bastante bien pensado. En la corte había muchos enemigos contrarios a la alianza inglesa. Si un escándalo que pusiese en evidencia a su esposa tenía lugar durante el baile, su hermano el rey sería tan mortificado que rompería toda relación con la corte de Saint-James. ¡Gentes con tan pocos escrúpulos como para ofrecer joyas falsas no podían ser de fiar, dirían en todas partes!

—La noche de los esponsales, antes del ágape y durante la entrega de los regalos, lord Carlisle, en efecto, regaló, de parte de su rey, doce herretes de diamantes a la reina —dijo entonces Moret—. Pude verlos y eran magníficos. Según vos, entonces, ¿serían falsos?

Gaston y Louis no sabían qué decir ante el tono de incredulidad y ligeramente agresivo del conde.

Pero, en realidad, Moret estaba ya convencido. Lo estaba casi tanto como enamorado. Desde el momento en que había sido presentado a la duquesa de Chevreuse, había caído locamente enamorado de ella, aun sabiendo que no podía esperar nada de la encantadora hechicera, puesto que ella amaba al conde de Holland. Ahora bien, lo que aquellos niños acababan de decirle podía dar impulso a sus pretensiones. Apenas Louis le había explicado el propósito de la cábala, había sopesado las ventajas e inconvenientes que tendría en denunciarla. Si en la corte tenía lugar un escándalo que pusiese en entredicho a los embajadores, éstos dejarían Francia y él tendría vía libre... ¡A no ser que la duquesa se fuese con lord Holland! ¿No decían que había convencido a su marido para que aceptase un puesto de embajador en Londres?

Entonces la habría perdido para siempre.

En cambio, si la reina se enteraba de que los ingleses le habían regalado joyas falsas, con toda seguridad se lo contaría a la señora de Chevreuse, su mejor amiga. Bastaba con no hablar de los jesuitas y considerar, por ejemplo, el regalo como una tacañería de Buckingham y de los embajadores. Eso podría separar a la señora de Chevreuse de Holland, y entonces ella caería en sus brazos. Sin contar con que él obtendría toda la gratitud de la reina y, tal vez quizá, también la de su hermano el rey.

Moret se aferró a esta idea.

—¿Qué queréis exactamente de mí? —preguntó, rompiendo el silencio que había mantenido hasta el momento.

—Durante los esponsales en Notre-Dame, monseñor, estábamos en una ventana y yo vi que vuestra hermana, la señora de Épernon, hablaba con la reina. Me han dicho que fue su dama de honor. Quizás podría prevenirla.

Moret puso cara de duda, antes de proponer:

—Puedo hacerlo, pero temo que sea demasiado tarde, pues Buckingham llega hoy mismo. Sin embargo, si logro ver a mi hermana, le diré solamente que los herretes que lord Carlisle regaló a la reina son sospechosos y que convendría que los hiciese examinar por su joyero antes de ponérselos. No hablaré de los jesuitas. Acusándolos iría demasiado lejos, y los tengo en gran estima.

—¡Pero lord Carlisle será entonces considerado un bribón, monseñor! —se alteró Gaston.

—¡Es verdad! —suspiró el conde con una mueca de compasión—, pero ¿es eso tan grave? ¡Es lo que todo el mundo piensa de él! En mi opinión, es lo que causará menos desorden. En el peor de los casos, Carlisle será negado por su rey.

Louis asintió. Tampoco él tenía ganas de indisponer contra los jesuitas, porque entonces, ¿hasta dónde llegaría la venganza del rey?

—¿Y si el joyero no se da cuenta, señor? —preguntó entonces.

Moret alzó una mano, indiferente.

—Vos y yo habremos cumplido con nuestro deber... Me ha conmovido vuestra confianza, amigos míos, pero ahora debo prepararme.

Ese mismo sábado, el duque de Buckingham hizo una entrada tan fastuosa en París que se recordaría hasta diez años más tarde. Rodeado de veinticinco gentileshombres y de doce pajes, iba seguido de ocho grandes señores de Inglaterra y de veinticuatro jinetes, todos en caballos de batalla, cada uno de ellos escoltado por siete pajes y siete lacayos. Con la servidumbre y el personal indispensable según su rango, médicos, cirujanos, secretarios y otros, su séquito se elevaba a cerca de setecientas personas.

Era el cortejo de un rey, de un conquistador, de un semidiós.

De una juventud y belleza insolentes, cubierto de encajes y joyas, el duque atravesó un París boquiabierto por su magnificencia. Seguido por miles de habitantes que lo ovacionaban, se dirigió en primer lugar al palacio de Chevreuse, donde iba a alojarse. Un poco más tarde, acompañado del conde de Montgomery y rodeado de una tropa menos numerosa y, sobre todo, menos fastuosa y menos arrogante para no molestar al rey de Francia, dejó la calle Saint-Thomas-du-Louvre por la lúgubre fortaleza donde vivía el atrabiliario Luis XIII.

El Louvre formaba en esa época un cuadrilátero en torno al patio donde se había elevado la torre del homenaje originaria. Enrique IV había mandado construir una larga galería entre el edificio y las Tullerías, pero el rey y la reina seguían viviendo en las únicas alas construidas por Pierre Lescot, que daban al Sena y al patio interior, servidos y rodeados de oficiales, criados y seiscientos soldados que vivían allí

permanentemente.

Tras penetrar en el palacio por la gran escalera, el duque fue conducido a los apartamentos reales, situados a unos pasos. Durante todo ese tiempo permaneció rodeado de una multitud de cortesanos maravillados por su gracia. Sin embargo, el rey no le manifestó ningún calor y pareció incluso envidioso de la riqueza y prestancia de aquel hombre vigoroso que no tartamudeaba. ¡Todo lo contrario que él! Al duque le traía sin cuidado su actitud, pues en realidad venía a París para cortejar a su mujer.

George Villiers, aunque súbdito fiel del anterior rey de Inglaterra, era también un gran seductor. Mas por mucho que las bellezas de la corte se desmayasen a su paso, o le ofreciesen riendo el espectáculo de sus *senos palpitantes*, Buckingham las ignoraba. Por quien había venido era por la reina.

Pocos lo sabían, pero el duque se había detenido ya en París dos años antes, cuando acompañaba al príncipe de Gales, que iba discretamente a España. Con ocasión de un baile celebrado en la corte, al cual habían asistido de incógnito, George Villiers había visto a Ana de Austria y había jurado que algún día sería suya. Volvía para ejecutar su plan. Rico como Creso, bello como un dios y gozando de un prestigio sin parangón, no dudaba de su éxito.

Tras la fría recepción de Luis XIII, el favorito del rey de Inglaterra mantuvo una entrevista con el cardenal Richelieu, rodeado de los principales ministros. Acordó con ellos los detalles del viaje de la esposa de su rey y discutió el proyecto definitivo de alianza entre los dos países, así como la situación en el Palatinado alemán, donde el príncipe, pariente del rey de Inglaterra, había sido expulsado por los españoles. En realidad, el duque parecía distraído. Estaba impaciente por encontrarse con la reina de Francia, junto a la cual lo llevaron al finalizar aquella entrevista.

Villiers había sido agradablemente sorprendido por los apartamentos del rey. En aquella antigua fortaleza, tan oscura que había que iluminarla de día con antorchas, en esos sucios y pestilentes corredores, había encontrado las dependencias reales fastuosas, con sus tapicerías tejidas de oro, sus vitrales y sus sillas tapizadas de raso. Se quedó todavía más desconcertado cuando lo introdujeron en los apartamentos de la reina, contiguos a los del rey: salas mucho más vastas, mucho más lujosas y, sobre todo, muy luminosas, con ventanas que daban a un gran arriate, delante del Sena, aunque para acceder a la antecámara, donde lo hicieron esperar unos instantes, hubiese que pasar por la gran caballeriza infestada de barro, estiércol y orines.

No estaba solo en la antecámara contigua a la capilla y a la sala de guardia, y se percató de que quizá tuviese algunas dificultades en encontrarse con la reina, frente a frente, para seducirla.

Fue la señora de Chevreuse, acompañada de dos damas de honor, quien vino a buscarlo y quien lo acompañó a la gran cámara de gala.

Ana de Austria encontró a Buckingham todavía más amable de lo que se había imaginado. El duque se mostró atrevidamente familiar y la reina lo trató como un

viejo amigo. La señora de Chevreuse se hallaba presente en aquella aparente intimidad; no obstante, el duque se mostró tan campechano que el entorno real se quedó muy sorprendido por ello, lo que provocó algunos rumores.

Desde el amanecer del día siguiente, el Louvre no fue sino un hervidero de gente. Los arqueros del prebostazgo del palacio abrieron los enormes batientes de la puerta Borbón a partir de las cuatro y montaron guardia del otro lado del puente levadizo, dejando el paso franco primero a una compañía de la guardia francesa vestida de azul con paramento rojo y luego a un ejército de obreros, lacayos, secretarios, cocineros, criados y costureras que esperaban desde hacía tiempo.

Todo el mundo se precipitó al patio cuadrado, todavía cubierto de excrementos. Durante ese tiempo, los criados y los oficiales que vivían en palacio se apresuraban a encender antorchas y bujías en las lámparas.

Todos fueron prestamente a su puesto. La jornada estaría dedicada a la preparación del gran baile de la noche que tendría lugar en el salón principal, en lo alto de la monumental escalera construida por Enrique II. Si la agitación fue general en todo el palacio, en el apartamento de la reina era mayor.

El rey tenía entonces sus apartamentos en dos pisos, en la unión de las alas sur y oeste. En la planta baja se hallaba la sala del consejo; en el primer piso, su alcoba y sus gabinetes, que comunicaban por un pasillo con la gran sala. La reina ocupaba el ala sur, que comunicaba con los apartamentos de su esposo por el piso. Disponía de una cámara, de un gran gabinete y uno pequeño contiguos, de una antecámara, de un guardarropa, de una capilla y de una sala de guardia, todas estas piezas, salvo la antecámara, con vistas a los arriates delante del Sena.

Aquella tarde, toda su casa desarrollaba una actividad febril y el apartamento se hallaba repleto de gente. La sala de guardia filtraba cuidadosamente las entradas y otros vigilaban el paso hacia el patio. En el gabinete grande esperaban, charlando, su capellán ordinario, su confesor particular y uno de los ocho capellanes, pues iba a celebrarse una breve misa en la capilla antes del baile. Con ellos estaban instalados sus médicos, cirujanos y boticarios, así como algunos oficiales particulares que esperaban a que los llamasen. Un guardia de honor estaba de servicio permanente ante el pasaje que conducía a los gabinetes y a la cámara de la reina.

En el gabinete pequeño se afanaban sus damas de honor y la gobernanta que las mandaba, así como las camareras y costureras. Cada una tenía su trabajo y preparaba con cuidado las piezas del vestido que la reina llevaría y que ellas iban a buscar al guardarropa.

En la cámara de gala estaban las damas de honor y la azafata de palacio, responsable de las joyas y de los vestidos, así como la camarera mayor, lista a responder a la menor necesidad de Ana de Austria dando una orden a una de las innumerables camareras. La reina necesitaba sin cesar ropa blanca, agua, perfume o

cremas. Algunas damas de honor se ocupaban de su ropa interior, de las horquillas, rizadores y peines necesarios para su peinado.

La duquesa de Chevreuse había llegado un poco antes, ataviada ya para el baile. Para no arrugar su vestido de verdugado, se había instalado en el lecho de altos pilares montado en un estrado y se había arrimado lánguidamente a la sábana de raso bordada a juego con las sillas y los sillones. Tenía a su lado el cofre precioso regalado por lord Carlisle y examinaba pensativamente los herretes de diamantes.

Menos mal que su marido el duque de Chevreuse era riquísimo, porque su amante, lord Holland, no habría podido hacerle un regalo tan suntuoso. Esbozó una sonrisa pensando en la coplilla vulgar que circulaba en el Louvre sobre los gentileshombres demasiado tacaños con su amante:

*¡Antes un león me saldría del culo
que de su boba un miserable escudo!*

—¿Vais a llevar los herretes, señora? —preguntó.

Ana de Austria, instalada en un amplio sillón tapizado de raso, estaba todavía en camisa de tela fina, que dejaba transparentar la prenda que ceñía sus senos y las medias de seda azul que llegaban hasta su calzón de damasco ajustado a la cintura. Dos mujeres le aplicaban afeites en el rostro, otra le empolvaba los cabellos. Antes de enfundar su camisa, la habían friccionado con pomadas y aceites odoríferos indispensables para enmascarar la pestilencia de las axilas.

La gobernanta que estaba en la antecámara hizo entonces entrar a la señora de Épernon, la exdama de honor de la reina.

—¿Dónde estabais, Gabrielle? Os he mandado buscar por todas partes —preguntó la reina a la hija natural de Enrique IV.

Gabrielle-Angélique parecía contrariada o, más exactamente, descompuesta. Se arrodilló a los pies de Ana de Austria, a la que mucho quería, para excusarse y rendirle homenaje.

—He venido tan rápido como he podido, señora. Mi esposo no quería que viniese sola a palacio y he tenido que decirle que os enfadaríais mucho si no estaba con vos mientras os vestían. Afortunadamente ha cedido, pero va a estar irritado conmigo durante mucho tiempo. He tenido que ocultarle que, de camino, iría a ver a mi hermano.

—¿A cuál? —preguntó irónica la Chevreuse.

—Al conde de Moret. Me había dicho ayer que quería verme por un asunto muy grave. Menos mal que su palacio no está lejos de la calle Vieille-du-Temple^[79].

Ana la cogió afectuosamente de la mano y le indicó que se sentase en el pequeño escabel cercano a su lecho.

—¿Un asunto muy grave? ¿No tendrá que ver conmigo? —bromeó la Chevreuse con una sonrisa pícar—. Me pareció sorprender algunas miradas licenciosas en

Antoine.

—Mi hermano, en efecto, me ha hablado de vos, Marie —confirmó la señora de Épernon con una sonrisa de alegría, estrujando nerviosamente su pañuelo de borlas de oro—, pero no es por el amor que os profesa a vos por lo que quería hablarme. Se interesaba más en lo que tenéis entre las manos.

Marie de Rohan bajó los ojos y miró con curiosidad y sorpresa el cofre de los herretes.

La reina comprendió que la señora de Épernon estaba nerviosa. Hizo un ademán para que las mujeres que se ocupaban de ella se alejasen hacia los gabinetes. Bajo la mirada vigilante de la primera doncella y de la azafata, se hizo el vacío en torno a Ana de Austria. En sus aposentos sólo quedaron la Chevreuse y la señora de Épernon.

—¿Por qué se interesa vuestro hermano por los herretes de diamantes? —preguntó Ana.

—Según él, señora, y no ha querido decirme cómo se ha enterado, los diamantes son falsos.

Marie bajó los ojos avergonzada por tener que utilizar esas palabras.

—¡Falsos! —susurró la Chevreuse, que no salía de su asombro—. ¡Pero eso es imposible!

—Sobre todo, incomprensible —dijo la reina, primero sorprendida y luego disgustada.

—Quizá sea una información errónea, señora. Sólo me ha pedido que os suplicase que mandaseis examinar los herretes a vuestro joyero. Según él, otras personas saben que las joyas son falsas, y si se verificase, y difundiesen la noticia en el baile, el escándalo sería mayúsculo.

La reina se quedó silenciosa.

«¿Qué significaba aquello? —pensaba—. ¿Era simplemente por tacañería por lo que el rey de Inglaterra le había regalado joyas sin valor o había algo más?»

Finalmente decidió que era inútil hacerse preguntas, puesto que ignoraba la veracidad de aquella historia.

—Id a buscar a mi joyero y llevadle al gabinete pequeño, donde se quedará solo —ordenó a su azafata.

La azafata hizo una reverencia y se alejó. El joyero estaba en el gabinete grande, listo para efectuar cualquier modificación rápida sobre la colocación de una joya.

—Gabrielle —decidió entonces la reina—, nadie debe saber lo que os pido. Coged esos herretes e id vos misma a exigirle a mi joyero que los examine con atención. Que se tome su tiempo y que no dictamine hasta estar seguro.

La señora de Épernon, con expresión grave, se inclinó, tomó las joyas de manos de Marie de Rohan y se alejó.

Volvieron las mujeres para terminar el maquillaje, luego la dama de honor hizo señas a la doncella de que avisase a las camareras para que, a continuación, llevasen los vestidos de la reina, que se levantó esperándolas y dio algunos pasos hacia la

ventana, profundamente turbada. Su mirada se perdió en los arriates del jardín que bordeaban el Sena, luego siguió con los ojos el lento movimiento de las lanchas y los barcos. Aquella contemplación la calmó un poco.

Siempre silenciosa, la reina se dejó vestir un cuerpo de finas varillas de mimbre y luego una camisa de seda.

Marie de Rohan la observaba en silencio, reflexionando: si los herretes de diamantes eran falsos, ¿era una idea de lord Holland o de lord Carlisle? Se acordó de que Holland pareció sorprenderse cuando lord Carlisle le había regalado los herretes en nombre del rey de Inglaterra.

Pero, sobre todo, ¿estaba enterado el duque de Buckingham de esta felonía?

Bajo la vigilancia de la azafata, la reina se ponía ahora las enaguas superpuestas que serían cubiertas por el verdugado. Cuando lo hubo hecho, sus damas de honor empezaron a atar su vestido de gala en torno a la cintura, una operación complicada a causa de las ballenas, armazones y varillas que le daban forma. Era necesaria la ayuda de varias personas para lograrlo.

Una vez que el conjunto estuvo bien abombado en sus caderas, las damas de honor anudaron en torno al escote de Ana de Austria el cuello, compuesto de cinco capas de encaje almidonado que, durante toda la velada, le impediría mover la cabeza.

Otras mujeres se aprestaban a preparar los zapatos de alto tacón con una roseta de lazos, los guantes perfumados, los abanicos decorados y los pañuelos con caireles de oro; había otras encargadas de verificar los lazos, las joyas y los cordones de oro que podrían añadirse, cosidos en el vestido o unidos por alfileres de oro.

En la corte apenas se respetaba el edicto de 1608 que prohibía llevar ninguna tela de oro o de plata, ni siquiera bordados, pasamanería o cordones, terciopelo, raso o tafetán mezclados, cubiertos o trenzados con oro o plata.

La señora de Épernon regresó en el momento en que finalizaban los preparativos. Iba acompañada del joyero, pues se había enterado por las damas de honor de que la reina ya estaba vestida.

Ana de Austria mandó alejarse a todo el mundo en torno a ella.

El joyero, un anciano de antiparras que estaba al servicio de Ana de Austria desde su llegada a Francia, se arrodilló ante ella.

—Y bien, señor, ¿qué pensáis de los herretes? —preguntó Ana con inquietud.

—Las piedras están soberbiamente montadas, señora. Pero sólo son cristales.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señora. Se trata de piedras que se encuentran sobre todo en España, pues llegan de Perú.

La reina bajó la cabeza, como indiferente a aquella odiosa trampa en la que querían hacerla caer. Se volvió hacia el Sena, que miró largamente pensando con tristeza en su país.

Epílogo

Al rey no le gustaban las fiestas ni los bailes; sin embargo, el celebrado en el Louvre en honor del matrimonio de su hermana debía ser el más memorable de su reinado. Cubierta con todas sus joyas, la reina estaría vestida con sus más bellos atavíos. Su esposo le había hecho saber que quería estar orgulloso de ella.

En cuanto a Buckingham, el muy fatuo estaba seguro de lograr seducir a Ana de Austria. Cuando se miraba al espejo —cosa que hacía con frecuencia—, George Villiers no podía imaginar que la reina Ana de Austria no se rendiría a sus encantos. A sus treinta y cinco años, era sin duda el más guapo y elegante gentilhombre de Francia y de Inglaterra. Era riquísimo y el favorito del rey de Inglaterra. No podía más que deslumbrar a la bella y orgullosa Ana de Austria.

Para que ella cayese en sus brazos, sólo tenía que acercársele y hablarle en privado.

La gran sala del Louvre, inmensa nave de paredes cubiertas de retratos de reyes, de reinas, de príncipes y de princesas, había sido decorada para la ocasión. Guirnaldas de flores y tapices estaban suspendidos de las paredes. Del techo, que representaba a Dios y a los ángeles, así como el sol, la luna y los planetas, pendían veinte arañas de cristal cubiertas de innumerables bujías. A lo largo de las paredes, las antorchas de cera eran tan numerosas que daban a los cortesanos la impresión de hallarse en pleno verano.

En un gran estrado, músicos de librea azul con pasamanería roja interpretaban dulces melodías. Había oboes, violas de gamba, violines, laúdes y una gran espineta a la italiana. El maestro de baile de la corte comprobaba que todo estaba en su lugar.

Ya los *sorbeaires* y los *raspamanteles*, como llamaban a los cortesanos chismosos y hambrientos, se agolpaban en torno a las mesas, donde un ejército de criados servía vinos finos y pastelillos. Sus dos principales temas de conversación eran la prestancia y la riqueza del duque de Buckingham. Había entre ellos admiradores, envidiosos y sarcásticos.

En el fondo, todo lo que esos cortesanos decían carecía de importancia. Sólo chismorreaban para matar el tiempo esperando la llegada del rey. Los más curiosos, o los más impacientes, se alzaban a veces sobre la punta de los pies, cual grullas, para tratar de ver a algún grande que conociesen.

A veces circulaba un rumor y los corrillos lo repetían, afirmando haber sido testigos del hecho relatado añadiéndole su parte de mentira. La llegada del príncipe de Conde y luego la del Señor, el hermano del rey, suscitaron mayores susurros. Los murmullos y los chismorreos arreciaron con la entrada de los ingleses, a la cabeza de los cuales iba el duque de Buckingham y sus fieles Holland y lord Carlisle.

George Villiers estaba vestido de raso gris cuajado de diamantes. En los hombros, collares de perlas anudados de forma tan floja y con hilos tan finos, que cada vez que chocaba —voluntariamente— con una mujer o con un cortesano alguno se rompía y

las perlas rodaban por el suelo donde siempre había alguien dispuesto a recogerlas. A los que se las devolvían, les respondía con magnificencia:

—¡Hacedme el honor de guardarlas!

El juego divirtió un rato a los presentes, pero cesó a la llegada del rey. Acompañado por el cardenal Richelieu, Luis XIII se dirigió primero a Villiers, que se hallaba en ese momento en compañía del duque de Chevreuse, y los saludó a ambos brevemente antes de alejarse para intercambiar algunas palabras más cordiales con el embajador de España, don Antonio Pimentel Barroso de Ribera, marqués de Mirabel.

Los cortesanos se congregaron enseguida en torno al rey, esperando una palabra del soberano. Pero a Luis XIII le gustaban mucho menos los cortesanos que las fiestas, y el cardenal Richelieu, con un simple fruncir de su entrecejo, hacía comprender a los molestos que se alejasen.

Esperaban a la reina, pues no se podía abrir el baile sin ella.

Llegó, al fin, acompañada de la duquesa de Chevreuse y de la señora de Épernon, así como de una veintena de damas de honor, a cual más graciosa. Doce herretes de cordones de diamantes brillaban con mil resplandores en el hombro izquierdo de Ana de Austria.

Buckingham la miró retorciendo su mostacho y alzando ligeramente su sombrero, que, para su gusto, le aplastaba demasiado sus bellos tirabuzones, después de lo cual masticó discretamente un grano de anís a fin de exhalar en el rostro de la mujer que pensaba seducir el suave perfume de su aliento.

La reina estaba en todo el esplendor de su juventud. Lucía un semblante lleno de dulzura, y no obstante impregnado de majestad, con una boca pequeña y magníficos ojos de color esmeralda enmarcados por una espléndida cabellera rubia que heredaba de su madre austríaca. Un observador insensible a su perfección apenas habría podido reprocharle que su labio inferior, como el de todos los príncipes de la casa de Austria desde Carlos V, sobresaliese demasiado. Pero ese ligero defecto volvía su sonrisa todavía más encantadora añadiéndole un permanente punto de desdén.

El rey, a pesar de ser poco sensible a la belleza de las mujeres, sintió un escalofrío viéndola acercarse así a él, como una bella diosa. La reina saludó largamente a su esposo, le murmuró algunas palabras afectuosas y luego besó con fingida devoción la mano del cardenal Richelieu.

Luis el Justo hizo entonces una seña al maestro de danza para indicarle que el baile podía empezar, y los violines sonaron.

El rey avanzó hacia la señora de Condé, con la cual debía iniciar el primer baile, y monseñor se acercó a su madre, María de Médicis. Todos ocuparon sus puestos siguiendo las reglas del jefe de protocolo y el baile empezó.

La primera pieza fue una alemanda, una especie de pavana pesada y grave en la que los bailarines se paseaban por parejas. Como de costumbre, fue seguida por una gallarda, más viva. Durante el desarrollo de estas piezas, el duque de Buckingham no llegó a acercarse a la reina debido a la cantidad de gente que la rodeaba.

El paspié que siguió era un corro en forma de minueto ligero y rápido. A continuación, un rondó acompañado de la espineta. Luego interpretaron de nuevo una pavana con su alternancia de pasos adelante y atrás. Buckingham, con la ayuda de la duquesa de Chevreuse, logró por fin acercarse a Ana de Austria. Los dos jóvenes se saludaron y se sonrieron.

La gallarda siguiente no cambió apenas las posiciones de los danzantes, pero, mientras empezaba una vuelta, George Villiers, gracias a un rápido paso lateral, se encontró al fin frente a la reina. ¡Había llegado su hora! La vuelta era una danza por parejas cerradas en la que el bailarín enlazaba su pareja a un ritmo de pavana lenta.

—Fue hace tres años, señora, cuando os vi por primera vez —empezó con el timbre grave que utilizaba para hechizar a sus futuras conquistas.

—Lo ignoraba, señor duque^[80] —respondió ella afectando indiferencia.

—¿Queréis que os diga cómo ibais vestida la primera vez que os vi? Parece que os estoy viendo todavía: llevabais un vestido de raso verde recamado de oro y plata; mangas colgantes y anudadas en vuestros bellos brazos, esos brazos admirables, con gruesos diamantes; una gorguera cerrada, un sombrerito en vuestra cabeza del color de vuestro vestido, y, en el sombrerito, una pluma de garza.

—¡Qué locura! —ironizó Ana de Austria—. Qué locura alimentar una pasión inútil con semejantes recuerdos.

—¡Yo no tengo recuerdos, señora! ¡Es mi felicidad, mi tesoro, mi esperanza! Cada vez que os veo, es un diamante más que guardo en el estuche de mi corazón.

La reina se quedó silenciosa ante tan extraña declaración, mientras se separaban para enlazarse de nuevo.

—Mi felicidad sería tener un objeto vuestro que me recuerde que no he estado soñando. Alguna cosa que hayáis llevado y que yo pueda llevar a mi vez, una sortija, un collar, una cadena... —imploró Buckingham.

—¿Nada más? —dijo la reina sonriendo.

Esta danza lenta fue seguida por una más rápida. Era una *carola*, danza popular en la que los participantes se cogían de la mano siguiendo a un músico que había bajado del estrado acompañándose de su viola.

El duque fue separado de la reina, a la que no volvió a encontrar hasta la pieza siguiente. Era también una gallarda por parejas. Los cortesanos sólo tenían ojos para el rey, quien, aunque no gustase de los bailes, era un buen danzarín, y nadie se fijó en los esfuerzos de George Villiers en su intento de seducción. La reina ya sólo respondía con sonrisas distantes. Buckingham lo intentó de nuevo mientras la pieza terminaba.

—¿Sabéis, señora, que en Inglaterra esta danza se cierra siempre con un beso del caballero a la danzarina?

—No sé, señor, pero aquí las costumbres son otras, y mi esposo no me lo perdonaría —replicó ella fríamente.

La reina dio algunos pasos para alejarse de él. Todos llevaban a la dama a su lugar

y Ana de Austria se quedó sola un breve instante.

El marqués de Mirabel —el embajador de España— aprovechó para acudir a presentar sus respetos a la hermana de su rey, que seguía siendo para él la pequeña Ana María Mauricia, a la que había conocido siendo infanta.

Mientras escuchaba sus cumplidos y algunas novedades insignificantes que le traía de la corte de España, Ana de Austria observó la extraña insistencia con la que el señor de Mirabel miraba sus herretes.

Viendo que la reina lo escuchaba a medias, Mirabel se alejó. Fue sustituido por la señora de Chevreuse.

—El duque de Buckingham es un buen danzarín, señora —afirmó con una sonrisa picara.

—Sí, y también un gran seductor.

Las dos mujeres se echaron a reír.

—Lord Carlisle ha reparado en que no os habíais puesto los doce herretes de diamantes que os regaló su rey. Me ha preguntado la razón —susurró entonces la duquesa de Chevreuse.

—¿Y qué le habéis respondido, Marie?

—Lo que me habéis ordenado, señora. Que el rey deseaba veros con los herretes que él os había regalado.

Ana asintió pausadamente. En ese momento Luis XIII se acercaba con su madre, María de Médicis.

Se inclinó respetuosamente ante su mujer.

—Tengo mucha suerte, señora, de tener una esposa tan bella —dijo en un tono poco cálido.

—Gracias, Sire.

—Y os agradezco que hayáis traído mis joyas, y no las que el rey de Inglaterra os ha regalado.

—No podía ser de otro modo, Sire —se inclinó ella a su vez.

Avanzada la noche, el duque de Buckingham dejó el Louvre harto descontento. La reina le tenía afecto, sin duda, pero seguía muy distante. En cuanto a encontrarse en la intimidad con ella, eso se revelaba imposible en el Louvre. Menos mal que el duque de Chevreuse daba también un baile al día siguiente. Tal vez tuviese suerte en el palacio de la calle Saint-Thomas-du-Louvre.

El baile del palacio de Chevreuse tampoco satisfizo a George Villiers. Por la mañana había sido recibido por el rey en compañía del cardenal Richelieu. Le habían invitado para proponerle llevarse a la nueva reina de Inglaterra cuando lo desease. Puesto que el tratado entre los dos países era aceptado, podía volver a Londres, donde su rey ardía en deseos de ver a su esposa.

El duque entendió perfectamente que no debía eternizarse en la corte y la fecha de

su partida con Enriqueta María fue fijada para el 2 de junio. El único consuelo de Villiers fue que la reina y una partida de la corte los acompañarían hasta el puerto de embarque.

La verdad es que el único responsable de esta despedida tan precipitada era el propio Buckingham por su imprudencia. El rey, que era tan atrabiliario como observador, se había percatado perfectamente de la familiaridad, excesiva a sus ojos, entre el duque y la reina durante las danzas que los habían emparejado en el Louvre. El propio Richelieu había aconsejado a Luis XIII que alejase al favorito, demasiado atrevido con las mujeres.

Tan pronto como se supo en la corte que el duque se quedaría tan poco tiempo en Francia, todo el mundo quiso invitarlo. Durante una semana se celebró una sucesión ininterrumpida de fiestas, bailes, cenas y fuegos artificiales. «Por la noche —refirió el *Mercure François*— sólo se oían cañonazos... y por la mañana, el relato de los festines».

Incluso se celebró un gran concierto en el palacio de Rambouillet pero, en todas las recepciones, el duque jamás pudo encontrarse más de unos instantes con la reina. Aprovechaba cada ocasión para confesarle su pasión, pero ella apenas respondía, como si estuviese dubitativa o más bien preocupada.

La razón era que, tras el baile del Louvre, había encargado a la señora de Chevreuse una misión, y la espera de su resultado la atormentaba.

—Marie —le había dicho—, podéis rendirme un gran servicio por el que os estaré eternamente agradecida.

—Daría mi vida por vos, señora, ya lo sabéis —había respondido la Chevreuse risueña.

—Jamás llegaremos a eso —había respondido la reina un poco crispada—, pero entendería que rehusaseis lo que voy a pedir...

La duquesa había mirado entonces a la reina con mucha atención.

—El hermano de Gabrielle-Angélique... El joven Antoine de Borbón... Me gustaría saber cómo se enteró de que los herretes eran falsos. Y, sobre todo, si sabe de quién fue la idea de regalarme esas bagatelas.

La Chevreuse había entendido lo que la reina deseaba de ella; sin embargo, no modificó su expresión ingenua e inquisitiva.

Viendo que se quedaba silenciosa y con expresión inocente, Ana de Austria había precisado farfullando:

—Él os ama. Sólo vos podéis hacerle hablar.

Simulando confusión, la señora de Chevreuse se había mordido los labios antes de bajar la cabeza. Debía comportarse, pues, como una buscona. Lo cobraría con creces más tarde, decidió.

En los días festivos que siguieron la duquesa de Chevreuse pudo acercarse fácilmente

al conde de Moret.

Veinte años más tarde, aseguraría a alguien que le preguntaba cómo iba a convencer al señor de Châteauneuf para que le hiciese un favor: Veréis cómo hace lo que yo quiera; sólo tengo que dejar que me toque la pierna en la mesa^[81].

A Moret le concedió mucho más que la pierna, y el hijo de Enrique IV fue extremadamente locuaz, aunque alterase ligeramente la verdad. No habló de los jesuitas a su bella amante e inventó que quien le había vendido la información era un criado que había escuchado una conversación por azar. Según él, Carlisle había caído en una trampa montada por el gobierno español.

Falsificando así la realidad, el conde fue *dignamente recompensado* y obtuvo *todas las ventajas que podía desear*, como escribiría algunos años más tarde la señora de Fouquerolles en una carta célebre a su amante el señor de Maulévrier.

La señora de Chevreuse contó todo lo que había conseguido averiguar a la reina, que no la creyó. El hecho de que su hermano Felipe IV hubiese montado esa cábala para desacreditar a los ingleses corriendo el riesgo de arrastrar a su propia hermana a un escándalo sin parangón no se compadecía con el carácter prudente del rey de España. Sin embargo, la duda se había insinuado en su mente, pues se acordaba de la extraña insistencia del señor de Mirabel examinando los herretes de diamantes que llevaba en el baile.

Entonces pensó que tal vez fuese un proyecto del primer ministro, el conde-duque de Olivares, puesto en práctica a espaldas de su hermano. No era imposible, pero ¿cómo averiguarlo?

«Sólo había una solución», se dijo, tras unos días de reflexión y de observación del duque de Buckingham.

Fue al final de la semana de la estancia del embajador en París cuando el cardenal Richelieu dio a su vez una cena suntuosa. En esta ocasión, terminada la comida y mientras se formaban los corrillos para escuchar los violines, fue la reina la que se acercó al favorito del rey Carlos.

La mirada de George Villiers se encendió viéndola y creyó al fin llegada su hora.

La reina estaba con la señora de Épernon, que tenía un cofrecillo rectangular.

—Señor embajador —le dijo ella deshaciéndose en sonrisas—, me he acordado de la petición que me hicisteis en el Louvre y he decidido aceptarla. La señora de Épernon va a entregaros un objeto que me pertenece. Lo llevaréis en recuerdo mío. Sin embargo, para evitar toda maledicencia, os pido que no abráis esta caja hasta que os halléis en tierra inglesa.

Gabrielle de Verneuil tendió al duque el cofrecillo de madera rosa con incrustaciones de oro. Villiers lo recibió con una profunda reverencia. Richelieu, que había observado la escena de lejos, frunció el ceño, encontrando aquella familiaridad inconveniente. Otras cortesanas, siempre al acecho, vieron también el gesto de la

señora de Verneuil y dedujeron que la reina ofrecía un regalo al duque de Buckingham, probablemente joyas.

El duque y la nueva reina de Inglaterra dejaron París hacia Boulogne el día 2 de junio en compañía de una gran parte de la corte.

Buckingham no había logrado sus fines. Imputaba ese fracaso a la imposibilidad de encontrarse frente a frente con Ana de Austria el tiempo suficiente, pero se consolaba diciendo que durante el largo viaje hasta Boulogne la fortuna le sería más favorable.

El primer alto se hizo en Amiens, donde entró la corte el 7 de junio. María de Médicis cayó enferma y la estancia se prolongó con bailes y fiestas magníficas. El retraso colmó los deseos de Buckingham.

La nueva reina de Inglaterra se alojaba en el palacio episcopal, mientras que la reina era instalada en una gran residencia cuyo jardín se extendía a lo largo del Somme. El jardín era encantador; todos los componentes de la corte presentes en Amiens iban a pasearse allí. Una tarde, la señora de Chevreuse fue a ver a la reina, acompañada de Buckingham y del conde de Holland. El cielo estaba claro y el tiempo era muy agradable. La duquesa propuso ir a dar un paseo al jardín. Ana de Austria aceptó.

Buckingham llevaba a la reina y la señora de Chevreuse iba cogida del brazo de su amante, Holland. Unos pasos detrás seguían las damas de honor, la princesa de Conti y La Porte, el primer ayuda de cámara de Ana de Austria. Como por descuido, lord Holland y la señora de Chevreuse dejaron que la reina y Buckingham se distanciasen.

El lugar era solitario, y la oscuridad, creciente. Buckingham se mostró bruscamente tierno y apremiante. Volvió a sus declaraciones, cada vez más ardientes, y luego, a la vuelta de un sendero, detrás de los macizos que lo rodeaban, se decidió a poner su mano en los encantos que tanto codiciaba.

La reina emitió un grito ante tamaña falta de respeto y todo el mundo acudió^[82] para descubrir a Ana de Austria recomponiendo sus vestidos en desorden.

Más tarde, habiéndose enterado el rey del incidente, la princesa de Conti, hermana del príncipe de Condé, declaró que *de la cintura a los pies, ella respondía ante el rey de la virtud de la reina.*

Pero no se atrevía a hacerlo del resto de su cuerpo, sugirió con perfidia.

El cortejo de Enriqueta María partió hacia Boulogne. A lo largo del viaje, Ana de Austria se mostró glacial con George Villiers, ahora arrepentido de su locura y desesperado por la animadversión de la reina hacia él. Creyó todavía, sin embargo, en su buena estrella cuando, en Boulogne, una tormenta impidió la partida de la flota. Dio media vuelta enseguida para volver a la corte y logró obtener una última audiencia. Era tarde, la reina estaba acostada. En presencia de las damas de honor, el

duque avanzó hacia su lecho, se puso de rodillas, tomó su mano y estalló en sollozos.

Ana de Austria permaneció indiferente. Todos los que asistían a la escena estaban molestos. La entrevista no podía durar y Buckingham se retiró, ofendido y herido en sus sentimientos. Acto seguido, emprendió el camino hacia Boulogne.

No volvería a ver a la reina de Francia.

Unas semanas después se celebró un baile en la corte de Francia con ocasión del cual la reina apareció sin sus herretes de diamantes. El rey, que estaba al tanto de los rumores sobre unas joyas que la reina le habría regalado al duque de Buckingham, se presentó, muy molesto, en sus apartamentos.

Viéndolo tan enfurecido, las damas de compañía se ausentaron dejando solos a los esposos.

—Señora, decidme, si os place, ¿por qué no habéis llevado vuestros herretes de diamantes cuando sabéis que me habría agradado verlos? —le preguntó encolerizado.

—Sire —respondió la reina con voz segura—, porque en medio de aquel gentío temí que sufriesen algún percance^[83].

—¡Cuan equivocada estáis, señora! Si os hice ese regalo es para que lo luzcáis. Estoy muy descontento.

La voz del rey temblaba de cólera y se calló un instante para calmarse antes de añadir:

—Me han dicho que habíais regalado doce herretes de diamantes al duque de Buckingham.

—Lo reconozco, Sire. Se trataba de unas joyas de las que deseaba deshacerme.

—¡De mis joyas, señora! —se encorajinó el rey.

Ella le sonrió tristemente antes de dirigirse hacia un magnífico bargueño de madera policromada. Ana María abrió un cajón del bargueño y extrajo un cofrecillo plano que entregó al rey.

—Aquí están los herretes, señor. Sabed que estaré muy orgullosa de llevarlos en el próximo baile. Los que yo regalé son los que lord Carlisle me trajo en nombre del rey de Inglaterra.

—No lo entiendo, señora —dijo un Luis XIII desconcertado.

—Los doce herretes de diamantes del conde eran falsos, Sire. Se trataba de una trampa tendida a los ingleses por sus enemigos. Tal vez incluso por gentes de mi país —añadió tristemente—. Me previno una amiga. El propósito de esa cábala era hacer estallar un incidente entre vos y el rey de Inglaterra. Cuando lo supe, me deshice de tan molestos aderezos.

El rey se quedó silencioso, mirando alternativamente el cofrecillo abierto ante sí y el rostro sereno y bello de su reina.

¡Una trampa! ¡Un complot! ¡Otro más! Inspiró fuertemente.

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó, bruscamente suspicaz.

—Vuestro hermano Antoine se enteró por una indiscreción de que los herretes tal vez fuesen falsos, pero no lo sabía a ciencia cierta. Previno a vuestra hermana, la señora de Épernon. Yo hice que mi joyero comprobase la calidad de las piedras y me confirmó que eran falsas. Sin embargo, antes de decíroslo, tenía que saber si los ingleses habían actuado por desprecio hacia mí o hacia vos, o si habían sido engañados, como yo misma. Así que decidí darle las joyas al duque de Buckingham, que, os lo confieso —al decirlo, la reina sonrió—, me ha hecho la corte.

El rey permaneció imperturbable.

—Luego he sabido que las ha lucido en la corte de Saint-James, jactándose de que yo se las había regalado, pues ignora que son falsas, lo que significa que alguien le ha tendido una trampa a lord Carlisle.

El rey permaneció silencioso, confrontando mentalmente lo que había observado y lo que su esposa acababa de decirle.

«¡Así todo se explicaba!», pensó finalmente. Por primera vez sonrió algo más tranquilo, y tartamudeó como le ocurría siempre que se emocionaba:

—Se... señora, me he... equivocado al dudar de vos... y me arrojo a vuestros pies... para pedir os perdón.

—El señor de Buckingham es un fatuo, Sire. Me pareció divertido que fuese él quien llevase las joyas aunque ignore que son falsas.

Luis el Tartamudo se estremeció de alegría.

—Mereceríais reinar en mi lugar —dijo, besándole las manos.

—Convendría guardar el secreto —sugirió ella.

El rey aprobó haciendo un signo con la cabeza.

En Inglaterra corrió como un reguero de pólvora el rumor de que la reina de Francia estaba enamorada de lord Buckingham, que incluso cabía la posibilidad de que fuese su amante. El duque no hizo nada por desmentirlo y, en los bailes, se adornaba con los doce herretes de diamantes, asegurando sus íntimos que eran un regalo de Ana de Austria. Probablemente incluso, daban a entender, se trataba de las joyas que el rey de Francia había regalado a la reina.

La condesa de Carlisle, que trabajaba de espía para el mejor postor, quiso verificar que se trataba de los herretes del rey de Francia. Se tomó su tiempo en un baile distraendo al duque de Buckingham para cortarle dos herretes con el propósito de enviárselos al cardenal Richelieu a fin de obtener de él una recompensa.

Las joyas llegaron al ministro acompañadas de una carta explicando su origen.

Richelieu no supo qué hacer con ellas. Si la reina había regalado joyas de la corona al duque inglés, eso podía destruir la alianza en la que tanto empeño había puesto. Finalmente decidió ir a ver a Ana de Austria para sondearla. Tras ordenar a las damas de honor que se alejasen, se entrevistó con ella en un gabinete cuyas puertas permanecieron abiertas como exigía la etiqueta, puesto que la reina jamás debía quedar a solas con un hombre, aunque fuese sacerdote.

Cuando empezó a hablarle de los doce herretes de diamantes lucidos por lord

Buckingham, la reina estalló en una risa cantarina. Para gran sorpresa del cardenal, llamó a su azafata y le pidió que le llevase sus herretes.

Ante un confundido Richelieu, la reina reconoció que no ignoraba que el duque llevaba unos herretes haciendo creer que se trataba de los del rey de Francia, pero ella sabía también que los herretes que Buckingham lucía apenas tenían valor.

Tranquilizado, el cardenal volvió a sus apartamentos. Esa misma noche, sin embargo, mandó que un joyero examinase los dos herretes enviados por *lady Carlisle*. El joyero le confirmó que las piedras eran falsas. «Un incidente que no era tal», pensó.

Ni siquiera lo mencionaría en sus memorias.

En el colegio de Clermont, las clases prosiguieron aunque muchos alumnos faltaban desde el matrimonio real. Paul de Gondi no había vuelto, y sus amigos no salían de su asombro.

Louis y Gaston seguían estando castigados y tenían cada vez más trabajo, pues el mes de junio era siempre un período especialmente dedicado al estudio. Era el momento de preparar el concurso de los premios de fin de curso, una larga prueba escrita que debía celebrarse en julio y que determinaría la clasificación final de los alumnos. La entrega de recompensas tendría lugar con ocasión de una gran ceremonia, en presencia de los padres, de los amigos y de una parte de la corte. Y unos días más tarde se celebraría la velada de fin de curso, que también había que preparar.

Pero antes estaba prevista otra ceremonia: el anuncio de los mejores alumnos juzgados por el trabajo de todo el año, que seguiría al gran sermón pronunciado este año por el padre Caussin.

Louis y Gaston quedaron bien clasificados y los señores Fronsac y Charreton fueron a buscarlos para pasar dos días en la calle de los Quatre-Fils. Los dos niños estaban impacientes por saber lo que había pasado en el Louvre, y el señor Charreton, habiendo sido invitado a una de las fiestas, hubo de contar con todo detalle la semana de bailes transcurrida.

Aparentemente, ningún escándalo había estallado en torno a la reina. El conde de Moret seguramente había decidido avisarla, y los niños sintieron una mezcla de alivio y orgullo.

En cuanto al conde, no tuvieron noticias suyas hasta unos meses más tarde, en que supieron la verdad directamente por Antoine de Borbón, con ocasión de un nuevo encuentro con el hijo de Enrique IV.

El joven les explicó entonces cómo su hermanastra había logrado avisar a la reina la misma noche del baile, y les confirmó lo que había sabido por ella: los herretes eran falsos. Evidentemente, no les habló de lo que había obtenido de la duquesa de Chevreuse.

Al volver a Clermont, un domingo por la noche, se encontraron con Paul de Gondi. Pero en aquel niño no reconocieron a su amigo.

Tres días después del matrimonio de Enriqueta de Francia, el día de San Juan Bautista, Paul había perdido a su madre, Françoise de Commercy. La dama, considerada una santa por todos los que la rodeaban, había sido enterrada en la capilla de las Carmelitas de la calle Chapon. Paul les dijo, entre sollozos, que su padre, Philippe Emmanuel, se había quedado postrado a la muerte de su madre. Hablaba incluso de dejar sus honores y sus cargos para retirarse a la congregación de los padres del Oratorio de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora era huérfano, como Gaston de Tilly. Se enfrascó en sus estudios para tratar de no pensar en sus desgracias.

El trabajo ímprobo llevado a cabo por Louis y Gaston tuvo como resultado que este último fuese nombrado cónsul en junio gracias a sus buenas notas en griego. Louis se convirtió en decurión y Chazelles tuvo, por primera vez, uno de sus trabajos expuesto en el refectorio.

En julio el castigo de los dos niños disminuyó, pues faltaban más de la mitad de los internos. Incluso fueron autorizados a comer de nuevo en su mesa. Louis se había fijado en que desde finales del mes de mayo —o sea, desde que el complot de los jesuitas había fracasado— el padre Filleau parecía más tolerante e incluso más amable con los internos, especialmente con él y con Gaston.

Las clases y los controles se volvieron también menos severos. Para los de sexto, el griego alternó por la mañana con las Sagradas Escrituras y la tarde fue dedicada a los ensayos teatrales. El trabajo de la noche iba encaminado siempre a preparar el difícil concurso de fin de curso.

Al mismo tiempo, el patio de recreo era cada vez menos accesible, pues construían en él, a grandes martillazos, un teatro de madera. Era un cuadrado en el que la escena iría adosada a las clases del fondo. En los otros tres lados, los carpinteros instalaban estrados y bancos para el público. Las habitaciones de los internos, un poco más altas que el escenario, servirían de palcos, pues se esperaban tres o cuatro mil espectadores.

El concurso tuvo lugar la última semana de julio, y la entrega de premios, unos días más tarde. Debía de haber unos treinta y tres premios, pues, por primera vez, el rey y su madre, María de Médicis, habían regalado treinta escudos cada uno para la compra de obras, a condición de que los libros fuesen marcados con sus armas.

Louis, Gaston y Paul de Gondi obtuvieron sendos libros. Louis recibió una *Historia de las casas de Francia*, en cuero verde oliva con las armas de la reina sobre un sembrado de flor de lis, y Gaston, que sólo obtuvo un accésit, una obrita de versos en griego.

Por fin llegó el día del espectáculo. Era el domingo 10 de agosto. Un inmenso

toldo cubría la totalidad del patio para proteger del sol a los espectadores. La decoración de la escena y del patio había empezado una semana antes y Louis, como todos los alumnos, había participado en ella desde las cuatro de la mañana, recortando y pintando los decorados de cartón.

La representación empezó a las nueve. Detrás de la escena, en las aulas que servían de bastidores, los niños que se vestían o que terminaban los últimos preparativos pudieron apenas entrever a su familia y a sus amigos, que se instalaban en las gradas para una velada de seis o siete horas. Vendedores de obleas y de limonada calmarían su hambre y su sed.

Se representaron una docena de tragedias, separadas por poemas, pequeñas piezas de música, bailes y sainetes inspirados en la vida del colegio. Lo que más hizo reír fue un espectáculo representado por los de sexto que parodiaba un duelo ridículo. Todos se dieron cuenta de que era una alusión al que había enfrentado a Tilly y Fronsac contra Rouville y Lauzières. Los únicos que no le encontraron ni pizca de gracia fueron los protagonistas.

Las tragedias eran en su mayor parte historias sagradas en latín escritas por los sacerdotes. El padre Caussin propuso *Susana y Diocleciano*, y el padre Cellot, *Procopio el mártir*.

Durante la comida, consistente en paté y vino de Borgoña y servida en las gradas, la atención de los alumnos mayores fue sobre todo atraída por las jóvenes que se habían instalado en los pisos pero con las que no podían reunirse.

El espectáculo, que fue un gran éxito, marcó el fin de las clases. El tío de Gaston fue a buscarlo al día siguiente. Louis se había ido esa misma noche. Los niños no se volverían a ver hasta la vuelta a las clases en octubre.

Nadie supo jamás el papel de los jesuitas del colegio de Clermont en el asunto de los herretes. El padre Cotton se quedó muy tranquilo, sin embargo, cuando se enteró de que la reina nunca había llevado las joyas que le habían regalado. En adelante, su compañía podría dedicarse a reforzar su posición en la corte.

FIN

Observaciones del autor sobre esta historia

El asunto de los herretes de la reina sigue siendo un misterio.

Se trata de una historia verdadera, puesto que está narrada más o menos en los mismos términos por La Rochefoucauld y Loménie de Brienne. Alejandro Dumas se inspiró en ella para escribir *Los tres mosqueteros*.

Pero, tal cual lo contaron, el relato de los cronistas es inverosímil. En efecto, es imposible que Ana de Austria hubiese remitido a Buckingham —un hombre al que apenas conocía— los herretes de diamantes que su marido le había regalado y que casi eran joyas de la corona. No podía ignorar que su esposo le pediría antes o después que se las pusiese.

Por otra parte, el cardenal Richelieu no habría puesto nunca en peligro la alianza inglesa, de la que era artífice, haciendo saber a Luis XIII que su mujer ofrecía regalos a un hombre que la hubiese seducido.

Sin embargo, según La Rochefoucauld y Loménie de Brienne, Ana de Austria habría remitido unos herretes de diamantes a George Villiers. Y esto sólo puede significar una cosa: no se trata de las joyas que el rey le había regalado. Por otra parte, se sabe que Ana fue más tarde una gran reina y que jamás fue una modistilla que se dejase llevar por la pasión. El regalo hecho a Buckingham no podía tener más que un objetivo político. Nuestro relato no es, pues, inverosímil.

El *joven, bello, valiente y elegante* conde de Moret estaba en Clermont en 1624-1625. La adoración que profesaba a la duquesa de Chevreuse fue contada por Tallemant des Réaux. Moret se convirtió en abad de numerosas y ricas abadías, como Saint-Étienne de Caen, Saint-Victor de Marsella o Saint-Benoît-sur-Loire. Cercano a Monseñor, luego al duque de Montmorency, se implicó en la revuelta del duque en 1632. Sabemos que éste se enfrentó a las tropas reales mandadas por Schomberg en Castelnaudary el 1 de septiembre de 1632.

La batalla se perdió. El conde de Moret desapareció durante el combate. Montmorency fue capturado y luego ejecutado en Toulouse, mientras que el príncipe Gaston de Orleans, para proteger a la duquesa de Montmorency, se sometía a su hermano, obteniendo así su perdón.

Empezaron entonces a correr rumores sobre Antoine de Borbón, según los cuales no habría sido muerto sino gravemente herido y transportado por Monseñor hasta el monasterio de Prouille.

Lo cierto es que la abadesa del convento fue entonces sancionada y expulsada de su abadía. En cuanto a Moret, algunos aseguraron que sobrevivió y que se retiró como eremita cerca de Saumur, bajo el nombre de fray Jean-Baptiste.

El hijo de Enrique IV se convirtió poco a poco en leyenda. Su muerte fue incluso referida en la corte el 24 de diciembre de 1691^[84].

En julio de 1627 lord Carlisle fue nombrado por el rey protector de las islas del

Caribe y consejero para los territorios de la Nueva Inglaterra.

Nicolas Caussin se convirtió en confesor del rey en 1637 antes de ser expulsado de la corte por haber defendido con demasiado ardor un acercamiento a España.

La duquesa de Chevreuse partió finalmente a Londres con su esposo y se instaló en casa de lord Holland, con quien concibió un hijo adulterino.

Las negociaciones con el nuncio del Papa sobre la Valtelina, principal ruta entre Austria e Italia, fracasaron. Los franceses la sometieron a la autoridad de los grisones, sus aliados protestantes, antes de apoderarse finalmente de Suse y del Pinerolo, y luego del ducado de Mantua. La guerra proseguiría durante años hasta la llegada de un plenipotenciario al servicio del Papa, un tal Julio Mazarino, que defendió la postura de Francia al lado del Papa. Para agradecérselo, el cardenal Richelieu lo tomó más tarde a su servicio.

La señora de Épernon, la pícara Gabrielle de Verneuil, murió en 1627, tal vez envenenada por su violento marido, el duque de Épernon.

Nos hemos ceñido lo más posible a la vida cotidiana del colegio de Clermont en 1625, suprimiendo sin embargo una parte de las actividades de la enseñanza y, sobre todo, reduciendo las actividades religiosas para no hacer muy prolija esta novela de aventuras.

Los numerosos secuestros en París en la primavera de 1625 son narrados por François Garasse. El desplome de la tribuna de los embajadores ingleses delante de Notre-Dame fue contado por Rubens en una carta enviada a Nicolas Peiresc.

Sobre las hazañas de la banda de los Salmonetes y los Rucios, puede consultarse el *Inventario general de la historia de los ladrones*, publicado en 1625.

Paul de Gondi estuvo en Clermont como interno, pero ¿estaba allí en 1625, cuando tenía doce años? Confesamos ignorarlo. Lo que sí es cierto es que a los dieciocho años escribió la historia de la conjura de Jean-Louis de Fiesque^[85], cuyo manuscrito confió a un amigo para que lo leyese. Éste cometió la indiscreción de enseñárselo al abad de Boisrobert, que se lo dio al cardenal Richelieu. Tras haberlo leído, el cardenal declaró severamente en presencia del mariscal de Estrées:

—¡Vaya una mente peligrosa!

Bibliografía

- BATIFFOL, L., *La Vie de Paris sous Louis XIII. L'Existence pittoresque des Parisiens au XVII^e siècle*, Calmann-Lévy, 1932.
- La duchesse de Chevreuse. Une vie d'aventures et d'intrigues sous Louis XIII*, Hachette, 1924.
- BERTIÈRE, S., *la Vie du cardinal de Retz*, Édition de Fallois, 1990.
- BRIENNE, LOUIS-HENRI DE LOMÉNIE, *Mémoires inédits de Louis-Henri de Loménie, comte de Brienne, secrétaire d'État sous Louis XIV*, Ponthieu, 1828.
- CALVI, FRANÇOIS DE, *Histoire générale des larrons*, Vve. de C. Rigaud y Philippe Borde, 1640.
- CHEVALIER, P., *Louis XIII*, Fayard, 1979.
- DECAUX SOPHIE, DIDIER, *De Henri IV à Louis XIV: La France et les Français au temps des Précieuses*, Lattès, 1982.
- DESCIMON, ROBERT, *Milice bourgeoise et identité citadine à Paris au temps de la Ligue*, Annales, Histoire, Sciences Sociales, 1993, vol. 48, num. 4.
- DULONG, CLAUDE, Claude, *Anne d'Autriche*, Hachette, 1980.
- DUPONT-FERRIER, G., *Du Collège de Clermont au lycée Louis-le-Grand*, P. de Boccard, 1921.
- ERLANGER, P., *Richelieu*, Librairie académique Perrin, 1969.
- FOURNET, V., *Les Rues du vieux Paris*, Firmin Didot, 1879.
- FRANKLIN, ALFRED, *Écoles et colleges depuis les origines. Moeurs et usages en les écoles et colleges d'autrefois*, Raymond Castells, 1998.
- FRÉGIER, HONORÉ ANTOINE, *Histoire de l'administration de la police de Paris, depuis Philippe Auguste jusqu'aux États généraux de 1789*, 1850.
- GARASSE, FRANÇOIS, *Histoire des jésuites de Paris pendant trois années (1624-1626)*, París, L'Écureux, 1864.
- KLEINMAN, RUTH, *Anne d'Autriche*, Fayard, 1998.
- LACROIX, PAUL, *XVII^e siècle. Institutions, usages et costumes*, Firmin Didot, 1880.
- F. D. C. LYONNOIS, *Inventaire general de l'histoire des Larrons*, Rolin Baragnes, 1625.
- MAGNE, E., *La Vie quotidienne au temps de Louis XIII*, Hachette, 1942.
- RICHELIEU, AXMAND JEAN DU PLESSIS, *Mémoires sur le règne de Louis XIII, depuis 1610 jusqu'à 1638*.

Agradecimientos

La idea de reescribir la historia de los herretes de la reina se me ocurrió después de una conversación con Isabelle Huchet y Bernard Jourdain durante una firma de libros en el sur.

Quiero expresar mi gratitud a Béatrice Auge y Philippe Ferrand por su buena disposición a releer y corregir el manuscrito.

Expreso también un hondo reconocimiento a Isabelle Laffont por la confianza que puso en mí y, en general, a todo el equipo de Éditions Jean-Claude Lattès.

Finalmente, doy las gracias a mi esposa, a mi madre y a mi hija pequeña, como siempre, mis primeras lectoras. Son las más severas jueces de las primeras versiones de mis obras.



JEAN D' AILLON, es el seudónimo utilizado por Jean-Louis Roos, escritor francés nacido en 1948.

Doctor en ciencias económicas, ha sido profesor universitario de Historia Económica y Macroeconomía y ha trabajado para la Comisión Europea como hasta 2007.

Pero su verdadera pasión es desde siempre la escritura. Es autor de una quincena de novelas policíacas e históricas, a las que dedica un amplio tiempo para documentarse con precisión y apasionamiento sobre todos los pormenores sociales de la época en cuestión.

Es el creador del notario de París, Louis Fronsac, personaje que pone sus habilidades investigadoras al servicio primero del Cardenal Richelieu y después a las órdenes del Cardenal Mazzarino.

Notas

[1] G. Dupont-Ferrier, *Du Collège de Clermont au lycée Louis-le-Grand*. [N. del A.]

<<

[2] La regla de la vuelta a clases en el colegio de Clermont era la siguiente: si el 1.º de octubre, festividad de San Remigio, caía en lunes, martes o miércoles, era el día de la vuelta a clase. De no ser así, ésta se producía el lunes siguiente. [*N. del A.*] <<

[3] Como un cadáver. [*N. del A.*] <<

[4] A la muerte de Enrique III, asesinado por Jacques Clément, una parte de la pequeña burguesía parisina tomó el poder en París y sostuvo el gobierno del teniente general del reino —autoproclamado—, el duque de Mayenne, hermano de Caracortada, al que Enrique III había asesinado en Blois. Dicha burguesía católica, agrupada en una Liga, o Santa Unión, instaló consejos secretos en los dieciséis barrios de París y tomó el nombre de los Dieciséis. [*N. del A.*] <<

[5] El 9 de octubre. [*N. del A.*] <<

[6] Cuarto. Moneda de cobre de tres denarios. Había doce denarios en un sol, «cuarto» (o *sou*), y veinte cuartos por libra. Un kilo de pan valía dos cuartos. [*N. del A.*] <<

[7] Jean-François de Gondi. [*N. del A.*] <<

[8] Cortador de cabellos. [N. del A.] <<

[9] Una toesa = 1,949 m. [N. del A.] <<

[10] El joven Molière, siendo alumno de Clermont, al parecer asistió con frecuencia a los desfiles y representaciones de Gaultier-Garguille, en los que seguramente se inspiraría. [*N. del A.*] <<

[11] Aquel que exige derechos que no son debidos o que han sido impuestos sin autoridad legítima. [*N. del A.*] <<

[12] 9 de octubre. [*N. del A.*] <<

[13] El careto es una variedad del lirón. [*N. del A.*] <<

[14] El puente del Cambio, que ya había sufrido la gran crecida de 1616, se había quemado enteramente en octubre de 1621, así como las casas que lo coronaban, por culpa de la negligencia de una criada. El incendio también había destruido el puente Marchand, muy próximo, que comunicaba directamente con el Grand-Châtelet. La reconstrucción del puente del Cambio no empezaría hasta 1639. [*N. del A.*] <<

[15] Este puente había sido construido por Charles Marchand, capitán de arcabuceros de Enrique IV, para reemplazar al puente de los Molineros. [N. del A.] <<

[16] Era la bomba de agua situada al final del Puente Nuevo. [*N. del A.*] <<

[17] Especie de capa larga y amplia que llegaba a los talones. [*N. del A.*] <<

[18] Bajo el Antiguo Régimen, la corporación municipal estaba constituida por los magistrados que dirigían la *cité*. En París estaba formada por el preboste de los comerciantes, los regidores y los consejeros, pero también por importantes oficiales municipales tales como los procuradores y el coronel de los arqueros, a los cuales se asociaban a veces los jefes de policía de barrio, así como otros oficiales subalternos.
[N. del A.] <<

[19] Las cortes soberanas eran el Parlamento, los Edecanes y la Cámara de Cuentas.
[N. del A.] <<

[20] François du Plessis, señor de Richelieu, muerto en 1594. [*N. del A.*] <<

[21] Marie de Rohan, duquesa de Chevreuse, hija del duque de Rohan, el gobernador de París, se había casado en primeras nupcias con Luynes, el primer favorito de Luis XIII. [*N. del A.*] <<

[22] Catherine Henriette de Balzac de Entraigues, marquesa de Verneuil, era la hija de Marie Touchet, amante de Carlos IX. Había sucedido a Gabrielle d'Estrées como favorita. [*N. del A.*] <<

[23] James I para los ingleses; Jacques I para los franceses. Se llamaba Jacobo VI cuando era rey de Escocia. [*N. del A.*] <<

[24] Verídico. [*N. del A.*] <<

[25] Viernes 18 de octubre. [*N. del A.*] <<

[26] Lunes 28 de octubre. [*N. del A.*] <<

[27] Ignorante. [N. del A] <<

[28] Muy perezoso. [*N. del A.*] <<

[29] Decepcionante. [*N. del A.*] <<

[30] El duque Charles-Emmanuel de Saboya había pedido a Francia su ayuda para liberar los valles de los Grisones ocupados por España. [N. del A.] <<

[31] Empezar es haber medio acabado. [*N. del A.*] <<

[32] Casco de hierro. [*N. del A.*] <<

[33] Nobleza de origen y no obtenida por un cargo ennoblecedor o una carta de nobleza. [*N. del A.*] <<

[34] El abad comendatario disponía del beneficio de la abadía en usufructo, y, si no era religioso, el poder espiritual era confiado al prior. [*N. del A.*] <<

[35] Nobleza procedente de las armas. [*N. del A.*] <<

[36] Espada de duelista. [*N. del A.*] <<

[37] La corte de Saint-James era el nombre dado al gobierno inglés, que tenía su sede en el palacio del mismo nombre construido en 1531 por Enrique VIII en el emplazamiento del antiguo hospital de Saint-James. Era en este palacio donde se encontraban todos los ministerios. *[N. del A]* <<

[38] Nombre que los italianos daban a la esgrima. [*N. del A.*] <<

[39] El 11 de noviembre. [*N. del A.*] <<

[40] El 25 de noviembre. [N. del A.] <<

[41] Trampa o valor, ¿qué importa contra el enemigo? [N. del A.] <<

[42] Referencia a la frase que había pronunciado en 1547 Guy Chabot, señor de Jarnac, después de haber vencido ante el rey a François de Vivonne en un duelo que se hizo célebre y en el que no era el favorito. [*N. del A.*] <<

[43] Respectivamente, el 30 de noviembre y los días 6, 8 y 21 de diciembre. [*N. del A.*]

<<

[44] Lícita o ilícitamente, por todos los medios. [*N. del A.*] <<

[45] En todas las cosas en que no se discierna pecado. [*N. del A.*] <<

[46] Jehan Guillaume, ejecutor de las sentencias criminales del prebostazgo de París, acababa de suceder a su padre (1620). Fue este último el encargado de ejecutar a Jean Châtel, culpable de haber intentado asesinar a Enrique IV (1594). [N. del A.] <<

[47] El duelo opuso a Jacques de Caylus, Louis de Maugiron y Jean d'Arcès al barón de Entragues, Ribérac y Georges de Schomberg. [*N. del A.*] <<

[48] Estas réplicas están inspiradas en el libro del cardenal de Retz *La conjura del conde Jean-Louis de Fiesque*. [N. del A.] <<

[49] Los pañeros, los merceros, los abaceros, los peleteros, los sombrereros y los orfebres. [*N. del A.*] <<

[50] Una variedad de barquillos cocidos entre dos hierros, como los gofres. El barquillo era una especie de gofre enrollado, muy delgado. [*N. del A.*] <<

[51] El que vendía barquillos o suplicaciones. [*N. del A.*] <<

[52] La nueva iglesia será terminada en 1631. [N. del A.] <<

[53] El duque Charles-Emmanuel de Saboya había pedido ayuda a Francia su ayuda para liberar los valles de los Grisones ocupados por España. [N. del A.] <<

[54] Calle del Prévôt; todavía se conserva una interesante placa de piedra. [*N. del A.*]

<<

[55] Ocupado hoy por el liceo Carlomagno. [*N. del A.*] <<

[56] Es la iglesia de San Luis, cuya construcción durará catorce años, de 1627 a 1641.
[N. del A] <<

[57] Voltaire, interno en Clermont, practicaba esta estratagema. [N. del A.] <<

[58] El 2 de febrero. [*N. del A.*] <<

[59] Inflamación de los bronquios. [*N. del A.*] <<

[60] Hoy calle Saint-Roch. [*N. del A.*] <<

[61] Especie de capuchón de monje que se llevaba en caso de tos y que dio nombre a la tos ferina. [*N. del A.*] <<

[62] San Roque, abogado ante Dios contra la peste, daba también nombre a la enfermedad. [N. del A.] <<

[63] Fiebres [*N. del A.*] <<

[64] La fabricación de los escudos de plata no empezó hasta 1641. Antes de esa fecha, sólo había escudos de oro, los escudos al sol. Era una pieza de oro de 3,3 gramos bastante similar al escudo español. El doble escudo español se llamaba *pistole*, «doblón», en Francia. El escudo valía en torno a 5 libras, y el doblón, el doble. [N. del A.] <<

[65] El 24 de febrero. [*N. del A.*] <<

[66] Todo esto es cierto. [*N. del A.*] <<

[67] *Punais* significaba despedir un olor infecto para la nariz (*pue nez*). El término dio lugar a la *punaise*, la chinche. *Rien n'est plus puant qu'une punaise écrasée*, «Nada apesta más que una chinche aplastada», se decía entonces. [N. del A.] <<

[68] Estaban a punto de terminar entonces el futuro Puente del Doble delante de Notre-Dame, cuyo peaje sería fijado en un doble denario para un hombre a pie y seis denarios para un jinete. [*N. del A.*] <<

[69] «¿Por qué provecho?» Este adagio es generalmente traducido por: «¿A quién beneficia el crimen?». [N. del A.] <<

[70] El señor Nicolas de Bailleul era el teniente civil de París, y Michel Moreau, el teniente criminal. [*N. del A.*] <<

[71] Provincias que poseían Estados provinciales, es decir, una asamblea representativa de tres órdenes cuyo cometido era calcular el montante del impuesto. En las tierras de elecciones el montante total de los impuestos era estipulado por oficiales ministeriales. [*N. del A.*] <<

[72] En el número 6 de la calle de los Quatre-Fils. [N. del A] <<

[73] El preboste de los comerciantes y los regidores se apoyaba en una organización comunal civil basada en los barrios. Los dieciséis barrios tenían al frente a un jefe de policía local. Cada barrio estaba dividido en cuatro compañías de cincuenta hombres, cada una de ellas dividida en cuatro de diez. Había, pues, 64 oficiales que mandaban una compañía de cincuenta hombres y 256 de diez que vigilaban a la población. [*N. del A.*] <<

[74] Respectivamente el 25 de abril y el 3 de mayo, los santos Felipe y Santiago se celebran el mismo día. [*N. del A.*] <<

[75] Recordemos que el claustro era el recinto reservado a los canónigos, enteramente cerrado y situado junto a Notre-Dame. [*N. del A.*] <<

[76] Es decir, la hija de Henriette de Entragues. Recordemos que Antoine de Borbón, conde de Moret, es hijo de Jacqueline de Bueil. [*N. del A.*] <<

[77] El *Parnaso satírico* era una colección de poemas crudos y libertinos. Su autor, Théophile de Viau, poeta protestante que había sido perseguido por los jesuitas, fue juzgado por blasfemo a su aparición y condenado a ser quemado vivo. En el momento de nuestro relato, todavía estaba encerrado en una celda del Grand-Châtelet. Será finalmente indultado, pero morirá por las secuelas de su cautiverio (y sin duda por la sífilis) en 1626. En sus obras, Viau se burlaba de los devotos y de los prebostes: ¡*grandes ladrones, y muy devotos, rogando a Dios como apóstoles!* [N. del A.] <<

[78] Barberini y la dispensa llegaron por fin el 21 de mayo; Buckingham, el 24. [*N. del A.*] <<

[79] Épernon tenía su palacio en el 106 de la calle Vieille-du-Temple. [*N. del A.*] <<

[80] Alejandro Dumas me perdonará (eso espero), pero no habría podido escribir mejor que él este diálogo entre Ana de Austria y George Villiers. Me he limitado a reproducir aquí las principales frases intercambiadas entre ellos tal como aparecen en *Los tres mosqueteros*. [N. del A] <<

[81] Citado por Tallemant des Réaux. [*N. del A.*] <<

[82] Veamos lo que dice La Porte en sus memorias sobre este incidente: «Amparado en la oscuridad, el duque de Buckingham se mostró muy insolente, hasta el punto de intentar acariciar a la reina, que al mismo tiempo dio un grito con el que acudió todo el mundo». [*N. del A.*] <<

[83] El lector atento habrá observado, también aquí, la deuda que contraigo con Alejandro Dumas. [*N. del A.*] <<

[84] El padre Griffet (*Historia del reinado de Luis XIII*) recoge los rumores sobre el conde en un libro que Alejandro Dumas utiliza para una novela corta: *La paloma*. En otra, *La esfinge roja*, Dumas presenta a Moret como el gran amor de Ana de Austria. [N. del A.] <<

[85] Jean-François-Paul de Gondi, *La conjura del conde de Fiesque*. [N. del A.] <<